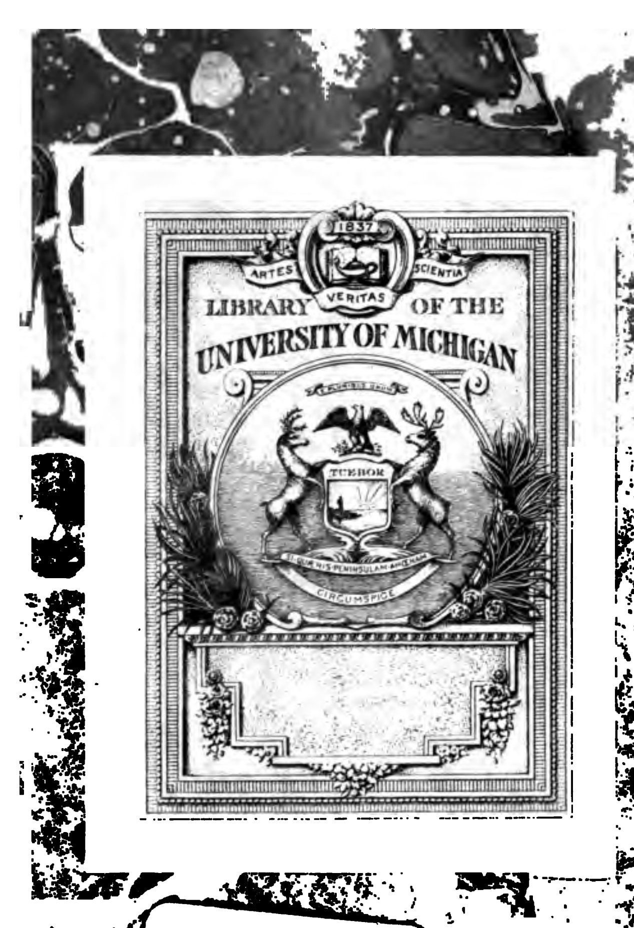



1837
ARTES
SCIENTIA
VERITAS
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
CIRCUMSPICE



COMEDIAS ESCOGIDAS

DE

DON AGUSTÍN MORETO

Y CABAÑA.

TOMO I.

CON LICENCIA.

Madrid: Imprenta de D. A. Fernandez. 1826

EL DESDEN

CON EL DESDEN.

PERSONAS.

Carlos, conde de de Urgel.
El Principe de Bearne.
Don Gaston, conde de Fox.
Diana, princesa.
Cintia, dama
Laura, dama.
El conde de Barcelona, padre de Diana.
Polilla, criado de Cárlos.
Damas y músicos.

La escena es en la ciudad de Barcelona; y el trage á la española antígua.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de Calle.

CARLOS Y POLILLA.

Carlos.
Yo he de perder el sentido
con tan estraña muger.

Polilla.
Dame tu pena á entender,
señor, por recien venido.
Cuando te hallo en Barcelona
lleno de aplauso y honor,
donde tu heróico valor
todo su pueblo pregona;
cuando sobra á tus victorias
ser Carlos conde de Urgel,
y en el mundo no hay papel
donde se escriban tus glorias;
¿qué causa ha podido haber
de que estés tan mal guisado,
que por mas que la he pensado
no la puedo comprender?

Carlos.
Polilla, mi desazon
tiene mas naturaleza;
este pesar no es tristeza,
sino desesperacion.

Polilla.

¿Desesperacion? Señor,
que te enfrenes te aconsejo,
que tiras algo á bermejo.

Carlos.

No burles de mi dolor.

Polilla.

¿Yo burlar? Esto es templarte;
mas tu desesperacion,
¿qué tanta es á esta sazon?

Carlos.

La mayor.

Polilla.

¿Cosa de ahorcarte?
que si no poco te ahoga.

Carlos.

No te burles, que me enfado.

Polilla.

¿Pues si estás desesperado,
hago mal en darte soga?

Carlos.

Si dejáras tu locura,
mi mal te comunicára,
porque la agudeza rara
de tu ingenio me asegura,
que algun medio discurriera,
como otras veces me has dado,
con que alivie mi cuidado.

Polilla.

Pues, señor, polilla fuera;
desembucha tu pasion,
y no tenga tu cuidado,
teniéndola en tu criado,
polilla en el corazon.

Carlos.

Ya sabes que á Barcelona,
del ocio de mis estados,
me trajeron los cuidados
de la fama que pregona
de Diana la hermosura,
de esta corona heredera,
en quien, la dicha que espera,
tanto príncipe procura,
compitiendo en un deseo
gala, brio y discrecion.

Polilla.

Ya sé, que sin pretension
viniste á este galanteo,
por lucir la bizarría
de tus heroicos blasones,
y que en todas las acciones,
siempre te has llevado el dia.

Carlos.

Pues oye mi sentimiento.

Polilla.

¿Ello estás enamorado?

Carlos.

Si estoy.

Polilla.

Gran susto me has dado.

Carlos.

Pues escucha.

Polilla.

Vá de cuento.

Carlos.

Ya sabes como en Urgel
tuve antes de mi partida,
del amor del de Bearne,
y el de Fox, larga noticia.

De Diana pretendientes,
dieron con sus bizarrías
voz á la fama, y asombro
á todas estas provincias.
El vèr de amor tan rendidos,
como la fama publica,
dos príncipes tan bizarros,
que aun los alaba la envidia,
me llevó á ver si esto en ellos
era por galantería,
gusto, opinion ó violencia
de su hermosura divina.
Entré, pues en Barcelona,
vila en su palacio un dia,
sin susto del corazon,
ni admiracion de la vista;
vi una hermosura modesta,
con muchas señas de tibia;
mas sin defecto comun,
ni perfeccion peregrina
de aquellas en quien el juicio,
cuando las vemos queridas,
por la admiracion apela
al no se qué, ó á la dicha.
La ocasion de verme entre ellos,
cuando al valor desafian
en públicas competencias,
con que el favor solicitan,
ya que no pudo mi amor,
empeñó mi bizarría
ya en fiestas y ya en torneos,
y otras empresas debidas
al culto de la deidad,
á cuya soberanía,
sin el empeño de amor,

la obligacion sacrifica.
Tuve en todas tal fortuna,
que dejando deslucidas
sus acciones, salí siempre
coronado con las mias.
Y el vulgo con el suceso,
la corona merecida
por la suerte dió á mi frente
por mérito, siendo dicha,
que cualquiera de lós dos,
que en ella me competia,
la mereció mas que yo:
pero para conseguirla
tuve yo el faltar mi amor,
y no tener la codicia
con que ellos la deseaban:
y así por fuerza fue mia:
que en los casos de la suerte,
por tema de su malicia,
se van siempre las venturas
á quien no las solicita.
Siendo pues mis alabanzas
de todos tan repetidas,
solo en Diana hallé siempre
una entereza, tan hija
de su esquiva condicion,
que siendo mis bizarrias
dedicadas á su aplauso,
nunca me dejó noticia,
ya que no de favorable,
siquiera de agradecida.
Y esto con tanta esquivez,
que en todos dejó la misma
admiracion que en mis ojos,
pues la estraña demasia.

de su entereza pasaba
del decoro la medida,
y escediendo de recato,
tocaba ya en grosería,
que á las damas de tal nombre
puso el respeto dos líneas;
una es la desatencion,
y otra el favor; mas avisa
que ponga entre ellas la planta
tan ajustada y medida,
que en una ni en otra tóque;
porque si de agradecida
adelanta mucho el pie,
la raya del favor pisa,
es ligereza; y si entera
mucho la planta retira
por no tocar el favor,
pisa la descortesia.
Este error hallé en Diana,
que empeñó mi bizarría
á moverla, por lo menos,
á atencion, sino á caricia;
y este deseo en las fiestas
me obligaba á repetirlas,
á buscar nuevos empeños
al valor y á la osadía.
Mas nunca pude sacar
de su condicion esquiva
mas, que mas causa á la queja,
y mas culpa á la malicia.
De esto nació el inquirir
si ella conmigo tenia
alguna aversion ó queja
mal fundada ó presumida;
y averigüé que Diana,

del discurso las primicias,
con las luces de su ingenio,
las dió á la filosofia.
De este estudio y la leccion
de las fábulas antiguas,
resultó un comun desprecio
de los hombres, unas iras
contra el orden natural
del amor, con quien fabrica
el mundo á su duracion
alcázares en que viva.
Tan estable en su opinion,
que dá con sentencia fija
el querer bien, por pasion
de las mugeres, indigna;
tanto que siendo heredera
de esta corona, y precisa
la obligacion de casarse,
la renuncia y desestima,
por no ver que haya quien triunfe
de su condicion altiva.
A su cuarto hace la selva
de Diana, y son las ninfas
sus damas, y en este estudio
las emplea todo el dia.
Solo adornan sus paredes
de las ninfas fugitivas
pinturas que persuaden
al desden: allí se mira
á Dafne huyendo de Apolo;
Anaxarte convertida
en piedra, por no querer;
Aretusa en fuentecilla,
que el tierno llanto de Alfeo
paga en lágrimas esquivas.

Y viendo el conde su padre,
que en este error se confirma
cada dia con más fuerza,
que la razon no la obliga,
que sus ruegos no la ablandan,
y con tal furia se irrita
en hablándola de amor,
que teme que la encamina
á un furor desesperado;
que el medio más blando elija
le aconseja su prudencia:
y á los príncipes convida,
para que haciendo por ella
fiestas y galanterías,
sin la persuasion ni el ruego,
la naturaleza misma
sea quien lidie con ella;
por si teniendo á la vista
aplausos y rendimientos,
ansias, lisonjas, caricias,
su propio interes la vence,
ó la obligacion la inclina:
que en quien la razon no labra,
endurece la porfía
del persuadir, y no hay cosa
como dejar, á quien lidia,
con su misma sinrazon;
pues si ella mesma le guia
al error, en dando en él,
es fuerza quedar vencida:
porque no hay con el que á oscuras
por un mal paso camina,
para que vea su engaño;
mejor luz que la caida.
Habiendo ya averiguado,

que esto en su opinion esquita
era desprecio comun,
y no repugnancia mia,
claro está, que yo debiera
sosegarme en mí porfia;
y considerando bien
opinion tan esquisita,
primero que á sentimiento,
pudiera moverme á risa.
Pues para que se conozca
la vileza mas indigna
de nuestra naturaleza,
aquella hermosura misma,
que yo antes libre miraba
con tantas partes de tibia,
cuando la ví desdeñosa,
por lo imposible á la vista,
la que miraba comun,
me pareció peregrina.
¡O bajeza del deseo!
que aunque sea á la codicia
de mas precio lo que alcanza,
que lo que se le retira,
sólo por la privacion
de mas valor lo imagina,
y dá el precio á lo dificil,
que su mesmo sér le quita.
cada vez que la miraba,
mas bella me parecia,
yendo creciendo en mi pecho
este fuego tan aprisa,
que absorto de ver la llama,
á ver la causa volvia,
y hallaba que aquella nieve
de su desden muda y tibia,

producia en mi este incendio:
¡qué ejemplo para el que olvida!
Seguro piensa que está
el que en la ceniza fria
tiene ya su amor difunto:
¡qué engañado lo imagina!
¿Si amor se enciende de nieve,
quien se fia en la ceniza?
Corrido yo de mis ansias,
preguntaba á mis fatigas:
¿traidor corazon, que es esto?
¿qué es esto aleves caricias?
¿La qué neutral no os agrada,
os parece bien esquiva?
¿La que vista no os suspende,
cuando es ingrata os admira?
¿Qué le añade à la hermosura
el rigor que la ilumina?
?Con el desden es hermosa
la que sin desdén fue tibia?
¿El desprecio no es injuria?
¿La que desprecia no irrita?
Pues la que no pudo afable,
¿por qué os arrastra enemiga?
La crueldad á la hermosura
el ser de deidad la quita;
¿pues qué para mí la ensalza,
lo que para sí la humilla?
Lo tirano se aborrece;
¿pues á mí cómo me obliga?
¿Qué es esto amor? ¿es acaso
hermosa la tiranía?
No es posible, no; esto es falso:
no es este amor, ni hay quien diga,
que arrastrar pudo inhumana,



la que no movió divina.
¿Pues qué es esto? ¿esto no es fuego?
sí, que mi ardor lo acredita;
no, que el yelo no lo causa;
sí, que el pecho lo publica.
No puede ser, no es posible,
no, que la razon implica;
¿pues qué será? esto es deseo:
¿de qué? de mi muerte misma.
Yo mi mal querer no puedo:
¿pues qué será? una codicia
de aquello que se me aparta;
no, porque no lo querría
el corazon: ¿Esto es tema?
no, ¿pues alma, qué imaginas?
bageza es del pensamiento;
no es sino soberanía
de nuestra naturaleza,
cuya condicion altiva
todo lo quiere rendir,
como superior se mira;
y habiendo visto, que hay pecho,
que á su halago no se rinda,
el dolor de este desden
le abrasa y le martiriza,
y produce un sentimiento,
con que á desear le obliga
vencer aquel imposible;
y ardiendo en esta fatiga,
como hay parte de deseo,
y este deseo lastima,
parece efecto de amor,
porque apetece y aspira,
y no es sino sentimiento,
equivocado en caricia.

Esto la razon discurre:
mas la voluntad indigna,
toda la razon me arrastra,
y todo el valor me quita.
Sea amor ó sentimiento,
nieve, ardor, llama ó ceniza,
yo me abraso, yo me rindo,
á esta furia vengativa
de amor, contra la quietud
de mi libertad tranquila;
y sin esperanza alguna
de sosiego en mis fatigas,
yo padezco en mi silencio,
yo mismo soy de las iras
de mi dolor alimento,
mi pena se hace á sí misma,
porque mas que mi deseo,
es rayo que me fulmina:
aunque ès tan digna la causa
el ser la razon indigna,
pues mi ciega voluntad
se lleva y se precipita
del rigor, de la crueldad,
del desdén, la tiranía,
y muero mas que de amor,
de vér que á tanta desdicha,
quien no pudo como hermosa,
me arrastrase como esquiva.

Polilla.

Atento, señor, he estado,
y el suceso no me admira;
porque eso, señor, es cosa,
que sucede cada dia.
Mira, siendo yo muchacho,
habia en mi casa vendimia,

y por el suelo las uvas
nunca me daban codicia
Pasó este tiempo, y despues
colgaron en la cocina
las uvas para el invierno:
y yo viéndolas arriba,
rabiaba por comer de ellas
tanto, que trepando un dia
por alcanzarlas, caí,
y me quebré una costilla:
este es el caso, él por él.

Carlos.

No el ser natural me alivia,
si es injusto el natural!

Polilla.

¿Dime, señor, ella mira
con mas cariño á otro?

Cárlos.

No.

Polilla.

¿Y ellos no la solicitan?

Carlos.

Todos vencerla pretenden.

Polilla.

Pues à que cae mas aprisa
apostaré.

Cárlos.

¿Por qué causa?

Polilla.

Solo porque es tan esquiva.

Carlos.

¿Cómo ha de ser?

Polilla.

Verbi gracia:
¿Viste una breva en la cima

de una higuera, y los muchachos
que en alcanzarla porfian,
piedras la tiran á pares,
y aunque á algunas se resista,
al cabo de aporreada
con las piedras que la tiran,
viene á caer mas madura?
pues lo mismo aquí imagina.
Ella está tiesa, y muy alta,
tú tus pedradas la tiras,
los otros tiran las suyas:
luego, por mas que resista,
ha de venir á caer;
de una y otra á la porfia,
mas madura que una breva;
mas cuidado á la caida,
que el cogerla es lo que importa;
que ella caerá como hay viñas.

Carlos.

El conde su padre viene.

Polilla.

Acompañado se mira.
del de Fox y el de Bearne.

Carlos.

Ninguno tiene noticia
del incendio de mi pecho,
porque mi silencio abriga
el áspid de mi dolor.

Polilla.

Esa es mayor valentia:
callar tu pasion mucho es,
vive Dios. ¿Porqué imaginas
que llaman ciego á quien ama?

Carlos.

Porque sus yerros no mira.

Polilla.

No tal.

Carlos.

¿Pues por qué está ciego?

Polilla.

Porque el que ama al ciego imita.

Carlos.

¿En qué?

Polilla.

En cantar la pasion
por calles y por esquinas.

ESCENA II.

DICHOS, EL CONDE DE BARCELONA, EL PRINCIPE DE BEARNE Y DON GASTON CONDE DE FOX.

Conde.

Príncipes, vuestro justo sentimiento,
mirado bien, no es vuestro, sino mio:
ningun remedio intento,
que no le venza el ciego desvarío
de Diana, en quien hallo
cada vez menos medios de enmendallo;
ni del poder de padre á usar me atrevo,
ni del de la razon, porque se irrita
tanto, cuando de amor á hablarla pruebo,
que á mas daño el furor la precipita:
ella, en fin, por no amar, ni sujetarse,
quiere morir primero que casarse.

Gaston.

Esa, señor, es opinion aguda
de su discurso á los estudios dado,
que el tiempo solo ó la razon lo muda,
y sin razon estás desesperado.

Conde.

Conde de Fox, aunque verdad es ésa,
no me atrevo á empeñaros en la empresa;
de que asistàis en vano á su hermosura,
faltando en vuestro estado á su asistencia.

Bearne.

Señor, con tu licencia,
el que es capricho injusto nunca dura;
y aunque el vencerle es muy dificultoso,
yo estoy perdiendo tiempo mas airoso,
ya que á este intento de Bearne vine,
que dejando la empresa mi constancia,
porque es mayor desaire que imagine
nadie que la dejé por inconstancia;
ni ese crédito es de su hermosura,
ni del honesto amor, que la procura.

Carlos.

El príncipe, señor, ha respondido
como galan, bizarro y caballero,
que aun en mi, que he venido
sin ese empeño, solo aventurero,
á festejar no haciendo competencia,
dejar de proseguir fuera indecencia.

Conde

Príncipes, lo que siento es empeñaros
en porfia, cuando halla la porfia
de mayor resistencia indicios claros:
si la gala, el valor, la bizarría
no la mueve, ni inclina, ¿con qué intento
vencer imaginais su entendimiento?

Polilla.

Señor, un necio á veces halla un medio,
que aprueba la razon; si dais licencia
yo me atreveré á daros un remedio
con que, aunque ella aborrezca su presencia,

se le vayan los ojos hechos fuentes,
tras cualquiera galan de los presentes.

Carlos.

¿Pues qué medio imaginas?

Polilla.

Como mio.
Hacer fiestas, torneos á una ingrata,
es poner ollas á quien tiene hastio:
el medio es, que rendirla no dilata,
poner en una torre á la princesa,
sin comer cuatro dias, ni vér mesa;
y luego han de pasar estos galanes
delante de ella, y envidando á escote,
el uno con seis pollas y dos panes,
el otro con un plato de gigote;
y á mi me lleve el diablo, si lo viere,
si tras ellos corriendo no saliere.

Carlos.

Calla, loco, bufon.

Polilla.

¿Esto es locura?
Ejecútese el medio, y á la prueba:
sitien luego por hambre su hermosura,
y veràn si los ojos no la lleva
quien sacáre un vestido de camino,
guarnecido de lonjas de tocino.

Bearne.

Señor, solo una cosa por mi pido,
que don Gaston tambien ha de querella:
nunca hablar á Diana hemos podido,
danos licencia tú de hablar con ella,
que el trato y la razon puede mudarla.

Conde.

Aunque la ha de negar, he de intentarla;
pensad vosotros medios y ocasiones

de mover su entereza, que á escucharos
yo la sabré obligar con mis razones,
que es cuanto puedo hacer para ayudaros
á la empresa tan justa y deseada,
de ver mi sucesion asegurada.

ESCENA III.

DICHOS MENOS EL CONDE DE BARCELONA.

Bearne.

Conde, crédito es de la nobleza
de nuestra heróica sangre la porfía
de rendir el desden de su belleza:
juntos la hemos de hablar.

Carlos.

Yo compañía
al empeño os haré, mas no al deseo,
porque yo sin amor sigo este empleo.

Gaston.

Pues ya que vos no estais enamorado,
¿qué medios seguiremos de obligalla?
que esto lo ve mejor el descuidado.

Carlos.

Yo un medio sé que mi silencio calla;
porque otro empeño es, que al proponerle
cualquiera de los dos ha de quererle.

Bearne.

Decís bien.

Gaston.

Pues Bearne, vamos luego
á imaginar festejos y finezas.

Bearne.

A introducir en su desden el fuego.

Gaston.

Ríndanse á nuestro ingenio sus tibiezas.

Carlos.

Yo á eso asistiré.

Bearne.

Pues á esta gloria.

ESCENA IV.

CARLOS Y POLILLA.

Carlos.

Y que del mas feliz sea la victoria.

Polilla.

¿Pues qué es esto señor? ¿Porque has negado
tu amor?

Carlos.

He de seguir otro camino
de vencer su desden tan desusado:
ven y yo te diré lo que imagino,
que tú me has de ayudar.

Polilla.

Eso no hay duda.

Carlos.

Allá has de entrar.

Polilla.

Seré Simon, y ayuda.

Carlos.

¿Sabráste introducir?

Polilla.

Y hacer pesquisas.
¿Yo Polilla no soy? ¿eso previenes?
me sabré introducir en sus camisas.

Carlos.

Pues ya á mi amor le doy los parabienes.

Polilla.

Vamos, que si eso importa á las marañas,
yo sabré apolillarla las entrañas.

ESCENA IV.

Salon en el palacio del Conde de Barcelona.

DIANA, CINTIA, DAMAS Y MÚSICA.

Música.

Huyendo la hermosa Dafne,
burla de Apolo la fe,
sin duda la sigue un rayo,
pues la defiende un laurel.

Diana.

¡Qué bien que suena en mi oido
aquel honesto desden!
¡qué hay muger que quiera bien!
¡que haya pecho agradecido!

Cintia.

¡Que por error su agudeza
quiera el amor condenar!
¡y si lo es, quiera enmendar
lo que erró naturaleza!

Diana.

Ese romance cantad;
proseguid, que el que le hizo
bien conoció el falso hechizo
de esta tirana deidad.

Musica.

Poca, ó ninguna distancia
hay de amar á agradecer;
no agrdezca la que quiere
la victoria del desden.

Diana.

¡Qué bien dice! Amor es niño,
y no hay agradecimiento,
que al primer paso, aunque lento,
no tropiece en su cariño.

Agradecer, es pagar
con un decente favor,
luego quien paga el amor
ya estima el verse adorar.
Pues si estima agradecida
ser amada una muger,
¿qué falta para querer,
á quien quiere ser querida?

Cintia.

El agradecer, Diana,
es deuda noble y cortés:
la que agradecida es,
no se infiere que es liviana.
Que agradece la razon
siempre en nosotras se infiere,
la voluntad es quien quiere,
distintas las cosas son:
luego si hay diversidad
en la causa, y el intento,
bien puede el entendimiento
obrar sin la voluntad.

Diana.

Que haber puede estimacion
sin amor, es la verdad;
porque amar es voluntad,
y agradecer es razon.
No digo, que ha de querer
por fuerza la que agradece;
pero, Cintia, me parece,
que está cerca de caer.
Y quien de esto se asegura,
no teme, ó no vé el engaño;
porque no recela el daño
quien al riesgo se aventura.

Cintia.

El ser desagradecida
es delito descortés.

Diana.

Pero el agradecer, es
peligro de la caida.

Cintia.

Yo el delito no permito.

Diana.

Ni yo un riesgo tan estraño.

Cintia.

Pues por escusar un daño,
¿es bien hacer un delito?

Diana.

Si, siendo tan contingente
el riesgo.

Cintia.

¿Pues no es menor,
si es contingente, este error,
que este delito presente?

Diana.

No, que es mas culpa el amar,
que falta el no agradecer.

Cintia.

¿No es mejor, si puede ser,
el no querer y estimar?

Diana.

No; porque á querer se ha de ir.

Cintia.

¿Pues no puede allì parar?

Diana.

Quien no resiste á empezar,
no resiste á proseguir.

Cintia.

¿Pues el ser agradecida

no es mejor, si esto es ganancia,
y gastar esa constancia
en resistir la caida?

Diana.

No, que eso es introducirle
el amor; y al desecharle,
no hasta para arrojarle
lo que puede resistirle.

Cintia.

Pues cuando eso haya de ser,
mas que á la atencion faltar,
me quiero yo aventurar
al peligro de querer.

Diana.

¿Qué es querer? ¿tú hablas asì,
ó atrevida, ó sin cuidado?
sin duda te has olvidado
que estás delante de mí.
¿Querer se ha de imaginar
en mi presencia? ¿querer?
Mas eso no puede ser:
Laura, volved á cantar.

Música.

No se fie en las caricias
de amor, quien niño le vé,
que con presencia de niño
tiene decretos de rey,

ESCENA V.

Los dichos y Polilla, vestido de médico gracioso.

Polilla.

Plegue al Cielo, que dé fuego
mi entrada.

Diana.

¿Quien entra aquì?

Polilla.

Ego.

Diana.

¿Quien?

Polilla.

Mihi, vel mi;
Scholasticus sum ego,
pauper, & enamoratus.

Diana.

¿Vos enamorado estais?
¿pues cómo aquí entrar osais?

Polilla.

No, señora, escarmentatus.

Diana.

¿Qué os escarmentó?

Polilla.

Amor ruin,
y escarmentado en su error,
me he hecho medico de amor,
por ir de ruin á rocin.

Diana.

¿De donde sois?

Polilla.

De un lugar.

Diana.

Fuerza es.

Polilla.

No he dicho poco;
que en latin lugar es loco.

Diana.

Ya os entiendo.

Polilla.

Pues andar,

Diana.

¿Y á que entrais?

Polilla.

La fama oí
de vos, con admiracion
de tan rara condicion.

Diana.

¿Donde supisteis de mí?

Polilla.

En Acapulco.

Diana.

¿Donde es?

Polilla.

Media legua de Tortosa;
y mi codicia ambiciosa
de saber curar despues
del mal de amor, sarna insana,
me trajo á veros por Dios:
por solo aprender de vos;
partíme luego á la Habana,
por venir á Barcelona,
y tomé postas allí.

Diana.

¿Postas en la Habana?

Polilla.

Si,
y me apée en Tarragona,
de donde vengo hasta aquí,
como hace fuerte el verano,
á pie á pediros la mano.

Diana.

¿Y qué os parece de mí?

Polilla.

Eso es fuerza que me aturda:
no tiene amor mejor flecha,

que vuestra mano derecha;
sino es que saqueis la zurda.

Diana.

Buen humor teneís.

Polilla.

Así:
¿gusta mi conversacion?

Diana.

Si.

Polilla.

Pues con una racion
os podeis artar de mí.

Diana.

Yo os la doy.

Polilla.

Beso... ¡Qué error!
¿Beso dije? ya no beso.

Diana.

¡Pues porqué?

Polilla.

El beso es el queso
de los ratones de amor.

Diana.

Yo os admito.

Polilla.

Dios delante:
mas sea con plaza de honor.

Diana.

¿No sois médico?

Polilla.

Hablador,
y así seré practicante.

Diana.

¿Y del mal de amor, que mata,
cómo curais?

Polilla.

Al que es franco
curo con unguento blanco.

Diana.

¿Y sana?

Polilla.

Sí, porque es plata.

Diana.

¿Estais mal con él?

Polilla.

Su nombre
me mata. Llamó al amor
Averroes, hernia, un humor,
que hila las tripas á un hombre.
Amor, señora, es congoja,
traicion, tiranìa villana,
y solo el tiempo le sana,
suplicaciones, y aloja.
Amor es quita razon,
quita sueño, quita bien,
quita pelillos tambien,
que hará calvo á un motilon,
y las que él obliga á amar,
todas acaban en quita,
Francisquita, Mariquita,
por ser todas al quitar.

Diana.

Lo que yo habia menester
para mi divertimiento,
tengo en vos.

Polilla.

Con ese intento
vine yo desde Añover.

Diana.

¿Añover?

Polilla.

El me crió,
que en este lugar estraño
se vén melones cada año,
y así Añover se llamó.

Diana.

¿Cómo os llamais?

Polilla.

Caniquí.

Diana.

¿Caniquí? A vuestra venida
estoy muy agradecida.

Polilla.

Para las dueñas nací.
Ya yo tengo introducion: *ap.*
así en el mundo sucede,
lo que un príncipe no puede,
yo he logrado por bufon.
Si ahòra no llega á rendilla
Carlos, sin maña se viene,
pues ya introducida tiene
en su pecho la polilla.

Laura.

Con los príncipes tu padre
viene, señora, acá dentro.

Diana.

¿Con los príncipes? ¿qué dices?
¡qué intenta mi padre, Cielos!
si es repetir la porfia
de que me case, primero
rendiré el cuello á un cuchillo.

Cintia.

¡Hay tal aborrecimiento
de los hombres! ¡Es posible,
Laura, que el brio, el aliento

del de Urgel no la arrebate!

Laura.

Que es hermafrodita, pienso.

Cintia.

A mì me lleva los ojos.

Laura.

Y á mì el Caniquí en secreto,
me ha llevado las narices;
que me agrada para lienzo.

ESCENA VI.

LOS DICHOS Y EL CONDE CON LOS TRES PRÍNCIPES.

Conde.

Príncipes, entrad conmigo.

Carlos.

Sin alma á sus ojos vengo: *ap.*
no sé si tendré valor
para fingir lo que intento:
siempre la hallo mas hermosa.

Diana.

¡Cielos! ¿qué puede ser esto? *ap.*

Conde.

Hija, Diana.

Diana.

Señor.

Conde.

Yo, que á tu decoro atiendo,
y á la deuda en que me ponen
los Condes con sus festejos,
habiendo de ellos sabido,
que del retiro que has hecho
de su vista, están quejosos....

Diana.

Señor, que me dés, te ruego,

licencia antes que prosigas,
ni tu palabra haga empeño
de cosa, que te esté mal,
de prevenirte mi intento.
Lo primero es, que contigo,
ni voluntad tener puedo,
ni la tengo, porque solo
mi alvedrío es tu precepto.
Lo segundo es, que el casarme,
señor, ha de ser lo mesmo,
que dar la garganta á un lazo,
y el corazon á un veneno.
Casarme y morir, es uno;
mas tu obediencia es primero
que mi vida: esto asentado,
venga ahora tu decreto.

Conde.

Hija, mal has presumido,
que yo casarte no intento,
sino dar satisfaccion
á los Príncipes, que han hecho
tantos festejos por tí:
y el mayor de todos ellos,
es pedirte por esposa,
siendo tan digno su aliento,
ya que no de tus favores,
de mis agradecimientos.
Y no habiendo de otorgarlo,
debe atender mi respeto
á que ninguno se vaya,
sospechando, que es desprecio,
sino aversion, que tu gusto
tiene con el casamiento.
Y tambien que esto no es
resistencia á mi precepto,

cuando yo no te lo mando,
porque el amor que te tengo,
me obliga á seguir tu gusto;
y pues tú en seguir tu intento,
ni á mí me desobedeces,
ni los desprecias á ellos;
dales la razon, que tiene
para esta opinion tu pecho,
que esto importa á tu decoro,
y acredita mi respeto.

ESCENA VII.

Los dichos menos el Conde.

Diana.
Si eso pretendeis no mas,
oid, que darosla quiero.

Gaston.
Solo á este intento venimos.

Bearne.
Y no estrañeis el deseo,
que mas estraña es en vos
la aversion al casamiento.

Carlos
Yo, aunque á saberlo he venido,
solo ha sido con pretesto,
sin estrañar la opinion,
de saber el fundamento.

Diana.
Pues oid, que ya le digo.

Polilla.
Vive Dios, que es raro empeño:
¿si hallará razon bastante?
porque será bravo cuento
dar razon para ser loca.

Diana.

Desde aquel albor primero
con que amaneció al discurso
la luz de mi entendimiento,
y el dia de la razon,
fué de mi vida el empleo
el estudio y la leccion
de la historia, en quien dá el tiempo
escarmiento á los futuros,
con los pasados ejemplos.
Cuantas ruinas y destrozos,
tragedias y desconciertos
han sucedido en el mundo
entre ilustres y plebeyos,
todas nacieron de amor.
Cuanto los sábios supieron,
cuanto á la filosofia
moral liquidó el ingenio,
gastaron en prevenir
á los siglos venideros
el ciego error, la violencia,
el loco, el tirano imperio
de esa mentida deidad,
que se introduce en los pechos
con dulce voz de cariño,
siendo un volcan allá dentro.
¿Qué amante jamás al mundo
dió á entender de sus efectos,
sino lástimas, desdichas,
lágrimas, ansias, lamentos,
suspiros, quejas, sollozos;
sonando con triste estruendo
para lastimar las quejas,
para escarmentar los ecos?
Si alguno correspondido

se vió, paró en un despeño,
que al que no su tiranía,
le puso el poder del cielo;
pues si quien se casa vá
á amar por deuda y empeño,
¿cómo se puede casar
quien sabe de amor el riesgo?
Pues casarse sin amor
es dar causa sin efecto:
¿cómo puede ser esclava
quien no se ha rendido al dueño?
¿Puede hallar un corazon
más indigno cautiverio,
que rendirle su alvedrío
quien no manda su deseo?
El obedecerle es deuda;
¿pues cómo vivirá un pecho
con una obediencia fuera
y una resistencia dentro?
Con amor, ó sin amor,
yo, en fin, casarme no puedo:
con amor porque es peligro,
sin amor, porque no quiero.

Bearne.

Dándome los dos licencia,
responderé á lo propuesto.

Gaston.

Por mi parte yo os la doy.

Carlos.

Yo, que responder no tengo,
pues la opinion que yo sigo
favorece aquel intento.

Bearne.

La mayor guerra, señora,
que hace el engaño al ingenio,

es estar siempre vestido
de aparentes argumentos.
Dejando las consecuencias,
que tiéne amor contra ellos
(que en un discurso engañado
suelen ser de ménos precio)
la esperiencia es la razon
mayor, que hay para venceros,
porque ella sola concluye
con la prueba del efecto.
Si vos os negais al trato,
siempre estareis en el yerro,
porque no cabe esperiencia
donde se escusa el empeño.
Vos vais contra la razon
natural; y el propio fuero
de nuestra naturaleza,
pervertís con el ingenio.
No negueis vos el oido
á las verdades del ruego;
porque si es razon no amar,
contra la razon no hay riesgo;
y si no es razon, es fuerza
que os ha de vencer el tiempo,
y entonces será victoría
publícar el vencimiento.
Vos defendeis el desdén,
todos vencerle queremos;
vos decís, que esto es razon;
permitios al festejo.
Haced escuela al desdén,
donde en nuestro galanteo,
los intentos de obligaros
han de ser los argumentos.
Veamos quien itene razon,

porque ha de ser nuestro empeño
inclinaros al cariño,
ó quedar vencidos ellos.

Diana.

Pues para que conozcais,
que la opinion que yo llevo
es hija del desengaño,
y del error vuestro intento,
festejad, imaginad
cuantos caminos y medios
de obligar una hermosura
tiene amor, halla el ingenio;
que desde aquí me permito
á lisonjas y festejos,
con el oído y los ojos,
solo para convenceros
de que no puedo querer;
y que el desdén que yo tengo,
sín fomentarle el discurso
es natural en mi pecho.

Gaston.

Pues si argumento ha de ser
desde hoy nuestro galanteo,
todos vamos á arguir
contra el desdén y el despègo.
Príncipes, de la razon,
y de amor es ya el empeño;
cada uno un medio elija
de seguir este argumento,
veamos para concluir,
quien elije mejor medio.

Bearne.

Yo voy á escoger el mio;
y de vos, señora, espero,
que habeis de ser contra vos.

el mas agudo argumento.

ESCENA VIII.

DICHOS MENOS DON GASTON Y EL DE BEARNE.

Carlos.

Pues yo, señora, tambien
por deuda de caballero,
proseguiré en festejaros;
mas será sin ese intento.

Diana.

¿Pues porqué?

Carlos.

Porque yo sigo
la opinion de vuestro ingenio;
mas aunque es vuestra opinion,
la mia es con mas estremo.

Diana.

¿De qué suerte?

Carlos.

Yo, señora,
no solo querer no quiero,
mas ni quiero ser querido.

Diana.

¿Pues en ser querido hay riesgo?

Carlos.

No hay riesgo, pero hay delito:
no hay riesgo, porque mi pecho
tiene tan establecido
el no amar en ningun tiempo,
que si el cielo compusiera
una hermosura, de estremos,
y esta me amára, no hallára
correspondencia en mi afecto.
Hay delito, porque cuando

sé yo qué querer nò puedo,
amarme, y no amar, seria
faltar mi agradecimiento;
y así yo, ni ser querido,
ni querer, señora, quiero,
porque temo ser ingrato,
cuando sé yo, que he de serlo.

Diana.

¿Luego vos me festejais
sin amarme?

Carlos.

Eso es muy cierto.

Diana.

¿Pues para qué?

Carlos.

Por pagaros
la veneracion que os debo.

Diana.

¿Y eso no es amor?

Carlos

¿Amor?
no señora, esto es respeto.

Polilla.

Cuerpo de Cristo ¡qué lindo,
qué bravo boton de fuego!
Echala de ese vinagre,
y verás, para su tiempo,
qué bravo escabeche sale.

Diana.

¿Cintia, has oido á este necio?
¿No es graciosa su locura?

Cintia.

Soberbia es.

Diana.

¿No será bueno

enamorar á este loco?

Cintia.

Si, mas hay peligro en eso.

Diana.

¿De qué?

Cintia.

Que tú te enamores,
si no logras el empeño.

Diana.

Ahora eres tú mas necia:
¿pues cómo puede ser eso?
¿No me mueven los rendidos,
y ha de arrastrarme el soberbio?

Cintia.

Esto, señora, es aviso.

Diana.

Por eso he de hacer empeño
de rendir su vanidad.

Cintia.

Yo me holgaré mucho de ello.

Diana.

Proseguid la bizarría,
que yo ahora os lo agradezco
con mayor estimacion,
pues sin amor os la debo.

Carlos.

¿Vos agradeceis, señora?

Diana.

Es porque con vos no hay riesgo.

Carlos.

Pues yo iré á empeñaros mas.

Diana.

Y yo voy á agradecerlo.

Carlos.

Pues mirad, que no querais,

porque cesaré en mi intento.

Diana.

No me costará cuidado.

Carlos.

Pues siendo así, yo lo acepto.

Diana.

Andad: venid Caniquí.

Carlos.

¿Qué decís?

Polilla.

Soy yo ese lienzo

Diana.

Cintia, rendido has de verle.

Cintia.

Si será, pero yo temo,
que te se trueque la suerte;
y eso es lo que yo deseo. *ap.*

Diana.

Mas oid.

Carlos.

¿Qué me quereis?

Diana.

Que si acaso os muda el tiempo...

Carlos.

¿A qué, señora?

Diana.

A querer.

Carlos.

¿Qué he de hacer?

Diana.

Sufrir desprecios.

Carlos.

?Y si en vos hubiese amor?

Diana.

Yo no querré.

Carlos.

Así lo creo.

Diana.

? Pues qué pedís ?

Carlos.

Por si acaso.

Diana.

Ese acaso está muy lejos.

Carlos.

¿ Y si llega ?

Diana.

No es posible.

Carlos.

Supongo.

Diana.

Yo lo prometo.

Carlos.

Eso pido.

Diana.

Bien está,
quede así.

Carlos.

Guardeos el Cielo.

Diana.

Aunque me cueste un cuidado,
he de rendir á este necio.

ESCENA IX.

CARLOS Y POLILLA.

Polilla.

Señor, buena vá la danza.

Carlos.

Polilla, yo estoy muriendo;
todo mi valor ha habido
menester mi fingimiento.

Polilla.

Señor, llévale adelante,
y verás si no dá fuego.

Carlos.

Eso importa.

Polilla.

Vén, señor,
que ya yo estoy acá dentro.

Carlos.

¿Cómo?

Polilla.

Con lo Caniquí
me he hecho ya lienzo casero.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de Salon.

CARLOS Y POLILLA.

Carlos.

Polilla, amigo, el pesar
me quita; dale á mi amor
alivio.

Polilla.

A espacio, señor,
que hay mucho que confesar.

Carlos.

Dímelo todo, que lucha
con mi cuidado mi amor.

Polilla.

¿Quieres besarme, señor?
Apártate allá y escucha.
Lo primero, esos bobazos
de esos Príncipes, ya sabes,
que en fiestas y asuntos graves
se están haciendo pedazos.
Fiesta tras fiesta no tarda,
y con su desdén tirano,
hacer fiestas es en vano,
porque ella no se las guarda.
Ellos gastan su dinero,
sin que con ello la obliguen,

y de enamorarla siguen
el camino carretero.
Y ellos mismos son testigos
que ván mal; que esta muger
el alcanzarla ha de ser
echando por esos trigos.
Y es tan cierta esta opinion,
que con tu desdén fingido
de tal suerte la has herido,
que ha pedido confesion;
y con mi bellaquería
su pecho ha comunicado,
como ella me ha imaginado
Doctor de esta teología.
Para rendirte, un intento
siempre à preguntar me sale:
mira tú de quién se vale
para que se yerre el cuento.
Yo dije con gran mesura,
si eso en cuidado te tray,
para obligarle no hay
medio como tu hermosura.
Hazle un favor, golpe en bola,
de cuando en cuando al cuitado,
y en viéndole enamorado,
vuélvete y dile mamola.
Ella, de mi parecer,
se ha aguadado de tal arte,
que ya está en galantearte:
mas ahora es menester,
que con ceño impenetrable,
aunque parezcas grosero,
siempre te estés mas entero,
que bolsa de miserable.
No te piques con la salsa,

no piense tu bobería,
que está la casa vacía,
por ver la cédula falsa:
porque ella la trae pegada,
y si tú vas á leella,
has de hallar que dice en ella,
aquí no se alquila nada.

Carlos.

¿Y de eso que ha de sacarse?

Polilla.

Que se pique esta muger.

Carlos.

¿Pues cómo puedes saber,
que ha de venir á picarse?

Polilla.

¿Cómo picarse? eso es bueno;
si ella lo finge diez dias,
y tu de ella te desvias,
te ha de querer al onceno;
á los doce ha de rabiar,
y á los trece me parece,
que aunque ella se esté en sus trece,
te ha de venir á rogar.

Carlos.

Yo pienso que dices bien;
mas yo temo de mi amor,
que si ella me hace un favor,
no sepa hacerla un desdén.

Polilla.

¡Qué mas dijera una niña!

Carlos.

¿Pues qué haré?

Polilla.

Mostrarte helado.

Carlos.

¿Como, si estoy abrasado?

Polilla.

Beber mucha garapiña.

Carlos.

Yo he de esforzar mi cuidado.

Polilla.

Ah, si, ¡pese á mi memoria!
que lo mejor de la historia
es lo que se me ha olvidado:
ya sabes que ahora son
carnestolendas.

Carlos.

¿Y pues?

Polilla.

Que en Barcelona uso es
de esta gallarda nacion,
que con fiestas se divierte,
llevar sin nota en su fama,
cada galan à su dama.
Esto en palacio es por suerte:
ellas eligen colores,
pide uno el galan que viene,
y la dama que le tiene,
vá con él, y á hacer favores
al galan el dia la empeña,
y él se obliga á ser iman;
y es gusto, porque hay galán,
que suele ir con una dueña.
Esto supuesto, Diana
contigo el ir ha dispuesto,
y no sé, por lograr esto,
como han puesto la pavana.
Ello està trazado ya;
mas ella sale: hacia allí

te esconde, no te halle aquí,
porque algo sospechará.

Carlos.

Persuade tú á su desvio,
que me enamore. *Se oculta.*

Polilla.

Es fórzoso:
tu eres enfermo dichoso,
pues te cura el beber frio.

ESCENA II.

LOS DICHOS, DIANA Y CINTIA.

Diana.

Cintia, este medio he pensado
para rendirle à mi amor:
yo he de hacerle mas favor;
todas como os he mandado,
como yo, habeis de traer
cintas de todos colores;
con que al pedir los favores,
podreis cualquiera escoger
el galán que os pareciere;
pues cualquier color, que pida,
ya la teneis prevenida,
y la que el de Urgel pidiere
dejádmela para mi.

Cintia.

Gran victoria has de alcanzar,
si le sabes obligar
á quererte.

Diana.

¿Caniqui?

Polilla.

¡O luz de este firmamento!

Diana.
¿Qué hay de nuevo?
Polilla.
Me he hecho amigo
de Carlos.
Diana.
Mucho me obligo
de tu cuidado.
Polilla.
Así intento *ap.*
ser espia, y del Consejo:
no es mi prevencion muy vana,
que esto es echar la botana
por si se sale el pellejo.
Diana.
¿Y no has descubierto nada
de lo que yo de él procuro?
Polilla.
¡Ay señora! está mas duro,
que huevo para ensalada;
pero yo sé tretas bravas
con que has de hacerle bramar.
Diana.
Pues tú lo has de gobernar.
Polilla.
¡Ay pobreta, que te clavas! *ap.*
Diana.
Mil escudos te apercibo,
si tú su desdén allanas.
Polilla.
Si haré: el emplasto de ranas *ap.*
pone por madurativo.
¿Y si le vieses querer,
qué haras despues de tentarle?
Diana.. ¿Qué? ofenderle, despreciarle,

ajarle y darle á entender,
que ha de rendir sus sosiegos
á mis ojos por despojos.

Carlos.

¡Fuego de amor en tus ojos!

Polilla.

¡Qué gran gusto es vér dos juegos! *ap.*
¿Digo, y no sería mejor,
despues de haberle rendido,
tener piedad del caìdo?

Diana.

¿Qué llamas piedad?

Polilla.

De amor.

Diana.

¿Qué es amor?

Polilla.

Digo, querer,
así al modo de empezar,
que aquesto de pellizcar
no es lo mismo que comer.

Diana.

¿Qué es lo que dices? ¿querer?
¿yo me habia de rendir?
Aunque le viera morir
no me pudiera vencer.

Carlos.

¡Hay muger mas singular!
¡O cruel!

Polilla.

Déjame hacer,
que no solo ha de querer
vive Dios, sino envidar.

Carlos.

Yo salgo: el alma se abrasa.

Polilla.

Cárlos viene.

Diana.

Disimula.

Polilla.

Lástima es que tome Bula. *ap.*
¡Si supiera lo que pasa!

Diana.

Cintia, avisa cuando es hora
de ir al sarao.

Cintia.

Ya he mandado,
que estén con ese cuidado.

Carlos.

Y yo el primero, señora,
vengo, pues es deuda igual,
á cumplir mi obligacion.

Diana.

¿Pues como, sin aficion,
sois vos el mas puntual?

Carlos.

Como tengo el corazon
sin los cuidados de amar,
tiene el alma mas lugar
de cumplir su obligacion.

Polilla.

Hazle un favorcillo al vuelo,
por si mas grato le vés.

Diana.

Eso procuro.

Polilla.

Esto es *ap.*
hacerla escupir al Cielo.

Diana.

Mucho, no teniendo amor,

vuestra asistencia me obliga.

Carlos.

Si es mandarme que prosiga,
sin hacerme ése favor,
lo haré yo, porque obligada
á eso mi atencion está.

Diana.

Poca lumbre el favor dá.

Polilla.

Está la yesca mojada.

Diana.

¿Luego al favor que yo os hago,
no le dais estimacion?

Carlos.

Eso con veneracion,
mas no con amor lo pago.

Polilla.

Necio, ni aun así lo pagues.

Carlos.

¿Qué quieres? Templa mi ardor,
aunqne es fingido, el favor.

Polilla.

Enjuágate no le tragues.

Diana.

¿Qué le has dicho?

Polilla.

Que al oillos
agradezca tus favores.

Diana.

Bien haces.

Polilla.

Esto es, señores, *ap.*
engañar á dos carrillos.

Diana.

Si yo á querer algun dia

me inclinase, fuera á vos.

Carlos.

¿Pórqué?

Diana.

Porque entre los dos
hay oculta simpatía,
en llevar vos mi opinion,
en ser vos del genio mió;
y á sufrirlo mi alvedrio,
fuera á vos mi inclinacion.

Carlos.

Pues hicierais mal.

Diana.

No hiciera,
que sois galan.

Carlos.

No es por eso.

Diana.

¿Pues porqué?

Carlos.

Porque os confieso,
que yo no os correspondiera.

Diana.

Pues si os viérades amar
de una muger como yo,
¿no me quisiérades?

Carlos.

No.

Diana.

Claro sois.

Carlos.

No sé engañar.

Polilla.

¡O pecho heróico y valiente!
Dale por esos hijares;

si tú no se la pegares,
me la claven en la frente.

Diana.

Mucho al enojo me acerco:
tal desahogo no he visto.

Polilla.

Desvergüenza es, vive Cristo.

Diana.

¿Has visto tal?

Polilla.

Es un puerco.

Diana.

¿Qué haré?

Polilla.

Meterle en la danza
de amor, y á puro desdén
quemarle.

Diana.

Tú dices bien,
que esa es la mayor venganza.
Yo os tuve por mas discreto.

Carlos.

¿Pues qué he hecho contra razon?

Diana.

Eso es ya desatencion.

Carlos.

No ha sido sino respeto;
y porque veais que es error,
que haya en el mundo quien crea,
que el que quiere lisonjea,
oid de mí lo que es amor.
Amar, señora, es tener
inflamado el corazon
con un deseo de ver
á quien causa esta pasion,

que es la gloria del querer.
Los ojos que se agradaron
de algun sugeto que vieron,
al corazon trasladaron
las especies que cogieron,
y esta inflamacion causaron:
Su hidrópico ardor procura
apagar de sus antojos
la sed; y al ver la hermosura,
mas crece la calentura,
mientras mas beben los ojos.
Siendo esta fiebre mortal,
quien corresponde al amor,
bien se vé, que es desleal;
pues remedia el dolor,
dándole mas fuerza al mal.
Luego el que amado se viere
no obliga en corresponder,
si daña como se infiere:
pues oid como su querer
tampoco obliga el que quiere.
Quien ama con fé mas pura,
pretende de su pasion
alíviar la pena dura
mirando aquella hermosura,
que adora su corazon.
El contento de miralla
le obliga al ansia de verla;
esto en rigor es amalla,
luego aquel gusto que halla
le obliga solo á quererla.
Y esto mejor se apercíbe
del que aborrecido está;
pues aquel amando vive,
no por el gusto que dá,



sino por el que recibe.
Los que aborrecidos son
de la dama que apetecen,
no sienten la desazon
que les causa su pasion,
sino porque ellos padecen.
Luego, si por su tormento
el desdén siente quien ama,
el que quiere mas atento
no quiere el bien de su dama,
sino su propio contento.
A su propia conveniencia
dirige amor su fatiga:
luego es clara consecuencia,
que ni con amor se obliga,
ni con su correspondencia.

Diana.

El amor es una union
de dos almas, que su ser
truecan por transformacion,
donde es fuerza que ha de haber
gusto, agrado y eleccion.
Luego si el gusto es despues
del agrado y la eleccion,
y esta voluntaria es,
ya le debe obligacion,
si no amante, de cortés.

Carlos.

Si vuestra razon infiere,
que es amar obligacion,
¿por qué os ofende el que quiere?

Diana.

Porque yo tendré razon
para lo que yo quisiere.

Carlos.
¿Y qué razon puede ser?
Diana.
Yo otra razon no prevengo
mas, que quererla tener.
Carlos.
Pues esa es la que yo tengo
para no corresponder.
Diana.
¿Y si acaso el tiempo os muestra
que vence vuestra porfia?
Carlos.
Siendo una la razon nuestra,
si se venciere la mia
no es muy segura la vuestra. (1)
Laura.
Señora, los instrumentos
ya de ser hora dan señas
de comenzar el sarao
para las carnestolendas.
Polilla.
Y ya los príncipes vienen.
Diana.
Tened todas advertencia
de prevenir los colores.
Polilla.
Ha señor, ¿estás alerta?
Carlos.
¡Ay Polilla, lo que finjo
toda una vida me cuesta!
Polilla.
Calla, que de enamorarla
te hartarás al ir con ella.

---

(1) *Suenan instrumentos.*

por la obligacion del dia.

Carlos.

Disimula, qué ya llegan.

ESCENA IV.

NOS, LOS PRÍNCIPES Y LOS MUSICOS CANTANDO.

Música

Venid los galanes
á elegir las damas,
que en carnestolendas
amor se disfraza.
Falarala, larala &c.

Bearne.

Dudoso vengo, señora;
pues teniendo poca estrélla,
vengo fiado en la suerte.

Gaston.

Aunque mi duda es la mesma
el elegir la color
me toca á mí, que el ser buena,
pues le toca á mi fortuna,
ella debe cuidar de ella.

Diana.

Pues sentaos, y cada uno
elija color, y sea
como es uso, previniendo
la razon para escogerla;
y la dama que le tiene,
salga con él, siendo deuda
el enamorarla en él,
y el favorecerle en ella.

Música.

Venid los galanes
á elegir las damas, &c.

Bearne.

Esta es accion de fortuna;
y ella, por ser loca y ciega,
siempre le dá lo mejor
á quien tiene menos prendas;
y por no tener ninguna
es forzoso que yo sea
quien tenga mas esperanza;
y asi, el escoger es fuerza
el color verde.

Cintia.

Si yo *ap.*
escojo de lo queda
despues de Carlos, yo elijo
al de Bearne. Yo soy vuestra
que tengo el verde: tomad *dásela.*
la cinta.

Bearne.

Corona sea
de mi suerte el favor vuestro,
que á no serlo, eleccion fuera (1)

Música.

Vivan los galanes
con sus esperanzas,
que para ser dichas
el tenerlas basta.
Falarala larala.

Gaston.

Yo nunca tuve esperanza,
sino envidia, pues cualquiera
debe mas favor que yo
á las luces de su estrella;

(1) *Dánzan una mudanza, ponense mascarillas, y retiranse á un lado, quedando en pie.*

y pues siempre estoy zeloso;
azul quiero.

Fenisa.

Yo soy vuestra,
que tengo el azul; tomad.

dásela.

Gaston.

Mudar de color pudiera,
pues ya, señora, mi envidia
con tan buena suerte cesa. (1)

Música.

No cesan los zelos
por lograr la dicha,
pues los hay entonces
de los que la envidian.
Falarala, &c.

Polilla.

¿Y yo he de elegir color?

Diana.

Claro está.

Polilla.

Pues vaya fuera,
que ya salirme queria
á la cara la vergüenza.

Diana.

¿Qué color pides?

Polilla.

Yo tengo
hecho el buche á damas feas:
de suerte, que habrá de ser
muy mala la que me quepa.
De las damas, que aqui miro,
no hay ninguna que no sea
como una rosa, y pues yo

Danzan y retiranse.

la he de hacer mala por fuerza;
por si ella es como una rosa,
yo la quiero rosa seca.
Rosa seca, sal aca:
¿quien la tiene?

Laura.

Yo soy vuestra,
quo tengo el color; tomad. *dásela.*

Polilla.

¿Yo aquí he de favorecerla,
y ella á mí ha de enamorarme?

Laura.

No, sino al reves.

Polilla.

Pues vuelta;
enamórame al reves.

Laura.

Que no ha de ser esto, bestia,
sino enamorarme tú.

Polilla.

¿Yo? Pues toda la manteca
hecha pringue en la sarten
á tu blancura no llega,
ni con tu pelo se iguala
la frisa de la bayeta,
ni dos ojos de jabon
mas que los tuyos blanquean,
ni siete bocas hermosas,
las unas tras otras puestas,
son tanto como la tuya:
y no hablo de pies, y piernas,
porque no hilo tan delgado;
que aunque yo con tu belleza
he caido, no he caido,

pues no cae el que no peca. (1)

Música.

Quien á rosas secas
su eleccion inclina,
tiene amor de rosas,
y temor de espinas: Falarala &c.

Carlos.

Yo á elegir quedó el postrero,
y ha sido por la violencia,
que me hace la obligacion
de haber de fingir finezas;
y pues ir contra el dictámen
del pecho, es enojo y pena,
para que lo signifique,
de los colores que quedan,
pido el color encarnado:
¿quién le tiene?

Diana.

Yo soy vuestra,
que tengo el nácar; tomad. *ddsela.*

Carlos.

Si yo, señora, supiera
el acierto de mi suerte,
no tuviera por violencia
fingir amor, pues ahora
le debo tener de veras. (2)

Música.

Iras significa
el color de nacar,
¿el desden no es ira?
¿quien tiene iras ama?
Falarala, &c.

Danzan y retirdnse.
Danzan y retiranse.

Polilla.

Ahora te puedes dar
un hartazgo de finezas,
como para quince dias,
mas no te ahites con ellas.

Diana.

Guie la música, pues,
á la plaza de las fiestas,
y ya galanes y damas
vayan cumpliendo la deuda.

Música.

Vayan los galanes
todos con sus damas,
que en carnestolendas
amor se disfraza.
Falarala, &c.

ESCENA V.

DIANA Y CARLOS.

Diana.

Yo he de rendir á este hombre, *ap.*
ó he de condenarme á necia.
¡Qué tibio galan haceis!
(c) bien se vé en vuestra tibieza,
que es violencia enamorar;
y siendo el fingirlo fuerza,
no saberlo hacer, no es falta
de amor, sino de agudeza.

Conde.

Si yo hubiera de fingirlo
no tan remiso estuviera,
que donde no hay sentimiento
está mas pronta la lengua.

Diana.

¿Luego estais enamorado
de mí?

Carlos.

Si no lo estuviera
no me atára este temor.

Diana.

¿Que decís, hablais de veras?

Carlos.

¿Pues si el alma lo publica
puede fingirlo la lengua?

Diana.

¿Pues no digisteis que vos
no podeis querer?

Carlos.

Eso era
porque no me habia tocado
el veneno de esta flecha.

Diana.

¿Qué flecha?

Carlos.

La de esta mano,
que el corazon me atraviesa;
y como el pez, que introduce
su venenosa violencia
por el hilo, y por la caña,
al pescador pasma, y yela
el brazo con que la tiene;
á mi el alma me penetra
el dulce ardiente veneno,
que de vuestra mano bella
se introduce por la mia,
y hasta el corazon me llega.

Diana.

Albricias, ingenio mio, *ap.*

que ya rendí su soberbia:
ahora probará el castigo
del desden de mi belleza.
¿Qué en fin, vos no imaginabais
querer, y quereis de veras?

Carlos.

Toda el alma se me abrasa,
todo mi pecho es centellas.
Temple en mí vuestra piedad
este ardor que me atormenta.

Diana.

Soltad, ¿qué decís? soltad. (1)
¡Yo favor! La pasion ciega
para el castigo os disculpa,
mas no para la advertencia.
¿A mi me pedís favor,
diciendo que amais de veras?

Carlos.

Cielos, yo me despeñé, *ap.*
pero válgame la enmienda.

Diana.

¿No os acordais de que os dije,
que en queriendome, era fuerza,
que sufrierais mis desprecios,
sin que os valiese la queja?

Carlos.

¿Luego de veras hablais?

Diana.

¿Pues vos no quereis de veras?

Carlos.

¡Yo, señora! ¿Pues se pudo
trocar mi naturaleza?

---

(1) *Quitase la mascarilla Diana y sueltale la mano.*

¿Yo querer de veras? ¿yo?
¡Jesus, qué error! ¿Eso piensa
vuestra hermosura? ¿Yo amor?
Pues cuando yo le tuviera,
de vergüenza le callára;
esto es cumplir con la deuda
de la obligacion del dia.

Diana.

¿Qué me decís? Yo estoy muerta. *ap.*
¿Qué no es de veras? ¡Qué escucho! *ap.*
¿Pues como aquí á hablar acierta
mi vanidad de corrida?

Carlos.

¿Pues vos, siendo tan discreta,
no conoceis que es fingido?

Diana.

¿Pues aquello de la flecha,
del pez, del hilo, y la caña,
y el decir que el desden era,
porque no os habia tocado
del veneno la violencia?

Carlos.

Pues eso es fingirlo bien:
¿tan necio quereis que sea
que cuando á fingir me ponga,
lo finja sin apariencia?

Diana.

¡Qué es esto que me sucede! *ap.*
¿Yo he podido ser tan necia,
que me haya hecho este desaire?
Del incendio de esta afrenta
el alma tengo abrasada;
mucho temo que lo entienda:
yo he de enamorar á este hombre,
si toda el alma me cuesta.

Carlos.

Mirad que esperan, señora.

Diana.

¡Qué á mi este error me suceda!
¿Pues como vos...?

Carlos.

¿Qué decís?

Diana.

¿Qué iba yo á hacer? ya estoy ciega: *ap.*
poneos la máscara, y vamos.

Carlos.

¿No ha sido mala la enmienda: *ap.*
así trata el rendimiento?
¡Ah cruel! ¡ah ingrata! ¡ah fiera!
yo echaré sobre mi fuego
toda la nieve del Etna.

Diana.

Cierto, que sois muy discreto,
y lo fingis de manera,
que lo tuve por verdad.

Carlos.

Cortesanía fue vuestra
el fingiros engañada,
por favorecer con ella,
que con eso habeis cumplido
con vuestra naturaleza,
y la obligacion del dia;
pues fingiendo la cautela
de engañaros, porque á mí
me dais crédito con ella,
favoreceís el ingenio,
y despreciais la fineza.

Diana.

Bien agudo ha sido el modo *ap.*
de motejarme de necia:

mas así le he de engañar.
Venid, pues, y aunque yo sepa,
que es fingido, proseguid,
que eso á estimaros me empeña
con mas veras.

Carlos.

¿De qué suerte?

Diana.

Hace á mi desden mas fuerza
la discrecion, que el amor,
y me obligais mas con ella.

Carlos.

¡Quién no entendiese su intento! *ap.*
yo le volveré la flecha.

Diana.

¿No proseguís?

Carlos.

No señora.

Diana.

¿Por qué?

Carlos.

Me ha dado tal pena
el decirme que os obligo,
que me ha hecho perder la senda
de fingirme enamorado.

Diana.

¿Pues vos, qué perder pudierais
en tenerme á mí obligada
con vuestra intencion discreta?

Carlos.

Arriesgarme á ser querido.

Diana.

¿Pues tan mal os estuviera?

Carlos.

Señora, no está en mi mano;

y si yo en eso me viera,
fuera cosa de morirme.

Diana.

¡Que esto escuche mi belleza! *ap.*
¿Pues vos presumis que yo
puedo quereros?

Carlos.

Vos mesma
decís, que la que agradece
está de querer muy cerca:
pues quien confiesa que estima
¿qué falta para que quiera?

Diana.

Menos falta para injuria
á vuestra loca soberbia;
y eso poco que le falta,
pasando ya de grosera,
quiero escusar con dejaros:
Idos.

Carlos.

¿Pues cómo á la fiesta
quereis faltar? ¿puede ser
sin dar causa á otra sospecha?

Diana.

Ese riesgo á mí me toca:
decid, que estoy indispuesta,
que me ha dado un accidente.

Cárlos.

Luego con eso licencia
me dais para no asistir.

Diana.

Si os mando que os vais, no es fuerza?

Carlos.

Me habeis hecho un gran favor:
guarde Dios á vuestra Alteza. *vase.*

Diana.

¿Qué es lo que pasa por mí?
Tan corrida estoy, tan ciega,
que si supiera algun medio
de triunfar de su soberbia,
aunque arriesgára el respeto,
por rendirle á mi belleza,
á costa de mi decoro
comprára la diligencia.

ESCENA VI.

DIANA Y POLILLA.

Polilla.

¿Qué es esto, señora mia?
¿cómo se ha aguado la fiesta?

Diana.

Hame dado un accidente.

Polilla.

Si es cosa de la cabeza,
dos parches de tacámaca,
y que te traigan las piernas.

Diana.

No tienen piernas las damas.

Polilla.

Pues por esta razon mesma
digo yo que te las traigan:
¿mas qué ha sido tu dolencia?

Diana.

Aprieto del corazon.

Polilla.

¡Jesus! pues si no es mas de ésa,
sángrate y púrgate luego:
y échate unas sanguijuelas,
dos docenas de ventosas,

y al instante estarás buena.

Diana.

Caniquí, yo estoy corrida
de no vencer la tibieza
de Carlos.

Polilla.

¿Pues eso dudas?
¿Quieres que por tí se pierda?

Diana.

¿Pues cómo se ha de perder?

Polilla.

Hazle que tome una renta.
¿Pero de veras hablando,
tú, señora, no deseas,
que se enamore de tí?

Diana.

Toda mi corona diera
por verle morir de amor.

Polilla.

¿Y es eso cariño, ó tema?
la verdad; ¿te entra el Carlillos?

Diana.

¿Qué es cariño? yo soy peña:
para abrasarle á desprecios,
á desaires y violencias,
lo deseo solo.

Polilla.

¡Zape!
aun está verde la breva;
mas ella madurará,
como hay muchachos y piedras.

Diana.

Yo sé, que él gusta de oir
cantar.

Polilla.

Mucho, como sea
la pasion, ó algun buen salmo
cantado con castañetas.

Diana.

¡Salmo! ¿qué decís?

Polilla.

Es cosa,
señora, que esto le eleva;
lo que es música de salmos
pierde su juicio por ella.

Diana.

Tú has de hacer por mí una cosa.

Polilla.

¿Qué?

Diana.

Abíerta hallarás la puerta
del jardin; yo con mis damas
estaré allí, y sin que él sepa
que es cuidado, cantaremos:
tú has de decir que le llevas
porque nos oiga cantar,
diciendo, que aunque le vean,
á tí te echarán la culpa.

Polilla.

Tú has pensado brava treta,
porque en viéndote cantar
se ha de hacer una jalea.

Diana.

Pues vé á buscarle al momento.

Polilla.

Llevarele con cadena:
á oir cantar irá el otro
tras de un entierro; mas sea
buen tono.

Diana.

¿Qué te parece

Polilla.

Alguna cosa burlesca,
que tenga mucha alegría.

Diana.

¿Cómo que?

Polilla.

Un requien eternam.

Diana.

Mira que voy al jardin.

Polilla.

Pues ponte como una Eva,
para que caiga este Adan.

Diana.

Allá espero.

ESCENA VII.

POLILLA Y DESPUES CARLOS.

Polilla.

Norabuena,
que tú has de ser la manzana,
y has de llevar la culebra.
Señores, ¡que estas locuras
ande haciendo una princesa!
¿Mas quien tiene la mayor,
qué mucho que esotras tenga?
porque las locuras son
como un plato de cerezas,
que tirando de la una,
las otras se ván tras ella.

Carlos.

¿Polilla, amigo?

Polilla

¡Carlos, bravo cuento!

Carlos.

¿Pues qué ha habido de nuevo?

Polilla.

Vencimiento.

Carlos.

¿Pues tú que has entendido?

Polilla.

Que para enamorarte, me ha pedido
que te lleve al jardin, donde has de bella,
mas hermosa y brillante que una estrella,
cantando con sus damas,
que como te imagina duro tanto,
ablandarte pretende con el canto.

Carlos

¿Eso hay? mucho lo estraño.

Polilla.

Mira si es liviandad de buen tamaño,
y si está ya harto ciega,
pues esto hace, y de mi á fiarlo llega.

Carlos.

Ya escucho el instrumento. (1)

Polilla.

Esta ya es tuya.

Carlos.

Calla, que canta ya.

Polilla.

Pues aleluya.

Música.

Olas eran de zafir
las del mar solo esta vez,

Tocan dentro.

con el que siempre le aclamará
los mares segundo Rey.

Polilla.

Vamos, señor.

Carlos.

¿Qué dices, que yo muero?

Polilla.

Deja eso á los pastores de la Arcadia,
y vámonos allá, que esto es primero.

Carlos.

¿Y qué he de hacer?

Polilla.

Entrar y no mirarla,
y divertirte con la copia bella
de flores, y aunque ella
se haga rajas cantando, no escucharla,
porque se abrase.

Carlos.

No podré emprenderlo.

Polilla.

¿Cómo no? Vive Cristo que has de hacerlo,
ó te tengo de dar con esta daga,
que traigo para eso, que esta llaga
se ha de curar con escozor.

Carlos.

No intentes
eso, que no es posible que lo allanes.

Polilla.

Señor, tu has de sufrir polvos de Juanes,
que toda el alma tienes ya podrida. *Músic.*

Carlos.

Otra vez cantan; oye por tu vida.

Polilla

Pese á mi alma; vamos,
no en eso tiempo pierdas.

Carlos.

Atendamos,
que luego entrar podemos.

Polilla.

Allá desde mas cerca escucharemos.
Anda con Barrabás.

Carlos.

Oye primero.

Polilla.

Has de entrar, vive Dios.

Carlos.

Oye.

Polilla.

No quiero. (1)

ESCENA VIII.

Decoracion de jardin.

DIANA Y TODAS LAS DAMAS EN GUARDEPIESES Y JUSTILLOS CANTANDO.

Música.

Olas eran de zafir,
las del mar solo esta vez,
con el que siempre le aclaman
los mares segundo Rey.

Diana.

¿No habeis visto entrar á Carlos?

Cintia.

No solo no le hemos visto,
mas ni aun de que venir pueda
en el jardin hay indicio.

Diana.

Laura, tén cuenta si viene.

(1) *Métele á empellones.*

Laura.

Ya yo, señora lo miro.

Diana.

Aunque arriesgue mi decoro,
he de vencer sus desvios.

Laura.

Cierto, que estás tan hermosa,
que ha de faltarle el sentido
si te vé y no se enamora;
mas señora, ya le he visto,
ya está en el jardin.

Diana.

¿Qué dices?

Laura.

Que con Caniquí ha venido.

Diana.

Pues volvamos á cantar
y sentaos todas conmigo. (1)

ESCENA IX.

POLILLA, CARLOS Y DICHAS.

Polilla.

No te derritas, señor.

Carlos.

Polilla, ¿no es un prodigio
de belleza? en aquel trage
doméstico es un hechizo.

Polilla.

¡Qué guapas están las damas
en guardapiés y justillo!

Carlos.

¿Para qué son los adornos

---

(1) *Siéntanse ahora todas.*

donde hay sin ellos tal brio?

Polilla.

Mira, estas son como el cardo,
que el hortelano, advertido,
le deja las pencas malas,
que aunque no son de servicio,
abultan para venderle;
pero despues de vendido
solo se come el cogollo:
pues las damas son lo mismo,
lo que se come es aquesto,
que el moño y el artificio
de las faldas son las pencas
que se echan á los borricos:
pero vuelve allá le cara,
no mires que vás perdido.

Carlos.

Polilla, no he de poder.

Polilla.

¿Que llamás no? Vive Cristo,
que he de meterte la daga
si vuelves. *Pónele la daga en la cara.*

Carlos.

Ya no la miro.

Polilla.

Pues la estás oyendo, engaña
los ojos con los oidos.

Carlos.

Pues vámonos alargando,
porque si canta, el no oirlo
no parezca que es cuidado,
sino divertirme el sitio.

Cintia.

Ya te escucha, cantar puedes.

Diana.

Asi vencerle imagino.

Canta.

El que solo de su abril,
escogió mayo cortés,
por gala de su esperanza,
las flores de su desdén....

Diana.

? No ha vuelto á oir?

Laura.

No señora.

Diana.

¿Cómo no? ¿pues no me ha oido?

Cintia.

Puede ser, porque estás lejos.

Carlos.

En toda mi vida he visto
mas bien compuesto jardin.

Polilla.

Vaya de eso, que eso es lindo.

Diana.

Al jardin está mirando;
este hombre está sin sentido:
¿ qué es esto? Cantemos todas,
para ver si vuelve á oirnos.

Cantan todas.

A tan dichoso favor
sirva tan florido mes,
por gloria de sus trofeos
rendido le bese el pie.

Carlos.

! Qué bien hecho está aquel cuadro
de sus armas! ¡qué pulido!

Polilla.

Harto mas pulido es eso.

Diana.

¡Qué esto escucho! ¡que esto miro!
Los cuadros está alabando
cuando yo canto!

Carlos.

No he visto
yedra mas bien enlazada:
¡qué hermoso verde!

Polilla.

Eso pido:
date en lo verde, que engordas.

Diana.

No me ha visto, ó no me ha oido;
Laura, al descuido le advierte,
que estoy yo aquí. *Levántase Laura.*

Cintia.

Este capricho
la ha de despeñar á amar.

Laura.

Carlos, estad advertido,
que está aquì dentro Diana.

Carlos.

Tiene aquí un famoso sitio:
los laureles están buenos;
pero entre aquellos jacintos
aquel pié de guindo afea.

Polilla.

¡O qué lindo pié de guindo!

Diana.

¿Ya se lo advertiste, Laura?

Laura,

Ya, señora, se lo he dicho.

Diana.

Ya no yerra de ignorancia;

¿ pues cómo está divertido? (1)

Polilla.

Señor, por aquesta calle
pasa sin mirar.

Carlos.

Rendido
estoy á mi resistencia:
volver temo.

Polilla.

Tén, por Christo,
que te herirás con la daga.

Carlos

Ya no puedo mas, amigo.

Polilla.

Hombre, mira que te clavas.

Carlos.

¿ Qué quieres? ya me he vencido.

Polilla.

Vuelve por esotro lado.

Carlos.

¿Por acá?

Polilla.

Por allá digo.

Diana.

¿No ha vuelto?

Laura,

Ni lo imagina.

Diana.

Yo no creo lo que miro:
vé tú al descuido, Fenisa,
y vuelve á dar el aviso. *Levántase Fenisa*

---

(1) *Pasan por delante de ellas, llevándole Polilla la daga junto á la cara porque no vuelva.*

Polilla.

Otro correo dispara,
mas no dán lumbre los tiros.

Fenisa.

¿Carlos?

Carlos.

¿Quién llama?

Polilla.

¿Quién es?

Fenisa.

Ved, que Diana os ha visto.

Carlos.

Admirado de esta fuente,
en verla me he divertido,
y no habia visto á su Alteza:
decid, que ya me retiro.

Diana.

¡Cielos! sin duda se vá:
oid, escuchad, á vos digo. *Levántase.*

Carlos.

¿A mí, señora?

Diana.

Sí, á vos.

Carlos.

¿Qué mandais?

Diana.

¿Cómo, atrevido
habeis entrado aquí dentro,
sabiendo que en mi retiro
estaba yo con mis damas?

Carlos.

Señora, no os habia visto;
la hermosura del jardin
me llevó, perdon os pido.

Diana.

Esto es peor, que aun no dice,
que para escucharme vino. *ap.*
¿Pues no me oiste?

Carlos.

No señora.

Diana.

No es posible.

Carlos.

Un yerro ha sido,
que solo enmendarse puede
con no hacer mas el delito. *váse.*

Cintia.

Señora, este hombre es un tronco.

Diana.

Déjame, que sus desvios
el sentido han de quitarme.

Cintia.

Aquesto vá ya perdido; *ap.*
si ella no está enamorada
de Carlos, ya vá camino. *váse.*

Diana.

¡Cielos, qué es esto que veo!
un etna es cuanto respiro:
¡yo despreciada!

Polilla.

Eso sí,
pese á su alma, dé brincos.

Diana.

¿Caniquí?

Polilla.

¿Señora mia?

Diana.

¿Qué es esto? ¿Este hombre no vino
á escucharme?

Polilla.

Si señora.

Diana.

¿Pues cómo no ha vuelto á oirlo?

Polilla.

Señora, es loco de atar.

Diana.

¿Pues qué respondió, ó qué dijo?

Polilla.

Es vergüenza.

Diana.

Dilo pues.

Polilla.

Que cantabais como niños
de escuela, y que no queria
escucharos.

Diana.

¿Eso ha dicho?

Polilla.

Si señora.

Diana.

¡Hay tal desprecio!

Polilla.

Es un bobo.

Diana.

Estoy sin juicio.

Polilla.

No hagas caso.

Diana.

¡Estoy mortal!

Polilla.

Que es un bárbaro.

Diana.

Eso mismo
me ha de obligar á rendirle,

si muero por conseguirlo.

Polilla.

Buena vá la danza, alcalde,
y dá en la albarda el granizo.

ACTO TERCERO.

Decoracion de salon.

ESCENA PRIMERA.

CARLOS, POLILLA, DON GASTON Y EL DE BEARNE.

Gaston.

Carlos, nuestra amistad nos dá licencia
de valernos de vos para este intento.

Carlos.

Ya sabeis que es segura mi obediencia.

Bearne.

En fé de eso os consulto el pensamiento.

Polilla.

Vá de consulta, y salga la propuesta,
que todo lo demás es molimiento

Bearne.

Ya vos sabeis que no ha quedado fiesta,
fineza, ostentacion, galantería,
que no haya sido de los tres compuesta,
para vencer la justa antipatía,
que nos tiene Diana sin debella,
ni aun lo que debe dar la cortesía;
pues habiendo salido vos con ella,
la obligacion y el uso de la suerte,
por no favoreceros, atropella;
y la alegría del festin convierte
en queja de sus damas y en desprecio
de nosotros, si el término se advierte:
y de nuestro decoro haciendo aprecio,

mas que de nuestro amor, nos ha obligado
solamente á vencer su desdèn necio;
y el gusto quedará desempeñado
de los tres, si la viésemos vencida
de cualquiera de todos al cuidado.
Para esto, pues, traemos prevenida
yo y don Gaston la industria que os diremos,
que sí á esta flecha no quedare herida,
no queda ya camino que intentemos.

Carlos.

¿Qué es la industria?

Gaston.

Que pues para estos dias
todos por suerte ya damas tenemos,
prosigamos en las galanterías
todos, sin hacer caso de Diana,
pues ella se escusó con sus porfias;
que si á ver llega su altivéz tirana,
por su desdén, su adoracion perdida,
si no de amante, se ha de herir de vana:
y en conociendo indicios de la herida,
nuestras finezas han de ser mayores,
hasta tenerla en su rigor vencida.

Polilla.

No es ese mal remedio; mas señores,
eso es lo mismo que á cualquier doliente
el quitarle la cena los doctores.

Bearne.

Pero si no es remedio suficiente,
cuando no alivie ó temple la dolencia,
sirve de que no crezca el accidente:
si á Diana la ofende la decencia
con que la festejamos, porfiarla
solo será crecer su resisténcia.
Ya no queda mas medio que dejarla,

pues sí la ley, que dió naturaleza,
no falta en ella, así hemos de obligarla:
porque en viendo perdida la fineza
la dama, aun de aquel mismo que aborrece,
sentirlo es natural en la belleza,
que la veneracion de que carece,
aunque el gusto cansado la desprecia,
la vanidad del alma la apetece;
y si le falta lo que el alma aprecia,
aunque lo calle allá su sentimiento,
la estará á solas condenando é necia;
y cuando no se logre el pensamiento
de obligarla á querer, en qué lo sienta
queda vengado bien nuestro tormento.

Cárlos.

Lo que ofendido vüestro amor intenta,
por dos causas de mi queda aceptado;
una, el ser fuerza que ella lo consienta,
porque eso su desden nos ha mandado;
y otra que sin amor ese desvio
no me puede costar ningun cuidado.

Bearne.

Pues la palabra os tomo.

Carlos.

Yo la fio.

Bearne.

Y aun de Diana el nombre á nuestro labio
desde aquí le prohiba el alvedrio.

Gaston.

Ese contra el desden es medio sábio.

Carlos.

Digo, que de mi parte lo prometo.

Bearne.

Pues vos vereis vengado nuestro agravio.

Gaston.

Vamos, y aunque se ofenda su respeto,
en festejar las damas prosigamos
con mas finezas.

Carlos.

Yo el desvio aceto.

Bearne.

Pues si á un tiempo todos la dejamos,
cierto será el vencerla.

Carlos.

Así lo creo.

Bearne.

Vamos, pues, don Gaston.

Gaston.

Bearne, vamos.

Bearne.

Logrado habeis de ver nuestro deseo.

ESCENA II.

CARLOS Y POLILLA.

Polilla.

Señor, esta es brava traza,
y medida á tu deseo,
que esto es echarte el ojéo,
porque tu matés la caza.

Carlos.

Polilla, ¡muger terrible!
Que aun no quiera tan picada!

Polilla.

Señor, ella está abrasada,
mas rendirse no es posible:
ella te quiere, señor,
y dice que te aborrece;
mas lo que ira le parece,

es quinta esencia de amor:
porque cuando una muger
de los desdenes se agravia,
bien puede llamarlo rabia,
mas es rabia por querer.
Dia y noche está trazando
como vengar su congoja;
mas no temas que te coja,
que ella te dará bien blando.

Carlos.

¿Qué dice de mi?

Polilla.

Te acusa:
dice que eres un grosero,
desatento, majadero:
y yo, que entiendo la musa,
digo, señora, es un loco,
un sucio: y ella despues
vuelve por tí, y dice: no es,
que ni tanto, ni tampoco.
En fin, porque sus desvelos
no se logren, imagino,
que ahora toma otro camino,
y quiere picarte á zelos.
Conoce la ballestilla,
y si acaso te la echa,
disimula, y dí á la flecha,
riyendo: hagote cosquilla,
que ella te se vendrá al ruego.

Carlos.

¿Porqué?

Polilla.

Porque aunque se enoje
quien cuando siembra no coge,

va á pedir limosna luego:
eso es, señor, evidencia.
Lope, el fenix español,
de los ingenios el sol,
lo dijo en esta sentencia:
Quien tiene zelos, y ofende,
¿qué pretende?
la venganza de un desden;
¿y si no le sale bien?
vuelve á comprar lo que vende.
Mas ya los príncipes van
sus músicas previniendo.

Carlos.

Irme con ellos pretendo.

Polilla.

Con eso juego te don.

Carlos.

Diana viene.

Polilla.

Pues cuidado
y escápate.

Carlos.

Voyme luego.

Polilla.

Vete, que si nos ve el juego,
perderemos lo embidado. *Cantan dentro.*

ESCENA III.

DIANA Y POLILLA,

Música.

Pastores, Cintia me mata,
Cintia es mi muerte, y mi vida,
yo de ver á Cintia vivo,
y muero por ver á Cintia.

Diana.

¡Tanta Cintia!

Flora.

Es el reclamo
del Bearnés.

Diana.

¡Finezas necias!

Polilla.

Todo esto es echar especias *ap.*
al guisado de mi amo.

Diana.

Por no ver estas contiendas
de que á sus damas alaben,
deseo ya que se acaben
aquestas carnestolendas.

Polilla.

Eso es ya rigor tirano:
deja, señora, querer,
sino quieres, que esto es ser
el perro del hortelano.

Diana.

¿Pues no es cosa muy cansada
oir músicas precisas
de Cíntias, Lauras, Fenisas,
cada instante?

Polilla.

Si te enfada
ver tu nombre en verso escrito,
¿qué han de hacer sino Cintiar,
Laurear y Fenisear?
que el Dianar es ya delito:
Y el Bearnés tan fino está
con Cintia, que está en su pecho,
que una gran décima ha hecho.

Diana.

¿Y cómo dice?

Polilla.

Allá vá:
Cintia el mandamiento quinto
quebró en mi, como saeta;
Cintia es la que á mi me aprieta,
y yo soy de Cintia el cinto.
Cintia, y cinta no es distinto;
y pues Cintia es semejante
á cinta, soy fino amante,
pues traigo cinta en la liga,
y esta décima la diga
Cintor el representante.

Diana.

Bien por cierto, mas ya suena
otra música.

Polilla.

Y galante.

Diana.

Esta será de otro amante.

Polilla.

Rebentando está de pena. *ap.*

Música.

No iguala á Fenisa el Fenix,
que si él muere, y resucita,
Fenisa dá vida, y mata:
mas que el Fenix es Fenisa.

Diana.

¡Finos están!

Polilla.

¡Jesus!
¡Es mucha cosa, y aun mi pecho...¿
oye lo que á Laura he hecho!

Diana.

¿Tambien dás músicas?

Polilla.

Pues.
Laura, en rigor, es laurel;
y pues Laura á mi me plugo,
yo tengo de ser besugo,
por escabecharme en él.

Diana.

¿Y Carlos no me pudiera
dar música á mi tambien?

Polilla.

Si llegára á querer bien,
sin duda te se atreviera;
mas él no ama, y tú el concierto
de que te dejase hiciste,
con que al punto que dijiste,
id con Dios, vió el cielo abierto.

Diana.

Que lo dije así, confieso;
mas él porfiar debia,
que aquí es cortés la porfia,

Polilla.

¿Pues cómo puede ser eso,
si á las fiestas han de ir,
y es desprecio de su fama
no ir un galan con su dama,
y tú no quieres salir?

Diana.

¿Qué pudiera ser, no infieres,
que saliese yo con él?

Polilla.

Si señora; pero él
sabe poco de poderes.
Mas ya galanes y damas

á las fiestas van saliendo:
cierto, que es un mayo ver
las plumas de los sombreros.

Diana.

Todos vienen con sus damas,
y Carlos viene con ellos.

Polilla.

Señores, si esta muger, *ap.*
viendo ahora este desprecio,
no se rinde á querer bien,
ha de ahorcarse como hay credo.

ESCENA IV.

Los dichos, salen todos los galanes con sus damas, y ellos y ellas con sombreros y plumas.

Música.

A festejar sale amor
sus dichosos prisioneros,
dando plumas sus penachos
á sus harpones soberbios.

Bearne.

Príncipes, para picarla,
es este el mejor remedio.

Gaston.

Mostrarnos finos importa.

Carlos.

Mi fineza es el despego.

Bearne.

Cada instante, Cintia hermosa,
me olvido de que soy vuestro,
porque no creo á mi suerte
la dicha que la merezco.

Cintia.

Mas dudo yo, pues presumo,

que el ser tan fino es empeño
del dia, y no del amor.

Bearne.

Salir del dia deseo,
por venceros esa duda.

Gaston.

Y vos, si dudais lo mesmo,
vereis pasar mi fineza
á los mayores estremos,
cuando solo deuda sea
de la fé con que os venero.

Diana.

Nadie se acuerda de mí.

Polilla.

Yo por ninguno lo siento,
sino por aquel menguado
de Carlos, que es un soberbio:
¿tiene él algo mas que ser
muy galan, y muy discreto,
muy liberal y valiente,
y hacer muy famosos versos,
y ser un príncipe grande?
¿pues qué tenemos con eso?

Bearne.

Conde de Fox, no perdamos
tiempo para los festejos,
que tenemos prevenidos.

Gaston.

Tan feliz dia logremos.

Diana.

¡Qué tiernos ván!

Polilla.

Son menguados.

Diana.

¿Pues es malo el estar tiernos?

Polilla.

Sí, que es cosa de capones.

Bearne.

Proseguid el dulce acento,
que nuestra dicha celebra.

Carlos.

Yo seré imán de sus ecos. (1)

ESCENA V.

CARLOS, DIANA Y POLILLA.

Música.

A festejar sale amor
sus dichosos prisioneros, &c.

Diana.

¡Qué finos ván y qué graves!

Polilla.

¿Sabes que parecen estos?

Diana.

¿Qué?

Polilla.

Priores y Abadesas.

Diana.

Y Carlos se vá con ellos:
solo de él siento el desdén;
pero de abrasarle á zelos
es esta buena ocasion:
llámale tú.

Polilla.

Ah, caballero.

Carlos.

¿Quién me llama?

---

(1) *Vánse pasando por delante de Diana sin reparar en ella.*

Polilla.

Apropinquatio
ad parlandum.

Carlos.

¿Con quién?

Polilla.

Mecum.

Carlos.

¿Pues para eso me llamabas,
cuando vés que voy siguiendo
este acento, enamorado?

Diana.

¿Vos enamorado? bueno:
¿y de quién lo estais?

Carlos.

Señora,
tambien yo aquí dama llevo.

Diana.

¿Qué dama?

Carlos.

Mi libertad,
que es á quien yo galanteo.

Diana.

Cierto que me habia dado
gran susto. *ap*

Polilla.

Bueno vá eso: *ap.*
ya está mas allá de Illescas
para llegar á Toledo.

Diana.

¿La libertad es la dama?
buen gusto teneis por cierto.

Carlos.

En siendo gusto, señora,
no importa que no sea bueno.

que la voluntad no tiene
razon para su deseo.

Diana.

Pero ahí no hay voluntad.

Carlos.

Si hay tal.

Diana.

O yo no lo entiendo,
ó no la hay, que no se puede
dar voluntad sin sugeto.

Carlos.

El sugeto es el no amar,
y voluntad hay en esto,
pues si quiero no querer,
ya quiero lo que no quiero.

Diana.

La negacion no dá ser,
que solo el entendimiento
le dá al ente de razon
un ser fingido y supuesto;
y así es esa voluntad,
pues sin causa no hay efecto.

Carlos.

Vos, señora, no sabeis
lo que es querer, y así en esto
será lisonja deciros
que ignorais el argumento.

Diana.

No ignoro tal, que el discurso
no ha menester los efectos
para conocer las causas;
pues sin la esperiencia de ellos
las vé la filosofia;
pero yo ahora lo entiendo
con esperiencia tambien.

Carlos.

¿Pues vos quereis?

Diana.

Lo deseo.

Polilla.

Cuidado que vá apuntando
la varita de los celos;
úntate muy bien las manos
con aceite de desprecios,
no te se pegue la liga.

Diana.

Si este tiene etendimiento *ap.*
se ha de abrasar, ó no es hombre.

Polilla.

Eso fuera á no estar hecho *ap.*
el defensivo, y pegado.

Carlos.

De oiros estoy suspenso.

Diana

Carlos, yo he reconocido
que la opinion que yo llevo,
es ir contra la razon,
contra el útil de mi reino,
la quietud de mis vasallos,
la duracion de mi imperio.
Viendo estos inconvenientes,
he puesto á mi pensamiento
tan forzosos silogismos,
que le he vencido con ellos.
Determinada á casarme,
apenas cedió el ingenio
al poder de la verdad,
su sofístico argumento,
cuando ví, al abrir los ojos,
que la nube de aquel yerro

le habia quitado al alma
la luz del conocimiento.
El Príncipe de Bearne,
mirado sin pasion...

Polilla.

¿Zelos?
Al aceite, que traen liga.

Diana.

Es tan galan caballero,
que merece la atencion
mia, que harto lo encarezco:
por su sangre no hay ninguno
de mayor merecimiento;
sus partes no las iguala
el mas galan y discreto.
Lo afable en los agasajos,
lo humilde en los rendimientos,
lo primoroso en finezas,
lo generoso en festejos,
nadie lo tiene como él.
Corrida estoy de que un yerro
me haya tenido tan ciega,
que no viese lo que veo.

Carlos.

Polilla, aunque sea fingido,
vive Dios, que estoy muriendo.

Polilla.

Aceite, pese á mi alma,
aunque te manches con ello.

Diana.

Y así, Carlos, determino
casarme; mas antes quiero,
por ser tan discreto vos,
consultaros este intento.
¿No os parece el de Bearne,

que será el mas digno dueño,
que dár puedo á mi corona?
que yo por el mas perfecto
le tengo de todos cuantos
me asisten. ¿Qué sentís de ello?
Parece que os demudais:
¿estrañais mi pensamiento?
Bien he logrado la herida, *ap.*
que del semblante lo infiero:
todo el color ha perdido;
eso es lo que yo pretendo.

Polilla.

¡Ah señor!

Carlos.

Estoy sin alma.

Polilla.

Sacúdete, majadero,
que te se pega la liga.

Diana.

¿No me respondeis? ¿qué es eso?
¿pues de qué os habeis turbado?

Carlos.

Me he admirado por lo menos.

Diana.

¿De qué?

Carlos.

De que yo pensaba,
que no pudo hacer el cielo
dos sugetos tan iguales,
que estén á medida y peso
de unas mismas cualidades
sin diferencia compuestos;
y lo estoy viendo en los dos,
pues pienso que estamos hechos
tan debajo de una causa,

que yo soy retrato vuestro.
¿Cuanto ha, señora, que vos
teneis ese pensamiento?

Diana.

Dias ha que está trabada
esta batalla en mi pecho,
y desde ayer me he vencido.

Carlos.

Pues aquese mismo tiempo
ha que estoy determinado
á querer, ello por ello:
y tambien mi ceguedad
me quitó el conocimiento
de la hermosura que adoro;
digo, que adorar deseo,
que cierto que lo merece.

Diana.

Sin duda logré mi intento:
pues bien podeis declararos,
que yo nada os he encubierto.

Carlos.

Si señora, y aun hacer
vanidades del acierto:
Cintia es la dama.

Diana.

¿Quién, Cintia?

Polilla.

¡Ah buen hijo! como diestro,
herir por los mismos filos,
que esa es doctrina del negro.

Carlos.

¿No os parece que he tenido
buena eleccion en mi empleo?
porque ni mas hermosura,
ni mejor entendimiento

jamas en muger he visto.
¿Aquel garbo, aquel sosiego,
su agrado, no hace dichosa
mi pasion? ¿Qué sentís de ello?
Parece que os he enojado.

Diana.

Toda me ha cubierto un yelo. *ap.*

Carlos

¿No respondeis?

Diana.

Me ha dejado
suspensa el veros tan ciego,
porque yo en Cintia no he hallado
ninguno de esos estremos:
ni es agradable, ni hermosa,
ni discreta; y este es yerro
de la pasion.

Carlos.

¡Hay tal cosa!
hasta ahí nos parecemos.

Diana.

¿Por qué?

Carlos.

Porque á vos de Cintia
se os encubre el rostro bello,
y del de Bearne á mí
lo galan se me ha encubierto:
con que somos tan iguales,
que decimos mal á un tiempo,
yo, de lo que vos quereis,
y vos, de lo que yo quiero.

Diana.

Pues si es gusto, cada uno
siga el suyo.

Carlos.

¡Maló es esto!

Polilla.

Encima viene la tuya,
no se te dé nada de eso.

Carlos.

Pues ya, con vuestra licencia,
iré, señora, siguiendo
aquel eco enamorado,
que el disfrazaros mi intento
fue temor que ya he perdido,
sabiendo que mi deseo,
en la ocasion, y el motivo,
es tan parecido al vuestro.

Diana.

¿Vais á verla?

Carlos.

Si señora.

Diana.

¡Sin mí estoy! ¿Qué es esto cielos?

Polilla.

Pára largo, que la pierde.

Carlos.

A Dios, señora.

Diana.

Teneos,
aguardad: ¿por qué ha de ser
tan ciego un hombre discreto,
que ha de oponer un sentido
á todo un entendimiento?
¿Qué tiene Cintia de hermosa?
¿Qué díscursos, qué conceptos
os la han fingido descreta?
¿qué garbo tiene, qué aseo?

Polilla.

Cinco, seis y encaje; cuenta,
señor, que la vá perdiendo
hasta el codo.

Carlos.

¿Qué decís?

Diana.

Que ha sido mal gusto el vuestro.

Carlos.

¿Malo, señora? Allí vá
Cintia, miradla aun de lejos,
y vereis cuantas razones
dá su hermosura á mi acierto.
Mirad en lazos prendido
aquel hermoso cabello,
y sí es injusto que sea
yo el rendido, y él el preso.
Mirad en su frente hermosa
como junta el rostro bello,
bebiendo luz á sus ojos
sol, luna, estrellas y cielo.
Y en sus dos soles mirad
si es digno, y dichoso el yerro,
que hace esclavos á los mios,
aunque ellos sean los negros.
Mirad el sangriento lábio,
que fino coral vertiendo,
parece que se ha teñido
en la herida que me ha hecho.
Aquel cuello de cristal,
que por ser de garza el cuello,
al cielo de su hermosura
osa llegar con el vuelo.
Aquel talle tan delgado,
que yo pintarle no puedo,

porque es él, mas delicado,
que todos mis pensamientos.
Yo he estado ciego, señora,
pues solo ahora le veo,
y del pesar de mi engaño
me paso á loco, de ciego;
pues no he reparado aquí
en tan grande desacierto,
como alabar su hermosura
delante de vos; mas de esto
perdon os pido, y licencia
de ir á pedírsela luego
por esposa á vuestro padre,
ganando tambien á un tiempo
del príncipe de Bearne
las albricias de ser vuestro.

ESCENA VI.

LOS DICHOS MENOS CARLOS.

Diana.

¿Qué es esto dureza mia?
¡Un volcan tengo en mi pecho!
¿Qué llama es esta, que el alma
me abrasa? ¡Yo estoy ardiendo!

Polilla.

Alto, ya cayó la breva, *ap.*
y dió en la boca por yerro.

Diana.

¿Caniquí?

Polilla.

Señora mia,
¡hay tan grande atrevimiento!
¿por qué con él no envestiste,
y le arrancaste á este necio

toda s las barbas á araños?

Diana.

Yo pierdo el entendimiento.

Polilla.

Pues pierde tambien las uñas.

Diana.

Caniquí este es un incendio.

Polilla.

Eso no es sino bramante.

Diana.

¡Yo arrastrada de un soberbio!
¡yo rendida de un desvío!
¡yo sin mí!

Polilla.

Señora, quedo,
que eso parece querer.

Diana.

¡Qué es querer!

Polilla

Serán torreznos.

Diana.

¿Qué dices?

Polilla.

Digo de amor.

Diana.

¿Cómo amor?

Polilla.

No sino huevos.

Diana.

¿Yo amor?

Polilla.

¿Pues qué sientes tú?

Diana.

Una rabia y un tormento:
no sé que mal es aqueste.

Polilla.

Venga el pulso y lo veremos.

Diana.

Dejame, no me enfurezcas,
que es tanto el furor que siento,
que aun á mi no me perdono.

Polilla.

¡Ay señora! vive el cielo,
que te se ponen azules
las venas, y es mal agüero.

Diana.

¿Pues de aqueso que se infiere?

Polilla.

Que es pujamiento de zelos.

Diana.

¿Qué decis, loco, villano,
atrevido, sin respeto?
¡Zelos yo! ¿qué es lo qué dices?
vete de aquí, vete luego.

Polilla.

Señora...

Diana.

Vete, atrevido,
ó haré que te arrojen luego
de una ventana.

Polilla.

Agua vá. *ap.*
Voyme, señora, al momento,
que no soy para vaciado.
¡Madre de Dios, cuál la dejo! *ap.*
Voyme, que donde hay puñal,
el Caniquí corre riesgo.

ESCENA VII.

DIANA.

¿Fuego en mi corazon? No, no lo creo:
siendo de mármol, ¿en mi pecho helado
pudo encenderse? No, miente el cuidado;
¿pero cómo lo dudo, si lo veo?
Yo deseo vencer por mi trofeo
un desden; pero si es quien me ha abrasado
fuego de amor, ¿qué mucho se haya entrado
donde abrieron las puertas al deseo?
De este peligro no advertí el indicio,
pues para echar el fuego en otra casa,
le encendí, y en la mia hizo su oficio.
No admire, pues, mi pecho lo que pasa,
que quien quiere encender un edificio,
suele ser el primero que se abrasa.

ESCENA VIII.

DIANA Y EL DUQUE DE BEARNE.

Bearne.

Gran victoria he conseguido,
si mi dicha es cierta ya;
pero aquí Díana está.
A vuestras plantas rendido,
señora, perdon os pido
de venir tan arrojado
con la nueva que me han dado;
que yo pienso, que aun es poco,
siendo vuestro, el venir loco
de un favor no imaginado.

Diana.

No os entiendo: ¿hablais conmigo?
¿Qué favor decis?

Bearne.

Señora,
el de Urgel me ha dicho ahora,
que de él ha sido testigo,
y que yo el laurel consigo
de ser vuestro.

Diana.

Necio fue,
si os dijo lo que no sé,
y vos si lo habeis creido.

Bearne.

Ya lo dudó mi sentido;
mas quien lo creyó es mi fé,
que como milagro fuera
de vos el tener piedad,
os negára el ser deidad,
si mi amor no lo creyera.
En el pecho que os vencra,
haber mas fé es mas trofeo;
y pues fé ha sido el deseo
de imaginaros deidad,
perdonad mi necedad
por la fé con que lo creo.

Diana.

¿Pues no es mas atrevimiento
creeros digno de mi amor?

Bearne.

No, que vos con el favor
podeis dar merecimiento;
y en esto mi pensamiento,
antes que en mí el merecer,
creyó de vos el poder.

Diana.

¿Y él os ha dicho ese error?

Bearne.

Si señora.

Diana.

Eso es peor, *ap.*
que lo que acaba de hacer,
porque supone estar yo
despreciada, y él amante;
pues al príncipe al instante
el aviso le llevó:
que él nunca lo hiciera, no,
si á mí me quisiera bien.
Amor, la furia detén,
pues ya mi pecho has postrado,
que en él este hombre ha labrado
el desdén con el desdén.

Bearne.

Señora, yo el modo erré
de aceptar vuestro favor,
y lo que fuera mejor;
enmendado el yerro, iré
á vuestro padre y diré
la gracia que os he debido;
y rogaré agradecido
que interceda mi pasion
por mi dicha, y el perdon
de haber andado atrevido.

ESCENA IX.

DIANA.

¿Qué es esto que me sucede?
yo me quemo, yo me abraso:
mas si es venganza de amor,
¿por qué su rigor estraño?
Esto es amor, porque el alma

me lleva el desdén de Carlos.
Aquel yelo me ha encendido,
que amor su deidad mostrando,
por castigar mi dureza
ha vuelto la nieve en rayos.
¿Pues qué he de hacer ¡ay de mí!
para enmendar este daño,
que en vano el pecho resiste?
El remedio es confesarlo.
¿Qué digo? ¿yo publicar
mi delito con el labio?
¿Yo decir que quiero bien?
Mas Cintia viene, el recato
de mi decoro me valga,
que tanto tormento paso
en el ardor que padezco,
como en haber de callarlo.

ESCENA X.

DIANA, CINTIA Y LAURA.

Cintia.

Laura, no creo mi dicha.

Laura.

Pues la tienes en la mano
lógrala, aunque no la creas.

Cintia.

Diana, el justo agasajo,
que por ser tu sangre, yo
te he debido, ahora aguardo,
que sea con tu favor
el que requiere mi estado.
Carlos, señora, me pide
por esposa, y en él gano
un logro para el deseo,

para mi nobleza un lauro.
Enamorado de mí,
pide, señora, mi mano;
solo tu favor me falta
para la dicha que aguardo.

Diana.

Esto es justicia de amor: *ap.*
¡uno tras otro el agravio!
¿no me doy ya por vencida?
¿qué mas quieres, Dios tirano?

Cintia.

¿No me respondes, señora?

Diana.

Estaba, Cintia, mirando
de qué modo es la fortuna
en sus inciertos acasos.
Anhela un pecho infeliz
con dudas y sobresaltos,
diligencias y deseos
por un bien imaginado:
solo porque le deseo,
huye de él y es tan ingrato,
que de otro que no le busca,
se vá á poner en la mano.
Yo de su desdén herida,
procuré rendir á Carlos:
obliguéle con favores,
hice finezas en vano.
Siempre en él hallé desvío,
y sin buscarle tu alhago,
lo que huyó de mí deseo,
se vá á rendir á tus brazos.
Yo estoy ciega de ofendida,
y el favor que me has rogado
que te dé, te pido yo

para vengar ese agravio.
Llore Carlos tu desprecio,
sienta su pecho tirano
la llama de tu desvío,
pues yo en la suya me abraso.
Véngame de su soberbia,
hállete su amor de marmol;
pene, suspire y padezca
en tu desdén, y llorando
sufra...

Cintia.

Señora, ¿qué dices?
Si él conmigo no es ingrato,
¿por qué he de dar yo castigo
á quien me hace un agasajo?
¿Por qué me has de persuadír
lo que tu estás condenando?
Si en él su desdén no es bueno,
tambien en mí será malo:
yo le quiero si él me quiere.

Diana.

¿Qué es quererle? ¿tú de Carlos
amada y yo despreciada?
¿Tú con él casarte, cuando
del pecho se está saliendo
el corazon á pedazos?
¿Tú logrando sus cariños,
cuando su desdén helado,
trocados efecto y causa,
abrasa mi pecho á rayos?
Primero, viven los cielos,
fueran las vidas de entrambos
asunto de mi venganza,
aunque con mis propias manos
sacára á Carlos del pecho,

donde á mi pesar ha entrado,
y para morir con él,
matára en mi su retrato.
¿Carlos casarse contigo
cuando yo por él me abraso,
cuando adoro su desvío
y su desden idolatro?
¿Pero qué digo? ¡ay de mí! *ap.*
¿Yo así mi decoro ultrajo?
Miente mi labio atrevido,
miente; mas él no es culpado,
que si está loco mi pecho
¿cómo ha de estar cuerdo el labio?
Mas yo me rindo al dolor
para hacer de uno dos daños.
Muera el corazon y el pecho,
y viva de mi recato
la entereza. Cintia, amiga,
si á tí te pretende Carlos,
si dá amor á tu descuido
lo que niega á mi cuidado,
cásate con él y logra
casto amor en dulces lazos.
Yo solo quise vencerle,
y este fué un empeño vano
de mi altivez, que ya veo
que fué locura intentarlo,
siendo accion de la fortuna;
pues como se vé en sus casos,
siempre consigue el dichoso
lo que intenta el desdichado.
El ser querida una dama
de quien desea, no es lauro,
sino dicha de su estrella;
y cuando yo no lo alcanzo,

no se infiere que no tengo
en mi hermosura y mi aplauso
partes para merecerlo,
sino suerte para hallarlo.
Y pues yo no la he tenido
para lo que he deseado,
lógrala tú que la tienes,
dále de esposa la mano,
y triunfe tu corazon
de sus rendidos alhagos.
Enlace... ¿pero qué digo?
que me estoy atravesando
el corazon; no es posible
resistir á lo que paso.
Toda el alma se me abrasa.
¿Para qué, cielos, lo callo,
si por los ojos asoma
el incendio que disfrazo?
Yo no puedo resistirle;
pues cuando lo mienta el lábio,
¿cómo he de encubrir el fuego,
que el humo está publicando?
Cintia, yo muero; el delito
de mi desden me ha llevado
á éste mortal precipicio
por la senda de mi engaño.
El amor, como deidad,
mi altivez ha castigado,
que es niño para las burlas,
y dios para los agravios.
Yo quiero, en fin, ya lo dije,
y á tí te lo he confesado,
apesar de mi decoro;
porque tienes en tu mano
el triunfo, que yo deseo;

mira si habiendo pasado
por la afrenta de decirlo,
te estará bien el dejarlo:

ESCENA XI.

LOS DICHOS MENOS DIANA

Laura.

¡Jesus! el cuento del loco
él por él está pasando.

Cintia.

¿Qué dices, Laura, qué dices?

Laura.

Viendo prohibido el plato,
Diana se hartó de amor,
y del desden ha sanado.

Cintia.

¡Ay Laura! ¿pues qué he de hacer?

Laura.

¿Qué, señora? asegurarlo;
y al de Bearne que es fijo,
no soltarle de la mano
hasta ver en lo que para.

Cintia.

Calla, que aquí viene Carlos.

ESCENA XI.

LOS DICHOS, CARLOS Y POLILLA.

Polilla.

Las unciones del desprecio,
señor, la vida la han dado.
¡Gran cura hemos hecho en ella!

Carlos.

Si es cierto, gran triunfo alcanzo.

Polilla.

Haz cuenta que ya está sana,
porque que queda babeando.

Carlos.

¿Y has conocido que quiere?

Polilla.

¿Cómo querer? por san Pablo,
que me vine huyendo de ella;
porque la ví querer tanto,
que temí que echase el resto,
y me destruyese.

Cintia.

¿Carlos?

Carlos.

¿Cintia hermosa?

Cintia.

Vuestra dicha
logra ya triunfo mas alto,
que el que en mi mano pretende.
Vuestro descuido ha triunfado
del desdén que no ha vencido
en Diana el agasajo
de los príncipes amantes:
ella os quiere, y yo me aparto
de mi esperanza por ella,
y por vos, si es vuestro el lauro.

Carlos.

¿Qué es lo qué decís, señora?

Cintia.

Que ella me lo ha confesado.

Polilla.

¡Toma si purga! Señor,
no hay en la botica emplasto
para las mugeres locas,
como un parche de mal trato;

mas aquí su padre viene
y los príncipes; al caso,
señor, y aunque esté rendida,
declárate con resguardo.

ESCENA XIII.

DICHOS, EL CONDE DE BARCELONA Y LOS PRÍNCIPES.

Conde.

Príncipe, vos me dais tan buena nueva,
que es justo que os la acepte; y aun os deba,
lo que á vuestra persona
pago en daros mi hija y mi corona.

Gaston.

Pues aunque yo, señor, no haya tenido
la dicha que Bearne ha conseguido,
siempre estaré contento
de que él haya logrado el vencimiento,
que tanto he deseado,
por la parte que debe á mi cuidado,
y el parabien le doy de este trofeo.

Carlos.

Y tambien le admitid de mi deseo.

Bearne.

Carlos, yo le recibo,
y el mio os apercibo,
pues en Cintia lograis tan digno dueño,
que envidiára el empeño,
á no lograr el mio.

ESCENA XIV.

LOS DICHOS Y DIANA AL PAÑO.

Diana.

¿Donde me lleva el loco desvario

de mi pasion? ¡Yo estoy muriendo, cielos!
de envidias, y de zelos!
Mas los príncipes todos se han juntado,
y mi padre con ellos:
sín alma llego á vellos;
pues si su fin no alcanza,
yo tengo de morir con mi esperanza.

Conde.

Carlos, pues vos pedís á mi sobrina,
yo, pagando el deseo que os inclina,
os ofrezco su mano;
y pues tanto sosiego en esto gano,
háganse juntas todas
las bodas de Diana, y vuestras bodas.

Diana.

¡Cielos! ya estoy mi muerte imaginando.

Polilla.

Señor, Diana allí te está escuchando,
y has menester un modo muy discreto
de declararte, porque tenga efecto;
que vá con condiciones el partido,
y si yerras el cabe, vas perdido.

Carlos.

Yo, señor, á Barcelona
vine, mas que á pretender,
á festejar de Diana
la hermosura y el desden:
y aunque es verdad, que de Cintia
el hermoso rosicler
amaneció en mi deseo,
á la luz del querer bien,
la entereza de Diana,
que tan de mi genio fue,
ha ganado en mi alvedrio
tanto imperio, que no haré

cosa, que no sea su gusto;
porque la hermosa altivez
de su desden me ha obligado
á que yo viva con él:
y puesto que haya pedido
mi amor á Cintia, ha de ser
siendo así su voluntad,
pues la suya mia es.

Conde.

¿Pues quien duda, que Diana
de eso muy contenta esté?

Polilla.

Eso lo dirá su alteza,
por hacerme á mi merced.

Diana.

Si diré; pero señor,
¿vos contènto no estareis,
si yo me caso, que sea
con cualquiera de los tres?

Conde.

Si, que todos son iguales.

Diana.

¿Y vosotros quedareis
de mi eleccion ofendidos?

Bearne.

Tu gusto, señora, es ley.

Gaston.

Y todos la obedecemos.

Diana.

Pues el príncipe ha de ser
quien dé á mi prima la mano,
y quien á mí me la dé,
el que vencer ha sabido
el desdén con el desdén.

Carlos.

¿Y quien es ese?

Diana.

Tú solo.

Carlos.

Dáme ya los brazos, pues.

Pòlilla.

Y mi bendicion os caiga,
por siempre jamas amen.

Bearne.

Pues esta, Cintia, es mi mano.

Cintia.

Contenta quedo tambien.

Laura.

Pues tú, Caniquí, eres mio.

Polilla.

Sacúdanse todos bien,
que no soy sino Polilla;
mamola, vuesa merced.
Y con esto, y con un victor,
que pide humilde y cortes
el ingenio, aquí se acaba
el Desdén con el Desdén.



El Desden con el Desden.

El mérito de esta comedia es tan conocido, que en vano pretenderiamos añadir algo á su celebridad. Dificilmente se hallará otra, ni nacional, ni estrangera, que reuna tantos requisitos admirables, y que se acerque en igual grado á la perfeccion. Si la consideramos en sí misma, pertenece al género mas apreciable y dificil de todos, á la comedia de caracter; la cual, prescindiendo del corto número de modelos verdaderamente distintos que nos presenta la naturaleza, requiere la mayor fuerza de invencion para sostenerse y animar toda la fábula, sin mendigar auxilios estraños, ni decaer del interes. Si atendemos á la egecucion, apenas podemos hacer otra cosa que aprobar y admirar todo, compláciéndonos de paso en ver, con qué facilidad dá de sí un pensamiento feliz todas las bellezas que puede apetecer el arte; qué naturalmente se presta á las reglas mas severas; y como lleva, por decirlo así, de la mano al poeta, cuando este verdaderamente lo es. Hasta los vicios inherentes á la comedia, como son, el de reducirnos á una esfera limitada y mezquina, y el de fomentar la malignidad, desaparecen en esta obra maestra de nuestro Moreto. Si algunos autores la hubieran podido tener presente, no colocarían la comedia juntamente con la sátira en las últimas clases de la poesía. La creacion del Desdén con el Desdén, apesar de la bellísima sencillez de su argumento, corresponde como la Epopeya y la Tragedia al órden ideal; por la calidad de las personas introducidas en ella; por el lenguage que usan; por las *costumbres* que se pintan, y por las situaciones *incidentes* y adornos que forman la fábula. Quiere decir *qué reune los dos* géneros preferibles á todo

comedia noble y la ideal. Ni aun contra la censura qu egerce, puede formar la benevolencia ninguna obje cion. En efecto, no se trata de divertirnos á costa d un ente despreciable ú odioso, cuyo corazon está do minado por un vicio incorregible de un avaro, d un hipócrita, de un adulador maligno: se trata de en mendar un defecto natural, pero hijo de la inespe riencia juvenil, defecto que no nos indispone con tra los que le tienen, porque puede combinarse co las mejores prendas; y porque sabemos que tarde temprano ha de desaparecer. De aquí nace un intere derramado en toda la fábula, que, aunque distinto de Epico y del Trágico, puesto que los personages no cor ren ningun peligro, conmueve y aficiona á los especta dores, y produce aquel placer delicado que no es capa de causar lo que solo habla con el entendimiento, y jamas con el corazon.

Si despues de considerar el argumento del Desdén con el Desdén bajo un punto de vista general y eleva do, descendémos á las bellezas de egecucion que ofre ce en todas sus partes, ¡cuanto nos queda todavía qu admirar! ¡Qué deleite no causa la perfeccion con qu se va manifestando el carácter de Diana y los pro gresos de la pasion, á la cual debe en fin su deseng ño y felicidad! ¡Con qué ansia no se espera el de enlaze, á pesar de ser necesariamente previsto, p el interes que tomamos en la suerte de los dos ama tes, y el deseo de vér por nuestros mismos ojos está asegurada! ¡Cuanta gracia, qué gran caudal fuerza cómica presentan las situaciones, y el pe nage de Polilla, qué por sí solo produciria una l na comedia, y que tanto influye en esta, apesar *su baja condicion*! Por último, ¡qué unidad, *buen gusto no resplandece* en toda la compos *en los medios de que* se vale el poeta para teger

bula! ¡Qué bien campea en los personages el ingenio al lado de la pasion; el decoro á la par de la naturalidad.

Faltaba á la gloria del Desdén con el Desdén que el gran Moliere la imitára servilmente, y, digámoslo sin rodeos, que la estropease. Al entablar esta acusacion contra uno de los mayores genios que han ilustrado la literatura, no pretendemos apartarnos del respeto y admiracion que se le debe como poeta y moralista: peleamos únicamente en defensa de la verdad y del honor nacional; y esta será nuestra escusa si acaso nos equivocamos.

Moliere hizo del Desdén con el Desdén una princesa de Elide; y aunque el espectáculo de tres príncipes que abandonan sus estados para ir á conquistar el corazon de una beldad orgullosa, no disuena imaginado en los siglos fabulosos de la Grecia: sin embargo, es mucho mas análogo á los tiempos caballerescos en que le supuso Moreto; y la fiesta de los carros que siempre se hacía en honra de una divinidad, suple mal por las fiestas y torneos, que se celebraban para obsequiar á las damas en nuestra época heróica. Aumenta esta inverosimilitud el lenguage de los amantes, que en la Grecia siempre fue natural y sencillo, y en la comedia de Moliere, lo mismo que en la de Moreto, es galante y afectado. No quisieramos dejarnos llevar de la preocupacion; pero nos parece que la frase siguiente, traducida con toda legalidad de la princesa de Elide, puede correr parejas con lo del pez, el hilo y la caña del Desdén con el Desdén.

"La princesa hizo resplandecer entonces una dis»posicion enteramente divina; y sus amorosos pies »señalaban sobre la esmaltada alfombra de un tierno »*cesped unos caractéres* tan agradables, que me sa-

»caban fuera de mi mismo, y me encadenaban con
»nudos invencibles á los movimientos suaves y exac-
»tos, con que todo su cuerpo se arreglaba á los movi-
»mientos de la harmonía

No es este el único egemplo que se pudiera citar. El tono del príncipe de Itaca, es frecuentemente el de la galantería empalagosa; y en general Moliere conservó en su comedia todos los lunares que se podian suponer en la pieza española. En efecto, el príncipe de Itaca, y los de Mesenia y Pilos, son tres entes tan nulos como el conde de Barcelona, el de Fox, y el príncipe de Bearne; y hacen un papel tan poco airoso en la imitacion como en el original. Sin embargo, no nos atrevemos á vituperar esto como un defecto; porque tal vez si se les diera mas variedad en los caractéres, y mas parte en la accion perjudicaria al interes principal. Advertiremos de paso á los partidarios de las reglas matemáticas en materia de poesía, que Moliere tampoco se quiso sujetar á la de las veinte y cuatro horas; y que su fábula supone una duracion tan larga como la de Moreto.

Aquel no pudo emplear en su obra el tiempo necesario, ni estender como deseaba algunas escenas; y en esta parte se le debe disculpar. No es tan fácil hacerlo, en haber introducido un personage tan inutil y fastidioso como el ayo del príncipe de Itaca; en haber dado un apellido, al paracer andaluz, al loco de la princesa, colocando á Moron entre Eurialo y Aristómenes; en haber añadido una escena de caza, en la que el buen Moron degenera en payaso: y sobre todo en haber suprimido las mejores de la comedia, que son las del jardin y la máscara. En general todo está debilitado y achicado, y rara vez se percibe el alma del autor del Misántropo.

Hemos creido descubrir algunas faltas en Moliere.

y esto no impide que sea el primer poeta cómico del mundo. Aun cuando en las demas naciones haya habido genios tan capaces como él de ridiculizar los vicios, bien sea que no se han dedicado esclusivamente á este objeto; ó bien que no han sabido contenerse en los límites que prescribe la moderacion y el buen gusto, lo cierto es que se han quedado inferiores al autor frances. No debe, pues, atribuirse lo que hemos dicho acerca de este, al deseo de rebajar su mérito; ninguno le conoce mejor que nosotros, ni le confiesa mas franca y gustosamente. Volvamos al Desdén con el Desdén.

La idea de presentar en la escena una beldad orgullosa, que se resiste à los obsequios de sus amantes, y se rinde á los desdenes ó los zelos, no es nuevo en nuestros autores. Antes de Moreto se hallan bastantes comedias fundadas en una suposicion parecida; entre ellas varias de Lope, y singularmente la de la Hermosa fea, y la de los Milagros del desprecio. Esta última es el verdadero original del Desdén con el Desdén; pues en ella se vé pintado el carácter de una muger enemiga del amor por principios, que ha precavido su corazon contra todos los halagos y seducciones de los hombres; pero que le ha dejado sin defensa contra las armas del desprecio. No la comparamos ahora con la del Desdén con el Desdén, porque nos proponemos insertarla en el cuaderno inmediato.

EL LINDO
DON DIEGO.

PERSONAS.

Don Tello, padre de

Doña Inés, y

Doña Leonor.

Don Juan, amante de doña Inés.

Don Diego, sobrino de don Tello.

Don Mendo, primo de don Diego.

Beatriz, criada.

Mosquito, criado de don Tello.

Lope y Martin, criados.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA.

Salon en casa de don Tello.

DON TELLO Y DON JUAN.

Don Tello.
Quiera Dios, señor don Juan,
que volvais muy felizmente.
Don Juan.
Breve los dias de ausente,
señor don Tello, serán;
pues llegar de aquí á Granada
ha de ser mi detencion.
Don Tello.
La precisa ocupacion
de ser hora señalada
esta, de estar esperándo
dos sobrinos, que han venido
de Burgos, la causa ha sido
de no iros acompañando
hasta salir de Madrid:
que mi amistad no sufriera,
si este empeño no tuviera,
dejar de hacerlo.
Don Juan.
Asistid,
señor don Tello, á un empeño
tan de vuestra obligacion,
que yo estimo la atencion.

Don Tello.

Vos de la mia sois dueño;
que el haber hecho pasage
los dos de Méjico á España,
hace amistad tan estraña,
que el cariño de un viage
casi es deudo; y mas ahora,
que mi obligacion confiesa
favor tanto á la condesa
vuestra prima, y mi señora:
y pues ha de ser tan breve
vuestra ausencia, hasta volver
las bodas nose han de hacer

Don Juan.

¿Qué bodas?

Don Tello.

De todo debe
daros cuenta mi atencion:
los dos sobrinos que espero
con mis hijas casar quiero.

Don Juan.

!Cielos, qué escucho! *ap.*

Don Tello.

Ellos son
don Mendo y don Diego: á Mendo,
hijo de hermana menor,
le quiero dar á Leonor.
Y á Inés, en quien yo pretendo
fundar de mi honor la basa,
para don Diego la elijo,
porque de mi hermano es hijo,
y cabeza de mi casa:
su gala y su bizarría
es cosa de admiracion;
de Buagos es el blason.

Don Juan.

¡Ay de la esperanza mia! *ap.*
¡Ay Inés, que bien se advierte,
que de traicion prevenida,
me has encubierto esta herida,
para lograrme esta muerte!

Don Tello.

¿Qué decís, don Juan?

Don Juan.

Que apruebo
vuestros justos regocijos.

Don Tello.

Voy á esperar á mis hijos;
que ya este nombre les debo.
A Dios, don Juan,

Don Juan.

El os guarde.

Don Tello.

Y á vos os vuelva con bien.

ESCENA II.

Don Juan y despues doña Inés.

Don Juan.

Amor, el golpe detén,
contra la vida. ¡Qué tarde;
ya con tan cruel herida
mi amor podrá revivir!
¿pues qué falta por morir,
si era amor toda mi vida.?

Doña Inés.

¿Don Juan, qué es esto? ¿Tú voces?
¿tú quejas, y tú suspiros?
Cuando de tu ausencia está
tan cercano mi peligro,

esperando que se fuese
mi padre, me dió el aviso
tu voz de que estabas solo;
¡y cuando salgo, te miro
triste, enojado y quejoso!
¿Qué ha sido la causa? Dilo,
señor, que es cruel la duda.

Don Juan

¿Pues tú, ingrato dueño mio,
por la causa me preguntas?
¿Tú, que eres de ella el principio,
dudas la razon que tengo
para llorar tus desvios?

Doña Inés.

Don Juan, señor, ¿con quién hablas?
que de tan bastardo estilo,
no puedo ser el sugeto.
¿Tú traicion, tú engaño has visto?
No sé, por Dios, lo que dices;
y turbada te replico,
que aunque no tenga razon
tu queja, que no averíguo,
de tan horroroso estruendo,
para turbar basta el ruido.

Don Juan.

¿No tiene razon mi queja?
pluguiera al cielo divino,
que yo comprára mi engaño
á precio de ese delito;
pero mira si la tiene,
pues ya supe, dueño esquivo,
que estás casada, y tu padre
esperando á sus sobrinos,
que han de ser los dos dichosos
á costa de mi martirio:

con Leonor, tu hermana, el uno,
y el otro ¡ay de mí! contigo.
Don Diego, Inés, es tu dueño;
claro está que será digno
tanto como por su sangre
por haberte merecido.
Ya halló ocasion, tu entereza
de disfrazar tus cariños,
dando en agrados de esposo
envuelto el nombre de primo...
De tu eleccion no me quejo:
pero ¿qué tríunfo has tenido
en que muera de agraviado
quien pudo morir de fino?
¿Para qué ha sido engañarme?
¿para qué alentarme ha sido?
Tu rigor...

Doña Inés.

Don Juan, detente.
¿Qué don Diego? ¿Qué sobrinos?
¿Qué casamientos son estos?
¿Quién ese engaño te ha dicho?
Porque no solo es engaño,
mas ni aun yo de él tengo indicio,
que llegue á mas que saber
que son esos dos mis primos;
que mi padre hoy los espera;
que de Burgos han venido:
mas casarme, no sé como,
sino es que tú hallas camino
de que sin saberlo yo,
pueda casarse conmigo.

Don Juan.

¿Pues esto puede ser falso,
cuando tu padre lo ha dicho?

¿ó siendo tú su hija, puedes
ignorar este designio?
Yo, Inés, habia deseado,
reconociendo el estilo
de las mugeres, saber
si habrá caso tan preciso,
ó tan claro desengaño,
donde alguna se haya visto
sin tener que responder,
concluida en su delito.
Pero pues tu hallas en este
á tu disculpa resquicio,
de que no la puede haber,
me doy, Inés, á partido.
Pero vive Dios, tirana,
que no ha de lograr conmigo
tu traicion sus agudezas;
y si era el intento mio
partirme, para volver
en alas de mi cariño,
no has de lograr la traicion,
huyendo yo mi peligro;
pues por malograrte el rayo,
voy á morir del aviso.

Doña Inés.

Don Juan, señor, oye, espera.

ESCENA III.

DICHOS Y DOÑA LEONOR.

Doña Leonor.

Inés, hermana, ¡qué miro!
¿Tú descompuesta? ¿Qué es esto?

Doña Inés.

Esto es, Leonor, un delirio;

decir don Juan que mi padre,
que estoy casada le ha dicho,
y que esposos de las dos
vienen á ser nuestros primos.

Doña Leonor.

Pues, Inés, dice verdad;
porque él ahora me dijo
que prevenidas estemos,
porque el vá por sus sobrinos,
que han de ser nuestros esposos;
y que por cierto motivo
que ha importado á su atencion,
nos ha callado este aviso.

Doña Inés.

¡Ay de mí! ¿Leonor, qué dices?
que ya te oigo sin sentido.

Don Juan.

Mira, Inès, si fué verdad
mi temor.

Doña Inés.

Mas ya has oido
como pude yo ignorarle.

Don Juan.

¿Pues qué importa al temor mio?
Erré en culpar tu fineza,
mas no en temer mi peligro.
¿Cómo se escusa mi muerte
si ya perderte imagino?

Doña Inés.

No sé don Juan; que si es cierto,
como en mi mal lo colijo,
yo replicar á mi padre
podré, mas no resistirlo.

Don Juan.

¿Luego es preciso morir?

Doña Leonor.

No, don Juan, no es tan preciso;
que en la eleccion del estado
dán fuero humano y divino,
la proposicion al padre
y la aceptacion al hijo.
Las dos, don Juan, nos casamos,
aunque él nos busque el marido;
y la eleccion no ha de ser
de quien no fuere el peligro:
ni es posible que una accion,
que es tan de nuestro alvedrio,
la resuelva su decreto
sin lograrnos el aviso.

Don Juan

¿Pues qué puede ser, Inés,
haberme tu padre dicho
que ya estais las dos casadas?

Doña Inés.

Tener él ese designio,
y querernos proponer
para esposos nuestros primos:
mas si él ya no lo ha resuelto
como mi hermana te ha dicho,
cuanto está en mi voluntad,
está, don Juan, sin peligro.

Doña Leonor

Inés, mira que es forzoso,
que vamos á prevenirnos.

Doña Inés.

¡Ay Leonor! ¿Cómo podremos
hallar las dos un camino
de parecerlos muy mal?

Doña Leonor.

Apelar al artificio:

mucho moño y arracadas,
valona de canutillos,
mucho collar, mucho afeite,
mucho lazo, mucho rizo,
y verás qué mala estás;
porque yo, segun me he visto,
nunca saco peor cara
que con muchos atavíos.

Doña Inés.

Tienes buen gusto, Leonor;
que es el demasiado aliño
confusion de la hermosura,
y embarazo para el brio.

ESCENA IV.

DICHOS Y MOSQUITO.

Mosquito.

¡Jesus, Jesus! Dadme albricias.

Doña Leonor.

¿De qué las pides, Mosquito?

Mosquito.

De haber visto á vuestros novios;
que apenas el viejo hoy dijo
la sobriniboda, cuando
partí como un hipogrifo:
fuí, ví, y vencí mi deseo,
y ví vuestro par de primos.

Doña Leonor.

¿Y cómo son?

Mosquito.

Hombres son.

Doña Leonor.

Siempre estás de un humor mismo.
¿Pues podian no ser hombres?

Mosquito.

Bien podian ser borricos,
que en trage de hombres hay hartos.

Doña Leonor.

¿Y cómo te han parecido?

Mosquito.

El Don Mendo, que es el tuyo,
galan, discreto, advertido,
cortés, modesto y afable;
menos algun revoltillo,
que se le irá descubriendo
con el uso de marido.

Doña Leonor.

Si él es tan afable ahora,
casado será lo mismo.

Mosquito.

Eso no; que suelen ser
como espadas los maridos,
que en la tienda están derechas,
y comprándolas sin vicio,
en el primer lance salen
con mas corcoba que un cinco.

Doña Inés.

¿Y don Diego?

Mosquito.

Ese es un cuento
sin fin, pero con principio;
que es lindo el don Diego y tiene
mas que de Diego, de lindo.
El es tan rara persona,
que como él anda vestido,
puede en una mogiganga
ser figura de capricho.
Que él es muy gran marinero
se vé en su talle y su brio;

porque el arte suyo es arte
de marear los sentidos.
Tan ajustado se viste,
qúe al andar sale de quicio,
porque anda descoyuntado
del tormento del vestido.
De curioso y aseado
tiene bastantes indicios;
porque aunque de trage no,
de sangre y bolsa es muy limpio.
En el discurso, parece
ateista, y lo colijo,
de que segun el discurre
no espera el dia del juicio,
A dos palabras que hable,
le entenderás todo el hilo
del talento, que él es necio,
pero muy bien entendido.
Y porque mejor te informes
de quién es y de su estilo,
te pintaré la mañana
que con él hoy he tenido.
Yo entré allá y le ví en la cama,
de la frente al colodrillo
ceñido de un tocador,
que pensé que era judio.
Era el cabello hecho trenzas
clin de caballo morcillo,
aunque la comparacion
de rocín á ruin ha ido.
Con su bigotera puesta
estaba el mozo garifo,
como mulo de arriero
con jáquima de camino.
Las manos en unos guantes

de perro, que por aviso
del uso de los que dá,
las aforró de su oficio.
De esto modo, de la cama
salió á vestirse á las cinco,
y en ajustarse las ligas
llegó á las ocho de un giro.
Tomó el peine y el espejo,
y en memorias de Narciso
le dió las once en la luna,
y en daga y espada y tiros;
capa, vueltas y valona,
dió las dos, y despues dijo:
Dios me vuelva á Burgos, donde
sin ir á visitas vivo;
que para mí es una muerte,
cuando de priesa me visto.
¿Mozo, dónde habrá ahora misa?
Y el mozo humilde le dijo,
á las dos dadas, señor,
no hay misa sino en el libro;
y él respondió muy contento:
no importa, que yo he cumplido
con hacer la diligencia:
vamos á ver á mi tio.
Este es el novio, señora,
que de Burgos te ha venido;
tal que primero que al novio
esperára yo un novillo.

Doña Inés.

¡Ay don Juan! con estas nuevas
es menos ya el temor mio;
pues mi padre, no es posible
que me entregue á este martirio.

Don Juan.

Inés, por cualquiera parte
crece el temor y el peligro:
no es nuevo ser tu mi vida,
y ya en tus labios la miro.

Doña Inés.

Véte, don Juan, que es forzoso
ir las dos á prevenirnos.

Don Juan.

Ya no es posible ausentarme.

Doña Inés.

Albricias doy al peligro;
¿mas cómo, si de mi padre
ya has quedado despedido?

Don Juan.

Fingiré algun embarazo.

Doña Inés.

Y lograrásme un alivio.

Don Juan.

A eso voy.

Doña Inés.

Guárdete el cielo.

Mosquito.

Guárdate tú, que es lo mismo.
¡Ah señor don Juan!

Don Juan.

¿Qué quieres?

Mosquito.

Tres portes de papelillos,
que á doblon montan...

Don Juan.

Vé á casa,
y llevarás un vestido.

ESCENA V.

DOÑA INES, DOÑA LEONOR Y MOSQUITO.

Mosquito.

Pues él ha de ser llevado,
no me le dé usted traido.

Doña Inés.

Vamos, Leonor.

Mosquito.

!Ah señora!

Doña Inés.

¿Qué dices?

Mosquito.

Tengo contigo
una intercesion y un ruego;
y aunque con sol tan divino
es osadía, me atrevo
á título de Mosquito.

Doña Inés.

¿Qué es lo que quieres?

Mosquito.

Beatriz,
despues que la has despedido
anda pidiendo limosna.

Doña Inés.

Pues si mi padre lo hizo,
¿qué puedo yo remediar?

Mosquito.

Ese es rigor.

Doña Inés.

Mas no mio.

Mosquito.

Pues pide, dála; que es pobre.

Doña Inés.

¿Qué la he de dar?

Mosquito.

Un recibo,
y vuelva á servirte á casa;
pues ya llora el pan perdido.

Doña Inés.

Espero hoy otra criada.

Mosquito.

No la llegará al tobillo
ninguna de cuantas vengan.

Doña Inés.

¿Por qué no?

Mosquito.

¿Qué no está visto?
ella es golosa, chismosa,
respondona, y alza el grito;
¿pues donde has de hallar criada,
que cumpla mas con su oficio?

Doña Inés.

Porque se ha criado en casa
siento haberla despedido;
mas como ella por ahora
quiera estarse en mi retiro,
sin que la vea mi padre,
la recibiré.

Mosquito.

¡Ah Dios mio!
lo que hace un buen abogado!

Doña Inés.

Dila que venga, Mosquito.

Doña Leonor.

Y entre sin verla mi padre.

Mosquito.

¿Y si está aquí?

Doña Inés.

Entre contigo.

ESCENA VI.

MOSQUITO Y BEATRIZ.

Mosquito.

Victoria por mis camisas.
¡Ah Beatricilla!

Beatriz.

¿Qué ha habido?

Mosquito.

Que estás recibida ya.

Beatriz.

¿Qué dices?

Mosquito.

Que Tito Livio
no pudo hablar en tu abono
como yo de tu servicio.
Ponderé aquí tus labores,
tu cuidado y tu buen pico:
y hace tanto un buen tercero,
que te recibió al proviso.

Beatriz.

Siempre conocí yo en tí
tu buena intencion, Mosquito.

Mosquito.

Mira, yo naturalmente
hablo bien de mis amigos.

Beatriz.

Tuya seré eternamente.

Mosquito.

Mas ya que te han recibido,
no me des carta de pago.

Beatriz.

Tú verás si es mi amor fino.

Mosquito.

Toca esos huesos y vamos.

Beatriz.

Toco y taño.

Mosquito.

Salto y brinco.

Beatriz.

¿Y esto ha de pasar de aquí?

Mosquito.

No, sino amarnos de vicio.

Beatriz.

¿Qué, querernos en silencio?

Mosquito.

No podré siendo Mosquito,
porque los mosquitos siempre
para picar hacen ruido.

ESCENA VII.

Sala en una posada.

DOS CRIADOS CON DOS ESPEJOS: DON DIEGO Y DON MENDO.

Don Diego.

Poneos los dos enfrente,
porque me mire mejor.

Don Mendo.

Don Diego, tanto primor
es ya estilo impertinente:
si todo el dia se asea
vuestra prolija porfía,
¿cómo os puede quedar dia
para que la gente os vea?

Don Diego.

Don Mendo, vos sois estraño;
yo rindo con salir bien,
en una hora que me vén,
mas que vos en todo el año.

Vos, que no tan bien formado
os veis como yo me veo,
no os tardeis en vuestro aseo;
porque es tiempo mal gastado.
Mas si veis la perfeccion
que Dios me dió sin tramoya,
¿quereis que trate esta joya
con menos estimacion?
¿Veis este cuidado, vos?
pues es virtud mas que aseo;
porque siempre que me veo
me admiro y alabo á Dios.
Al mirarme todo entero,
tan bien labrado y pulido,
mil veces he presumido,
que era mi padre tornero.
La dama bizarra y bella,
que rinde quien mas regala,
la arrastro yo con mi gala;
pues dejadme cuidar dé ella:
y vos, que vais á otros fines,
vestíos de prisa, yo no,
que no me he de vestir yo
cual frailes para maitines.

Don Mendo.

Si lo haceis con ese fin,
¿qué dama hay que os quiera bien?

Don Diego.

Cuantas veo, si me vén;
porque en viéndome dán fin.

Don Mendo.

¡Que llegueis á imaginar
locura tan conocida!
¿habeis visto en vuestra vida
muger que os venga á buscar?

Don Diego.

Eso consiste en mis tretas,
que yo á las necias no miro,
y en las que yo logro el tiro,
sufren como son discretas;
y aunque las mueva su fuego
á hablar, callarán tambien;
porque vén que mi desdén
ha de despreciar su ruego.

Don Mendo.

¿Vos desdén? ¡Tema gracioso!

Don Diego.

¿Pues quereis que me avasalle?
¿Facil yo con este talle?
No me faltaba otra cosa.

Don Mendo.

Mirad que eso es bobería
de vuestra imaginacion.

Don Diego.

No paso yo por balcon
donde no haga batería;
pues al pasar por las rejas
donde voy logrando tiros,
sordo estoy de los suspiros
que me dán por las orejas.

Don Mendo.

Vive Dios, que eso es mania
que teneis.

Don Diego.

Muger sé yo,
que dos veces se sangró
por haberme visto un dia.

Don Mendo.

Yo desengañaros quiero.

Don Diego.

?Cómo?

Don Mendo.

Que á una dama vamos
á festejar, y veamos
á cuál se rinde primero.

Don Diego.

¿Pues no tenemos aquí
á nuestras primas, y vos?
¿Cuanto vá que ambas á dos
hoy se enamoran de mí?

Don Mendo.

¿No veis que en ellas es mas
el honor que las refrena?

Don Diego.

Hasta verme, norabuena;
pero en mirándome, zas.

Don Mendo.

Loco soy, pues quiero yo *ap.*
á este necio disuadir.

Don Diego.

¿Qué decís?

Don Mendo.

Que ya temo ir
con vos.

Don Diego.

Pues no sino no:
mas dejadme, que yo mismo
vuelva el talle á repasar;
que hoy por vos temo sacar
en mi gala un solecismo.
Alzad esos dos espejos.

Martin.

Bien están así.

Don Diego.

No están.

Lope.

¿Pues cómo bien estarán?

Don Diego.

Mirándose los reflejos.

Martin.

La luna se mira toda.

Don Diego.

No tal.

Lope.

¿Pues cómo ha de ser?

Don Diego.

¡Que no aprendas á poner
los espejos á la moda!

Martin.

Dí cómo, y no te alborotes.

Lope.

¿Qué es moda?

Don Diego.

Mi rabia toda.
¡Que no sepan lo que es moda
hombres que tienen bigotes!

Martin.

¿Están bien así?

Don Diego.

Eso quiero;
que así todo se divisa.

Don Mendo.

Cayéndome estoy de risa
de ver á este majadero.

Don Diego.

El pelo vá hecho una palma;
guárdese toda muger.
Yo apostaré que al volver

en cada hebra traigo un alma.
Los vigotes son dos motes;
diera su belleza espanto,
si hiciera una dama un manto
de puntas de estos vigotes.
El talle está de retablo,
el sombrero vá sereno,
de medio arriba está bueno,
de medio abajo es el diablo.
Lo bien calzado me agrada.
¡Qué airosa pierna es la mia.
de la tienda no podia
parecer, mas bien, sacada.
Pero tened, vive Dios,
que aquesta liga va errada;
mas lárga está la lazada
el canto de un real de á dos.
Llega mozo á deshacella.

Don Mendo.

¡Que aqueso os cueste fatiga!
¿Pues que importará esta liga?

Don Diego.

No caer pájaro en ella.

Don Mendo

Mirad que esas son locuras,
que á quien las ve á risa obliga.

Don Diego.

Solo con aquesta liga
cazo yo las hermosuras.

Don Mendo.

Ya está bueno.

Don Diego.

Ahora están
iguales las dos; bien voy:

con el reparillo estoy
cuatro dedos mas galan.
Siempre que verme repito,
queda el alma mas ufana:
mozo, acuérdate mañana
de traerme pan bendito.

ESCENA VIII.

DICHOS Y MOSQUITO.

Mosquito.
Ya está aquí el coche, señor.
Don Diego.
¡Mosquito! Vamos don Mendo.
Don Mendo.
Segun vais, ya voy temiendo
que he de parecer peor.
Don Diego.
¿Voy bien?
Don Mendo.
La risa reprimo. *ap.*
A desconfiar me obligas.
Don Diego.
Miren si importan las ligas;
pues ya se rinde mi primo.
Mosquito.
Al mirarle estoy suspenso. *ap.*
¡Qué este piense que es galan!
Mas hartos lo pensarán,
que lo piensan por el pienso.
Don Diego.
¿Mosquito, hay gran prevencion?
¿Cómo mis primas están?
Mosquito.
Tales, señor, que podràn

tocarse entrambas á un son.

Don Diego.

Tambien acá arde la fragua;
que todo eso es menester.
Pues á fe que hemos de ver
quien se lleva el gato al agua.

Mosquito.

¿Pues dudarse eso no es yerro?
Solo de oir tu retrato
las ví, que no solo el gato
llevarás tú, sino el perro.

Don Diego.

Pues vés, solo me lastima...

Mosquito.

¿Qué, señor?

Don Diego.

Mi estrella mala.
¡Que venga toda esta gala
á parar en una prima!

Mosquito.

Cierto, que tienes razon,
y á mi tambien me lastima.

Don Diego.

¿No me malogro en mi prima?

Mosquito.

Merecias un bondon:
mas de eso no te provoques.

Don Diego.

El ser tan rica me anima.

Mosquito.

Y yo pienso que la prima
saltará antes que la toques.

Don Diego.

¿Cómo saltar?

Mosquito.

Es galante,
y vaila famosamente.

Don Diego.

¡Oh! pues viéndome presente,
bailará el agua delante;
¿Y ella me merece á mí?

Mosquito.

Ese es, señor, mi recelo;
porque es un angel del cielo,
y no te merece á tì.

Don Diego.

¿Qué dices?

Mosquito.

Si no es que sea
ley de estrella pòderosa.

Don Diego.

¿Miren, si esto es síendo hermosa,
que haría si fuera fea?

Mosquito.

¿Sabes quien estoy pensando
que te merécia?

Don Diego.

¿Quién fuera?

Mosquito.

Una dama que estuviera
toda su vida ayunando.

Don Mendo.

Vamos presto, que mejor
allá lo podreis juzgar.

Don Diego.

Vamos, don Mendo, á matar
estas dos primas de amor.

Mosquito.

Al verte será delito,

si no se desmayan luego.

Don Diego.

Juicios tiene de don Diego.

Mosquito.

Y tú sesos de mosquito.

ESCENA IX.

Salon en casa de don Tello.

DON TELLO Y DON JUAN.

Don Juan.

Suspendióse, don Tello, mí partída,
porque mi prima estando prévenida
para ir á cumplir una novena,
que tenia ofrecida á Guadalupe,
que me detenga ordena;
y es fuerza que me ocupe
en asistir sus pleitos entre tanto.
No será sino mio. *ap.*

Don Tello.

Estimo tanto
vuestra amistad, don Juan, que habiendo habido
justa ocasion que os haya detenido,
os he de suplicar que á honrarme asista
vuestra persona, ahora que á la vista
de mis hijas espero á mís sobrinos.

Don Juan.

Siempre de honrarme hallais nuevos caminos.
¡Cielos, que haya logrado de esta suerte *ap.*
el ver yo la sentencia de mi muerte!

Don Tello.

Ya aquí vienen las dos. Hoy las espera
con mi quietud su dicha.

Don Juan.

Yo quisiera

me aviseis, por no errar de adelantado.
si ya estan los conciertos en estado
de poder dar el parabien.

Don Tello.

Si, amigo,
bien se le podeis dar.

Don Juan.

¿Cielos, qué espero?
Mas que del golpe, de temerlo muero.

Don Tello.

Que aunque Inés y Leonor no lo han sabido,
ya yo el concierto tengo concluido;
y así por mi palabra asegurado,
dareis el parabien adelantado.

Don Juan.

Muy como vuestra la intencion ha sido.
¡Cielos, yo estoy hablando sin sentido! *ap.*

ESCENA X.

LOS DICHOS, DOÑA LEONOR Y DOÑA INÉS VESTIDAS DE BODA.

Doña Inés.

¡Muerta salgo!

Doña Leonor.

Tus dudas son forzosas.

Don Tello.

Bien prevenidas salen, son curiosas.

Don Juan,

Al ver perdido mi bien, *ap.*
esfuércese el corazon:
y en tan violento vaiven
dé yo á Inés el parabien,
y el pésame á mi pasion.
Lograd tan feliz estado
á medida del deseo:

y á costa de un desdichado. *ap.*

Doña Inés.

No sé á que va encaminado
el parabien, ni el empleo.

Don Tello.

El parabien dá don Juan
de los casamientos hechos
con vuestros primos.

Doña Inés.

¿Y están
en estado, que podrán
admitirle nuestros pechos?

Don Tello.

¿Pues no, si ellos han venido
de mi palabra fiados?

Doña Inés.

No habiéndolos admitido
nosotras, en vano ha sido
darlos por efectuados.

Don Tello.

¿Pues podeis las dos hacer
á mi gusto resistencia?

Doña Leonor.

Yo, señor, no sé tener
voluntad; y si ha de ser
alguna, esa es mi obediencia.

Doña Inés.

Contigo tambien, señor,
mi voluntad es agena;
solo tu gusto es mi amor:
mas este mismo primor
tu resolucion condena;
porque cuando yo he de estar
pronta siempre á obedecer,
no me debieras mandar

cosa en que puedo tener
licencia de replicar.
Y si me dá esta licencia
el cielo, y tu autoridad
me la quita con violencia,
casaráse mi obediencia,
pero no mi voluntad.
Siendo este estado, señor,
de tantos riesgos cercado,
¿no pudiera algun error
dar asunto á mi dolor
y empeños á tu cuidado?
Luego aunque yo me concluyo,
debieras á mi alvedrío
proponerlo, no por suyo,
sino porque aunque él es tuyo,
tiene el título de mio.

Don Tello.

Aunque es la queja tan vana,
por queja de amor la he oido,
y mas callando tu hermana,
que no eres tú tan liviana,
que tuviera otro sentido.
Y mi palabra empeñada
ya, Inés, no tiene lugar
tu queja, aunque bien fundada;
pues sobre que estás casada,
no tienes que replicar.

Don Juan.

¡Cielos, yo de mi tormento *ap.*
he venido á ser testigo!

Doña Inés.

Y yo del dolor que siento. *ap.*
Pues si ya mi casamiento
dás *por hecho, solo* digo

que aunque tan llano lo vés,
falta una duda por tí
no facil.

Don Tello.

¿Y esá cuál es?

ESCENA XI.

DICHOS, MOSQUITO, Y POCO DESPUES DON MENDO, DON DIEGO Y CRIADOS.

Mosquito.

Los novios están aquí.

Don Tello.

Déjalo para despues.
¿Donde están?

Mosquito.

Véslos allí,
que el coche con gran sosiego
los vá ya dando de sí

Don Tello.

Prevenid sillas aquí.

Mosquito.

Y albarda para don Diego.

Don Diego.

Buen lugarcillo es Madrid.

Don Mendo.

Dadnos, señor, los pies vuestros.

Don Tello.

Llegad, hijos, á mis brazos,
que ya de padre os prevengo.

Don Diego.

Bravos lodos hace, tio.

Don Tello.

¿Pues qué embarazo os han hecho,
viniendo los dos en coche?

Don Diego.

Antes lo digo por eso;
que hemos perdido ocasion
de venir gozando de ellos.

Don Tello.

¿Pues echais menos los lodos?

Mosquito.

Es adamado don Diego
y le ha olido bien el barro.

Don Tello.

Hablad á Inés.

Don Diego.

Eso intento.
Lo primero que habla un novio,
dicen todos los discretos
que es necedad; pues á posta
he de hablar yo poco y bueno.
Señora, ya os habrán dicho
que sois mia, y yo soy vuestro:
mas os puedo asegurar,
que en mí os dá mi tio un dueño
que hay muchas que le tomáran
con dos cantos á los pechos.
Con decir una verdad
se escusa uno de ser necio.

Doña Inés.

Muerta estoy. En mí, señor, *ap.*
la voluntad que yo tengo
es de mi padre, y no mia,
y vuestra por su precepto.
¿Qué hombre, Cielos, es aqueste
tan fastidioso y tan necío? *ap.*

Don Diego.

Alto: clavose hasta el alma;
ya por mí perderá el seso.

Mosquito.

Si ella se casa contigo
que le perderá es bien cierto.

Don Tello.

Hablad, don Mendo, á Leonor.

Don Mendo.

En su hermosura suspenso,
del primer yerro en mi labio
tendrá disculpa el proverbio;
y ya turbado, señora,
á las luces del sol vuestro
con tanta razon, seria
acertar el mayor yerro.

Doña Leonor.

Nada puede errar quien lleva
por norte tan buen lucero
como la desconfianza.
Discreto y galan es Mendo *ap.*
y he sido la mas dichosa.

Don Diego.

Mi primo con lo modesto
vence el [illegible] ser muy galan.

Doña Leonor.

Vos lo sois con tanto estremo,
que haceis menos á cualquiera.
¡Hay mas loco majadero! *ap.*

Don Diego.

Tambien cayó la Leonor: *ap.*
buena mi primo la ha hecho
en ir á vistas conmigo.

Don Tello.

Tomad, sobrinos, asiento.

Don Diego.

Yo por mí ya estoy sentado.

Don Tello.

Muy llano venís, don Diego.
Muy tosco está mi sobrino: *ap.*
mas la corte le hará atento.

Don Diego.

¡Ola! Por Dios que tambien
se me ha enamorado el viejo.

Mosquito.

Dicha tienes en que aquí
no esté tambien el cochero.

Don Juan.

Cielos, mienten los que dicen *ap.*
que puede ser de consuelo
el competidor indigno,
que antes es de mas tormento;
pues las mas veces las dichas
se aseguran en el necio.

Don Tello.

Los dos al señor don Juan
conoced, que es á quien debo
tan íntima obligacion,
que le viene el nombre estrecho
de amistad á nuestro amor.

Don Juan.

Y en mí tendreis un deseo
de serviros, que dará
indicios de aqueste empeño.

Don Mendo.

Ya, señor don Juan, le logr
en las noticias que tengo.

Don Diego.

Y yo desde hoy con mas veras
he de ser amigo vuestro;
que tirais algo á galan,
y para mí es bravo cebo.

Don Juan.

Delante de vos no puede
ningun galan parecerlo;
que tirais tanto, que dais
en el blanco de ese acierto.

Don Diego.

No: antes doy poco en el blanco,
porque es color que aborrezco,
y el usarse aquestas mangas
de garapiña, me ha hecho
sacar blanco algunas veces;
pero ya es todo mi anhelo
una color de pepino
que ha traido un estrangero.

Don Juan.

¡De pepino! ¿Pues no es verde?

Don Diego.

Es gran color.

Mosquito.

Será bueno
para aforrar ensaladas.

Don Diego.

Solo unos guantes me he puesto
de este color; pero estaba
que era prodigio con ellos.

Doña Inés.

Leonor, este hombre no tiene
uso del entendimiento.

Doña Leonor.

Ni aun del sentido tampoco.

Don Diego.

Ya hablan los dos en secreto; ap.
luego dije yo que habia
de parar el caso en celos.
¿Qué se murmura, señoras?

Doña Leonor.

Alabaros de discreto.

Don Diego.

¿Y no de galan?

Doña Leonor.

Tambien.

Don Diego.

Pues eso es cuento de cuentos;
porque en Burgos unas damas
trataron de hacer lo mesmo,
y en solo los pies tardaron
un dia.

Mosquito.

Segun son ellos,
bien de prisa los pasaron.

Don Mendo.

Corrido estoy, vive el cielo, *ap.*
de venir con este tonto.

Don Tello.

Mi sobrino está algo necio: *ap.*
mas yo le reprehenderé
para que enmiende este yerro.
Venid á ver vuestro cuarto.

Don Diego.

Si, señor, vamos á eso,
porque el mio ha menester
mucha luz para el espejo.

Don Mendo.

Señora, no se despide
quien deja el alma asistiendo
al culto de vuestros ojos,
desde que vive de verlos.

Don Diego.

Yo, prima, no sé de cultos;
porque á Góngora no entiendo,

ni le he entendido en mi vida:
pero despues nos veremos.

ESCENA XII.

DOÑA INÉS, DOÑA LEONOR, DON JUAN Y MOSQUITO.

Doña Inés.

¿Qué dices de esto, Leonor?

Doña Leonor.

No sé, hermana, ni me atrevo
á hablar, y viendo tu pena;
por no affigirte te dejo.

Mosquito.

Pues yo, sí, me atrevo á hablar,
y á decirte, que aunque luego
te case con él tu padre,
yo á descasarte me atrevo,
porque este novio es un macho,
y hace nulo el casamiento.

Don Juan.

Inés, señora, ¿qué dices?
¿Quédale ya á mi tormento
esperanza que le alivie?
Ya todo el peligro es cierto;
ya dió palabra tu padre;
ya está aceptado el empeño;
ya yo te perdí, señora,
y ya.... ¡Pero cómo puedo
referir mayor desdicha,
que haber dicho que te pierdo!

Doña Inés.

Don Juan, segun yo he quedado,
ni aun para hablar tengo aliento.
Ni yo sé si me has perdido,
ni de mi padre el empeño,

ni si ya ha dado palabra,
ni aun razon tampoco tengo
para saber de mi pena;
mira que haré del remedio.
Si hay alguno en el discurso,
es no tenerle don Diego;
ser sugeto tan indigno,
y mi padre no tan ciego,
que no lo haya conocido.
A él con mis quejas apelo,
y á decírle, que el casarme
con hombre tan torpe y necio,
es condenarme á morir,
ó á vivir en un tormento.

Mosquito.

Y que es pecado nefando
casarte con un jumento.

Don Juan.

Y si á tu padre le obliga
de su palabra el empeño,
y desprecia tu razon
por su atencion, que es primero,
¿que haré, perdiendote yo?

Mosquito.

Lo que yo hago cuando pierdo.

Don Juan.

¿Qué haces tú?

Mosquito.

Romper los naipes,
ó llevármelos enteros.

Doña Inés.

Don Juan, mi padre no es
á mi amor tan poco atento,
que viendo tan justa causa
como de quejarme tengo,

á toda una vida mia
anteponga otro respeto.
Esta apelacion me falta:
si es tan uno nuestro riesgo,
admítela, que parece,
que no es tuyo mi deseo.

Don Juan.

¿Cómo he de admitirla, Inés,
viendo á tu padre resuelto
á cumplir con su palabra,
y es de su honor este empeño?

Doña Inés.

¿Y el mio no es de mi vida?

Don Juan.

Si; pero con él es menos.

Doña Inés.

¿No puede ser que se mueva
á mi llanto?

Don Juan.

No lo espero.

Doña Inés.

Pues don Juan, si tu temor
dá mi peligro por cierto,
resolvernos á morir;
que aquí no hay otro remedio.

Don Juan.

¿Pues para cuando es, Inés,
un atrevido despecho,
que tiene tantas disculpas?

Doña Inés.

Don Juan, no me hables en eso;
que aunque es tan grande mi amor,
es mi obligacion primero.

Don Juan.

¿Y ese puede ser amor?

Doña Inés.
Amor es, pero sujeto
á la ley de mi decoro.
Don Juan.
¿Qué en fin niegas un aliento
al temor de mi esperanza?
Doña Inés.
¿Ya no te doy el que puedo?
Don Juan.
¿Qué puede importar tan poco?
Doña Inés.
¿Pudiendo bastar lo menos,
porque he de empeñar lo mas?
Don Juan.
¿Y si lo requiere el riesgo?
Doña Inés.
Vete, don Juan; que los daños
empeñan á los remedios.
Don Juan.
Esa esperanza me alivia.
Doña Inés.
Pues deja ver el suceso.
Don Juan.
Quiera amor que sea feliz.
Doña Inés.
Que de mi parte está el ruego.
Don Juan.
¡Qué temor!
Doña Inés.
A Dios, don Juan.
Don Juan.
Guárdete, señora, el cielo.
Mosquito.
Miren si es verdad, que ya
pierde el juicio por don Diego.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Salon en casa de don Tello.

DON JUAN Y MOSQUITO.

Mosquito.

Vuelvo á decirte que hay medio
para curar tu dolor.

Don Juan.

Mosquito, en tanto rigor,
¿cuál puede ser el remedio?
Don Tello ha determinado
el dar á Inés á don Diego,
y ha despreciado su ruego,
y su palabra ha empeñado;
no hay medio en tanta afliccion.

Mosquito.

Dígote que le ha de haber.

Don Juan.

¿Necio, cómo puede ser?

Mosquito.

¡Hay tal desesperacion!
¿Ese hombre no es un rocin?
Luego tu duda es cruel.

Don Juan.

¿Pues qué medio hay para él?

Mosquito.

El medio de un celemin.

Don Juan.

¿Burlaste de mi dolor?

Mosquito.

Pues si no me quieres creer,
¿qué tengo de responder?
No desesperes, señor,
que en esto hay medio y remedio,
y tataramedio y todo.

Don Juan.

Pues viviré de ese modo.

Mosquito.

Y ha de ser pared en medio;
pero para aqueste efecto,
tu licencia me has de dar,
de lo que yo he de trazar.

Don Juan.

Esa yo te la prometo.

Mosquito.

Pues, señor, ya conocida
la liviandad de don Diego,
deseando tu sosiego,
hallé el medio por su herida.
Alabéle con intento
á tu prima la condesa,
que ya, de viuda profesa,
se le anda el casamiento.
Abrió tanto ojo á fe mia,
y muy fiado de sí,
dijo: si ella me vé á mí,
yo me veré señoria.
Yo le prometí llevar
donde ella verle pudiera;
y él dijo: de esa manera,
conde soy de par en par.
Si trazamos, que en él cuage

esta esperanza, despues
despreciará á doña Inés,
al viejo, y á su linage.
Con que tú puedes tratar
de tu boda á tu placer;
porque él por encondecer,
no ha de querer emprimar.

Don Juan.

Si: mas no halla mi desvelo
modo de verlo logrado.

Mosquito.

Pues velo aquí ejecutado,
como el huevo de Juanelo.
Tú con tu prima has de hacer
que un favor no le recate.

Don Juan.

¡Jesus, qué gran disparate!
¿Yo me habia de atrever
con mi prima á esa indecencia?
Demás de que ausente está
en Guadalupe aunque acá
no se sabe de su ausencia;
pues su casa está asistida,
como si ella aquí estuviera.

Mosquito.

Pues mejor: de esa manera
la industria está conseguida.

Don Juan

¿De qué modo?

Mosquito.

Con mi maña.
Yo tengo aquí una muger,
que fingirá sin caer,
la princesa de Bretaña:
tan sábia que por su cholla

dijo aquel refran feliz,
de las hembras la Beatriz,
y de las aves la olla.
Ella, que mi industria anima,
por finísima embustera,
es tan delgada tercera,
que se sabrá fingir prima.
Sin costarte mas trabajo,
que permitirme la empresa,
le haré tragar la condesa
envuelta en el estropajo.

Don Juan.

¿No es fuerza que eso se ajuste
con las criadas?

Mosquito.

Mejor;
¿pues qué criadas, señor,
se niegan para un embuste?

Don Juan.

Si de ese modo ha de ser,
yo permitillo no puedo.

Mosquito.

Si ha de saberse el enredo,
¿ella qué puede perder?
Y si esto te escama aun,
¿hay mas de hacer yo el papel,
insolidum, sin que en él
entres tú de mancomun?

Don Juan.

Sin que me dés por autor,
hazlo tú.

Mosquito.

Pues, caballero,
¿soy yo tan pobre embustero,
que he menester fiador?

Don Juan.

Si lo logras de esa suerte,
le darás vida á mi amor.

Mosquito.

Pues vete luego, señor,
que conmigo no han de verte,
y vienen aquí los dos
con mi señor.

Don Juan.

Mi sosiego
fio de tí.

Mosquito.

Vete luego.

Don Juan.

Pues á Dios.

ESCENA II.

MOSQUITO, Y DESPUES DON TELLO, DON DIEGO Y DON MENDO.

Mosquito.

¡Válgame Dios!
sin importarme, esto noto,
¿quién en tal bulla me mete?
mas esto es, que un alcahuete
siente mucho ahorcar el voto.

Don Tello.

Sobrino, esto es atencion.

Don Diego.

Tio, eso es mucho apretar;
yo me tengo de alabar
en cuanto fuere razon.

Don Tello.

No puede serlo alabaros
neciamente de galan,

y donde damas están,
no es luciros, sino ajaros.

Don Diego.

¿Eso, señor, se usa aquí?

Don Tello.

Y en todo el mundo.

Don Diego.

Eso no;
que seria mentir yo,
si dijera mal de mí.

Don Tello.

Tampoco os digo eso yo.

Don Diego

Pues si yo tengo buen talle,
¿tengo de echar en la calle
la gala que Dios me dió?

Don Tello.

¿Perdereis vos lo galan
por no alabaros modesto?
No os desaireis vos en esto,
que otros os alabarán.

Don Diego.

Peor es eso que esotro.

Don Tello.

¿No es mejor que aplauso os dén?

Don Diego.

Pues lo que á mí me está bien,
¿para qué lo ha de hacer otro?

Don Tello.

En otro os está mejor.

Don Diego.

¿Y si callan en mí mengua,
para qué tengo yo lengua?

Mosquito.

Para ir á Roma, señor.

Don Diego.

¿Yo á Roma? ¿Por qué accidente?

Mosquito.

A absolveros.

Don Diego.

Bien por Dios,
¿maté yo á alguien?

Mosquito.

No; que vos
de todo estais inocente.

Don Mendo.

Señor, tu atencion se apura;
es en vano refrenalle.

Don Tello.

E ignorancia en mí irritalle
por tan ligera locura.
Hijos, yo voy á sacar
vuestros despachos: á Dios,
que aquesta noche los dos
os habeis de desposar;
porque estimeis á mi amor
lo mismo que él os estima.

Don Diego.

Eso estímelo mi prima,
que es á quien la está mejor.

Don Tello.

Tú, Mosquito, tén cuidado
de acompañarlos.

Mosquito.

Si haré;
yo los acompañaré,
como canten ajustado.

ESCENA III.

DON DIEGO, DON MENDO Y MOSQUITO.

Don Diego.

Muy cansado está mi tio.

Don Mendo.

Por viejo está impertinente.

Mosquito.

Aquí entro yo bravamente. *ap.*
No hay mas hablar, señor mio.

Don Diego.

Mosquito, ¿qué hay?

Mosquito.

Que he informado
á la condesa de suerte,
que á instantes espera verte.

Don Diego.

¿Qué dices?

Mosquito.

Que te he alabado
de modo, que me ha pedido
que yo te lleve á su casa:
pero tú de lo que pasa
no te has de dar por sabido,
sino fingir un intento
con que irla á visitar;
que en viéndote, no hay dudar
que se cuaje el casamiento.

Don Diego.

Pues caerá.

Mosquito.

Para *nobis*.

Don Diego.

Solo de oirlo me incita.

¿Pues qué hará la condesita
en viéndome el *córam vobis*?

Mosquito.

Pues, si tomas mí consejo,
vé luego,

Don Diego.

Eso quiero hacer:
mas antes he de volver
á repasarme al espejo.
Espérame aquí.

Don Mendo.

Mirad,
que están mis primas aquí.

Don Diego.

¿Me han visto?

Mosquito.

Pienso que sí.

Don Diego.

No importa; con brevedad
de ellas me despediré.
Espérame tú allá fuera.

Mosquito.

Pues disponlo de manera,
que vamos luego.

Don Diego.

Si haré.

ESCENA IV.

DON DIEGO, DON MENDO, DOÑA LEONOR Y DOÑA INÉS.

Doña Leonor.

Aquí está don Diego, hermana.

Doña Inés.

Pues yo me quiero volver,

que así le doy á entender
lo que ha de saber mañana.

Don Mendo.

Nunca el sol tarde salió,
á quien con su luz dá vida.

Doña Leonor.

A vuestra fé agradecida,
por mí, antes saliera yo.

Don Mendo.

Con vuestra gracia, mi amor
de méritos tan desnudo,
solo mereceros pudo
tan venturoso favor.

Doña Leonor.

Supuesto, don Méndo, el trato
de mi padre, á vuestro amor
debe mi agrado el favor,
que permite mi recato.

Don Diego.

Si esto á vos, señora, os mueve,
mi prima quiere enojarme.
¿Por qué no viene á pagarme
los favores que me debe?

Doña Leonor.

Está indispuesta.

Don Diego.

¿De qué?

Doña Leonor.

Saliendo aquí, de repente
la dió ahora un accidente.

Don Diego.

Miren si lo adiviné.
Dila por el corazon;
y es preciso que esto sea;
y de otra vez que me vea,

ha de pedir confesion.

Don Mendo.

¿Y de eso no te lastimas?

Don Diego.

¿Pues tengo la culpa yo?

Don Mendo.

¿Pues quién lo hace, si vos no?

Don Diego.

Mi talle, que es mata primas.

Don Mendo.

¡Que en este error tan cerrada *ap.*
esté su imaginacion!

Don Diego.

Digo ¿el mal de corazon
la dejó muy apretada?

Doña Leonor.

No está buena.

Don Diego.

¿Y eso ha sido
causa de retiro tal?
Ella ha cumplido muy mal
en no haber aquí salido.

Doña Leonor.

¿Pues no es bastante tener
alguna indisposicion?

Don Diego.

¿Cómo es eso? Con la uncion
habia de venirme á ver.

Doña Leonor.

A tan necia grosería
y delirio tan estraño,
castigará el desengaño,
que recataros quería;
y ahora os haré saber,
que mi hermana está muy buena,

y por no darse esta pena
no os quiere salir á ver.
Y aquí para entre los dos,
dejad empresa tan vana;
porque es cierto que mi hermana
no se ha de casar con vos.

Don Diego.

¡Miren y con lo que viene!
¡Por donde brota el humor!

Don Mendo.

¿Qué dices?

Don Diego.

Que la Leonor
celos de su hermana tiene.
¿Y aqueso de entre los dos
es cierto?

Doña Leonor.

Esperadlo á ver.

Don Diego.

Digo, ¿y es eso querer
tratar de pescarme vos?

Doña Leonor.

El que de necio la pierde,
no ofende la estimacíon.

Don Diego.

¿No lo escuchais? Celos son
con su puntica de verde.

Don Mendo.

Si haceis favor del desdén,
bien descansado vivís.

Don Diego.

Pues si vos lo consentis,
yo lo consiento tambien.

Doña Leonor.

Señor don Diego, sí fuera

sin mi padre vuestro intento,
por risa y divertimiento
la ignorancia os permitiera;
y os advierto, que en secreto
desistais la pretension,
ó llegareis á ocasion
de ajaros mas el respeto.

Don Diego.

¿Pensais doblarme? pues no;
que eso por lo que sentís,
vos sola me lo decís.

ESCENA V.

DICHOS Y DOÑA INÉS.

Doña Inés.

No lo dice sino yo.

Don Diego.

¡Oigan el demonio! Estotra *ap.*
lo ha estado oyendo á la cuenta
y sale tambien celosa:
si se arañan es gran fiesta.

Doña Inés.

Señor don Diego, si el lustre
de la sangre que os alienta,
á su misma obligacion
se sabe pagar la deuda,
ninguna puede ser mas
que la que ahora os empeña,
pues una muger se vale
de vuestro amparo en su pena.
Mi padre, señor don Diego,
á cuya voz tan sujeta
vivo, que por voluntad
tiene el alma mi obediencia;

trató la union de los dos,
tan sin darme parte de ella,
que de vos y del intento,
al veros tuve la nueva.
Casarme sin mí, es injusto;
mas dejo aparte esta queja,
porque al blason de obediente
tiene algun viso de opuesta.
Casarme con vos, don Diego,
si quereis, ha de ser fuerza;
pero sabed, que mi mano,
si os la doy, ha de ser muerta.
De caballero, y de amante
faltais, don Diego, á la deuda,
si sabiendo mi despecho,
vuestra mano me atropella.
Vos, don Diego, habeis de hacer
á mi padre resistencia;
y escoged vos en la causa
la razon que mas convenga:
aborrecedme, injuriadme;
que yo os doy toda licencia
para tratar mi hermosura
desde desgraciada á necia.
Haced cuenta que una dama
á vencer á otro os empeña,
que es lance que no le puede
escusar vuestra nobleza.
Haced, don Diego, una accion,
que es por entrambos bien hecha;
por mí, porque yo os lo pido;
por vos, porque en vos es deuda.
Y advertid, que yo á mi padre,
por la ley de mi obediencia,
para cualquiera precepto

el sí ha de dar por respuesta.
Si vos no lo repugnais,
yo no he de hacer resistencia;
y si deseais mi mano,
desde luego será vuestra:
pero mirad que os casais
con quien, cuando la violentan,
solo se casa con vos,
por no tener resistencia.
Y ahora vuestra hidalguía,
ó el capricho, ó la fineza
corte por donde quisiere;
que cuando pare en violencia,
muriendo yo, acaba todo:
pero no vuestra indecencia;
pues donde acaba mi vida,
vuestro desdoro comienza.

Don Diego.

¡Pudo el diablo haber pensado *ap.*
mas graciosísima arenga,
para disfrazar los zelos,
y está de ellos que rebienta!
Señora, todo ese enojo
nace, con vuestra licencia,
de zelos que os dá Leonor.
Si temeis que yo os ofenda,
os engañais, juro á Dios;
que por vida de mi abuela,
y así Dios me deje ver
con fruto unas viñas nuevas,
que plantó mi padre en Burgos,
que es lo mejor de mi hacienda,
como yo nunca la he dicho
de amor palabra, ni media;
que ella es la que á mi me quiere;

y si no, dígalo ella.

Don Mendo.

Tener no puedo la risa *ap.*
de tan graciosa respuesta.

Doña Leonor.

Hermana, este hombre no tiene
sentido; y en vano intentas,
que se reduzca á razon.

Doña Inés.

Sean zelos, ó no sean,
señor don Diego, yo os pido,
porque una dama os lo ruega,
que aquí me deis la palabra
de hacer por mí esta fineza.

Don Diego.

No haré yo tal, hasta ver *ap,*
como pinta la condesa.
Señora, eso es una cosa,
que es para dormir sobre ella.
Yo me veré bien en ello
para daros la respuesta;
que aquí tengo yo un agente,
que es quien mejor me aconseja.

Doña Inés.

¿Pues que hay que pensar en esto,
para que nadie os advierta?

Don Diego.

¿Pues no quereis que me informe,
si puedo hacerlo en conciencia?

Doña Leonor.

¡Hay mas raro desatino!

Don Diego.

Esto es, porque vos quisierais
que respondiera que sí,
para verme libre de ella;

y echarme luego la garra.

Doña Inés.

Ya vuestra locura necia
pasa el término de loco,
y á mi que hacer no me queda
mas que volver á advertiros,
que cuanto os he dicho atenta,
os lo repito ofendida:
y si tras esta advertencia
os quereis casar conmigo,
aunque mi sangre os alienta,
sois hombre indigno de honor:
pensad, ó no la respuesta.

Don Diego.

¿Qué llama indigno? Escuchad.

Doña Leonor.

Eso, don Diego, es perderla
de muchas veces: haced
lo que Inés os aconseja,
ó en mayor desaire vuestro
parará su resistencia.

ESCENA VI.

Don Diego y don Mendo.

Don Diego.

¿Desaire?

Don Mendo.

Tened, don Diego,
Un hombre noble, ¿qué espera,
oyendo este desengaño?

Don Diego.

¿Hombre, no vés que te quemas,
y Leonor, porque me adora,
es quién causa esta revuelta?

Don Mendo.

Vive Dios, que es imposible *ap.*
sacarlo de la cabeza
esta aprehension. Pues, don Diego,
¿en qué conoceis que tenga
fundamento ese cariño?

Don Diego.

¡Hay mas graciosa simpleza!
Bueno sois para marido,
si no entendeis esta lengua,
pues no veis que hablan los ojos,
y la Leonor está muerta;
sino és que vos, por casaros,
no mirais delicadezas.

Don Mendo.

Vive Dios, que á no saber,
que habla la ignorancia vuestra,
mas que la malicia en vos,
de esta sala no salierais,
sin ser el último aliento
necedad tan desatenta:
pero pues es inculpable
vuestra locura, ella mesma
sea la que dé el castigo
á tan notoria simpleza.

ESCENA VIII.

DON DIEGO.

¡Hay tonto como mi primo!
Pero á mí, allá se lo avenga:
yo me voy á ver si puedo
derribar esta condesa,
y si no saliere cosa,
fijas las dos primas quedan;
y si todas me quisieren,

apechugaré con ellas:
y á mas moros mas ganancia,
que el turco tiene trescientas.

ESCENA VIII.

Sala en casa de don Juan.

BEATRIZ, DE CONDESA VIUDA, MOSQUITO Y UNA CRIADA.

Beatriz.

¿Qué me dicés, Mosquito, vengo buena?

Mosquito.

Beatricilla, estás hecha una azucena.

Beatriz.

¿Y de condesa viuda tengo aseo?

Mosquito.

Bien puedes ser la viuda de Siqueo.

Criada.

¿No temes que á dudarlo se adelante?

Mosquito.

¿Qué llamas duda? Lo creerá un vergante.

Criada.

Esto importa ocultarlo á los criados,
menos á los que estamos avisados.

Beatriz.

El tonto vá á caer.

Mosquito.

Claro está eso.
Beatricilla, caerá como con queso.

Beatriz.

¿Y dónde está?

Mosquito.

A la puerta le he dejado;
que fingiendo yo entrar con el recado,

subí á ver si ya estabas prevenida,
y me he admírado al verte ya vestida;
que apenas ha un instante,
que desde casa te envié delante.

Beatriz.

Rabio ya por lograr tan buenos ratos.

Mosquito.

Seis veces se ha limpiado los zapatos.

Beatriz.

Llamale, pues, que muero por hablallo.

Mosquito.

Mira, Beatriz, si quieres acertallo,
cuanto hablares, sea oscuro y sea confuso;
habla crítico ahora, aunque no es uso;
porque si tú el lenguage le revesas,
pensará que es estilo de condesas;
que los tontos que traen imaginado
un gran sugeto, en viéndole ajustado
á hablar claro, aunque sea con conceto,
al instante le pierden el respeto:
y en viendo que habla voces desusadas,
cosas ocultas, trazas intrincadas,
para dár á entender que lo comprehenden,
le dicen que es gran cosa, y no la entienden;
con que si le hablas culto prevenida,
te tendrá por condesa, y entendida.

Beatriz.

Pero si él me pregunta algo corriente,
forzoso es responderle vulgarmente.

Mosquito.

De ningun modo; que ese no es su paso.

Beatriz.

Y si él pregunta, cómo estais, acaso,
¿qué le he de responder?

Mosquito.

En garatusa,

libidinosa, crédula y obtusa.

Beatriz.

¿Pues qué ha de entender él, si eso no es nada?

Mosquito.

Acaso entenderá que estás preñada.

Beatriz.

Déjame á mí, que yo sabré hablar culto,
cuando importe; que no ha de ser á bulto.

Mosquito.

Pues él viene hácia acá, voy á sacallo;
que aquí don Juan tambien está á escuchallo.

ESCENA IX.

DICHOS Y DON DIEGO.

Don Diego.

¿Mosquito, está aquí?

Mosquito.

¿No vés
que es la que está en esta pieza?

Don Diego.

¿Es esta? Rara belleza
descubre por el embés.

Beatriz.

¿Quién anda en los corredores?
Míralo, Isabel.

Don Diego.

Ya ha hablado:
hasta el tono es delicado;
en fin, manjar de señores.

Criado.

¿Quién es?

Don Diego.

Respóndele apriesa.

Mosquito.

Diga usted, como don Diego,
mi señor, quisiera luego
ver á misa la condesa.

Criada.

Ya la teneis avisada;
entre.

Don Diego.

El norte lo asegura.

Criada.

¡Jesus qué rara figura!

Don Diego.

Ya ha caido la criada.
Mosquito, ¿vés lo que pasa?
Todo caerá.

Mosquito.

Aqueso es llano:
mas, señor, véte á la mano
no caiga tambien la casa.

Don Diego.

El cielo guarde esa aurora.

Beatriz.

La vuestra sea bien venida.

Don Diego.

No he visto en toda mi vida
mejor bulto de señora.

Beatriz.

¿Qué intento os lleva neutral
á mis coturnos cortés?

Don Diego.

¡Jesus, cuál habla! Esto es *ap.*
estilo de sangre real.
Señora, bueno he venido.

Mosquito.

Qué quieres, te preguntó.

Don Diego.

Estar bueno quiero yo:
luego bien he respondido.

Beatriz.

De risa me estoy muriendo
y disimular no sé.

Don Diego.

Tambíen me parece que
vá la condesa cayendo.

Beatriz.

¿En fin, venís rutilante
á mi esplendor fugitivo,
para ver si yo os esquivo
á mi consorcio anhelante?

Don Diego.

¿No vés, Mosquito, al hablarme
con qué gracia me enamora?

Mosquito.

¿Pues qué es lo que dice ahora?

Don Diego.

Todo aquesto es alabarme.
Si yo aquí os he parecido
como vos significais,
cíerto que no lo arriesgais;
porque soy agradecido.

Beatriz.

Esplicaos de una vez.

Don Diego.

Hablaros despacio intento.

Beatriz.

Pues apropincuad asiento.

Don Diego.

Mosquito, ya pica el pez.

Mosquito.
Ya yo le he visto tragar.
Don Diego.
Yo soy cebo de mugeres.
Mosquito.
Ahora digo que tu eres
linda caña de pescar.
Don Diego.
Hablarla importa con frases
de un estilo levantado.
Mosquito.
Sí; que el estilo acostado
es para cuando te cases.
Don Diego.
Vuestra fama sonorosa,
concurso no de estudiantes,
sino de tropas volantes...,
¡ Bravo pedazo de prosa!
Mosquito.
Bueno vá; adelante pasa.
Don Diego.
Desde Burgos me ha traido
á daros en mí un marido
que sea honor de vuestra casa.
Beatriz.
Súbito, no meditado,
vuestro pretesto colijo.
Mosquito.
¿ Qué es lo que ahora te dijo?
Don Diego.
Que lo acepta de contado.

Beatriz.

Algo de bobera en vos
presume el cándido pecho.

Don Diego.
¡Jesus qué favor me ha hecho!
Buena pascua te dé Dios.

Mosquito.
De risa el tonto me apura. *ap.*
Prosigue, que ya está tierna.
Don Diego.
Ahora me alabó la pierna.
Pues si vierais mi cintura
por de dentro, os admírara
su medida tamañita;
porque á mi el sastre me quita
dos dedos de media vara.
Mosquito.
En eso no hay que dudar.
Don Diego.
Y aun me la achica despues.
Mosquito.
Mas la media vara es
de vara de torear.
Don Diego.
Eso, en torear, no hay hombre,
como yo: con un jaez
en Burgos salí una vez
y tembló el toro mi nombre.
Yo me anduve por allí
en la plaza hecho un medoro,
y no osó llegar el toro
á treinta pasos de mí.
Mosquito.
¡Bravas suertes!
Don Diego.
Y hasta el fin
ningun rocin me mató.

Mosquito.

Pues si á tí no te alcanzó,
seguro estaba el rocin.

Don Diego.

Paréceme que un poquito
vos estais de mi pagada.

Beatriz.

Adusta sí, no implicada.

Don Diego.

¡Toma si escampa, Mosquito!

Mosquito.

¡Jesus! A Beatriz aprisa *ap.*
señas le haré por detras;
porqne si esto dura mas
he de rebentar de risa.

Beatriz.

Remito, por lo que espreso,
la locucion á otro dia. *levántase.*

Don Diego.

¿En efecto, sereis mia?

Beatriz.

Cogitacion habrá en eso.

Don Diego.

Eso si al alma regala.

Beatriz.

Pensaislo con juicio agreste.

Don Diego.

¡Mira qué favor aqueste!
¡Ah, bien haya aquesta gala!

Beatriz.

A Dios.

Don Diego.

Hasta nuestras bodas.

Criada.

¡Bravo tonto.! *ap.*

Beatriz.
Ya os entiendo.

ESCENA X.

Don Diego, Mosquito y don Juan, dentro.

Don Diego.
La muger se vá cayendo:
pero lo mismo hacen todas.
Mosquito.
Logràronse mis cuidados. *ap.*
¿Qué dices de aquesta empresa?
Don Diego.
Que la muger es condesa
de todos cuatro costados.
Mosquito.
Ahora entra aquí don Juan *ap.*
para acreditar el caso.
¿Señor, si esto vá á este paso
tus dos primas, qué dirán?
Don Diego.
Bolaverunt.
Mosquito.
Yo querria,
que lo sepas recatar.
Don Diego.
Ya bien puedes empezar
á llamarme señoría.
Don Juan desde adentro.
Ola, Mateo, Benito.
¿No hay algun criado aquí?
¿Qué modo es este?
Mosquito.
¡Ay de mi!

Don Diego.

¿Qué es esto?

Mosquito.

¡Cristo bendito!
Don Juan, eso que no es nada,
primo de aquesta señora,
y celoso.

Don Diego.

¿Eso hay ahora?
Pues requiriré la espada.

Mosquito.

¿Y que hemos de hacer con eso?

Don Diego.

Voto á Dios, si me habla en nada,
que á la primer cuchillada
le revane como queso.

Mosquito.

¿Qué eres valiente?

Don Diego.

Los chinos
son enanos para mí.

Mosquito.

¡Ay madre de Dios! que aquí
se matan como cochinos.

Don Juan, saliendo á la escena.

¡Siempre en casa ha de haber priesa!
Pero don Diego ¿aquí estais?
¿Pues qué en la casa buscais
de mi prima la condesa?

Don Diego.

¿Yo?

Don Juan.

Si.

Don Diego.

No lo puedo creer.

¿A mí?

Don Juan.

¿No habeis escuchado?

Don Diego.

Vive Dios, que me he turbado, *ap.*
y no sé que responder.

Don Juan.

¿No hablais?

Mosquito.

Yo, señor, de un tiro
con mi señor iba al Prado,
y aquí nos hemos topado
por la plaza del Retiro.

Don Diego.

¿Qué diré? *ap.*

Mosquito.

El diablo lo fragua;
de quien me parió reniego.

Don Juan.

¿Por qué no me hablais, don Diego?

Mosquito.

Tiene la boca con agua.

Don Juan

¿Qué dices?

Mosquito.

Que él iba aprisa,
y se entró aquí.

Don Juan.

¿A qué se entró?

Mosquito.

Yo... cuando... si... que sé yo...
Los dos ibamos á misa,

Don Juan.

Villano, ¿es eso burlar

de mí?

Don Diego.

Ya yo me cobré, *ap.*
y así lo remediaré.
Don Juan, yo os vengo á buscar.

Don Juan.

¿Vos à mì?

Don Diego.

A solas os quiero.

Don Juan.

Pues por mí yo solo estoy.

Don Diego.

Pues vete tú.

Mosquito.

Ya me voy.
Clavóse este majadero. *ap*

ESCENA XI.

DON DIEGO Y DON JUAN.

Don Juan.

Ya estamos solos.

Don Diego.

Don Juan,
yo me caso con mi prima;
que aunque ella no me merezca,
en efecto ha de ser mia.
Yo en efecto, como digo,
vengo aquí, porque en mi vida.... *ap.*
Por Dios que he perdido el hilo
de lo que decir queria.

Don Juan.

Proseguid.

Don Diego.

Ya voy al caso.

La memoria es quebradiza:
Desde Burgos á Madrid
hay cuarenta leguas chicas:
pienso que hay mas; no, no hay tantas.

Don Juan.

¿Pues eso á que se encamina?

Don Diego.

¿Las leguas no son del caso?

Don Juan.

¿Pues el camino á qué tira?

Don Diego,

¿Tampoco importa el camino?

Don Juan.

¿Pues qué importa?

Don Diego.

¿Esto no estriva
en resolucion? Pues alto.
Señor mio, yo queria
saber de vos, á qué intento
entrais en cas de mi prima?

Don Juan.

¿Pues por qué lo preguntais?

Don Diego.

¿Por qué? ¡La duda es muy linda
Porque he de ser su marido.

Don Juan.

¡Vive Dios, que la salida *ap.*
que ha buscado, aunque el engaño
que yo deseo acredita,
pues lo hace por deslumbrarme,
á un grave empeño me obliga;
que aunque es necio, es caballero!

Don Diego

¿No hablais? ¿Me dais con la misma?
Pues yo esto vengo á saber.

Don Juan.

La pregunta es tan indigna,
que no merece respuesta:
pero si ha de ser precisa,
yo os la daré.

Don Diego.

No: tened;
que yo tengo en esta villa
mas de cuatrocientas damas
que á mi casamiento aspiran.
Yo os lo digo, por si acaso
vuestro amor á Inés se inclina,
que yo alzaré mano de ella;
porque vuestra bizarría
me ha enamorado, y no quiero
que os dé mi boda un mal dia.

Don Juan.

Yo os digo, que no os respondo.

Don Diego.

Segun eso, vuestra mira
no debe de ser á Inés,
sino á Leonor.

Don Juan.

Esa misma
es la pregunta pasada,
que ya teneis respondida.

Don Diego.

¡Ah, como os dí yo en el alma!
En los ojos se averigua:
Leonor es la que os abrasa.

Don Juan.

No hagais vos respuesta mia,
la *que yo no os* quiero dar;
y si el negarlo os irrita,
ya os digo....

Don Diego.

No os enojeis ;
que aquesto, por vida mia,
es querer ser vuestro amigo.

Don Juan.

Mi voluntad os lo estima :
mas no hablemos mas en eso.

Don Diego.

Mi duda está concluida.
Quedad con Dios.

Don Juan.

El os guarde.

Don Diego.

Y entended, que en mi caricia
teneis el lugar de un primo.

Don Juan.

Deuda es de mí agradecida.

Don Diego.

No es nada el equivoquillo;
mi ingenio es todo una chispa :
quedaos, no paseis de aquí.

Don Juan.

No me escuseis qne yo os sirva.

Don Diego.

Yo os iré sirviendo á vos.

Don Juan.

Yo he de lograr esa dicha.

Don Diego.

¡ Ah, qué bien que te la pego! *ap.*

Don Juan.

Ya él me ha creido la prima.

ESCENA XII.

Sala en casa de don Tello.

MOSQUITO Y BEATRIZ DE CRIADA.

Mosquito.

Dame cuatro mil abrazos,
ingeniosa Beatricilla;
que has hecho el papel mejor
que pudiera Celestina.

Beatriz.

¿Parecia yo condesa?

Mosquito.

¿Qué es condesa? Parecias
fregona en paños mayores.

Beatriz.

Y si él creyó la postiza
¿en qué ha de parar el cuento?

Mosquito.

¿Pués eso no lo imaginas?
En que te casés con él.

Beatriz.

¿Yo? ¡Madre de Dios bendita!
Primero fuera beatá
de aquestas arrobadizas.

Mosquito.

Calla, boba; que don Juan,
que es á qnién le vá la vida,
lo ha de pagar por entero;
y de la paga, la liga
tomarás tú, y yo la media.

Beatriz.

Eso de la media esplica;
porque tiene mucho s puntos.

Mosquito.

Entremos en casa aprisa,
que aquí en el zaguan estamos
á riesgo de una venida.

Beatriz.

Vamos, no me vea el viejo.

Mosquito.

¿Y hemos de entrarnos á frias?
¿No me darás un abrazo?

Beatriz.

Y quince.

Mosquito.

¿Con eso envidas?

ESCENA XIII.

DICHOS Y DON DIEGO.

Don Diego.

Grande empresa he conseguido,
y escaparme fue gran dicha.
¡Pero qué miro!

Beatriz.

¡Ay Dios mio!
Don Diego, y á letra vista
nos ha cogido.

Mosquito.

¡Jesus!

Don Diego.

O estoy loco, ó juraria
que es la condesa.

Beatriz.

Villano, (1)
¿tú á mí engañarme querias?

---

(1) *Dále á Mosquito.*

Viven los cielos, traidor,
que en tí he de vengar mis iras.

Mosquito.

¡Qué haces, muger del demonio!

Beatriz.

¿Traidor, tú á engañarme ibas?
¿A una muger de mi estado
la finges alevosías?

Don Diego.

¡Viven los cielos, que es ella!
¿Señora, pues qué os irrita
este pícaro, que os hallo
en una accion tan indigna,
y en tan indecente trage?

Beatriz.

¿Siendo vuestra la malicia
lo dudais, mal caballero,
que con aleves caricias
engañais nobles mugeres?
¿Es bien robarme la vida,
prometiendo ser mi esposo,
estando con vuestra prima
para desposaros hoy?

Don Diego.

Señora, ¿quién tal mentira
os ha dicho? Vive Dios   *ap.*
que sabe ya la cartilla.

Mosquito.

Remediólo bravamente.   *ap.*

Beatriz.

Yo lo sé, de quien me avisa
de todos vuestros engaños;
y por ver vuestra malicia
con mis ojos, he venido,
llena de ansias y fatigas,

disfrazada y sin respeto,
donde he sabido, que es fija
la boda para esta noche.

Mosquito.

¡O gran Beatriz, fondo en tia!

Don Diego.

No es nada lo que obra el talle: *ap.*
tomen si purga la niña.
Señora, viven los cielos,
que aunque está ya prevenida,
es sin mi consentimiento;
y porque quedeis vencida
yo haré aqui un remedio breve.

Beatriz.

¿Cuál es?

Don Diego.

Daros una firma
con tres testigos.

Beatriz.

¿Pues yo,
qué he de hacer de ella, ofendida?

Don Diego.

Sacarme por el vicario,
si este tio me dá prisa.

Mosquito.

Esto es peor; que en mentando *ap.*
el ruin, es sentencia fija
que ha de cumplirse el refran.
El viejo viene.

Beatriz.

Seria
gran desdicha que me viera
en una accion tan indigna.

Don Diego.

¿Os conoce?

Beatriz.

No; mas basta
que me vea.

Don Diego.

Pues aprisa
escondeos.

Beatriz.

¿Dónde puedo?

Don Diego.

Detrás de esa puerta misma.

Beatriz.

Todo es decente en un riesgo.
Mirad, que mi honor peligra,
en que ninguno me vea.

ESCENA XIV.

DON DIEGO, MOSQUITO, Y POCO DESPUES DON TELLO.

Don Diego.

Si viniera Atabalipa
y Motezuma, no os viera,
hasta costarme la vida.
Disimula tú, y finjamos
que bajábamos de arriba.

Mosquito.

Pienso que el viejo lo ha visto;
que trae aceda la vista.

Don Tello.

¿Don Diego?

Don Diego.

¿Tio y señor?

Don Tello.

¿Es desecha esa alegría?
¿Paréceos accion decente,
que en casa de vuestra prima
hableis con una muger
tapada, la tarde misma

que con ella os desposais?

Don Diego.

¿Yo muger?

Mosquito.

¡Ay Beatricilla!
que aqui dió fin el enredo.

Don Tello.

Negarlo es buena salida,
acabando yo de ver
que está en mi casa escondida.

Don Diego.

Mirad, señor, que es engaño.

Don Tello.

Vive Dios, que si porfia
vuestro desácato, yo
la he de sacar.

Don Diego.

Poca prisa;
porque esta casa es vedada;
y está la guarda á la mira.

Don Tello.

¿Pues á mí me decís eso?

Don Diego.

A vos y á vuestras dos hijas.

Don Tello.

¿Yo no he de entrar en mi casa?

Don Diego.

A eso, ni vos, ni mi tia.

Don Tello.

Villano, viven los cielos,
que de tan grande osadia
tomaré satisfaccion.

Don Diego.

Aunque perdiera mil vidas,

no habeis de ver esta dama. (1)

Don Tello.

Pues yo haré que lo permitas.

ESCENA XV.

DICHOS, DOÑA INÉS POR LA PUERTA DE ENMEDIO Y DON JUAN POR OTRA.

Doña Inés.

¡Padre y señor, vos la espada!

Don Juan.

Don Tello, aquí está la mia.

Don Tello.

Para el castigo que intento,
sobran armas á mis iras.

Don Diego.

¡Esto es peor! Vive el cielo,
que si don Juan vé á su prima,
no tiene salida el lance.

Don Tello.

Villano, á esa mugercilla
sacaré yo de este modo.

Don Diego.

Detente, señor, y mira,
que esta dama es de don Juan
con mucho estrecho, y peligra
su honor y su vida en esto.

Don Tello.

¡Qué esta es su dama!

Don Diego.

Esta misma.

Doña Inés.

¡Ah traidor! ¡Qué es lo que escucho! *ap.*

---

(1) *Empuñan las espadas.*

¿Esto encubierto tenias?

Don Tello.

¡Buena la intentaba yo!
Turbado me ha la noticia.
¡Cuerpo de Dios! ¡no dijerais
que aquesa muger venía
á ampararse á vos de un riesgo!
Llamadla, é idos aprisa,
que yo os guardaré la espalda.
Tapaos, señora. Seguidla.

Don Diego.

Señora, venid tras mí.
Perdonad, señora prima,
que yo con quien vengo vengo. (1)

Mosquito.

Escapose Beatricilla;
salto y brinco de contento.

ESCENA XVI.

DON TELLO, DON JUAN Y DOÑA INÉS.

Don Tello.

Detener yo ahora á don Juan, *ap.*
porque no pueda seguirla,
será lo mas importante.
Don Juan, fuerza es que yo siga
á don Diego, por si acaso
en este empeño peligra.
Quedaos vos aquí.

Don Juan.

Eso fuera
faltar yo á la deuda mia,

---

(1) *La saca de entre bastidores tapada y pasa por delante de ellos.*

sabiendo que ván con riesgo.

Don Tello.

Es, que para la accion misma
os he menester yo aquí.

Don Juan.

Siendo así, aqui está mi vida
para arriesgarla por vos.

Don Tello.

Mi amistad de vos la fia.
Hasta que él esté seguro
le guardaré yo esta esquina.

ESCENA XVII.

DON JUAN Y DOÑA INÉS.

Don Juan.

Inés, señora, á este lance
queda mi fé agradecida,
pues podré hablarte en seguro.

Doña Inés.

Si eso á engañarme camina,
ya no lo podrás, ingrato,
conseguir mientras yo viva.

Don Juan.

¿Qué es lo que decis, señora?
¡Yo traicion! ¿En qué imaginas
que la tenga una fineza,
que no hay luz que la compita?

Doña Inés.

Pero hay luz que la descubra,
y á bien poca se averigua;
pues tal es su desenfado,
y tienes dama tan fina,
que ofendiendo tu decoro,
á un hombre, que no ha tres dias

que está en Madrid, tus finezas
y su liviandad publica.

Don Juan.

Señora, viven los cielos,
que ágeno de esas malicias,
no puedo entender tu queja,
ni sé de qué se origina.

Doña Inés.

Pues yo, no agena, don Juan,
de tu traicion fementida,
y ya mas desesperada,
negándomelo á la vista,
te lo diré, aunque al decirlo
mayor empeño se siga.
Piérdase lo que se pierda,
donde se pierde mi vida.
Esa dama, que á su amparo
aquí á don Diego le obliga,
tú eres de quien la recata,
y ella de tí se retira.
Y pues sabe un forastero,
que es tan tuya, que peligra
hallándola tú con otro;
mira si es tu alevosía
tan recatada, que al verla
de mucha luz necesita.

Don Juan.

Oye, señora.

Doña Inés.

Es en vano.

Don Juan.

Tente por Dios.

Doña Inés.

Mas me irritas.

Don Juan.

¿Pues no me oirás?

Doña Inés.

¿Qué he de oirte?

Don Juan.

Que ha sido ilusion.

Doña Inés.

Mi dicha.

Don Juan.

¿Quién te ha dicho esos engaños?

Doña Inés.

Don Diego, que lo publica,
y yo que lo vi.

Don Juan.

¿No sabes
su locura?

Doña Inés.

Si porfias,
harás, don Juan, que en mi ofensa
pase á despecho la ira. *vase.*

Don Juan.

Vive el cielo, que este necio
ha de costarme la vida;
iré á buscarle y á ver
de donde nace este enigma.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de calle.

BEATRIZ, DON DIEGO Y MOSQUITO.

Beatriz.

Ya será, el pasar de aquí,
arriesgarme á otro cuidado.

Don Diego.

Compañía de ahorcado
no es, señora, para mí.
Yo os he de dejar segura
y sin lesion, ¡vive Dios!
y hasta que lo esteis, con vos
he de ir á Dios y á ventura.

Beatriz.

Mosquito, ¿qué hemos de hacer
si él dá en este desatino?

Mosquito.

Aquí no hay otro camino,
sino arrancar á correr.

Beatriz.

¿Por si á su vista me robo,
no le sabrás tú apartar?

Mosquito.

Nadie se puede librar
de un bobo, sino otro bobo.

Don Diego.

¡Secreto para conmigo!
¿Qué te dice?

Mosquito.

Que vá ahora
la condesa mi señora,
muy asustada contigo.

Don Diego.

Eso, tómalo al revés.
¿Pues no voy yo á defendella,
aunque venga contra ella
el armada del inglés?

Mosquito.

Es, que estais junto á la entrada
de su casa, y si los dos
llegais, la verán con vos.

Don Diego.

¿Qué importa, si vá tapada?

Mosquito.

¿Pues si vén, á su beldad,
seguirla, no es cosa espresa,
que han de creer que es la Condesa?

Don Diego.

Esa es la pura verdad:
pero si dejarla intento,
cuando de mí se amparó,
si sucede algo, estoy yo
obligado al saneamiento.
Ademas, que fuera accion
llena de incivilidad.

Beatriz.

¿No veis que eso es necedad?

Don Diego.

Mas que sea discrecion.
Vos no habeis de ir sin mí,
y creed, si esto no basta,
que he de acompañaros hasta
el postrer maravedí.

Beatriz.

Ya que estais determinado,
venid, pues eso quereis,
y á la puerta no llegueis.

Don Diego.

No he de ir sino hasta el estrado;
no lo escuseis.

Mosquito.

¡Guarda Pablo!

Beatriz.

¿Vos en mi casa tras mí?

Don Diego.

¿Pues qué peligro hay allí?

Mosquito

¿Qué se yo, lo que hará el diablo?
Por aquí la he de escapar. *ap.*
Señor, advierte una cosa,
que esta Condesa es golosa,
y esto lo hace por entrar
sola en ese confitero,
á comprar dulces sin susto.

Don Diego.

Tiene lindísimo gusto;
á eso entraré yo el primero.

Mosquito.

¿Llevas dinero?

Don Diego.

Ní blanca.

Mosquito.

¿Pues á qué has de entrar allá?

Don Diego.

¿Pues qué riesgo en eso habrá?

Mosquito.

¿Dónde está tu mano franca,
has de consentirla que

pague lo que á comprar vá?

Don Diego.

¿Eso dudas? Claro está,
que se lo consentiré

Mosquito.

¡A la Condesa!

Don Diego.

¿Pues no?
¿Eso quieres que la arguya?
Ni aun á una criada suya
no se lo estorbara yo.

Mosquito.

¿Qué dices? Que eso es quedar
en una accion afrentosa.

Don Diego.

Hermano, si ella es golosa;
¿téngolo yo de pagar?

Mosquito.

Aquesto es cosa perdida.

Beatriz.

¡Ay desdichada de mí!
Don Juan viene por allí.

Mosquito.

Su primo, pese á mi vida;

Don Diego.

¿Quién?

Mosquito.

Don Juan, de par en par.

Don Diego.

¿Pues ahora, qué hemos de hacer?

Mosquito.

Irnos, y tú defender,
que no nos pueda alcanzar.

Don Diego.

Y si no puedo atajarle,

si acaso viene muy fuerte;
¿qué he de hacer?

Mosquito.

Darle la muerte.

Don Diego.

¿Darle la muerte?

Mosquito.

O matarle.

Don Diego.

¿Y si no trae mal humor,
y detenerle por bien
puedo?

Mosquito.

Mátale tambien.

Don Diego

Pues manos á la labor.

Beatriz.

No permitais, que se acabe
de arriesgar la vida mia.

Don Diego.

Váyase Vueseñoría,
que ya estoy pensando el cabe.

Mosquito.

Detenedle bien.

Don Diego.

Si haré.

Mosquito.

Ya podemos escurrir.

Beatriz.

Detenedle sin reñir.

Don Diego.

Sin reñir le mataré.

Mosquito.

Arranquemos á correr,
mientras él queda en arrobo.

Beatriz.
¡Jesus! harta voy de bobo.
Mosquito.
No es poco para muger.

ESCENA II.

DON DIEGO, Y POCO DESPUES DON JUAN.

Don Diego.
À mucho quedo empeñado,
si este hombre en seguirla dá:
pero bien hecho será;
que un primo es medio cuñado.
Don Juan.
En haberme detenido
con tal cuidado don Tello,
reconozco que es verdad
lo que les dijo don Diego:
y pues aquí le he alcanzado,
he de averiguar su intento.
Don Diego.
Hombre, mira lo que haces, *ap.*
que vas andando y muriendo.
Don Juan.
¿Señor don Diego?
Don Diego.
¿Don Juan,
qué quereis?
Don Juan.
Buscandoos vengo.
Don Diego.
Como no paseis de aquí,
seré muy servidor vuestro.
Decid, que es lo que os ocurre.

Don Juan.

Lo que yo deciros quiero,
aquí os lo puedo decir.

Don Diego.

De vida sois segun eso.

Don Juan.

Vos habeis dicho delante
de vuestra prima y don Tello,
que aquella muger tapada,
que ahora os iba siguiendo,
la recatabais de mí,
por importarme su empeño.
Yo sé que esto es imposible;
porque yo en Madrid no tengo
muger que pueda importarme,
ni por amor, ni por deudo:
y siendo así que es fingido,
de vos entender pretendo
¿para qué fin lo fingisteis?

Don Diego.

Eso es peor, vive el cielo; *ap.*
porque si él fuera tras ella,
le matára sin remedio;
porque ya lo habia pensado:
pero matarle por esto
no lo he pensado, y no es fácil.

Don Juan.

¿Qué decís?

Don Diego.

Ya voy á ello.
Señor don Juan, que yo dije
á mi tio ese embeleco,
para escaparme de allí,
es verdad, y no lo niego:
¿pero eso, á vos qué os importa?

Don Juan.

¿Pues vos, siendo caballero,
lo dudais? El que se entienda
que dama ó parienta tengo
tan liviana, que de mí
anda con otros huyendo.

Don Diego.

¿Pues si vos sabeis que es falso,
y os asegurais en eso,
¿qué importa que yo os lo diga?

Don Juan.

El que no lo piensen ellos;
que la opinion no es lo que es,
sino lo que entiende el pueblo.

Don Diego.

¿Pues mi tio, es pueblo acaso?

Don Juan.

Es parte de él, que es lo mesmo.

Don Diego.

Don Juan, esto no os importa
mas, de que no tenga zelos
Leonor, de lo que yo dije,
como es vuestro galanteo.
¿Remediando estó, habrá mas?

Don Juan.

Yo no os pido nada de eso.

Don Diego.

Pues veis aquí, que lo dije;
que era verdad. ¿Qué remedio?

Don Juan.

Que vos habeis de decir
á todos los que lo oyeron,
el intento que tuvisteis,
y que yo os obligo á ello.

Don Diego.

¡No es nada la añadidura
que decir vos! Eso es bueno.
Antes me volviera moro.

Don Juan.

Pues aquì no hay otro medio.

Don Diego.

Pues mas que nunca le haya.
Bien quedaba yo con eso,
para ir á la plaza en Burgos
á hablar con los caballeros.
El toro de las dos madres
no hiciera mas ruido entre ellos.

Don Juan.

¿Pues cómo habeis de escusallo?

Don Diego.

¿Cómo? Por Dios, que me huelgo.
Usted me tiene por rana,
con dos manos y diez dedos;
con cinco palmos de espada,
y libra y media de acero.

Don Juan.

Pues aguardad, y veamos
si es mas posible otro medio.
¿Esa muger os importa?

Don Diego.

Y mucho; y á no ser eso,
si ella no me importa, á ella
la importo yo, que es lo mesmo.
¿Teneis mas que preguntar?

Don Juan.

Pues si vos sabeis que es cierto,
que ella no me importa á mí,
dadle á entender á don Tello,
como acaso, ó con industria,

quien es; para que con esto
se sepa, que no es muger
con quien dependencia tengo.

Don Diego.

Por Dios, que la haciamos buena.
Que me pida el majadero,
que yo publique á su prima!
Válgate el diablo el empeño.
Yo no sé como él lo oyó,
porque lo dije bien quedo.

Don Juan.

¿Os parece esto mejor?

Don Diego.

¿Vos teneís entendimiento?
¿Yo manifestar la dama?
No se píde eso á un gallego.

Don Juan.

Pues, don Diego, aquí no hay modo
de escusarse nuestro duelo,
porque yo no he de apartarme
de vos, sin ir satisfecho.

Don Diego.

Pues veníos á mi lado,
que yo os doy licencia de eso,
como durmamos aparte.

Don Juan.

Pero esto ha de ser riñendo.

Don Diego.

Mas mátala, vive Dios,
que si reñimos por esto,
se ha de enojar la condesa.

Don Juan.

Don Diego, esto es perder tiempo.

Don Diego.

¿En fin, hemos de reñir?

Don Juan.

No tiene el lance otro medio;
y si ha de ser...

Don Diego.

Aguardad.

Don Juan.

¿Pues qué quereis?

Don Diego.

Que primero
protesto, que soy forzado;
porque importa para èl cuento.

Don Juan.

Eso á mi nada me importa.

Don Diego.

¡Válgame Dios! Yo me entiendo.

Don Juan

Sacad, don Diego, la espada.

Don Diego.

Comenzad, diciendo el Credo;
y abreviadle.

Don Juan.

¿Para qué?

Don Diego.

Por no daros hasta el tiempo
de la vida perdurable.

Don Juán.

Eso ahora lo veremos.

ESCENA III.

Dichos y don Mendo.

Don Mendo.

¿Qué es esto, primo, don Juan?

Don Juan.

Los dos tenemos un duelo,

que nos obliga á reñir;
y vos, como caballero,
no nos lo habeis de estorbar.

Don Mendo.

Si es justo, yo lo prometo.

Don Juan.

Es justo, y él lo dirá.

Don Diego.

No es sino injusto, y muy necio.
Yo me he de escapar del lance, *ap.*
enredando en él á Mendo.
Primo, don Juan galantea,
como lo muestra su intento,
á nuestra prima Leonor.
Yo, por salir sin empeño
con una muger de casa,
queriéndola ver mi suegro,
que eran cosas de don Juan
dije á mi tio en secreto,
llegando él á esta ocasion;
por salir de ella sin riesgo.
De esto resulta, sin duda,
que Leonor de él tenga zelos,
y él para satisfacerla,
que esto no puede ser menos,
quiere que yo me desdiga.
A Dios, pues.

ESCENA IV.

DON MENDO Y DON JUAN.

Don Juan.

Oid, don Diego.

Don Mendo.

Esperad, señor don Juan;

que ya con mi primo el duelo
no teneis, sino conmigo,
y aquello es despues de aquesto;

Don Juan.

¿Por qué?

Don Mendo.

Porque habiendo causa
de reñir en dos empeños,
de ser llamado, y llamar,
el ser llamado es primero.

Don Juan.

¿Pues vos, por qué me llamais?

Don Mendo.

Porque yo á casarme vengo
con doña Leonor, mi prima,
siendo vos testigo de ello;
y pues esta queja es justa,
salgamos al campo luego,
que allí de esta sinrazon
me satisfará mi acero.

Don Juan

Si la queja que teneis
por lo que dijo don Diego,
antes de llamarme al campo,
me la hubiérades propuesto,
yo os dejára aquì sin ella:
mas ya llamado al empeño,
no os quiero satisfacer
aunque era razon, y puedo;
porque despues de reñir,
quiero, que vos satisfecho,
sepais que por no escusarlo,
no os satisfice pudiendo.

Don Mendo.

Siendo eso así, yo os lo pido...

Don Juan.
Ya os respondo, que no puedo.
Don Mendo.
Pues vamos á la campaña.

ESCENA V.

DICHOS Y DON TELLO.

Don Tello.
Tened: ¿ dónde vais, don Mendo?
Don Mendo.
Señor, yo á don Juan al campo
á divertirnos, le ruego
que vamos, y este favor
recibo de él.
Don Juan.
Yo os lo debo.
Por serviros, á esto vamos,
si dais licencia, don Tello.
Don Tello.
Yo á don Mendo he menester;
y de tal divertimiento
siento estorbaros el gusto.
En lo que oí, y lo que veo *ap.*
en sus semblantes, conozco
que iban los dos á algun duelo.
Estorbarlo aquí es forzoso,
hasta ver el fundamento.
Don Mendo, venios conmigo.
Don Mendo.
Voy, señor, á obedeceros.
Forzoso es disimular *ap.*
por mi tio nuestro intento.
Don Juan.
Sois atento; yo os lo estimo.

mas ya faltaros no puedo.

Don Mendo.

Yo en pudiendo os buscaré.

Don Juan.

Forzosamente soy vuestro.

Don Tello.

¿Qué es lo que decís, don Juan?

Don Juan.

Me despido de don Mendo.

Don Tello.

No os despidais, que tambien
á vos os pido lo mesmo.

Don Juan.

Iré gustoso á serviros.

Don Tello.

Así asegurarlos quiero.
Venid conmigo.

Don Juan.

Ya vamos.

Don Mendo.

Lo dicho dicho.

Don Juan.

Esto ofrezco.

ESCENA VI.

Sala en casa de don Tello.

Doña Inés y Leonor.

Doña Inés.

Eso pasa, Leonor. Don Juan, ingrato
me pagó con tal trato
la fé que me debia.

Doña Leonor.

¿Y sabes tú, si la verdad seria

lo que dijo dón Diego?

Doña Inés.

Mira tú si es verdad, pues se fué luego;
y en su traicion vencído,
aun no me ha vuelto á ver.

Doña Leonor.

Eso habrá sido,
porque te vió irritar de su porfia,
y tú que no te vea le has mandado.

Doña Inés.

Si por eso no ha vuelto, Leonor mia,
ó no sabe de amor, ó está culpado;
que en celos que despiden al amante,
nunca habla el corazon, sino el semblante.
Yo, Leonor, por mi daño,
he visto cara á cara el desengaño;
y pues yo de mi culpa soy testigo,
le lograré, aunque sea en mi castigo.
Yo á mi padre no tengo resistencia;
mi decoro es la ley de mi obediencia;
á esta atencion, aun de él correspondida,
por no faltar, perdiera yo la vida.
Pues ya que de él estoy tan agraviada,
con mi muerte he de verme castigada.
Hoy á don Diego le daré la mano:
si tarde he de morir, alivio gano;
pues solo de esta suerte
puedo abreviar los plazos á mi muerte.

Doña Leonor.

Pues caso que don Juan te haya faltado,
casarte con un hombre tan privado
de razon y de gusto, ¿es buen remedio?

Doña Inés.

Para morir mas presto, ese es el medio.

Doña Leonor.

Don Juan viene aquí dentro.

Doña Inés.

Pues, hermana,
yo sé de amor la condicíon tirana;
y aunque en mi mismo honor haga el estrago,
lo atropellaré todo por su alhago.
Si le veo, aunque sea desatento,
no me he de resolver á lo que intento:
tu mi resolucion le manifiesta;
que yo á esperarte voy con la respuesta.

Doña Leonor.

¿Pues eso intenta tu rigor? ¿No advierte,
que él sin duda vendrá á satisfacerte?

Doña Inés.

De eso quiero escusarme;
porque mas creo que vendrá á engañarme.

Doña Leonor.

Pues yo se lo diré.

Doña Inés.

De él voy huyendo.
Mucho rigor es este que resuelvo.
De aquí le oiré, que ni me voy ni vuelvo.

ESCENA VII.

DON JUAN, DOÑA LEONOR Y DOÑA INÉS AL PAÑO.

Don Juan.

Llegando don Tello á casa,
nos mandó en ella esperarle,
y fué á buscar á don Diego:
sin duda presume el lance.
Si entre tanto hablar pudiese
á Inés, fuera alivio grande
de la pena en que me tiene.

Doña Leonor.

Señor don Juan, Dios os guarde.

Don Juan.

Hermosa Leonor...

Doña Leonor.

Mi hermana,
viendoos pasar adelante,
al entrar por esa sala,
se retiró; perdonadme
que os diga, que por no hablaros;
pues ocultarlo no es facil.
Hoy se casa con mi primo,
y de esto el retiro nace;
que no fuera justo hablaros,
estando en este dictamen
con esta resolucion.

Don Juan.

No paseis mas adelante,
señora, si no intentais,
que el corazon me traspasen
las flechas, que mi desdicha
de mis finezas le hace.
Si eso nace de su queja,
la luz del cielo me falte
ó la de sus ojos bellos,
que es mas que aquella suave,
si he dado cuenta á su enojo:
piérdala yo en esta tarde
si en mí de otro pensamiento,
aun lo que no es culpa cabe.
Si su primo me ha culpado,
malicioso ó ignorante,
cualquiera engaño es delito,
sino se espera el examen.
Condenar sin causa á un reo,

es rigor; y ya que pase,
no otorgarle apelacion,
es gana de condenarle.
Y si es tan severa ley
el precepto de su padre,
máteme su ejecucion,
mas ella no la adelante.
Muera yo, á no poder mas,
porque mi estrella me ultrage:
mas no ella; que no es todo uno,
que ella ó mi estrella me mate.

Doña Inés.

Bien huia yo de oirle.
¡Oh amor, tirano cobarde,
á la ofensa tan ligero,
como al rendimiento fácil!

Doña Leonor.

Don Juan, á vuestras razones,
aunque muevan mis piedades,
no puedo yo responder;
que, aun por consuelo, es en valde.
Esto me mandó deciros
mi hermana, y ahora darle
esa respuesta por vos,
es cuanto está de mi parte.
A esto voy: guardeos el cielo.

Don Juan.

¿Podré esperar?

Doña Leonor.

No se agravie
vuesto amor, si no saliere;
que sino es que ella lo mande,
yo no tengo á que volver.
A Dios.

Don Juan.

Leonor, escuchadme.

ESCENA VIII.

DICHOS Y DON MENDO AL PAÑO.

Don Mendo.

¡Valgame el cielo! ¿Qué veo?

Doña Leonor.

¿Qué decís?

Don Juan.

Pues son crueldades,
que las templeis os suplico.

Doña Leonor.

Cuanto esté aquí de mi parte,
ya lo sabeis, eso haré.

Don Juan.

¿En fin, no decís, que aguarde?

Doña Leonor.

No está en mi mano, don Juan;
esto es fuerza: perdonadme.

ESCENA IX.

DICHOS, MENOS DOÑA LEONOR.

Don Juan.

Pues yo, antes que su rigor,
iré á que mi amor me mate.

Don Mendo. *Saliendo á la escena.*

Para eso está aquí mi espada,
cuando ese despecho os falte.

Doña Inés.

Cielos, don Mendo ha venido,
y salir no puedo á hablarle.

Don Juan.

¿Qué es lo que decís, don Mendo?

Don Mendo.

Que ya en mi enojo no caben

mas dilaciones, don Juan;
que ya, aunque pudierais darme
satisfacion muy precisa,
no la quiere mi corage.

Don Juan.

Pues haceis mal, vive Dios;
que ya roto el primer lance,
en este, por muchas causas,
os la diera yo bastante.

Don Mendo.

Pues salgamos á reñir.

Don Juan.

Vuestro es el puesto: guiadme.

Doña Inés.

¡Qué escucho! ¡Válgame el cielo!

Don Mendo.

A vos os toca ir delante.

Don Juan.

No toca eso sino á vos,
que habeis de escoger la parte.

Don Mendo.

Pues venid, si á mi me toca.

Don Juan.

Ya os voy siguiendo.

Doña Inés. *Saliendo.*

¡Ay pesares!
Escuchad, señor don Mendo.

Don Mendo.

¿Quién es?

Doña Inés.

Quien, oyendoos, sale
á escusaros este empeño.

Don Mendo.

No presumo que eso es facil.

Doña Inés.

Si es; que yo puedo deciros,
fiada de vuestra sangre,
lo que de atento don Juan,
es forzoso que os recate.
Vos al campo le llamais,
creyendo que á Leonor ame;
y sabed que vá á reñir
de noble, mas no de amante.
Don Juan, señor, ha seís años,
que viéndome en el pasage
de Méjico á España, puso
los ojos en mí, y él sabe
los desdenes, los rigores
que lloró su amor constante,
hasta ganarme licencia,
para pedirme á mi padre.
Esto supuesto, don Mendo,
conocereis, cuán de valde
vuestro temor os provoca,
cuando don Juan es mi amante.
De esto no os quedará duda;
porque fuera error notable
presumir, que una muger
de mi obligacion os llame,
y, compasiva del riesgo
por ver reñir dos galanes,
quiera fingirse un desdoro
para escusaros un lance.
La fineza que don Juan
por mí en su silencio añade,
se la pago en publicar,
lo que en él fuera desaire.
Y á vos os pido en albricias
de que sé que Leonor hace

tanta estimacion de vos,
como es justo que ella os pague;
que cesando esto, no solo
de este caso no se hable:
mas quedando en vuestro oido,
á la memoria no pase.
Y vos, don Juan, pues ya veis
el empeño de mi padre,
y que vuestra peticion
no se previno á ser antes,
olvidad vuestro cariño,
que en los hombres es muy facil.
Digo facil, ¡ay de mí!
es pena mas tolerable,
porque ellos pueden tener
sin culpa las variedades:
Porque yo, siendo forzoso,
para el plazo de esta tarde
he dispuesto mi obediencia
como debo. Dios os guarde,
que yo dejandoos amigos,
como es deuda en pechos tales,
voy contenta de haber sido
el iris de vuestras paces.

Don Mendo.

Oid, señora; escuchad;
que en un alivio tan grande,
como el que de vuestro aviso
á mis esperanzas nace,
os debo yo agradecido
fineza que las iguale.

Doña Inés.

¡Vos fineza á mí! ¿En qué modo?

Don Mendo.

En hacer que vuestro padre,

sea ó no contra mì primo,
á vos con don Juan os case.

Doña Inés.

Esa fineza es para él
sí él la solicita amante;
que para mí no es lisonja.

Don Juan.

Señora, ¿qué tanto vale
el crédito de un engaño,
que por él así me trates?
Y ahora, pues estando ya
don Mendo de nuestra parte,
no importa que esto mas sepas:
seguí á don Diego, y él sabe,
que confesó en su presencia,
que solo porque tu padre
no viese aquella muger...

Doña Inés.

No vaís, don Juan, adelante;
que aquesa es satisfaccion,
y aquí no os la pide nadie,
¡Oh lo que miente el recato! *ap.*

Don Mendo.

Señora, si de eso nace
algun descontento vuestro,
yo por hallarme delante,
soy testigo que don Juan
no la conoce, ni sabe
quien es, y que él lo fingió.

Doña Inés.

Eso, don Mendo, es tratarme
con mas llaneza que es justo.
Don Juan, ni muger, ni nadie
me ha dado desabrimiento;
¿pues porque me satisface?

¡Quiera amor que sea verdad, *ap.*
que aunque le pierda, es mas suave!

Don Juan.

¿Si tu enojo lo publica,
qué importa que lo recates?

Doña Inés.

Por no oir eso me voy.

Don Juan.

Señora, escucha un instante.

Doña Inés.

¿Qué me quereis?

Don Juan.

Esto solo.
¿Si don Mendo me lograse,
la dicha que ha prometido
será tu amor de mi parte?

Doña Inés.

¿Yo amor? No sé que es amor;
despues de que yo me case,
sabré de eso, que ahora ignoro.

Don Juan.

Aunque en mi pena lo calles,
lo publica yá tu agrado.

Doña Inés.

Mirad que viene mi padre.

Don Mendo.

Retirémonos, don Juan.

ESCENA X.

Don Juan y doña Leonor.

Don Juan.

Ya yo os sigo; id vos delante.
Señora, no me permitas,
que con tal dolor me aparte

de tu presencia.

Doña Inés.

Don Juan,

¿qué me quieres? Ya no sabes
los pesares que me cuestas?

Don Juan.

¿Pues ya no ves de que nacen?

Doña Inés.

¿Qué importa el verlo, al perderte?

Don Juan.

¿Eso no puede enmendarse?

Doña Inés.

¡Pluguiera al cielo pudiese!

Don Juan.

¿Qué dices?

Doña Inés.

Que no te pares.

Don Juan.

Eso es desvio.

Doña Inés.

Es temor.

Don Juan.

¡Qué pena!

Doña Inés.

Que entra mi padre.

Don Juan.

¡Mal haya el peligro!

Doña Inés.

¡Amen!

Don Juan.

Quédate á Dios.

Doña Inés.

El te guarde.

ESCENA XI.

DOÑA INÉS Y BEATRIZ.

Beatriz.

Señora.

Doña Inés.

¿Beatriz, qué es eso?

Beàtriz.

Con el viejo en este instante,
si no corro, doy de hocicos.

Doña Inés.

¿Dónde has estado esta tarde?

Beatriz.

Señora, en un gran empeño.

Doña Inés.

¿Qué ha sido?

Beatriz.

Fuí á echar naipes,
porque don Diego te deje;
y segun las cartas salen,
ó mentirá el Rey de bastos,
ó no ha de querer casarse.

Doña Inés.

¿Crédito dás á esas cosas?
¿No vés que son disparates?

Beatriz.

¿Pues un Rey ha de mentir?

Doña Inés.

Deja esas vulgaridades.

Beatriz.

Tú verás en lo que para:
mas dejando esto á una parte,
¿hasta cuando ha de durar
el estar yo por mis paces
de embozada en el retiro,

que ya es cosa intolerable?

Doña Inés.

A mi padre hablaré ahora.

Beatriz.

Pues él y Mosquito salen,
y mas que vienen hablando
en el caso de los naipes.

Doña Inés.

¿Qué dices? ¿Pues eso es cierto?

Beatriz.

Tú verás lo que ello pare;
y si quieres entenderlo,
retírate aquí un instante.

Doña Inés.

Harélo, aunque es desatino,
por ver en ello á mi padre.

ESCENA XII.

Don Tello, Mosquito, doña Inés y Beatriz al paño.

Don Tello.

Tú has de saber de este caso
todo lo que en ello hubiere.

Mosquito.

Señor, cuanto yo supiere,
lo diré mas que de paso.

Don Tello.

Pues yo te hallé en el zaguan:
¿quién era aquella muger?

Mosquito.

La Condesa era, á mi ver.

Don Tello.

¿Quién?

Mosquito.

La prima de don Juan.

Don Tello.

¿Qué dices?

Mosquito.

Como ahora es dia,
la ví ella por ella espresa.

Don Tello.

¡La Condesa!

Mosquito.

La Condesa,
condada su señoría.

Don Tello.

¡Válgame Dios!

Mosquito.

Y á mí y todo.

Don Tello.

De gran empeño salí,
estando don Juan allí.

Mosquito.

Y yo no andaba en el lodo.

Beatriz.

Verás lo que se alborota.

Doña Inés.

¿Pues qué semejanza tiene
con los naipes, que previene
la Condesa?

Beatriz.

Esa es la sota.

Doña Inés.

¡Cielos! yo mi desengaño
agradezco haber sabido.

Don Tello.

Mosquíto, estoy aturdido
de un suceso tan estraño.

¿Pues ella buscóle á él,
ó como allí llegó á estar?

Mosquito.

¡Cielos! ¿cómo he de escapar *ap.*
de aqueste viejo cruel,
que á dudas me ha de moler,
y se aventura el enredo?
Mas solo librarme puedo
no dejándome entender.
Yo, señor, al conocella,
la ví que al zaguan entró,
y un pobre entonces llegó
que no dió limosna ella.
El pobre pasó adelante,
don Diego vino tras él,
y repitiendo el papel
vino el pobre vergonzante.
Traia un vestido escaso
de color; y Dios me acuerde,
que no era tal, sino verde.

Don Tello.

¿Pues el vestido es del caso?

Mosquito.

Habiendo el pobre salido,
vino la Condesa luego,
y cuando vino don Diego
vino, porque habia venido.

Don Tello.

¿Quién habia venido?

Mosquito.

El.

Don Tello.

¿Luego ella le fué á buscar?

Mosquito.

No señor; porque al entrar

Mosquito.

Eso quiero.

Don Tello.

¿Para qué apuro yo dudas
donde me avisa un egemplo?
No hay honra puesta en muger
segura de aquestos riesgos;
y hoy, pues me le dá este caso,
lograr el aviso quiero
casando luego á mis hijas.

Doña Inés.

Beatriz, aunque yo no entiendo
á Mosquito, el desengaño
he logrado de mis celos;
y en albricias salgo á hablar
por tí á mi padre.

Beatriz.

Eso espero.

Doña Inés.

¿Padre y señor?

Don Tello.

Inés mia:
¿Quién viene contigo?

Doña Inés.

El ruego
de Beatriz me ha condolido:
por ella á pedirte vengo,
qué vuelvas á recibirla.

Don Tello.

Si es tu gusto, ¿cómo puedo
negártelo? Quede en casa.

ESCENA XIII.

DICHOS Y DON DIEGO AL PAÑO.

Don Diego.
A decir vengo resuelto
á mi tio, que disponga
de mi prima; pues yo tengo
mejor boda en la Condesa.

Doña Inés.
Ya se logró tu deseo:
agradécelo á mi padre.

Beatriz.
Los pies mil veces te beso.

Don Tello.
Ya tú quedas recibida,
y yo de ello muy contento.

Mosquito.
¡Qué es lo que miro! ¡Ay Jesus,
que hemos dado con los huevos
en la ceniza, Beatriz!

Beatriz.
¿Qué es lo que dices?

Mosquito.
Don Diego
está viendo esta funcion.

Beatriz.
Salióse todo el puchero.

Don Tello.
Inés, vén á prevenirte;
que ya está todo dispuesto,
y os habeis de desposar
luego que venga don Diego.

Doña Inés.
¡Ay de mí, Beatriz! ¿Qué dices?

Beatriz.

Véte, señora, allá dentro;
que estoy en un gran conflicto,
y estriva en él tu remedio.

Doña Inés.

Sin vida voy á esperarte.

ESCENA XIV.

BEATRIZ, MOSQUITO Y DON DIEGO AL PAÑO.

Beatriz.

Villano, no hagas estremos,
viendo mi resolucion;
que con amor no hay respetos.
Yo he de ser de su traicion
testigo, estando aquí dentro,
y aquí he de ver si á mis ojos
se atreve el falso á ofenderlos.

Mosquito.

¡Jesus, qué bien lo ha enhebrado!
¿Señora, pues tú haces eso?
¿Una muger de tus prendas,
se finge humilde, en desprecio
de su honor; y se acomoda
por criada de don Tello,
que puede ser tu lacayo?

Beatriz.

El amor dora los yerros:
yo he de ver con esta industria
si se casa ó no don Diego.

Don Diego.

Señores, ¡qué es lo que escucho!
Mil cruces me estoy haciendo.
Y dirán que no me alabe.
Un testimonio de aquesto

tengo de enviar á Burgos.

Mosquito.

¿Y qué ha de decir don Diego
si esto vé?

Beatriz.

¿Qué ha de decir?
El alma, viven los cielos,
le he de sacar si se casa.
Déjame ya, ó mi despecho .....
dará voces como loca.

Don Diego.

Señora, oid, deteneos.

Mosquito.

¡Ay señor! pues has venido,
mira que locura ha hecho.
Témplala, que está hecha un tigre.

Beatriz.

Y un basilisco, un veneno:
aquí vengo á ver, traidor,
si se hace hoy el casamiento.

Don Diego.

¿Qué casamiento? ¿Pues yo
no sabeis ya que soy vuestro?

Beatriz.

No fio de eso, tirano.

Don Diego.

¿Pues de que fiais?

Beatriz.

De mi incendio,
que ha de abrasar esta casa,
si aquí ofendida me veo.

Don Diego.

¿Señores, esto es encanto?
¿Mi talle es pacto secreto?
Señora, ¿pues no advertís

que yo permitir no puedo
esto, siendo vuestro esposo?

Beatriz.

No hay que tratar, yo he de verlo.

Don Diego.

¿Qué habeis de ver?

Beatriz.

Si esta noche
te casas.

Don Diego.

No temais eso.

Beatriz.

No puede un amor que es fino.

Don Diego.

¿Pues el lustre?

Beatriz.

Todo es menos.

Don Diego.

¿Y el decoro?

Beatriz.

No hay decoro.

Don Diego.

Por Dios, que os volvais.

Beatriz.

No quiero.

ESCENA XV.

DICHOS Y DON TELLO.

Don Tello.

¡Ola! ¿qué voces son estas?

Mosquito.

Señor, por su honor te ruego
que disimules ahora.

Beatriz.

Señor, el señor don Diego
de mi señora está hablando.

Don Tello.

¿Qué hablais, sobrino? ¿Qué es esto?

Beatriz.

Señor, me dice que diga...

Don Tello.

¿Qué has de decir, tú? Esto es bueno:
¿apenas te han recibido,
y empiezas ya á hacer enredos?

Don Diego.

¿Y he de sufrir yo, que trate *ap.*
este vejezuelo clueco,
á mi muger de este modo?

Mosquito.

Disimula por San Pedro.

Beatriz.

Yo, señor, no enredo nada.

Don Tello.

Entrate, loca, allá dentro.

Don Diego.

Tú lo eres y tu alma, *ap.*
y mientes como mal viejo.

Mosquito.

Sufre, señor, que te pierdes.

Don Tello.

¿No te vás?

Beatriz.

Ya te obedezco.

Don Diego

Vive Dios...

Beatriz.

Calla, cruel

Don Diego.

¿Qué dices?

Beatriz.

Que ahora veremos
si te casas.

Don Diego.

¿Eso dudas?

Beatriz.

A oirlo voy.

Don Diego.

Yo me huelgo.

Beatriz.

Pues aquesta es la ocasion.

Don Diego.

Aquí lo verás.

Don Tello.

¿Qué es eso?

Beatriz.

Hacer lo que me has mandado.

Don Tello.

Llama á tus señoras luego.

Don Diego.

Mas señora es ella que ellas, *ap.*
lo que vá de mí á un cochero.

Don Tello.

Sobrino, con vuestras cosas
estoy con tanto desvelo,
que hasta veros desposado,
ya no he de tener sosiego.
Todo está ya prevenido,
y solo á vos os espero
por salir de este cuidado.

Don Diego.

¿De tanto gusto es ser suegro,
que á serlo os dais tanta priesa?

¿No es mejor, pues estais viejo,
que lo dilateis un poco,
y os dure el oficio menos?

Don Tello.

¿Qué es dilatarlo, ó por qué?

Don Diego.

Por unos dias, que aquesto
no ha de ser cochite herbite;
que una boda no es buñuelo.

Don Tello.

¿Qué dias?

Don Diego.

Cuatro ó seis años;
que ello se hará andando el tiempo.

Don Tello.

¿Qué llamais cuatro ó seis años?
Ni una hora, ni un momento:
luego os habeis de casar.

Don Diego.

Pues yo casarme no puedo.

Mosquito.

Acabóse: esto dió lumbre. *ap.*

Don Tello.

¿Qué decis; Que no os entiendo?

Don Diego.

Que no me puedo casar:
¿Lo entendeis ahora?

Mosquito.

Menos.

Don Tello.

¿Por qué?

Don Diego.

Porque soy casado.

Mosquito.

Y yo soy testigo de ello.

Don Tello.

¿Vos, casado?

Don Diego.

In facie Ecclesiae.

Don Tello.

¿Pues con quién?

Don Diego.

Eso no puedo
decir, porque es un amigo.

Don Tello.

Pues, villano, vive el cielo,
que en tí he de tomar venganza
de tan osado desprecio.

Mosquito.

¡Ay, señores, que se matan!

ESCENA XVI.

Dichos, y por una puerta doña Inés y doña Leonor
y por otra don Juan y don Mendo.

Don Juan.

¿Qué es esto, señor don Tello?

Don Mendo.

¿Tio, qué es esto?

Doña Inés

¡Ay Leonor!
que mi muerte estoy temiendo.

Doña Leonor.

Padre, ¿qué enojo os irrita?

Don Tello.

Un agravio de don Diego,
que dice que está casado,
cuando yo darle pretendo
á mi hija por esposa.

Don Mendo.

Esto es que tomó el consejo *ap.*
de doña Inés, y lo escusa,
valiéndose de este medio:
mas yo en favor de don Juan
he de enmendar el empeño.
Tio, aunque don Diego ha dicho
que está casado, no es cierto.
El despues que vino, supo
que don Juan tenia intento
de pediros á mi prima;
y él há sido tan discreto,
que lo calló enamorado,
por veros en otro empeño.
Don Diego por él lo deja.

Don Diego.

No lo dejo tal por eso:
sino porque estoy casado,
digo otra vez, y no puedo.
¿Quiere usted que me encorocen?

Don Tello.

Hagaislo ó no por aquello:
don Juan, ¿es esto verdad?

Don Juan.

Yo, señor, si la merezco,
no aspiro á mayor ventura,
que la de ser hijo vuestro.

Don Tello.

Yo me honro mucho con vos;
y el castigo mas severo
de este necio, es que la pierda.
Dadle á Inés la mano luego.

Don Juan.

Con el alma y con mil vidas.

Doña Inés.

Con otras tantas la acepto.

Don Tello.

Vos, Mendo, dadla á Leonor.

Doña Leonor.

Con gozo se la prevengo.

Don Diego.

Pues ahora verán mi boda,
supuesto que esas se han hecho.

Mosquito.

Antes se ha de ver la mia.
Señor, yo hago lo que veo:
Beatriz se casa conmigo.

Don Tello.

Yo darla el dote prometo.
Dila que salga acá fuera.

Mosquito.

Señor, tened á don Diego,
porque no me descalabre;
que aquí se acaba el enredo.
Ah Beatriz, dame esa mano.

Beatriz. *Saliendo.*

Yo, aunque indigna, te la ofrezco.

Don Diego.

¡Ah pícaro! ¿A mi muger
tienes tal atrevimiento?

Don Tello.

¿Qué muger?

Don Diego.

Esta que veis,
es mi muger.

Don Tello.

Bien por cierto:
¿Y por aquesta criada
dejais á mi hija?

Don Diego.

Eso es bueno:
¿Qué criada; si es Condesa,
y se disfrazó por celos?
Descubrios ya, señora.

Beatriz.

Yo descubriros no puedo
mas, de que soy Beatricilla,
y vos el lindo don Diego.

Don Diego.

¿Pues cómo es esto?

Mosquito.

Mamola.

Don Diego.

Villano, viven los cielos....

Mosquito.

Aquí no hay á que apelar;
que no lo sufriera el pueblo.

Don Diego.

Pídase, si quedó mal.

Mosquito.

Y castigando este necio
á gusto de los oyentes,
aquí con aplausos vuestros,
dichosamente el poeta
dá fin al Lindo don Diego.



El Lindo don Diego.

El título de esta comedia ha quedado como un proverbio entre nosotros para designar al hombre presumido y fátuo, que cree rendir con su presencia y esmerados atavíos á cuantas mugeres tienen la desdicha de mirarle. Este vicio rídiculo, tan antíguo como la sociedad, y que durará tanto como ella, movió el génio cómico de nuestro Moreto, que acreditó en el desempeño de esta pieza, su talento feliz, la viveza de su imaginacion, y las gracias de su íngenio.

El Lindo don Diego escita la risa de los espectadores desde el momento que sale á la escena. El poeta le presenta en el acto de vestirse, y desenvuelve perfectamente el carácter del protagonista.

Don Diego.

Don Mendo, vos sois estraño;
yo ríndo con salir bien,
en una hora que me ven,
mas que vos en todo el año.
. . . .
¿Veis este cuidado vos?
pues es virtud mas que aseo;
porque siempre que me veo
me admiro y alabo á Dios.
. . . .
Muger sé yo
que dos veces se sangró
por haberme visto un dia.

Estos rasgos, y otros semejantes esparcidos por *toda la comedia*, son verdaderamente cómicos, y dig*nos de la graciosa* pluma de Moreto.

No es mas discreto don Diego, ni menos fátuo en presencia de sus primas.

Señora, ya os habrán dicho
que sois mia y yo soy vuestro:
mas os puedo asegurar
que en mí os dá mi tio un dueño,
que hay muchas que le tomáran
con dos cantos á los pechos.

Doña Inés.

En mí, señor,
la voluntad que yo tengo
es de mi padre, y no mia;
y vuestra por su precepto.

Don Diego.

Alto: clavóse hasta el alma:
ya por mi perderá el seso.

Las situaciones en que le pone el poéta progresivamente, están meditadas con juicio y pintadas con verdad y fuerza cómica. Véase la escena II. del acto sesegundo, en que don Tello le reprende porque se alaba, y la IV. y V. del mismo acto, en las cuales se persuade don Diego que estan enamoradas de él sus dos primas. El atribuir el recado que le dá doña Leonor, y el amargo desengaño de doña Inés, á los zelos que padecen por su causa, es un rasgo feliz, y el mas propio que pudiera imaginarse para caracterizar completamente la fatuidad del protagonísta. Los diálogos con la fingida Condesa, particularmente el primero en que ridiculiza el culteranismo, tienen la misma gracia y el mismo colorido; y en fin, todas las escenas en que habla don Diego, son bellísimas en sumo grado.

El caracter de don Mendo y el de don Juan, con*trastan perfectamente* con el de don Diego; el

don Tello y las primas son interesantes; y sin debilitar la atencion contribuyen á la perfeccion del personage principal, que es uno de los mas acabados que pueden presentarse en la escena, y que bastaría por si solo para señalar á Moreto como el primer poeta cómico español.

Los caractéres de Beatriz y de Mosquito, son graciosisimos, singularmente el de este último. ¿Puede darse un pensamiento mas original, una ídea mas cómica que la de hacer que Mosquito, sorprendido y acosado por don Tello, para que le cuente lo que ha ocurrido con la muger tapada, trate de embrollarlo de modo que no le entienda? ¡Qué viveza, qué gracia tiene todo el diálogo entre los dos!

Yo, señor, al conocella,
la ví que al zaguan entró;
y un pobre entonces llegó,
que no dió límosna ella.

. . . .

Traia un vestido escaso
de color, y Dios me acuerde,
que no era tal, sino verde.

Don Tello.

¿Pues el vestído es del caso?

Mosquito.

Habiendo el pobre salido
vino la condesa luego,
y cuando vino don Diego
vino porque habia venido.

Don Tello.

¿Quién habia venido?

Mosquito.

El.

Don Tello.

¿Luego ella le fue á buscar?

Mosquito.

No señor; porque al entrar
ella entraba con aquel;
y el pobre que entraba, cuando
entraba él, no llegó. &c. &c.

Los amores episódicos de don Juan y doña Inés sirven para formar la intriga, producen la ficcion de Beatriz, las situaciones en que se halla don Diego con don Juan y don Tello, y el desenlace, que por su naturalidad, nada deja que desear al espectador, el cual ha seguido durante toda la pieza al personage principal, se ha reido con él, y ha visto el castigo que dá la sociedad á la necedad y al orgullo.

El lenguage tiene pureza y propiedad; el estilo es mas sencillo que el de Calderon; y la versificacion llena y fácil. Se hallan sin embargo pensamientos sútiles y frases menos correctas, defectos propios del gusto que dominaba en aquel tiempo. Finalmente esta es una de las comedias mas apreciables de nuestro teatro, y que honra la literatura española.

Seria muy fácil prolongar el juicio de esta pieza. ¡Cuánto pudiera decirse de la esposicion, tan bella por su sencillez y brevedad! ¡Cuánto, habiendo seguido á don Diego en todas las escenas! ¡Analizando los demas personages del mismo modo! ¡Examinando particularmente el lenguage, el estilo y la versificacion! ¡Citando las gracias, las ocurrencias felices y los rasgos característicos en que abunda! Hubieramos compuesto sin duda un discurso tan voluminoso como *el cuaderno.* Pero esto, ademas de oponerse al objeto *de nuestra obra*, seria á lo menos inutil, sino er *ciertamente* fastidioso. Dejaremos, pues, para los c

ticos las disertaciones de esta clase; y el examen minucioso de cada pieza para los catedráticos de poetica. Nosotros creemos que decimos lo suficiente para las personas menos instruidas, y demasiado tal vez para las inteligentes en este género de literatura; porque á las primeras no es posible instruirlas de pronto en los principios del buen gusto y de la crítica; y porque debemos suponer à las segundas con los conocimientos necesarios para juzgar por sí mismas sin necesidad de guia, ni auxilios agenos.

Esto quiere decir, que procuraremos ser siempre exactos, pero concisos; que es el verdadero medio de no molestar á aquellos lectores juiciosos, á quienes no puede ocurrir la idea de aprender con solo la lectura del examen rápido de una comedia, los preceptos de Aristóteles, Batteux, Blair y otros célebres humanistas.



EL VALIENTE JUSTICIERO
Y EL RICO-HOMBRE DE ALCALÁ.

PERSONAS.

El Rey.
Don Tello.
Don Rodrigo.
Don Gutierre.
El Conde de Trastamara.
Mendoza.
Don Enrique.
Peregil, gracioso.
Doña Leonor.
Doña María.
Inés, criada.
Un Soldado.
Un Contador.
Un Muerto.
Música y *acompañamiento.*

La escena es en Madrid y en Alcalá de Henares.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

QUINTA DE DON TELLO.

Don Tello, doña Leonor y Peregil.

Doña Leonor.

¿No me escuchas?

Don Tello.

¡Qué molesta,
y qué cansada mugér!

Peregil.

Siempre que te viene á vér
debe de subir por cuesta.

Doña Leonor.

Señor don Tello García,
si ese rigor vuestro nombre
funda acaso en ser rico-hombre
de Castilla, es tiranía;
que estais, por serlo, obligado
á pagar obligaciones,
y os sirven vuestros blasones
de ultrajar al desdichado.
Si os llama absoluto dueño
de Alcalá toda la tierra,
en lo grande no se encierra
esa soberbia del ceño;
porque si haceros mayor
presumís, siendo inhumano,
cuanto os poneis para vano,

os quitais para menor.
El agrado es bizarría,
y los hombres superiores,
con nada se hacen mayores,
si es nada la cortesía.
La grandeza mas honrada,
que tienen los grandes buenos,
es que pueden, al que es ménos,
dar mucho con lo que es nada.
Y si yo me hago menor,
no es porque no os igualára
doña Leonor de Guevara,
sino porque os dí mi honor.
De esto solo desconfio
para juzgarme menor,
pues para ser vos mayor,
teneis el vuestro, y el mio.
Pero debeis de advertir,
que os le dió el pecho amoroso
con la palabra de esposo,
la cual habeis de cumplir.
Y cuando por otra cosa
no os merezca yo atencion,
faltais á la obligacion
de haber de ser vuestra esposa.

Don Tello.

¡Qué no quiera esta muger *ap. á Pe*
llegarse á desengañar
de que no me he de casar
con ella!

Peregil.

¿Pues qué ha de hacer, *ap. á d.*
si la traes siempre á tu lado?
Apártate á su inquietud,
que si no has de hacer virtud,

así saldrás de pecado.
Y con razon lo imagina,
si hoy que te vé Alcalá toda
ser padrino de una boda,
la haces á ella la madrina.

Don Tello.

No sabes tú con que intento
pór padrino me he ofrecido,
y en mi quinta he prevenido
hoy la boda.

Peregil.

Atrevimiento
es grande, siendo tu amigo,
y cuando de tí se fia,
robarle á doña María
hoy al pobre don Rodrigo.

Don Tello.

¿Pues quién ha de poner ley
en un hombre como yo,
que ya que Rey no nació,
tampoco es menos que el Rey?
Mi gusto, aunque en otro daño,
he de cumplir y seguir.

Peregil.

Así supieras cumplir *ap.*
con la parroquia cada año.

Doña Leonor.

¿Pues me llegais á escuchar,
no me podeis responder?

Don Tello.

Peregil, dí á esa muger
que me deje de cansar.

Peregil.

¿Pues yo he de ser tan civil?

Don Tello.

Habla claro.

Peregil.

Yo reparo...

Don Tello.

¿En que?

Peregil.

En que si soy claro,
claro será el Peregil.

Doña Leonor.

¿No me respondeis?

Peregil.

Señora,
mi amo me manda decir,
que ahora no os quiere oir.

Doña Leonor.

¿Pues por qué no quiere ahora?

Peregil.

Tambien me manda que apunte,
que no es más de no querer.

Doña Leonor.

¿Pues eso se puede hacer?

Peregil.

Manda que no se pregunte.

Doña Leonor.

¿Y ese no es rigor injusto?

Peregil.

Manda deciros que si.

Doña Leonor.

¿Pues yo he de sufrirlo aquí?

Peregil.

Manda que hagais vuestro gusto.

Doña Leonor.

¡Qué este agravio llegue á ver!
El corazon me atraviesa.

Peregil.

Tambien manda, que si os pesa,
lo dejeis luego caer.

Doña Leonor.

No tengo yo sentimiento;
pues de oirlo no me infamo:
mucho manda vuestro amo.

Peregil.

Anda haciendo testamento.

Doña Leonor.

Y vuestra osadía villana
tambien, pues su error no ignora,
manda mucho.

Peregil.

Soy ahora
mayordomo de semana.

Doña Leonor.

Ya amor la venganza traza
de un desprecio tan civil.

Don Tello.

¿Se lo has dicho, Peregil?

Peregil.

Sí, mas ha vuelto mostaza.

Doña Leonor.

Si lo ha dicho; ya no quiero
apurar la ofensa mia:
yo por soberbio os tenia,
mas no os juzgaba grosero.
Aunque tiranas violencias
useis, vuestro honor podia
adornar la tiranía
con urbanas apariencias;
que no preciarse un tirano
de cortés, si se repara,
es para afrentar la cara

dejar el guante en la mano.
No pagar la obligacion,
delito es comun, y necio,
mas es afrenta, y desprecio
negarla sin atencion;
que hay agravios, que aunque de ellos
satisfaccion no se alcanza,
no irritan á la venganza,
por el recato de hacellos.

Don Tello.

En fin, ya acabais de oir,
que el casarme no ha de ser.

Doña Leonor.

¿No lo pudierais hacer
sin llegármelo á decir?

Don Tello.

¿No es mejor desengañaros,
para que no me canseis?

Doña Leonor.

¿Desengañada, sabeis
que de mí podeis libraros?

Don Tello.

¿Quién por vos me ha de ofender?

Doña Leonor.

¿No hallaré justicia yo?

Don Tello.

En la tierra, dudolo;
en el cielo, puede ser.

Doña Leonor.

¿En el cielo?

Peregil.

Y aun me espanta,
que hoy la confiese tan presto:
no le he visto tan modesto *ap.*
en una Semana Santa.

Doña Leonor.

¿Este era el ruego importuno
con que me llegué á vencer?

Don Tello.

¿Pues acaso el pretender,
ó conseguir, es todo uno?

Doña Leonor.

En quien desea alcanzar,
¿qué diferencia ha de haber?

Peregil.

La misma que hay de comer,
hasta hartarse, ó ayunar.

Doña Leonor.

¿No porfió vuestro amor?

Don Tello.

¿Y vos no os rendisteis luego?

Doña Leonor.

Yo me rendí á vuestro ruego.

Don Tello.

Pues eso fue lo peor.

Doña Leonor

Si me venció el apurarme
con porfias, ¿qué os cansó?

Don Tello.

El porfiar tanto yo,
que fue preciso el cansarme.

Doña Leonor.

¿Por fiar un agasajo
os cansó?

Peregil.

¡Hay tales estremos!
Señora, no nos cansemos,
que el porfiar es trabajo.

ESCENA II.

Dichos é Inés.

Inés.

¿Leonor bella?

Doña Leonor.

¿Qué hay, Inés?

Inés.

Que ya de un coche se apéa
la boda.

Doña Leonor.

En mal hora sea.

Inés

¿Por qué?

Doña Leonor.

¿En mis ojos, no vés
la causa de mi dolor?
No querer este enemigo,
Inés, casarse conmigo,
siendo dueño de mi honor.

Inés.

¿Pues mi honra, picaron?

Peregil.

¿Qué honra?

Inés.

De pagarla trata.

Peregil.

¿No lo tomáras en plata,
reduciéndolo á vellon?

Inés.

Ni en oro, que solo allano
con tu mano lo que erré.

Peregil.

Yo una vuelta te daré,
que es lo mismo que una mano.

Don Tello.

Calla Peregil.

Peregil.

Ya callo.

Doña Leonor.

Inés, Rey tiene Castilla,
que tiembla de su cuchilla
su enemigo, y su vasallo.

Don Tello

Al Rico-hombre de Alcalá,
¿qué Rey basta?

Peregil.

Aunque sea un rayo:
ni para un rico lacayo,
¿que justicia haber podrá?
Mas ya en la música he oido,
que viene el novio hecho un bobo;
¿cómo ha de ser este robo?

Don Tello.

Ya está todo prevenido.

ESCENA III.

Dichos, don Rodrigo, doña Maria y músicos.

Música.

Alegraos ahora
campos de Alcalá,
que madrina, y novia
bellas, Sol, y Luna os dán.

Don Rodrigo.

Ya, don Tello generoso,
en la dicha de mi amor,
de recibir vuestro honor
llegó el plazo venturoso,
Mi aplauso os hace el empeño

del favor que espera ya,
pues mi rendimiento os dá
veneraciones de dueño.

Don Tello.

Yo os estimo, don Rodrigo,
tanto, que de apadrinaros
hoy el gusto he de mostraros;
y vos, señora, conmigo
partid el justo contento.

Doña María.

Eso le toca á mi esposo,
que mi afecto decoroso
pára en su agradecimiento;
ese, señor, no le niego,
que es deuda en la atencion mia.

Don Tello.

Bella está doña Maria. *á Peregil.*

Peregil.

Pues meriéndatela luego

Doña Leonor.

Dad, bella doña Maria,
los brazos á quien espera
ser vuestra, no compañera,
que es contra la suerte mia.

Doña Maria.

En ellos, bella Leonor,
gana mi suerte mas nombre.

Don Tello.

¿De que sirve ser Rico-hombre, *ap.*
si no logro yo mi amor?
¿Yo he de ver que un hidalguillo,
teniendo yo amor, se case
con quien de celos me abrase?

Peregil.

¿Qué llamas verlo? ni oirlo. *ap.*

Don Tello.

Enamorado estoy de ella, *ap.*
y he de quitársela infiel.

Peregil.

Y si lo estuvieras de él, *ap.*
¿se le quitáras á ella?

Don Tello.

Ya está mi gente avisada: *ap.*
Rodrigo, al jardin entremos,
que allí al cura esperaremos.

Don Rodrigo.

No hay que replicaros nada:
entrad vosotros delante,
aplaudid con vuestro acento
mi ventura, y mi contento.

Peregil.

Dios te lo lleve adelante. (1)

Música.

Alegraos ahora, &c.

Uno.

Al coche, amigos.

Doña María.

¿Qué es esto?
Esposo, señor.

Don Rodrigo.

¡Qué miro!
¡Cielos, sin alma respiro!

Don Tello.

¿Quién tal traicion ha dispuesto?

Don Rodrigo.

Que me roban á mi esposa.

---

(1) *Va entrando la música, y al llegar la novia al paño, salen de adentro enmascarados, y róbanla.*

Don Tello.

Sigamos estos traydores. (1)

ESCENA IV.

Doña Leonor, Inés y Peregil.

Peregil.

Presto por Cristo, señores,
que se escapan: linda cosa.

Doña Leonor.

¡Ay Inés, que esta traycion
es sin duda de don Tello!

Inés.

¿Pues ahora caes en ello?
y con aquesta intencion,
contigo el casarse escusa.

Doña Leonor.

¡Cielos, que no haya castigo
para tan fiero enemigo,
que vuestra justicia acusa!

Inés

¡Ay señora! don Rodrigo
con todos ellos embiste,
y le han de matar: ¡ay triste!

Dentro doña María.

Esposo......

Dentro don Rodrigo.

En vano te sigo:
mas moriré por mi honor.

Uno.

Tiradle, ¿qué os deteneis?

Dentro don Tello.

Dejadle, no le mateis

(1) *Vanse sacando las espadas.*

Don Rodrigo.

Ese es mas fiero rigor ;
¿ por qué me dejais la vida ,
si el alma me habeis quitado ?

Inés.

Sin las armas le han dejado ,
y sin haber quien lo impida
se la llevan.

Doña Leonor.

¡ Que mi brio
para vengar no sea bueno
un agravio , que aunque ageno ,
resulta en desprecio mio !
Al Rey irán mis enojos ,
y si justicia no alcanza ,
apelaré á la venganza
del veneno de mis ojos :
ven , Inés.

Inés.

Señora , espera ,
que aquí viene don Rodrigo.

Doña Leonor.

Sin vengarle , ser testigo
de su dolor , no quisiera.

ESCENA V.

Dichas y don Rodrigo.

Don Rodrigo.

¿ Dónde se esconden los rayos
de vuestra justicia , cielos ,
si el dolor de mi deshonra
no halla la venganza en ellos ?
De las llamas que respiro ,
pues no me abrasa el incendio ,

ó tengo el pecho de bronce,
ó me han quitado el aliento.

Doña Leonor.

¿A dónde vais, don Rodrigo?

Don Rodrigo.

¡Ay de mí! que no lo siento,
pues vivo, hermosa Leonor,
que esta es traicion de don Tello,
porque el coche en que á mi esposa
los alevosos metieron,
era suyo, y sus criados
los cómplices de su yerro.
Claro es, que otros no serian,
que no hubiera atrevimiento,
que en su Quinta lo emprendieran,
cuando al Rey menos respeto
tienen en toda esta tierra,
que á este tirano soberbio.
Al desaire de mi afrenta,
el de quitarme el acero
añadieron atrevidos,
para que clamando al cielo,
incapaz de mi venganza,
llore imposible el remedio.
Tristes campos de Alcalá,
abrid vuestro oscuro centro,
para dar sepulcro á un vivo,
que sin honor está muerto.
Piadosas aguas de Nares,
llevadme en llanto deshecho;
caed sobre mi deshonra,
desnudos, y ásperos cerros.

Doña Leonor.

Don Rodrigo, en vano sueltas
la rienda á tu sentimiento,

y mas cuando en mi desdicha
tienen tus males consuelo;
no hay sentimiento mas noble,
que procurar el remedio.

Don Rodrigo.

Bien dices, Leonor, bien dices;
á Madrid el Rey don Pedro
pasa de Guadalajara,
donde está ahora asistiendo:
solo hay este tribunal
para el poder de don Tello;
bañará sus reales plantas
mi llanto; y pues justiciero
se llama, contra la voz,
que cruel le hace, y sangriento,
haga crédito el castigo
de un agravio tan violento.

Doña Leonor.

Y yo te he de acompañar,
porque agrave á un mismo tiempo
con mi queja su delito.

Don Rodrigo.

Pues si hemos de ir, no tardemos.

Inés.

Tambien yo iré con vosotros,
que á este lobo carnicero
vosotros dareis la queja
de la pierna, yo del hueso,
que dan por añadidura.

El Conde dentro.

Por acá al llano.

Doña Leonor.

¿Qué es esto?

ESCENA VI.

Dichos, el Conde de Trastamara y Mendoza.

Conde.

Mendoza, el Rey nos alcanza,
y si en sus manos me veo,
no está segura mi vida:
los caballos se rindieron;
de la espesura del valle
nos valgamos; encubiertos
pasaremos aquí el dia.

Mendoza.

Ese solo es el remedio.

Conde.

Vamos, Mendoza: ¡ay hermano!
¡ay ingrato Rey don Pedro!
¿por qué á tu sangre persigues?

Mendoza.

Vamos, señor.

Conde.

Vamos presto.

ESCENA VII.

Dichos menos el Conde y Mendoza.

Doña Leonor.

¿Qué será esto, don Rodrigo?

Don Rodrigo.

Siguiendo estos caballeros
viene por aquel camino
otro, á caballo corriendo,
con tal furia, que en sí mismo
tropezó.

Dentro el Rey.

¡Válgame el cielo!

Don Rodrigo.

Ir á socorrerle es fuerza.

ESCENA VIII.

Dichos y el Rey.

Rey.

Ya sobra el socorro vuestro,
pues queda muerto, y yo libre.
¡Qué le estorbe á mi deseo *ap.*
la fortuna la venganza,
cuando con razon me ofendo
de tan aleves hermanos!
Ya Enrique de mi despecho
se libró, pues el caballo
tras él rebentó corriendo.

Don Rodrigo.

¿Os habeis hecho algun daño?
Reparaos.

Rey.

No, caballero.
¿Qué sitio es este?

Don Rodrigo.

Es el campo
de Alcalá.

Rey.

¿Estará muy lejos?

Don Rodrigo.

Media legua.

Rey.

Y esta quinta
¿de quién es?

Don Rodrigo.

Es de don Tello,

el Rico-hombre de Alcalá,
que por su poder soberbio
no le podeis ignorar.

Rey.

¿Por su poder?

Don Rodrigo.

¿A qué es menos
el del Rey?

Rey.

¿Menos que el suyo?

Don Rodrigo.

Segun le temen, es cierto.

Rey.

Nunca lo he oido decir.

Don Rodrigo.

No sereis vos de este reino.

Rey.

Si soy; mas los que asistimos
al Rey, y siempre le vemos,
otro poder ignoramos.

Don Rodrigo.

¿Luego vos le asisís? ¡Cielos, *ap.*
si dais luz a mi venganza!

Rey.

Y por venirle siguiendo,
que á Madrid pasa esta noche,
le apresuré tan violento,
que rebenté ese caballo:
mas segun le alabais, creo,
que sois vos criado suyo.

Don Rodrigo.

No soy sino quien intento
vengarme de sus agravios,
y otro tribunal no tengo,

sino el del Rey, y si vos
le asistís, y es tan adentro;
que me hagais ser escuchado,
os deberé mi remedio.

Rey.

¿Y estas señoras, quién son?

Doña Leonor.

Quien de este tirano dueño
lloran tambien las injurias.

Inés.

Y yo, señor, punto menos,
las lloro de su lacayo,
con que son mas duraderos
mis agravios.

Rey.

¿Pues por qué?

Inés

Porque yo en paja los tengo.

Rey.

¿Y no hay para ellos castigo?

Doña Leonor.

Solo podrá darle el cielo,
que el Rey no será bastante,

Rey.

¡Que viviendo el Rey don Pedro, *ap.*
esto se diga en Castilla!
Mucho ignoro de mis reinos.
¿Pues por qué no podrá el Rey?

Inés.

Porque es cruel, y sangriento,
y no nos hará justicia,
que antes se holgará al saberlo,
de ver que haya quien le imite.

Rey.

Esa es voz del vulgo ciego,

que con lo cruel confunden
el nombre de justiciero,
porque él solo poner supo
á la justicia respeto;
y porque lo conozcais,
yo os haré escuchar de él mesmo,
y sabreis si hace justicia.

Doña Leonor.

La vida, y el alma os debo,
si eso haceis.

Rey.

¿Pues cómo ha sido
vuestro agravio?

Doña Leonor.

Eso reservo
para el oido del Rey.

Rey.

Yo le asisto tan adentro,
y tanto fia de mi
la corona y el gobierno,
que en decirmelo, podeis
pensar, que hablais con él mesmo.

Doña Leonor.

Pues si ese favor nos dais,
generoso caballero,
doña Leonor de Guevara
soy yo, cuyos padres muertos,
quedé en Alcalá al abrigo
de un copioso heredamiento,
que en este lugar fundaron
mis ricos nobles abuelos.
Sola, hermosa, moza, y rica,
ya vereis los casamientos,
que unidos me ofrecerian
la codicia, y el deseo.

Mas siendo mirada un dia
del tirano de don Tello,
le ocasionó mi hermosura
á seguir mi galanteo.
Quedé yo sin eleccion,
pues por temor, ó respeto,
cuantos mi amor pretendian
olvidaron el empeño.
De él solamente asistida
escuchaba sus afectos,
bien que horrorosa al principio,
me hizo el trato lisongero.
Porfió en decirme amores,
finezas, y rendimientos,
con que me venció. ¡Ah si entonces
advertir supiera el pecho,
que era el rendimiento falso;
que en este injusto trofeo
solo se rinde el amor,
por lograr el vencimiento!
En fin, con tantas porfias,
persuadida del egemplo
de otras, que hicieron lo mismo,
me resolví á un desacierto.
¡Ah ciego engaño, que todos,
para cometer un yerro,
vén los que erraron, y olvidan
á los que se arrepintieron!
Mano, y palabra de esposo
me dió, y con ella...... No puedo
pasar de aquí con la voz;
mas bien podeis entenderlo,
que no se puede dudar
cual sería mi suceso,
pues de vergüenza le esplico

con la frase del silencio.
El hielo de mi desden
desde aquí se trocó en fuego:
precipitéme à quererle:
(no sé si lo hizo el afecto,
ó el trato, ó la obligacion,
ó el mirarle como á dueño;
ó si de esto no fue nada,
sin duda fue lo mas cierto,
que para estar mas galan
le adornó mi mismo esceso
con la joya de mi honor,
que mi error puso en su pecho).
La llama que en mí crecia,
en su amor iba muriendo;
sin duda hay en el amor
cantidad fija de fuego,
y cuando esta se reparte
con igualdad en dos pechos,
ni uno, ni otro quiere mucho;
y si se aviva uno de ellos,
lo que uno crece, otro mengua;
y aquella parte de incendio,
que vá creciendo en el uno,
falta al otro: con que es cierto,
que tiene coto esta llama,
que le debe de supuesto,
que nunca se ven iguales
dos ardores con estremo.
De este natural discurso
fue nuestro amor vivo egemplo,
porque creció tanto el mio,
que el suyo se volvió en yelo.
Iba sin gusto á la mesa,
tarde, y con cansancio al lecho,

de la falta del cariño
era la disculpa el sueño.
Siempre costaba un disgusto
hablar en el casamiento;
yo le alhagaba, rendida
le acariciaba; él severo
daba un desaire á un cariño,
por no irritarse á un despecho.
¡Qué cordura es menester
para conservar sin riesgo
á quien no ama, cuando tiene
tan cerca de sí el desprecio!
porque hay muy poco en los hombres
de lo tibio á lo grosero.
Bien se vió en él, pues llegando
la ocasion de haberme hecho
hoy madrina de una boda,
que apadrinaba don Tello,
grosero, ingrato, y tirano
me desengañó diciendo,
que no habia de casarse
conmigo; y al mismo tiempo,
viniendo ya don Rodrigo,
que es aquese caballero,
con su esposa al desposorio,
sin Dios, sin ley, sin respeto......

Don Rodrigo

Ese agravio á mi me toca,
mas no sé si tendré aliento
para decir, que tyrano
me robó mi esposa. ¡Cielos,
como á tan grande maldad,
sordo está el castigo vuestro!
En fin, señor, con mi esposa
me quitaron el acero,

y sin poder apelar
de esta traycion, sino al cielo,
del modo que nos hallais
nos dejó el bárbaro fiero,
sin vida, sin ser, sin honra,
donde á vuestras plantas puestos,
solicitamos que al Rey,
pues sois tan suyo, lleguemos
donde escuche nuestro agravio,
aunque venganza no espero.

Rey.

¡Que haya esta gente en Castilla, *ap*
y no me dén cuenta de ello!
¡y que me llamen cruel,
por castigar sus escesos!
¿No hay justicia en Alcalá?

Inés.

¿Pues ahora dudais eso?
es lugar estudiantino,
y si alguno hace un mal hecho,
en partiéndose á Alcalá,
es lo mismo que á un Convento.

Rey.

¿Su Corregidor, ó Alcalde,
por un delito tan feo,
no irá á prender á ese hombre?

Inés

Bien que si allá el prendimiento
fuera de Gethsemaní,
en chusma de Fariseos,
los hiciera todos Malcos,
aunque nunca fuese Pedro.

Rey.

¿*Cielos*, qué hombrecillo es este? op
A ir á verle estoy resuelto.

¿Señora, estais en su casa?

Doña Leonor.

Yo no sé si hallaré abierto
cuando le vaya á buscar.

Rey.

Pues allá estad, que yo quiero
pasar por allá esta tarde,
para ver si con él puedo,
que os vuelva á vos vuestra esposa,
y vos logreis el deseo.

Don Rodrigo.

Yo solo he de hablar al Rey.

Rey.

Pues id á Madrid, que luego
yo haré que el Rey os dé audiencia.

Don Rodrigo.

Pues la palabra os aceto.

ESCENA IX.

Dichos, don Gutierre y criados.

Don Gutierre..

Pero aquí está. ¿Gran señor?

Rey.

Calla, Gutierre, que intento
no ser aquí conocido.
¿Vá el Rey delante?

Gutierre.

El viento
desmintiendo en un caballo.

Rey.

Pues á seguirle pasemos.

Doña Leonor.

En vos, señor, voy fiada.

Rey.
Vereis lo que hará mi ruego.
¿Qué Rico hombrecillo es este, *ap.*
que teme tanto este pueblo?
Vamos, Gutierre, por verle
me vá matando el deseo.

ESCENA X.

SALA EN CASA DE DON TELLO.

Don Tello, doña María, Peregil y músicos.

Músicos.
A mejorar su fortuna
la bella Amarilis viene,
dando á Tirso los aplausos,
que Riselo no merece.
Doña María.
Pues sino está aquí mi esposo,
yo supliré su presencia,
y con desden rigoroso
resistiré la violencia
de un tyrano poderoso.
Don Tello.
¿Qué es lo que dices, muger?
Siendo tuyo ese favor,
¿qué resistencia has de hacer?
¿A tí no te está mejor
lo que es mejorar de ser?
¿A hacerte yo esposa mia
te resistes? ¿pues qué habrá
desde el que suya te hacia,
hasta don Tello García,
el Rico-hombre de Alcalá?
¿Dueño de cuanto poseo

no te viene á hacer mi amor?
que cuando ese campo veo
diez leguas al rededor,
por nada ageno paseo.
¿No miras cumbres, y llanos,
que en sembrados diferentes,
para enriquecerme ufanos,
me crece el oro en los granos
la plata de sus corrientes?
¿Del sol contra los rigores,
que sale flechando ardores,
no miras montes, y prados
por el Estío nevados
de mis ganados menores?
Que juzgan, segun violentos
bajan la tarde sedientos
al valle, donde agua tienen,
que en mariposas se vienen
abajo los elementos.
Villas, Lugares, Castillos
tengo tantos, que al mandarlos,
me embarazo con oirlos,
que el número, al referirlos,
basta para avasallarlos.
Y estas grandezas no dadas
por merced de ningun Rey,
sino con sangre ganadas,
en aumento de la ley,
de los moros á lanzadas.
La renta de esta riqueza,
con que yo nada codicio
en mi pródiga largueza,
sobra para mi grandeza,
y basta á mi desperdicio.
Y aunque tanta maravilla

mi poder, mi sangre pasa
á mas triunfos que en Castilla
vió Ricos-hombres mi casa
antes que reyes su silla.
Tu ignorancia esto desprecia;
mira si con causa poca,
la razon, que es quien lo aprecia,
te llama al dejarlo, necia,
y al no procurarlo, loca.

Doña Maria.

Todo ese poder, señor,
que junto habeis referido,
es en mi aprecio menor,
que el halago del marido,
á quien tengo justo amor.

Don Tello.

¿A un pobre hidalguillo meter
en estimacion?

Peregil.

Es dada
á querer estos pañetes;
no habia de ser honrada
muger que quiere á pobretes.

Don Tello.

Todo mi amor lo atropella.

Doña Maria.

Que no he de casarme digo.

Peregil.

¿Pues qué importa en su querella,
que no se case contigo,
si tu te casas con ella?

Don Tello.

Dices bien: cantad en tanto
que me desposo.

Doña María.

¡Ay de mi!

Peregil.

Cantad al son de su llanto,
que bien merece que aqui
le dén todos con un canto.

Música.

A mejorar tu fortuna, &c.

ESCENA XI.

Dichos, un Criado y despues el Rey.

Criado.

Señor, á vuestros umbrales
un caballero se apea,
que dice, que viene á veros.

Don Tello.

Entre muy en hora buena,
que á nadie que viene á verme
tengo cerradas mis puertas;
y mas hoy, que en este gusto
quiero que todos me vean.
Sillas á mí y á mi esposa;
sentaos, que asi recibiera
al mismo Rey.

Criado.

Ya está dentro.
Buen talle.

Don Tello.

Buena presencia.

Doña María.

Que yo calle aqui es forzoso,
por no irritar su violencia.

Rey.

Sentado se está el grosero, ap.

sin saber quien es el que entra:
estoy por echarle á coces
á rodar; pero aqui es fuerza
disimular, y encubrirme,
porque su castigo sea
para despues escarmiento
de otras tiranas cabezas.
Deme su mano Vusia.

Don Tello.

Cubrase, hidalgo.

Rey.

Eso es fuerza,
que no hablo yo descubierto
con quien sentado me llega
á recibir.

Don Tello.

Taburete.

Rey.

¿Eso mas?

Peregil.

Y eso agradezca,
que mi amo no dá asiento,
ni aun á genoveses. (1)

Rey.

Venga.

Don Tello.

Dos sillas tengo, la una
ocupa mi esposa bella,
la otra yo; mas no os odmire,
que Ricos-hombres, apenas,
dán silla al Rey en sus casas.

Rey.

Ya lo veo que és grandeza,

---

(1) *Saca un taburete, y sientase el Rey.*

y asi elijo lo que es mio.

Don Tello.

Aunque su buena presencia
quien es nos dice ¿en qué altura
de hidalgo se halla?

Rey.

Aguilera
de la Montaña.

Don Tello.

Escuderos
son de mi casa: ¿y qué intenta?

Rey.

Al Rey sigo por un pleito.

Don Tello.

¿Habiéndo espadas, quien deja
gastar su hacienda en procesos?

Rey.

La ley es bien que obedezca:
ya el Rey en Madrid está.

Don Tello.

Con doña Maria su prenda
nos vendrá á dar buen egemplo.

Rey.

Ya es su esposa, y nuestra Reina;
y al que no hablare en sus partes
con decorō y con decencia,
con mi espada... *Levántase.*

Don Tello.

Bueno está;
brio el hidalguejo muestra. *ap.*
Mucho quiere al Rey.

Rey.

Si quiero.

Don Tello.

Siéntese el buen Aguilera:

¿que está ya en Madrid el Rey? *Siéntase.*

Rey.

Si vueseñoría le espera,
ya puede pasar á verle.

Don Tello.

Cuando el Rey valerse quiera
de mi para alguna cosa,
vendrá á verme, y hacer venta
en mi casa, donde yo
á los Reyes, que aquí llegan
como á parientes regalo,
y hospedo; y aun se me acuerda,
que á don Alonso su padre
hospedó esta cuadra mesma
mas de una vez, cuyas glorias....
¡Ah que Rey Alonso era!
mas hoy su hijo las infama.

Rey.

Tengase usía y advierta,
que habla del Rey don Pedro,
que es su Rey; y aunque no fuera
su Rey, es tan mal sufrido,
que le cortára la lengua,
á saber como habla de él. *Levantase.*

Peregil.

Criados.

Don Tello.

¿Qué intentas?

Peregil.

Matarle.

Rey.

Mi Rey defiendo:
contradigalo quien quiera.

Peregil.

Escuderos.

Don Tello.

No los llames,
loco, necio: ¿en mí presencia
hablas tú? Si dar castigo
á su osadía quisiera,
¿no bastára yo?

Rey.

No sé.

Don Tello.

Ea, que la intencion es buena,
y el buen zelo de su Rey
le disculpa: no le ofendan.
Sosegaos.

Rey.

Soy buen vasallo,
vive Dios.

Don Tello.

Sin jurar.

Rey.

Sea.

Don Tello.

Mucho quiere al Rey.

Rey.

Es ley.

Don Tello.

Siéntese el buen Aguilera.

Rey.

Perdonadme, que esta ha sido
locura de la nobleza
de vasallo.

Don Tello.

Yo lo soy
tambien del Rey, y se precia
de leal, mas que ninguna,
mi sangre; díganlo empresas

de mis ilustres abuelos;
y por esta razon mesma
me ha parecido gloriosa
aqui la osadía vuestra.
Dadme esa mano.

Rey.

Los nobles
deben hablar con decencia
de los Reyes, porque son
las deidades de la tierra,
y en ella los pone Dios,
y su imagen representa
tanto el bueno, como el malo;
pues como á él se reserva
su soberano secreto,
nos le da su providencia,
malo cuando nos castiga,
y bueno cuando nos premia.
Pero dejando esto aparte,
la gloriosa fama vuestra,
pasando por vuestra casa,
me dió deseo de verla;
y en lo que el lugar os ama
ha quedado satisfecha
la opinion que yo traía.

Don Tello.

Todo Alcalá me venera
con mucho amor.

Rey.

Y en él dicen,
que menos al Rey respetan.

Don Tello.

Por acá, hidalgo, conocen
por sello ó firma á su Alteza,
y es con mi consentimiento

alguna vez que obedezcan
su firma.

Rey.

¡ Válgame Dios ! *ap.*
¿ vióse tan gran desvergüenza ?
Si á puntapies no le mato,
es porque mas logro tenga
el blason de justiciero;
que si no, aquí yo le hiciera
ver quién soy.

Dentro doña Leonor.

Dejadme entrar.

Criado.

No hay lugar.

Doña Leonor.

Aunque no quieran
he de entrar.

Don Tello.

¿ Qué ruido es ese ?
¿ quién entra ?
¿ quién es quien viene ?

ESCENA XII.

Dichos, doña Leonor é Inés.

Doña Leonor.

Quien viene á cobrar su honor,
aunque le negueis la deuda.

Peregil.

Venga el papel, y veamos
si está cumplida la letra.

Don Tello.

¿ Pues adonde está mi esposa
hay quién así á entrar se atreva ?

Rey.

Si puede entrar quien pretende;
que quien lo ha de ser, lo sea.

Doña Leonor.

Caballero, este tirano
es quien me robó la prenda
mejor del alma, y ahora
lo que prometió me niega,
faltando á Dios, y á la ley,
é infamando mi nobleza,
y quitando á otro su esposa.

Don Tello.

¿Pues decidme, quién lo niega?
¿Qué quereis?

Doña Leonor.

Que no os caseis.

Doña María.

No os toca esa diligencia
á vos, Leonor, sino á mi,
que aunque mil muertes me diera,
no me casaria con él.

Don Tello.

Vive Dios, ingrata, necia,
que aunque el mismo Rey lo mande,
lo has de ser; y ya que aprecias,
mas que à mí un pobre hidalguillo,
á pedazos mi violencia
te le ha de sacar del alma.

Peregil.

Y habrá, como sacamuelas,
saca hidalgos.

Rey.

¡Qué esta injuria *ap.*
escuche yo, y la consienta!
mas llegará su castigo.

Don Tello.

Yo trage una pasion ciega,
que fue solamente antojo
de esa muger, y logréla;
porque ella lo permitió,
presumiendo loca, y necia,
que habia de ser su esposo:
dóile de toda mi hacienda
lo que quisiere, y porfia
que me he de casar con ella.

Rey.

¿Pues, señora, si don Tello
anda con tanta largueza
con vos, qué mas le pedis?

Doña Leonor.

¿Inés, no ha estado muy buena
la intercesion?

Inés.

Todo es miedo.

Doña Leonor.

Pues teniendo al Rey tan cerca,
á su tribunal apelo,
que su tiranía suspenda.

Doña Maria.

No será eso menester
donde está mi resistencia.

Don Tello.

Echad de aquí á esas mugeres.

Doña Leonor.

Buen padrino trae mi pena. *ap.*

Don Tello.

Siempre en los reyes se teme
mas que la espada, la Alteza.

Rey.

Pues de don Pedro se dice,

que es bizarro.

Don Tello.

Eso se cuenta
por haber muerto un cantor,
y un clérigo.

Rey.

Aunque asi sea,
todos son hombres.

Don Tello.

No todos
son Ricos-hombres

Rey.

Suspensa *ap.*
dejo mi venganza ahora,
para que castigo sea.

Doña Leonor.

Vén, Inès, vamos al Rey.

ESCENA XIII.

Dichos menos doña Leonor é Ines.

Don Tello.

Andad muy en hora buena;
retiraos todos adentro,
y mis bodas se suspendan,
que hoy es todo azar, y enojos.

Doña Maria.

Cielos, en tanta violencia, *ap.*
pues otro amparo no tengo,
valgame la piedad vuestra.

Peregil.

¿Ea, qué aguardais aqui?

Don Tello.

Hidalgo, si hacer desea
noche en Alcalá, en mi casa

se quedará, mas advierta,
que es con una condicion.

Rey.

¿Qué?

Don Tello.

Que á nadie doy mi mesa.

Rey.

Dios guarde á Vueseñoría,
que yo aceptára sin ella
el favor, á no pasar
á Madrid algo de priesa.

Don Tello.

Pues á Dios.

Rey.

Guardeos el Cielo.

Don Tello.

Véngame á ver cuando vuelva,
que me ha parecido, cierto,
buen hombre el buen Aguilera. *vase*.

Peregil.

Véngame á mí á ver tambien,
que yo le tendré á la vuelta
de Alcalá, al pasar el rio...

Rey.

¿Qué tendrás?

Peregil.

La barca puesta.

Rey.

Dios os guarde.

Peregil.

No acompañe,
quedese el buen Aguilera. *vase*.

Rey

¡Cielos, que esto haya en Castilla,
y haya tenido paciencia

para no matarlo á coces!
Mas mi magestad me deba
este noble sufrimiento,
que yó haré que en su cabeza,
los que me llaman cruel,
por justiciero me tengan.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

SALON DE PALACIO.

El Rey y don Gutierre.

Don Gutierre.

Esto Toledo ha pedido.

Rey.

¿Mi hermano Enrique se ampara
de Toledo?

Don Gutierre.

A Trastamara
pasaba, y le ha detenido
la Ciudad, creyendo en vano,
fiada de glorias tantas,
que poniéndose á tus plantas
vuelva á tu gracia tu hermano.
Esta es su carta.

Rey.

No puedo
templar con él mi pasion:
no es mala la intercesion,
que estimo mucho á Toledo.

Don Gutierre.

Esta es del conde tu hermano.

Rey.

Guardadla para despues:
poderoso afecto es
la ira de un pecho humano.
De tres hermanos estoy
enojado, y ofendido,

solo mi furor olvido,
cuando miro lo que soy.
Mis reinos alborotados
hoy por su causa se ven,
yo haré que quietos estén
cuando queden arrancados,
porque tumulto no haya,
de Geromena, Fadrique,
y de Astorga, don Enrique,
y don Tello, de Vizcaya.
¿A Alcalá se despachó?

Don Gutierre.

Ya viene Tello García.

Rey.

¡Que este hombre en mi reino habia,
y no lo supiese yo!
Mas como vivo en Sevilla,
de quien Alcalá está lejos,
vé solo el Sol en reflejos
esta parte de Castilla.

Don Gutierre.

Dicen, que es hombre valiente.

Rey.

Yo lo he oido, y cuando veo,
que él lo publica, lo creo
muy dificultosamente.

Don Gutierre.

Diez hombres juntos escucho,
que huyen de solo su espada.

Rey.

Si son pícaros, no es nada,
y si son hombres, es mucho;
porque si tienen alientos,
reñir con dos es blason,
y cuando pícaros son,

lo mismo es diez, que doscientos.
Mirad quien espera audiencia.

Don Gutierre.

Ya, señor, entrando van.

ESCENA II.

Dichos, un Soldado y un Contador.

Soldado.

Yo, señor, soy capitan,
con veinte años de espeviencia,
que en la guerra con el moro
la hambre, y sed me han enseñado,
que hallar no puede el soldado
la piedra de hacer el oro;
pues deseando tener
con que pasar, cómo honrado,
aunque mi sangre he sembrado,
no he cogido qué comer;
y siempre con las divisas
de que cubierto me hallas,
he reñido mas batallas,
que me he mudado camisas.
Algun modo de vivir
por tantos servicios pido,
que el que yo hasta aquí he tenido
es el modo de morir.

Rey.

Con cuidado quedo.

Soldado.

O infiel
he sido, ó mal despachado,
pues cuanto yo he peleado,
es porque vivas sin él;
y es de entrambos molestado,

cuando vengo á pretender,
irme yo sin que comer,
y quedar vos con cuidado.

Rey.

Bien está.

Contador.

Yo soy, señor,
de vuestra alteza premiado,
hijo de Andres de Alvarado,
que fue vuestro contador;
y porque os sirvió tan bien,
vuestra piadosa atencion
me dió la Administracion
de Alcabalas de Jaen;
y para cuatro años van,
que á este oficio asisto atento.

Rey

No estareis vos tan hambriento
como el pobre Capitan.

Contador.

La de Murcia vacó ayer,
y por mi servicio pido
me mejoreis de partido.

Rey.

¿Y es servicio enriquecer?

Contador.

¿Pues no os sirve mi cuidado?

Rey.

No es sino pedir de vicio,
pues me alegais por servicio
lo que por premio os he dado.
Si justa merced fué aquella,
y la estais gozando ya,
servirla bien, servirá
de conservaros en ella.

No llaméis á la desdicha,
y vuestro oficio gozad,
que tener comodidad
no es menester, sino dicha.
A ese Capitan le den
aquesa administracion.

Soldado.

Señor, es mucha razon.

Contador.

Miradlo, señor, mas bien;
que no tendrá suficiencia
quien esto no ha egercitado.

Rey.

Para estar acomodado
cualquiera tiene esperiencia;
de ayuda de costa os den
doscientos escudos luego.

Soldado.

Logres tu reino en sosiego
la edad de Matusalén;
y pues hoy tal dicha gano,
sea cabal el interés,
dándome, señor, los pies.

Rey.

No os daré sino la mano. *Dale la mano.*

Soldado.

Quedo, señor, que me muero:
soltad, vive Dios, ú osado.....

Rey.

Así quiero yo el soldado.

Soldado.

Y así yo los Reyes quiero.

ESCENA II.

El Rey, don Gutierre y don Rodrigo.

Don Rodrigo.

A vuestras plantas, señor.
¡Mas qué miro!

Rey.

No os turbeis,
alzad, decid; ¿qué quereis?

Don Rodrigo.

Reveréncia es el temor;
pero ya habiéndoos mirado,
pues de mi queja noticia
teneis, con pedir justicia
quedais, señor, informado.

Rey.

Que digais la queja, es ley.

Don Rodrigo.

Ya que la sabeis infiero.

Rey.

La oí como pasagero,
y la ignoro como Rey.

Don Rodrigo.

Pues señor, Tello García,
el Rico-hombre de Alcalá,
aquel á quien nombre dá
del poder la tiranía,
á mi esposa me robó
del modo que ya supisteis.

Rey.

Si vos se lo consentisteis,
tambien lo consiento yo.

Don Rodrigo.

Quitóme la espada, y ciego

me atajó accion tan honrada.

Rey.

¿Y os quitó tambien la espada,
que pudisteis tomar luego?

Don Rodrigo.

Yo de su poder no puedo,
señor, mi agravio vengar.

Rey.

¿Luego se viene á quejar
no la injuria, sino el miedo?

Don Rodrigo.

Esto, señor, no es temeriz
sino el poder de su nombre.

Rey.

¿Y cuando está solo ese hombre,
riñe con él el poder?

Don Rodrigo.

¿Pues cuando justicia os pido,
que riña con él mandais?

Rey.

Yo no quiero que riñais,
sino que hubierais reñido.

Don Rodrigo.

No quise, aunque fuera ayrosa
la accion, darla esa malicia.

Rey.

No vá contra la justicia
el que defiende á su esposa;
y habiéndolo ya intentado,
de no haberlo conseguido
quedabais mas ofendido,
mas veniais mas honrado;
que yo atento á la razon,
podré mandarle volver
á ese hombre vuestra muger,

pero no á vos la opinion.

Don Rodrigo.

Pues cobraréla mi pecho.

Rey.

Ya os costará mi castigo,
si lo haceis, que ahora os digo
que no estuviera mal hecho:
andad, que su sinrazon
castigaré.

Don Rodrigo.

¿Y no podré,
pues sin ella quedaré,
cobrar yo antes mi opinion?

Rey.

Sí, y no.

Don Rodrigo.

¿Pues cual haré yo
entre un sí, y un no, que oí?

Rey.

Don Pedro dice, que sí,
y el Rey os dice, que no.

Don Rodrigo.

Pues ya que en mi honor infiero
tal mancha, lavarla es ley,
que aunque me amenaza Rey,
me aconseja caballero. *ap.*

ESCENA IV.

El Rey, don Gutierre, doña Leonor é Inés.

Doña Leonor.

Si de la justicia el celo
al Rey, Inés, no le mueve,
no hay á culpa tan aleve
mas tribunal que el del cielo.

Don Gutierre.

Mirad, que el Rey os espera.

Doña Leonor.

Ya yo llego... ¡ Mas ay Dios !
¿ este es el Rey ?

Rey.

¿ Quién sois vos ?

Doña Leonor.

Habiendoos visto, quisiera,
que vuestra piedad atenta
me escusase, gran señor,
la vergüenza, y el dolor
de referiros mi afrenta;
que sin decir mi bajeza,
no puedo á Tello Garcia
culpar, pues su tyranía
comienza de mi flaqueza.

Rey.

Basta, ya tengo noticia
de donde su error comienza;
no os ha de costar vergüenza
el que yo os haga justicia.

Doña Leonor.

Pues señor, ya que sabeis
su delito, y mi desdicha,
pues á no ser él ingrato,
no fuera culpa la mia;
ya que sé que sois testigo
de sus soberbias esquivas,
pues se atrevió su desprecio
á vuestra persona misma,
supondré en mi propia queja
la ofensa vuestra, y la mia,
que aunque á vos no llega el daño
con que yo soy ofendida,

la circunstancia se llega,
que el, que el honor tiraniza
de los humildes vasallos,
desprecia en vuestra justicia
el poder que los ampara,
y el brazo que los castiga.
Y para que mas os mueva
las iras que os justifica,
que aunque en Dios las suponemos,
cuando son justas las iras,
sabed, señor, que á esas plantas
me traen las lágrimas mias,
llorando mas en mi afrenta
infamias que tiranías.
Apenas, señor, salí
de su casa despedida
con las injurias que visteis,
cuando á pedir vengativa
justicia de tanto agravio,
mi justo enojo camina.
Y estando para Madrid
previniendo mi familia,
al coche con sus criados
llegó don Tello García,
y maltratando los mios,
hasta mi persona misma
padeció el desprecio infame
de sus manos atrevidas;
desjarretaron las mulas,
y el coche hicieron astillas,
diciendo: "Si hay Rey que pueda
castigar mis demasias,
entre las otras, de aquesta
venganza tambien le pidan."
Yo de su furor huyendo,

no busqué prevencion digna,
que no siendo la decente
posible, hallé la precisa.
Sin decoro, señor, vengo,
que no dejó mi desdicha
en mi honor, ni en mi respeto
parte que no esté ofendida.
Defendedme, gran señor,
de quien no solo me quita
el honor, pero tambien
la queja me tiraniza.
Porque mi dolor os busca
para quejarme, se irrita,
y me dobla las afrentas,
porque lloro mi desdicha.
Quitarle al dolor la queja
es la postrer tiranía,
que al golpe, señor, que hiere
quien el sonido le quita
de este agravio la venganza,
á vos, señor, os obliga,
que vos sois el agraviado,
aunque yo soy la ofendida.
A quien de satisfacerse
no es capaz, si bien se mira,
el ag.avio no le ultraja,
aunque la ofensa le oprima.
En tanto la injuria afrenta,
en cuanto en quien la reciba
hay respeto que se pierde,
y riesgo que no se mira.
Por esto al que está sin armas
no le afrenta, aunque le irrita
la injuria, porque le falta
el brazo que la resista.

Luegó si en mí no hay podér
para resistir sus iras,
no es mi pecho á quien agravian,
aunque es él á quien lastiman,
sino el vuestro, porque siendo
quien al humilde apadrina,
y cuando en vos su defensa
es obligacion precisa,
el que al inferior ultraja,
pierde con su tiranía
á vuestro amparo el respeto,
y el temor á la justicia;
que es en vuestra Regia mano
la rienda con que caminan
con freno los poderosos,
y los humildes con guia.
No se desboque, señor,
su soberbia á su malicia,
pues vuestro imperio asegura,
que su furor le reprima.
Y no os fieis del decoro
de vuestra soberanía,
que quien no os teme, señor,
os amaga, aunque no os tira.
Y cuando el caballo corre
desbocado, no peligra
solamente el que atropella,
sino el que lleva en la silla.
Cayga esta soberbia planta,
que ya crece tan altiva,
que subiendo como trono,
ya como nube os eclipsa.
Y si como buen cultor,
no está tan endurecida,
que podais cortar las ramas

de su soberbia, y se humilla
de suerte que no haga sombra
á las flores que marchita,
porque la luz les usurpe,
dejándole las precisas:
cortad las ramas ociosas,
y sin ser estorbo viva,
porque se enlace con él
la yedra que se le arrima.
Pero por mi honor os pido,
que templeis la medicina,
sin usar de la violenta,
hasta probar la benigna.
Córtese el brazo, señor,
si todo el cuerpo peligra,
mas no quede manco, y feo,
si á su sanidad no implica;
porque cuando á vuestras plantas
mis lágrimas solicitan
de mi dolor el remedio,
de mi decoro la vida,
la salud de mi dolencia,
y el descanso á mis fatigas,
Rey, Padre, y médico os halle,
y curando mi desdicha,
dando remedio á mi afrenta,
y amparando mi justicia,
por vuestro honor mismo sea
regalo la medicina.

Rey.

Tan justo enojo provoca
en mi pecho esta noticia,
que me he menester yo todo
para refrenar mis iras.
Mas yo daré en su castigo

circunstancias tan medidas
á su tirana altivez,
que su soberbia se rinda.
Ya yo estoy bien informado,
y espero á Tello García;
esperadle vos tambien,
que pues venís á pedirla,
hoy, antes que de palacio
salgais, os haré justicia.

ESCENA V.

Doña Leonor é Inés.

Inés.

¡Qué severidad, señora!
¿Si hace nuestra fantasía
la Magestad en los Reyes;
porqué cuando allá en la Villa
le vimos, me pareció
tan hombre, que yo podia
determinarme á tentarle,
y acá es una estatua viva,
que yo pensé al escucharle,
que hablaba de la otra vida?

Doña Leonor.

Tanto el oficio de Rey
á la persona autoriza,
que se vé como Deidad
al que como Rey se mira.
¡Mas ay, Inés! ¿No es don Tello
el que viene?

Inés

Y su familia,
que es mas que la de Noé;
mas yo pienso que es la misma,

porque es todo cuanto hace
efecto de lo que brindan.

ESCENA VI.

Dichas, don Tello, Peregil, don Gutierre, y acompañamiento.

Don Gutierre.
Desde aquí habeis de entrar solo.
Don Tello.
Un Rico-hombre de Castilla,
para entrar á hablar al Rey,
con sus deudos se autoriza:
todos han de entrar comigo,
que esto es preeminencia mia;
y caso que no lo fuera,
basta el ser de mi familia,
que vienen aquí Escuderos
de nobleza tan antigua,
que al Rey no le deben nada.
Peregil.
Y el Rey es quien deberia,
si se ajustase la cuenta;
que aquí está una pobre hormiga,
que tuvo un padre tan noble,
que estuvo toda su vida
vertiendo sangre por él.
Don Gutierre.
Muy gran soldado sería.
Peregil.
No fue sino quien mataba
las aves de su cocina.
Don Tello.
Entren todos.

Don Gutierre.

No entre nadie;
cerrar esa puerta aprisa:
aquí ha de salir el Rey,
espere Vueseñoría.

ESCENA VII.

Don Tello y Peregil.

Don Tello.

¿Qué es que espere? ¿yo esperar?
¿Pues el Rey, de mi venida
no estaba ya prevenido?
¿Cuando que venga me avisa,
con tal desprecio me trata?
¿Cuando á la persona misma
del conde de Trastamara
su hermano, es igual la mia
en el asiento, y el trato,
yo esperar?

Peregil.

Si bien lo miras,
todo es llamarte judio.

Don Tello.

Volverse á Alcalá imagina,
sin hablarle, mi despecho.

Peregil.

Déjalo para otro dia,
que ahora no querrá la Guarda.

Don Tello.

¿Que Guarda?

Peregil.

¿Qué? La Amarilla,
que tiemblo de ella.

Don Tello.

¿Por qué?

Peregil.

Yo la tengo antipatía,
porque es del color del miedo.

Don Tello.

¡Que á mí me cierren!

Peregil.

Malicia
es cogerte en ratonera,
y imagino........

Don Tello.

¿Qué imaginas?

Peregil.

Que han de soltarnos al gato.

Don Tello.

¿Mas quién es?

Peregil.

¡Santa Lucía!
vive Dios, que este es el queso;
pescáronnos en la mina.

Don Tello.

¿Puién es?

Peregil.

¿No sois vos, Leonor?

ESCENA VIII.

Dichos y doña Leonor.

Doña Leonor.

Yo soy la desconocida,
don Tello, y vos el ingrato.

Don Tello.

Vendreis á pedir justicia.

Doña Leonor.

Si vengo.

Don Tello.

Bueno por cierto.

Peregil.

¿Pues te espantas de que pidan?

Don Tello.

Pues porque os desengañeis,
ahora vereis lo que estima
el Rey hombres como yo,
en quien su imperio se fia.

Doña Leonor.

No es dudable, pues os llama.

Peregil.

¿Cómo llamar? nos convida
á almorzar, que le han traido
tocino de algarrobillas.

Inés.

Si será; mas podrá ser,
que os haga mal la comida,
si comeis de convidados.

Peregil.

Nadie en palacio se abita,
principalmente galanes,
que lo que comen suspiran.

Doña Leonor.

Con toda esa vanidad,
fio yo de la justicia
del Rey, que nos haga iguales.

Don Tello.

¿En qué?

Doña Leonor.

En distribuirla.

Don Tello.

¿Qué es iguales?

Peregil.

¿Qué es iguales?
igualarsenos querian:
¿somos nosotros gazapos,
ó perdigones de rifa?

Doña Leonor.

¿Tan dificil es?

Peregil.

Y tanto,
que mas presto igualaría
unos órganos el Rey,
que á mi amo con la misma
gran Cenobia;..... ¿qué es Cenobia?
ni con la Infanta Sevilla,
ni la Giralda, aunque fuera
mas alta catorce picas,
ni aun quince.

Inés.

Mire que es falsa.

Peregil.

Por eso ustedes envidan.

Don Tello.

Peregil, deja esas locas.

Doña Leonor.

Inés, esta demasía
parará en mayor ultrage;
quitémonos de su vista

Inés.

Vamos; luego lo veredes. *vanse.*

Peregil.

Agrages lo pronostica;
pero el Rey sale, señor.

Don Tello.

Vive Dios que está corrida
mi vanidad de que el Rey

de este modo me reciba.

ESCENA IX.

Don Tello, don Gutierre, acompañamiento, y el Rey leyendo una carta por todo el tablado, sin reparar en don Tello.

Don Gutierre.

Esa, señor, es su carta.

Rey.

Mucho mi hermano me obliga.

Don Tello.

Peregil: ¡qué es lo que veo!

Peregil.

Por las santas letanías,
que es este el buen Aguilera.

Don Tello.

¿Quien es?

Peregil.

El es por la pinta.

Don Tello.

Sin mí estoy de haberle visto.

Peregil.

Ya te espera, llega apriesa.

Rey. Leyendo.

Cuando la ley de buen vasallo no me obligára al rendimiento que debo á vuestra alteza...

Don Tello.

Á vuestro pies, gran señor,
está don Tello García;

Rey. (1)

la razon de vuestro hermano no me dejara faltar á esta obligacion.

---

(1) *Mírale, y prosigue* leyendo sin hacer caso.

Don Tello.

¿Qué puede ser esto? él Rey
no me oye, ó no me mira.

Peregil.

Alcese el buen Aguilera.

Don Tello.

A vuestras plantas se humilla....

Rey. *Leyendo.*

Y para demostracion de mi obediencia, esper
cencia de vuestra Alteza para ponerme á sus pies,

Don Tello.

Si vuestra Alteza, señor,
en mí no ha puesto la vista......

Peregil.

Sordo está el buen Aguilera.

Don Tello.

Que me mireis os suplico.

Rey. *Leyendo.*

y para que si le enoja mi poca fortuna, cast
en mi, no la culpa, sino la desdicha;......

Don Tello.

Dé vuestra Alteza la mano.....
¿Esto conmigo se estila? *ap.*

Peregil.

Siéntese el buen Aguilera.

Don Tello.

Si vuestra Alteza no mira.......

Rey. *Leyendo.*

que siempre será en mi de mas precio su desen
que mi vida.

El Conde de Trastamara.

Peregil.

Tampoco el buen Aguilera
usa en su casa el dar silla.

Don Tello.

Señor, llamado de vos......

Rey.

¿Quién es?

Don Tello.

Don Tello García.

Rey.

Guardad, Gutierre, esa carta.

ESCENA X.

Dichos menos el Rey.

Peregil.

Este estilo es de Castilla.

Don Tello.

¿Desprecio á mí? ya se abrasa
el corazon con mas veras.

Peregil.

¿Pues quién son los Aguileras
escuderos de mi casa?

Don Tello.

¿Pues no lo son?

Peregil.

Ya lo infiero.

Don Tello.

En mi sangre es cosa estraña.

Peregil.

Mas como es de la Montaña,
anda tonto este escudero.

Don Tello.

¿Con las vanidades mias
usa el Rey tal desagrado?

Peregil.

Señor, le habrán ya informado......

Don Tello.

¿De qué?

Peregil.

De tus niñerías.

Don Tello.

Todos con semblante esquivo
no hicieron caso de mí.

Peregil.

Si han hecho caso de tí;
pero ha sido acusativo.

Don Tello.

Pues desprecia mis trofeos,
cuando me haya menester
á Alcalá me vendrá á ver;
vamos de aquí.

ESCENA XI.

Dichos y el Rey.

Rey.

Deteneos.

Don Tello.

Señor, yo, porque resista
mi pecho á vos el favor......

Rey.

Quien nó me tiene temor,
¿cómo se turbó á mi vista?

Don Tello.

Yo no me turbo.

Peregil.

Es verdad,
que como no ha consumado,
aun no está recien casado.

Rey.

Yo haré que os turbeis, llegad.

Don Tello.

A vuestros pies, gran señor......
El guante se os ha caido.

Rey.

¿Qué decís?

Don Tello.

Que yo he venido......

Rey.

¿Dúdolo yo?

Don Tello.

Si es favor,
cuando á besaros la mano
vengo, que el guante perdais......

Rey.

¿Qué decís? ¿no me le dais?

Don Tello.

Tomad.

Rey.

Para ser tan vano,
os turbais: ¿que os embaraza?

Don Tello.

El guante. (1)

Rey.

Este es el sombrero,
y yo de vos no le quiero
sin la cabeza.

Peregil.

¡Zaraza!

Rey.

En fin, ¿vos sois en la Villa
quien al mismo Rey no dá
dentro de su casa silla?
¿El Rico-hombre de Alcalá

---

(1) *Dale el sombrero por el guante.*

es mas que el Rey en Castilla ?
¿ Vos sois aquel que imagina,
que cualquiera ley es vana,
solo la de Dios es digna?
mas quien no guarda la humana,
no obedece la divina.
¿ Vos quien, como llegué á vello,
partís mi cetro entre dos,
pues nunca mi firma, ó sello
se obedece, sin que vos
deis licencia para ello?
¿ Vos quien vive tan en sí,
que su gusto es ley, y al vellas,
no hay honor seguro aquí
en casadas, ni doncellas?
¿ esto lo aprendeis de mí?
Pues entended, que el valor
sobra en le brazo del Rey,
pues sin ira, ni rigor
corta, para dar temor,
con la espada de la ley.
Y si vuestra demasía
piensa que hará oposicion
á su impulso, mal sería,
que al herir de la razon
no resista la osadia.
Para el Rey nadie es valiente,
ni á su espada la malicia
logra defensa que intente,
que el golpe de la justicia
no se vé hasta que se siente.
Esto sabed, ya que no
os lo ha enseñado la ley,
que vuestro error despreció;
porque despues de ser Rey,

soy el Rey don Pedro yo.
Y si á la alteza pudiera
quitar el violento efecto,
cuyo respeto os altera,
mi persona en vos hiciera
lo mismo que mi respeto.
Pero ya que desnudar
no me puedo el sér de Rey,
por llegároslo á mostrar,
y que os he de castigar
con el brazo de la ley;
y os dejaré tan mi amigo,
que no darme cuchilladas
querais; y si lo consigo,
á cuenta de este castigo,
tomad estas cabezadas. (1)

ESCENA XII.

Dichos menos el Rey.

Don Tello.
¡Cielos, con tal deshonor
á mí ultrage tan infame!
¡que para esto el Rey me llame!
Peregil.
¿Dolióte mucho, señor?
Don Tello.
¡Ay de mí! sin alma debo
de sentir pena tan rara:
¿conmigo afrenta tan clara?
Peregil.
Es por si has menester huevo.

(1) *Dale contra un poste.*

Don Tello.

¡Que el Rey las manos osadas
ponga en tan nobles vasallos!

Peregil.

Sabe que tienes caballos,
y te da las cabezadas.

Don Tello.

Mas que el furor de sus manos,
siento que aje mis blasones.

Peregil.

Apriétate en los chichones
unos cuartos Segovianos.

Don Tello.

¿No pudiera la lealtad
vengarse de este furor,
sin que fuera deshonor
agraviar la Magestad?
Que entonces de mi nobleza
el brazo se habia de ver,
aunque juntase el poder,
el valor, y la grandeza.
Mas si impulsos soberanos
ofenden el inferior,
¿qué valor es, si al valor
ata el respeto las manos?
Fuera en campaña, y no aquí,
y fuera el reñir blason.

Peregil.

Riñe tú con morrion,
que yo apostaré por tí.

Don Tello.

¿Qué dices, necio, villano?
¿tú contra mí el labio mueves?
¿ni aun con la queja te atreves
á lo que es poder tirano?

Peregil.

Yo no hablo mal de su Alteza.

Don Tello.

¿Pues cobarde, por qué no,
si me agravia?

Peregil.

Porque yo
escarmiento en tu cabeza.
Mas ya que el dártele plugo,
vete, y teme la ocasion,
porque de algun coscorron
se suele alzar un verdugo.
Y veslo aquí dicho, y hecho,
porque por aquel postigo
viene aquí un tropel de guardas,
y es mala señal, por Cristo;
que tú no eres monumento.

ESCENA XIII.

Dichos, don Gutierre, doña María, doña Leonor é Inés.

Don Gutierre.

Entren, señoras, conmigo.

Peregil.

No es nada lo que va entrando.

Don Tello.

¡Válgame el Cielo, qué miro!
¿aquí está doña María?

Peregil.

A fé que te la han traído
antes que ella haya llegado.

Don Gutierre.

Don Tello, romo ministro,
á quien esta diligencia

encarga el Rey, he venido
á que aquí reconozcais
estas señoras.

Peregil.

¡Qué lindo!
con esto á mí me dán soga.

Don Tello.

Ya las he reconocido,
una porque fue mi dama,
y otra porque solicito
que sea mi esposa.

Doña Leonor.

Tened;
la dama, si habláis conmigo,
lo fue por vuestra traicion,
porque yo del honor mio
dueño os hice, con palabra
de esposo.

Don Tello.

¿Quién os ha dicho,
que yo lo niego? Es verdád.

Doña Leonor.

Pues si vuestra dama he sido,
á lo que es engaño vuestro
no llameis intento mio.

Doña María.

Y si hacerme vuestra esposa
queriais, no con motivo
de voluntad en mi afecto,
sino tirano, y altivo,
robándome de mi esposo,
que os eligió por padrino.

Don Tello.

Todo es así; ¿mas qué importa
que yo de un pobre hidalguillo

quite, ó robe la muger,
cuando atento se la quito
antes que su esposa sea?

Don Gutierre.

De lo que habeis respondido
haré informacion al Rey.

Don Tello.

Decidle, que yo lo digo;
y si esto tiene por culpa,
que merezca su castigo,
se acuerde que le defiendo
sus reynos.

ESCENA XIV.

Dichos y don Rodrigo.

Don Rodrigo.

Arrepentido
de cobarde, espero aquí
á don Tello; ¡mas qué miro!
aquí están él, y mi esposa;
quien halla lo que ha perdido,
en cualquiera parte puede
cobrarlo, y el honor mio
está en tu vida. *Saca la espada.*

Don Gutierre.

¿Qué es esto?

Peregil.

Que ha venido su marido.

Don Gutierre.

El Rey sale, deteneos.

ESCENA XV.

Dichos y el Rey.

Rey.

¿Qué es esto?

Don Tello.

Haberse atrevido
un hidalgo á mi persona,
por haber acaso visto,
que no me dá vuestra Alteza
el honor de que soy digno.

Don Rodrigo.

Yo le hallé aquí con mi esposa,
y aquí cobrarla he querido.

Rey.

¿Pues, en Palacio? Prendedlos.

Don Rodrigo

¿Pues señor, no me habeis dicho,
que puedo cobrar mi honor,
sin que cometa delito?

Rey.

No aquí, ni en esta ocasion,
donde perdeis atrevido
á mi decoro el respeto,
y el temor á mi castigo.
Llevadlos; y advertid vos,
que es don Pedro el que lo dijo,
y quien os prende es el Rey.

Don Tello.

Yo solo las armas rindo
á vuestra Alteza.

Doña Maria.

Señor,
yo por mi esposo os suplico.

Rey.

Ya ninguno podrá serlo
de los dos, y así os aviso,
que os retireis á un Convento,
ó busqueis otro marido.

Doña María.

Temblando voy de su vista.

Don Gutierre.

Venid entrambos.

Don Rodrigo.

Ya os sigo.

ESCENA XVI.

Dichos menos don Rodrigo.

Rey.

Esperad, don Tello, vos.
¿Gutierre, qué ha respondido
don Tello á doña Leonor?

Don Gutierre.

Que es verdad que la ha debido
su honor, y la dió palabra
de ser su esposo.

Rey.

Cumplidlo,
dándola luego la mano.

Don Tello.

Vos, señor, de mi alvedrio
no sois dueño.

Rey.

Así es verdad.

Don Tello.

Pues si yo contra mí mismo
no he de ser, dando la mano
á muger que he aborrecido,

de mi hacienda, que lo sois,
(cuando haya sido delito)
la podeis satisfacer,
sin violentar mi alvedrío;
que en un hombre como yo,
sobrado será el castigo
de quitarme de mi hacienda
lo que parezca medido
para paga de su honor.

Rey.

Aceptár ese partido
toca á la parte, no á mí.

Doña Leonor.

Pues yo, señor, no le admito;
que si el oro, siendo tanto
lo que la tierra atesora,
y las perlas que la Aurora
cuaja con líquido llanto,
se juntase ahora á cuanto
don Tello me puede dar,
no bastáran á esmaltar
la mancha que hacerme intenta,
porque es un yerro la afrenta,
que no se puede dorar.
Mientras palabra me dió
de esposo, honrada me infiere;
cuando dice, que no quiere,
lustre, y honor pierdo yo:
para lo que prometió
tengo sobrada nobleza;
mire ahora vuestra Alteza
si me la debe cumplir,
porque yo no he de salir
sin la mano, ó la cabeza.

Don Tello.

Los Ricos-hombres no pueden
morir por esos delitos.

Rey.

¿Quien estableció esa ley?

Don Tello.

Privilegios concedidos
de reyes, abuelos vuestros,
á los que grandes nacimos.

Rey.

¿Serán mas reyes que yo?

Don Tello.

No señor.

Rey.

Pues si lo mismo
soy yo que ellos, de la ley
es árbitro quien la hizo,
y yo la sabré guardar
cuando importe á mis motivos,
y derogarla tambien,
para hacer justo castigo.
Si vos prometisteis ser
esposo suyo, cumplidlo,
porque no os arriesgue el alma
con la vida ese delito.
Mas si debeis, ó no, hacerlo,
no me toca á mi inquirirlo,
sino á vuestro confesor;
consultadle ese peligro,
porque que os caseis, ó no,
mañana, por plazo fijo,
os cortaré la cabeza:
llevadle ahora al castillo.

ESCENA XVII.

Dichos menos el Rey.

Don Tello.

¡Cielos, qué es esto que escucho!

Peregil.

Cáscaras, dijo Audresillo.

Don Tello.

¿Aquí no hay apelacion?

Don Gutierre.

La de hacer lo que os ha dicho,
si importa á vuestra conciencia,
porque el Rey ha de cumplirlo.

Don Tello.

Bien podrá por la grandeza;
mas si pudiera mi brio,
depuesta la magestad,
que confieso que he temido,
yo hiciera.

Don Gutierre.

Vamos, que esto es
justificar el castigo.

Don Tello.

¿En fin, vamos á morir?

Doña Leonor.

¿Qué en fin, don Tello, has querido
dar primero la cabeza,
que la mano?

Don Tello.

Ya es preciso
lo que el poder quiere.

Peregil.

Inés,
si te acuerdas, pues ha sido

todo manos, y cabezas,
fue en sábado este delito?

Inés.

Si tú hubieras dicho Lunes,
no hubiera en sábado sido.

Perègil.

Mal haya mi lengua infame.

Don Tello.

Ya no hay que tratar, amigo,
sino de enmendar el yerro.

Doña Leonor.

Si eso intentas, aun resquicio
abre á la piedad el ruego.

Don Tello.

Ya no podrás conseguirlo.

Doña Leonor.

¿Pues tú querrás ser mi esposo?

Don Tello.

No lo querrá el alvedrío,
mas querrálo la violencia.

Doña Leonor.

Pues yo hallar piedad me obligo.

Don Tello.

Ya, Leonor, será imposible.

Doña Leonor.

¿Por qué?

Don Tello.

Porque el Rey lo ha dicho.

Doña Leonor.

La amenaza no es palabra.

Don Tello.

Téngole muy ofendido.

Doña Leonor.

¡Ah don Tello, á que mal tiempo
reconoces tus delitos!

Don Tello.

¡Ay Leonor, qué tarde vuelvo
á mi olvidado cariño!

Doña Leonor.

Yo iré á llorar.

Don Tello.

Yo á morir.

Doña Leonor.

Yo á solicitar tu alivio.

Don Tello.

Ya, Leonor, mi vida es tuya,
no defiendes lo que es mio. *vase.*

Doña Leonor.

Cielos, siempre un desdichado
halla entre otro mal su alivio. *vase.*

Peregil.

A buen tiempo se requiebran.

Inés

¿Peregil?

Peregil.

Pimpollo mio.

Inés.

¿Tú no me darás la mano?

Peregil.

Antes yo á tí te la pido,
porque voy á dar un salto.

Inés.

¿No te has de casar conmigo?

Peregil.

No.

Inés.

Pues te llevará el diablo.

Peregil

Menos mal será.

Inés.

¿Qué has dicho?

Peregil.

Que mas demonio me lleva,
si yo me caso contigo.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

SALON DE PALACIO.

Doña María, doña Leonor, é Inés.

Doña Leonor.

Ya, bella doña María,
el rigor es impiedad,
la venganza es crueldad,
y la queja es tiranía.
Ya está don Tello rendido,
y á muerte está condenado,
y de verle tan postrado,
el pueblo á piedad movido.
Temple tu venganza, pues,
el ver, que aunque te ofendió,
en tu honor no te injurió,
aunque pudo descortés.
Y no vengues de esta suerte,
cuando le acusa la ley,
hacer que apresure el Rey
los términos de su muerte.

Inés.

Ten lástima de la pena
de Peregil infelice,
que si escapa de esta, dice,
que se ha de hacer yerba buena;
que como tiene costumbre
de afligirse de un pesar,
si le sacan á ahorcar,

se ha de ahogar de pesadumbre.

Doña Maria.

Leonor, si de mi venida
presumís esta intencion,
no sabeis en la afliccion
en que llego a ver mi vida.
Preso don Rodrigo está,
porque en Palacio el acero
sacó, y el rigor severo
de la justicia, le dá
sentencia esquiva de muerte:
bien, que admite apelacion,
y con esa pretension
á Palacio de esta suerte
vengo á ver si rigor tanto
puede mi llanto templar.

Doña Leonor.

Pues de esa suerte, ayudar
nos podemos con el llanto.

Inés.

Señora, al llanto te agarra,
y lloremos à la par,
que mas facil de templar
será un Rey, que una guitarra.
Que si á sollozos, y llantos
su dureza enternecemos,
siendo Pedro, al Rey diremos
parece que somos santos.

Doña Leonor.

Pues al paso le esperémos,
que por aquí ha de salir.

Inés

Dios nos lo deje plañir
de modo que le ablandemos.

ESCENA II.

Dichas, el Rey, don Gutierre y Criados.

Rey.

Cerrad, Gutierre, esa puerta,
que no ha de salir de aquí......

Don Gutierre.

¿Quién, señor?

Rey.

¡Estoy sin mí! *ap.*
Quien entró, no estando abierta.

Don Gutierre.

Aquí, señor, nadie ha entrado,
que dé á tu enojo ocasion.

Rey.

¿Qué me quiere esta ilusion? *ap.*
¿no dá á mi valor cuidado
tanto marcial desacierto,
ni se le dieron esquivos
tantos enemigos vivos,
y quiere dármele un muerto?
Desde que airado maté
aquel Clérigo atrevido,
en cualquier parte ofendido
la imaginacion le vé.
Siempre que estoy solo, ó no,
se me viene al pensamiento,
y que he de ser, dice al viento,
piedra en Madrid: ¿piedra yo?
¿Pero por qué esta vision
me obliga á mí á discurrir?
Piedra seré en no sentir
tan vana imaginacion.
¿*Gutierre*, has notificado

á don Tello la sentencia?

Don Gutierre.

Ya está de la diligencia
el Secretario encargado,
y ya el Infante há partido.

Rey.

No quiero que se publique,
que espero á mi hermano Enrique,
hasta que él haya venido,
que en él, y en Tello han de ver
mi castigo, y mi perdon
juntos.

Don Gutierre.

Y será razon.

Rey.

Así le doy á entender,
que pues su soberbia loca,
como Rey tengo postrada,
le he de hacer ver con la espada
lo que á mi valor le toca.

Doña Leonor.

Lleguemos, doña Maria,
que esta es la ocasion mayor:
A vuestras plantas, señor.....

Rey.

¿Qué quereis?

Doña Leonor.

La pena mia
no puede, señor, venir,
sino á pediros á vos,
que si os mira como á Dios,
fuerza es que venga á pedir.

Rey.

Justicia me habeis pedido,
y ya la he mandado hacer.

Doña Leonor.

Pues lo mismo viene á ser,
señor, lo que ahora pido,
pues segun de vos se indicia,
por ser imagen de Dios,
lo mismo ha de ser en vos
la piedad, que la justicia.
Pues si arrepentido el hombre
llegais, gran señor, á ver,
tener piedad, es hacer
justicia con otro nombre.

Doña Maria.

Yo, señor, del mismo daño
temerosa, á vuestros pies,
por ser del mismo interés,
su peticion acompaño.

Rey.

¿ Qué pedís ?

Doña Leonor.

A vuestra alteza,
yo por entrambas, señor,
lo diré, aunque con temor
de enojar á vuestra Alteza.

Rey.

La peticion que no es buena
nunca ofende la razon,
que una injusta peticion
negándola se condena.
Y aunque la vuestra haya sido
no justa, escucharla es ley,
que á una, y otra debe el Rey
tener igual el oído.
Que él por sí nada resuelve,
mas con cuerda distincion
deja entrar á la razon,

y á la sinrazon la vuelve.

Doña Leonor.

Pues, generoso don Pedro,
cuya justicia la fama
pondera tanto, que puede
ser esceso la alabanza:
Yo, que mi honor ofendido,
por lavar la oscura mancha,
invoqué de vuestro brazo
la proteccion soberana,
en vuestra heróica justicia
provoqué de ofensa tanta,
que ya mi honor su castigo
tanto oprime, como ampara.
Del delito de don Tello
venganza os pidió mi fama,
mas ya aunque es justo el castigo,
es injusta la venganza.
Para merecer la pena
bastó el desprecio, la sacra
violencia de la justicia,
que vuestro valor iguala:
mas para no padecerla,
tambien á la ley la basta,
que arrepentido la tema,
el que ciego la quebranta.
De ser mi esposo don Tello
me cumple ya la palabra,
si el negarla le condena,
el cumplírmela le salva.
Revoque, pues, la piedad
lo que la justicia manda;
porque en su muerte, señor,
soy yo la mas castigada.
El pierde la vida, y yo

pierdo la vida; y la fama;
en quien teniendo mi honor,
se hizo ya prenda del alma.
Ya quien me ofendió, me obliga;
que en quien se arrepiente y llama;
lo que como agravio irrita,
ya como lisonja alhaga.
Ya, gran señor, de don Tello
volvió á las culpas ingratas
la cara vuestro rigor;
vuestro desprecio la espalda.
Y pues de una, y otra siente
ya el castigo, eso le basta:
¿qué tiene que hacer el golpe
en quien rindió la amenaza?
Vuestra piedad solicita;
y ya postrado la aguarda:
¿para quien se hizo el perdon,
si al rendido no le alcanza?
En un castigo, señor,
de quien mereció su saña,
la justicia es quien condena;
y el poder es el que mata.
Pues si el poder os confiesa
su rendimiento ¿á qué pasa
la egecucion del castigo,
si mas blason os alcanza
lo que la justicia enmienda,
que lo que el poder acaba?
Del árbol que al suelo inclina
las ramas que vicio alarga,
por no malograr el fruto,
mas dignos son de alabanza
los que la rama enderezan,
que los que cortan la rama.

Si la victoria sin sangre
mas al vencedor alaba,
logre aqui vuestra justicia
tan victoriosa alabanza.
Justicia es cortar el paso
á una vida que va errada;
mas justicia, y providencia,
hacerla buena de mala.
Para que sirva un vasallo
con fe pronta, firme, y grata,
es deuda en vos prevenirle
el premio de la esperanza.
Pues si le teneis mas fijo
aquí, por razones tantas,
para lograrle mas firme,
menos costa, y mas ventaja
será omitir un castigo,
que conceder una gracia.
Y si aquí vuestra grandeza
la ha de conceder, logradla
en el amor de las dos;
pues conducidas entrambas
de una amorosa violencia,
venimos á vuestras plantas:
que aunque amor en nuestro oído
es indecente palabra,
el ser de nuestros esposos
la vuelve decente y casta.
Muevaos, señor, al perdon
el justo dolor, que causa
en nuestro amor su castigo;
la piedad, que mas ensalza
el nombre de Justiciero;
la justicia, que es mas sacra
con freno, que con azote;

la Corona, que avasalla
mas al perdon, que al castigo;
la Ley, que es mas soberana
por las hojas de la oliva,
que los filos de la espada.
Que cuando no sea en don Tello
cierta la enmienda, mas falta
es perder un buen vasallo,
que daño el que le amenaza.

Rey.

Ya venis tarde, señora,
pues de don Tello la causa
tiene ya justa sentencia,
que de mi mano firmada,
justicia y piedad supone,
y la concuerdan entrambas.

Doña María.

Pues, señor, mi peticion,
no siendo la culpa tanta
de don Rodrigo mi esposo,
halle en el rigor templanza.

Rey.

Tambien respondí á la vuestra:
ya estais las dos despachadas.

Inés.

Yo, señor, tambien soy parte,
que si á Peregil me matan,
no tengo con que comer
carnero ya, sino vaca.

Doña Leonor.

Señor, aunque haya sentencia,
dueño sois de revocarla;
mi pena, y mi llanto os muevan,
y el honor que me restaura.

Inés.

No le degüellen; que harto
se degüella él, si se casa.

Rey.

La peticion, que propuesta
no me ofendió, replicada
merecerá de mi enojo
el castigo: despojadlas,
Gutierre.

Don Gutierre.

Salid, señoras.

Doña Leonor.

¡Qué entereza tan estraña!

Doña María.

¡Qué semblante tan severo!

Inés.

¡Y qué acedo de palabras!

Doña Leonor.

¡Temblando voy de su vista.

Inés.

Vamos, que pienso que habla
ciruelas por madurar.

Doña Leonor.

Murieron mis esperanzas.

ESCENA II.

El Rey y don Gutierre.

Rey.

No solo por mi justicia
ha de quedar castigada
para egemplo á mis vasallos
de este loco la arrogancia;
mas tambien por mi valor
ha de conocer, que basta

á castigar su osadía
la violencia de mi espada.
Gutierre, cuando esta tarde
las oscuras sombras caigan,
á la puerta del jardin
con secreta vigilancia
me esperad, y allí tened
dos cavallos, y una espada,
y solo un mozo los lleve.

Don Gutierre.

¿Espada vos? ¿pues os falta?

Rey.

No, que aquí llevo la mia.

Don Gutierre.

¡Que prevencion tan estraña!

Rey.

Es que quiero llevar dos:
¿en la escuela de las armas
no habeis tomado licion
de reñir con dos espadas?

Don Gutierre.

Si señor, mas como sé,
que vuestro valor no se arma
para ningunos peligros
jamas de aquesas ventajas,
esa prevencion presumo
de mas oculta venganza.

Rey.

Pues si presumís, Gutierre,
que importa para otra causa,
cuando yo no os la declaro,
sois necio en averiguarla;
que nadie tiene al criado
por consejero en su casa,
y aquel sirve al Rey mejor,

que hace mejor lo que manda.

Don Gutierre.

Yerro fue de mi fineza.

Rey.

Pues sed discreto en lograrla,
y en ver, que pues no os le fio,
el secretó es de importancia.

ESCENA IV.

DECORACION DE CARCEL.

Un Secretario con unos papeles, don Tello, Peregil y un criado.

Secretario.

En los decretos del Rey
pone nuestra diligencia
solamente la obediencia;
ya veis, don Tello, que es ley
cumplir así su precepto;
ya no hay que apelar al brazo,
sino aprovechar el plazo,
que os señala este decreto;
mostrad valor, y prudencia.

Don Tello.

¿Eso es mas que morir? ¿pues
qué valor menester es
para morir con violencia?

Secretario.

Que tengais, deciros quiero,
valor para resistir.

Peregil.

Claro es, que para morir,
antes es menester miedo.

Don Tello.

Mas cuando no me perdona,
mira el Rey, pues yo le irrito,
la calidad del delito,
y no la de mi persona.
Esto el Rey lo puede hacer,
pero atienda su rigor,
que no me vence el valor,
si me condena el poder.
Y que si fuera me hallára
de la prision, ser pudiera,
que en sus ministros no hubiera
quien á prenderme llegára.

Secretario.

¿Pues qué pudieras hacer
para intentaros librar?

Peregil.

¿Pues le quiere usted quitar
lo que pudiera correr?
Notifique usted, y tása
no ponga en nuestro poder.

Secretario.

¿Pues qué pudiera correr?

Peregil.

Mas que el alquiler de casa.

Don Tello.

No es tiempo de repugnallo,
y así yo he de obedecello.

Secretario.

Eso es lo mejor, don Tello.

Don Tello.

Pues ya otro medio no hallo,
á Leonor haced venir;
que pues lo ordena mi estrella,
me desposaré con ella.

Secretario.

Eso voy á prevenir.

ESCENA V.

Dichos menos el Secretario.

Criado.

Vos tambien ya habeis oido....
que á muerte estais condenado.

Peregil.

¿Hámelo notificado?

Criado.

¿Pues no?

Peregil.

Pues no lo he entendido.

Criado.

¿Cómo no?

Peregil.

Digo que no;
vuelva usted, y no replique.

Criado.

¿Para qué?

Peregil.

Usted notifique
hasta que lo entienda yo.

Criado.

Pues oiga, que dice así;
y en la misma causa escritos.
Por cómplice en sus delitos
á Peregil...

Peregil.

Tenga ahí;
y de ver me haga merced
si dice ahí Pedro Gil.

Criado.

Aquí dice, Peregil.

Peregil.

Pues deletreelo usted.

Criado.

Peregil dice: ¡ hay tal caso!

Peregil.

¿ Es verde la letra?

Criado.

No.

Peregil.

¿ Pues cómo puedo ser yo?
¿ hay Peregil negro acaso?

Criado.

Esos son vanos atajos;
sentenciado está vusté
á muerte de horca.

Peregil.

¿ De qué?

Criado.

De horca.

Peregil.

¿ Y es de ajos?

Criado.

Prevéngase.

Peregil.

¡ Que mis castos
deseos mueran al viento!

Criado.

¿ Qué dice?

Peregil.

Que solo siento
morir en el tres de bastos.

Criado.

Haga lo que su señor.

Peregil.

Diga que me manden dar
término para enviar
á llamar mi confesor.

Criado.

Yo lo traeré, ¿dónde está?

Peregil.

No está muy lejos de aquí;
en Lóndres.

Criado.

¿En Lóndres?

Peregil.

Si,
que es canónigo de allá.

Criado.

¡Que piense ese desvarío!
un Frayle le haré enviar.

Peregil.

Yo no me he de confesar
sino en Inglés, señor mio.

Criado.

Pues mañana esos cuidados
perderá; á Díos.

ESCENA VI.

Dichos menos el Criado.

Peregil.

¿Qué es mañana?
que ni en toda esta semana
puedo pensar mis pecados.

Don Tello.

Peregil, esto es violencia,
pero es justicia tambien;
y con Dios ponernos bien

es la mejor diligencia.

Peregil.

¿Yo morir haciendo gestos?
¿ajusticiados los dos?
aunque puestos bien con Dios,
no quedamos muy bien puestos.
Mañana, en fin por mí anda
la campanilla, y los gritos;
¡qué gran dia de Coritos,
si les toca la demanda!
Que todo el dia es tragar
lo que juntan en su nombre,
para hacer bien por el hombre,
que sacan á ajusticiar.

Don Tello.

Ya vá oscureciendo el viento
la noche lóbrega, y triste,
que parece que la viste
su trage mi pensamiento.

Peregil.

El mio nó, que es morado,
y tira algo á conlumbino.

Don Tello.

¿Por qué?

Peregil.

En la lengua imagino,
que he de salir ahorcado.

Don Tello.

¿No hay luz en este Castillo?

Peregil.

Impiedad es no la dar,
viendo aquí para espirar
dos hombres de garrotillo.

Don Tello.

Mala noche.

Peregil.

Pues paciencia,
que á mí peor me lo aplícan,
que como es de salto, pican
las pulgas de la sentencia.

Don Tello.

Ya mi desdicha el consejo
de no malograrla tomo.

Peregil.

Pues por Dios que es bravo como,
pensar en el cordelejo.

Don Tello.

O es el temor que resisto,
ó el postigo abriendo están
del Castillo; ¿quién será?

Peregil.

Un confesor con un Cristo.

ESCENA VII.

Dichos, el Rey y don Gutierre.

Rey.

Desde aquì os podeis volver.

Don Gutierre.

Solo á obedecerte asisto. *vase.*

Peregil.

Muy devoto soy de Cristo,
y él me ha de favorecer.

Don Tello.

¿Quién vá?

Rey.

¿Es Tello?

Don Tello.

Tello soy.
¿quién lo pregunta?

Rey.

Quien viene
á daros vida, y previene
vuestra libertad.

Peregil.

Ya voy.

Don Tello.

Detente: ¿quién sois decid,
porque sepa con quién hablo.

Peregil.

Librénos, y sea el diablo.

Rey.

Un hombre soy de Madrid.

Peregil.

No le neguéis la verdad,
que confesor os creía,
y os daremos señoría,
si no sois paternidad.

Rey.

¿No está de mí asegurada
la verdad?

Don Tello.

En vos se vé.

Peregil.

Tiéntale.

Don Tello.

¿Pues para qué?

Peregil.

Por si trae Cristo, ó espada.

Rey.

No dudeis, que soy un hombre
que os viene á dar libertad,
traido de la piedad
á que mueve vuestro nombre;
que soy un hidalgo creed,

que vengo á esta diligeucia.

Peregil.

Os creemos reverencia,
y os dudamos la merced.

Don Tello.

¿Pues qué intentais?

Rey.

¿Tendreis, pues,
valor para aqueste esceso?

Peregil.

No pregunteis para eso
por valor, sino por pies.

Don Tello.

Mucho estraño, si sabeis
quien soy, de que hayais dudado
valor á mi pecho osado.

Rey.

Pues seguidme, si quereis
que del Rey la sinrazon
no se logre.

Don Tello.

No lográra,
si el poder no lo intentára.

Peregil.

Vive Dios, que es un Nerón;
cara de Sardanapalo;
que de sí da testimonio.

Rey.

Es mal hombre.

Peregil.

Y mal demonio,
que aun para diablo era malo.

Don Tello.

Pues con toda esa fiereza,
yo de encontrarle me holgára,

donde no me embarazára
el respeto de la Alteza.

Peregil.

Le hicieras mil rebanadas,
que yo, por vida de san,
de solo comer tu pan
estoy, que broto estocadas.

Rey.

Ya yo sé que sois brioso,
y á vuestro brio inclinado,
libertad hoy he intentado
de aficionado, y piadoso.

Don Tello.

¿Pues quién sois?

Rey.

No es para aquí;
que arriesga la dilacion
mi noble resolucion.

Peregil.

¿Pues qué esperais, pesia mí?

Rey.

Seguidme los dos.

Peregil.

Corred
presto, señor.

Don Tello.

¿Quién será
quien este favor nos dá?

Peregil.

¿Si es Frayle de la Merced?

ESCENA VIII.

Parque de Palacio.

Don Enrique y Mendoza.

Don Enrique.

En esos álamos queden
los caballos; hasta el dia
y la gente.

Mendoza.

La porfia
del sueño vencer no pueden.

Don Enrique.

Aquí quiero que aguardemos
al Sol, para entrar de dia.

Mendoza.

Temo á tu hermano.

Don Enrique.

Porfia
en tus temores y estremos:
¿qué temes de él?

Mendoza.

Que te tiene
envidia por tu valor,
y es poderoso.

Don Enrique.

El temor
de la culpa te previene;
mas tus recelos son vanos,
que el delito hace el temor.

Mendoza.

¿Pues qué delito mayor,
si hay odio entre dos hermanos,
que atropellar cualquier ley?

Don Enrique.

Vete, Mendoza, á la mano,
que es ofender en mi hermano,
y es irritarme en mi Rey.
La mano vengo á besar,
porque licencia me ha dado,
y habiendo á sus pies llegado,
nada puedo aventurar;
y pues de su enojo injusto
es causa mi adversa estrella,
no quiero mas logro de ella,
que morir dándole gusto.

Mendoza.

Gente parece que viene
hacia aquí.

Don Enrique.

Guardas son
del campo, que en vela están;
que no nos vean conviene.

Mendoza.

Bien será que te separes,
que aquí se van acercando.

Don Enrique.

Pues vámonos retirando
á orilla de Manzanares.

ESCENA IX.

El Rey, don Tello y Peregil.

Rey.

Ya en este parque estamos mas seguros.

Don Tello.

Alejémonos algo de los muros,
que temo mucho al Rey.

Rey.

¿Pues teneis miedo
del Rey?

Don Tello.

Si lo obrára su denuedo,
y cuerpo á cuerpo aquí yo le encontrára,
pudiera ser que el miedo se trocára:
pero riñe el poder con muchas manos,
con quien los brios son alientos vanos.

Perégil.

Y luego tiene para ser valiente
una cara de sátiro de fuente,
que entre sus tentaciones pensar puedo,
que al mismo San Anton le diera miedo.

Rey.

Ya que solos estamos, sabed, Tello,
que el libertaros me movió á emprendello
vuestro valor.

Don Tello.

Y yo saber deseo
á quién debo favor como el que veo.

Rey.

Este criado ir puede á aquel molino
á traer una luz, que aquí previno
para esto una linterna mi cuidado,
porque me conozcais, y asegurado
de quien yo soy, busquemos los caballos,
por si no acierto donde pueda atallos.

Perégil.

¿Y hácia donde, señor, nos encaminas?
porque yo tendré miedo en Filipinas.

Rey.

Portugal, ó Aragon serán reparo,
porque sus Reyes os darán amparo,
que aquí os daré yo letras, y dineros.

Don Tello.

Mas que librarme, espero conoceros.

Peregil.

¿Dinero, y letras? vengan al instante,
que por que nuestro gozo te los cante,
las pondremos en solfa en el camino,
para que tengan fuga: mas yo inclino
mis pasos á Aragon.

Rey.

¿Por qué lo intentas?

Peregil.

Porque yo tengo allí muchas parientas.

Rey.

Si allá tienes parientes, bien esperas.

Peregil.

Soy por vinoso deudo de las peras.

Rey.

Pues vé á traer la luz.

Peregil.

Iré volando,
y por las letras me vendré cantando.

ESCENA X.

El Rey y don Tello.

Rey.

Un bulto hácia aquí viene.

Don Tello.

Sin espada
no puedo conocerle.

Rey.

Pues si osada
vuestra mano echa menos el acero,
tomad la mia, que llegarme quiero
por otra, que al arzon traigo colgada,

y guardad este puesto con la espada.

Don Tello.

Eso no os de cuidado.

Rey.

Temo que nos descubran. *vase.*

Don Tello.

Yo aseguro,
mas que si esto quedára con un muro.
¿Quién será este hombre, cielos, cuyo trato
tanto me obliga, y con tan gran recato,
siempre cubriendo el rostro me ha traido,
donde de un Rey cruel me ha defendido?

Sale el Rey.

Ya ocasion ha logrado mi deseo
de ver si se compone mi trofeo
de respeto, ó valor, si esto consigo.

Don Tello.

Este es el bulto que asustó á mi amigo.

Rey.

¿Quién vá?

Don Tello.

¿Quién lo pregunta?

Rey.

Quien desea
saber quién vá.

Don Tello.

Muy mala vista tiene;
que quien quedo se está, ni vá, ni viene.

Rey.

¿Qué busca en este Parque?

Don Tello.

Leña verde.

Rey.

¿Qué buscais?

Don Tello.

¿Volveis vos lo que se pierde?

Rey.

Yo mostraré á estocadas lo que hablo,
si no se va de ahí.

Don Tello.

Válgalo el diablo.

Rey.

Váyase, ó le echaré de aquí al momento.

Don Tello.

¿Cuántos vienen con él para el intento?

Rey.

En mí viene quien sobra.

Don Tello.

Muy pocas penas trae para la obra.

Rey.

Pues comiéncelo á ver.

Don Tello.

¡Qué lindo tema!
¿qué en fin quieres reñir?

Rey.

¡Donosa flema!
ó arrojaréla de ahí.

Don Tello.

Tenga paciencia,
que yo le hartaré presto de pendencia:
acérqueseme un poco.

Rey

Riña, y calle.

Don Tello.

No quiero yo cansarme por matalle;
pulso tiene por Dios, y trae la espada op.
no mal alicionada.

Rey.

Bien repara, y bien tira; op.

tiene valor, y ya es menor mi ira,
que le cobro afición.

Don Tello.

¡Que hombre haya habido
que solo me resista! estoy corrido.

Rey.

Vive el cielo, que Tello se defiende;
casi me dá cuidado: mas pretende
ya de mi furia resistirse en vano.

Don Tello.

La espada me has sacado de la mano.

Rey.

Tómala.

Don Tello.

¿Cómo puedo,
si la fuerza perdí?

Rey.

¿Me tienes miedo?

Don Tello.

Miedo no, envidia si, pues me has vencido;
mover no puedo el brazo: hombre atrevido,
¿quién eres? que no sabes cuanta gloria
te dá el haber logrado esta victoria.

Rey.

¿No me conoces?

Don Tello.

No.

Rey.

¿Luego yo solo,
sin que el ser yo quien soy sea circunstancia,
confiesas que he vencido tu arrogancia?

ESCENA XI.

Dichos y Peregil con luz.

Don Tello.

No te lo puedo negar.

Peregil.

Vengan letras, y dinero,
que ya está la luz aquí......
¡San Pablo! ¡qué es lo que veo!

Rey.

¡Al Rico-hombre de Alcalá
á los pies del Rey don Pedro!

Peregil.

San Miguel está al reves.

Don Tello.

¿Vos sois, señor?

Rey.

Si, don Tello,
que lo que tú deseabas
te he mostrado cuerpo á cuerpo,
parando tu vanidad,
porque veas que eres menos
que el Clérigo, y el Cantor,
que maté, acaso riñendo
con mas aliento que tú;
para que sepas que puedo
hacer hombre con la espada,
lo que Rey con el respeto.

Don Tello.

Yo lo confieso.

Rey.

Pues yà
que por mí mismo te venzo
y sabes que te vencí

en tu casa por modesto,
y por Rey en mi palacio,
y en estos tres vencimientos
me has admirado piadoso,
y valiente, y justiciero;
vete, pues te dejo libre,
de Castilla, y de mis reinos,
porque si en ellos te prenden,
has de morir sin remedio;
porque si aquí te perdono,
allá como Rey, no puedo:
que aquí obra mi bizarría,
y allá ha de obrar mi consejo.
Allá la ley te condena,
y aquí te absuelve mi aliento;
aquí puedo ser bizarro,
y allá he de ser justiciero;
allá he de ser tu enemigo,
y aquí ser tu amigo quiero,
que allá no podré dejar
de ser Rey, como aquí puedo;
porque para que riñeses
sin ventaja cuerpo á cuerpo,
me quité la alteza, y solo
vine como caballero.

Don Tello.

¡Sin mi estoy! y con mas fé
tu magestad reverencio,
admiro tu bizarría,
y tu valentía tiemblo,
juzgando gloria el castigo,
y honor este vituperio,
porque tú solo podrás
postrar mi valiente pecho;
y así dejando á Castilla,

tu voluntad agradezco.

Peregil.

Y yo, señor, de memória
tomando tan buen consejo,
obedezco en tu mandado
voluntad, y entendimiento,
y con mis cinco sentidos
voy á correr como un viento,
que no quiero como un galgo,
por temer tu pan de perro.

Rey.

Junto aquel olmo está un hombre
con caballos, y dineros;
que esto, García, es ser Rey,
y esto es ser valiente, Tello.

Don Tello.

Todo, señor, lo conozco.

Rey.

Pues no dilateis el riesgo.

Peregil.

¿Qué es dilatar? vamos de esta.

Don Tello.

Mil veces tus plantas beso.

Rey.

Idos presto.

Peregil.

Abur jauná.

Don Tello.

Corrido voy.

Peregil.

Vamos luego.

Don Tello.

Vamos.

Peregil.

Lleve el diablo el alma

que gastare cumplimientos.

ESCENA XII.

El Rey.

Glorioso quedo de haber
ganado en un vencimiento
dos triunfos, que en un tendido
malogra el golpe el trofeo.
Ya el Alba está muy vecina,
cerca aquí á palacio tengo.

Dentro.

Piedra has de ser en Madrid.

Rey.

¡Qué escucho! ¡valgame el cielo!
Esta voz, que en mis oidos
tanto horror hacen sus ecos,
vuelvo á oir; ¿pero qué importa,
si es ilusion que padezco?
Recogerme quiero.

ESCENA XIII.

El Rey y un muerto con alba y manipulo de clérigo.

Muerto

Aguarda.

Rey.

¿Quién me llama?

Muerto.

Yo.

Rey.

¡Qué veo!
Sombra, ó fantasma, ¿qué quieres?

Muerto.

Decirte, que en este puesto
has de ser piedra en Madrid.

Rey.

¿Qué pregon me estás haciendo,
que asi en Madrid me persigues?

Muerto.

Llega, si quieres saberlo,
y en el brocal de este pozo
que está arrimado á este templo,
venerable, como humilde,
glorioso, como pequeño,
por haberlo edificado
Santo Domingo, asistiendo
el Serafico Francisco
en su fábrica, podemos
sentarnos.

Rey.

Viene ya el dia,
y detenerme no puedo.

Muerto.

Siéntate, que eso es temor.

Rey.

Por desmentirte, me siento.
Ya estoy sentado; prosigue.

Muerto.

¿Conócesme?

Rey.

Estás tan feo,
que no me acuerdo, sino eres
demonio, que persiguiendo
me estás.

Muerto.

No; vuelve á sentarte.

Rey.

Si haré.

Muerto.

Yo, Neron soberbio,

soy el clérigo á quien diste
de puñaladas.

Rey.

¿Yo?

Muerto.

Es cierto.

Rey.

Mas anduviste atrevido,
y aunque fue justo tu zelo,
ni á mí Rey, me respetaste,
ni era tuyo aquel empeño.

Muerto.

Es verdad, mas te amenaza
con el mismo fin el cielo
con este agudo puñal,
con el cual tu hermano mesmo,
de tus ciegos precipicios
dará á Castilla escarmiento.

Rey.

¿A mí mi hermano? ¿qué dices?
Suelta el puñal.

Muerto.

Ya le suelto. (1)

Rey.

Si te pudiera matar
otra vez, te hubiera muerto.

Muerto.

Dia de Santo Domingo
me mataste.

Rey.

¿Y qué es tu intento?

---

(1) *Deja caer el puñal y queda clavado en el tablado.*

Muerto.

Advertirte, que Dios manda,
que fundes aquí un convento,
donde en vírgenes le pagues
lo que le hurtaste en desprecios:
clausuras honren clausuras;
¿prométeslo?

Rey.

Sí prometo:
¿quieres otra cosa?

Muerto.

No.
Queda en paz; lábrale luego,
porque has de vivir en él
en alabastros eternos.

Rey.

¿Eso es ser piedra en Madrid?

Muerto.

Sí, piedra en Madrid es esto;
y dadme ahora la mano
en señal del cumplimiento.

Rey.

Sí doy.... pero suelta, suelta,
que me abrasas, vive el cielo.

Muerto.

Este es el fuego que paso,
de donde salir espero
cuando la fabrica acabes.

Rey.

Suelta, que sufrir no puedo,
vive Dios...

Muerto.

En ese ardor,
teme, Rey, el del infierno.

Mendoza.

¿Qué alboroto suena dentro?

Don Enrique.

No sé, vámonos llegando;
que el Rey en el Parque, y luego
en Palacio este alboroto,
me ha dado mucho rezelo.

Mendoza.

No hay ya que pasar de aquí,
porque todos ván saliendo,
y presumo que es el Rey.

Don Enrique.

A buena ocasion le vemos.

Dentro.

Plaza, plaza al Rey.

ESCENA XV.

SALON DE PALACIO.

Don Enrique, Mendoza, el Rey, don Gutierre, y acompañamiento.

Don Gutierre.

Señor,
ya se sabe en todo el pueblo,
que don Tello se ha escapado.

Rey.

Grande fue su atrevimiento:
haced que luego le sigan,
que ha de ser el escarmiento
de Castilla su castigo:
y llamad á los maestros,
que hayan de venir conmigo
á vér la planta del templo,
que labro á santo Domingo.

donde he de hacer un convento
de monjas, que le dé honor
á Madrid, donde deseo,
que mi hija doña Juana
tome el hábito primero:
donde se cayó el puñal,
la capilla hacer pretendo.

Don Gutierre.

Sin duda se te ha caído,
pues sola la vayna veo.

Rey.

Junto al pozo le olvidé:
por azár perderle tengo.

Dentro.

Llévenle luego al castillo.

Rey.

Mirad, Gutierre, qué es eso.

ESCENA XVI.

Dichos menos don Gutierre.

Rey.

Haber perdido el puñal
me ha dado gran sentimiento.

Don Enrique.

Pues, señor, no está perdido,
que á quien desvela el deseo
de servirte, le ha traído,
por lograr este contento.

Rey.

¡Válgame el Cielo! ¡qué miro! *ap.*
mas pesar me ha dado el verlo
en mi hermano, que el perderle;
pues cuando me avisa el Cielo

que me ha de matar mi hermano
con este mismo instrumento,
con temor, y horror le miro;
mas disimularlo quiero.
Enrique, llega á mis brazos.

Don Enrique.

Y el alma, señor, en ellos
te daré.

Rey.

¿Qué haces, traidor?
¡Ah! de mi Guarda; prendedlo,
matadle.

Don Enrique.

¿Señor, qué dices?

Rey.

Tú con el puñal sangriento
me quieres quitar la vida,
tú me has herido, prendedlo:
dame ese acero alevoso,
dámele, que con él mesmo
te he de matar.

Don Enrique.

Gran señor,
humilde, y rendido vengo;
y si mi humildad te enoja,
besandole te le vuelvo,
como quien de su castigo
besa humilde el instrumento.

Rey.

Alza, Enrique, de mis pies,
que en los decretos del Cielo
nada es el hombre, y las obras
egecutan sus decretos.
¡Qué loca ilusion me asusta!

Dentro.

Entrad adentro.

Rey.

¿Qué es eso?

ESCENA XVII.

Dichos, don Gutierre, y las Damas.

Don Gutierre.

Señor, las guardas del campo
iban siguiendo á don Tello;
y los criados del infante,
sin conocerle, creyendo
que fuese algun malhechor,
le detuvieron á tiempo
que ya iban á prenderle,
y le traen.

Rey.

Mucho lo siento, *ap.*
porque es preciso que muera.

Don Enrique.

Mis criados le prendieron, *ap.*
ya es empeño el ampararle.

Doña Leonor.

Señor, á tus plantas vuelvo,
porque te hace mas deidad,
aunque te ofenda, mi ruego.

Doña María.

Mirad, señor, nuestro llanto.

Rey.

Gutierre, llevénle luego
á egecutar la sentencia;
no entre aquí, y el privilegio
de verme la cara alegue.

Don Enrique.

Señor, si el merecimiento
de haber entrado en tu gracia
puede alcanzar este premio,
te pido que le perdones;
y sea aquese el primero
favor que de tí reciba,
para empeñar mis alientos
en las glorias de servirte.

Rey.

Muy poderoso es tu ruego;
hermano, su vida es tuya.

Don Enrique.

Mil veces tus plantas beso.

Rey.

Venga él, y don Rodrigo.

ESCENA XVIII.

Todos.

Don Gutierre.

Aquí estan todos.

Peregil.

Laus Deo.

Don Tello.

Y yo rendido á tus plantas.

Rey.

Dad la mano á Leonor, Tello.

Don Tello.

Ya se la doy con el alma.

Doña Leonor.

Dulce fin de tanto empeño.

Don Rodrigo.

Tambien yo á doña María.

Doña María

Tu vida es la que yo aprecio.

Peregil.

Oigan ustedes, que falta
aquí lo mejor del cuento;
y es, que sepan que aquí acaba
el Valiente Justiciero.

El Valiente Justiciero, y el Rico-hombre de Alcalá.

El Valiente Justiciero, es una comedia en que se pinta el carácter de un personage histórico; y cuando éste es tan estraordinario como el del Rey don Pedro de Castilla, el objeto es algo mas importante que si se pintára una clase entera de hombres comunes; por egemplo, los avaros, los hipócritas ó cualesquiera otros de aquellos que solo saben hacerse despreciar ó aborrecer; y cuyos retratos nada nuevo nos enseñan. El poeta, para conseguir su designio, combinó una fábula, tomando de la tradicion popular, todo aquello que podia convenirle, ó inventando enteramente sucesos que nunca existieron; pero que si hubieran existido, hubieran hecho aparecer al Rey don Pedro tal cual se le vé en el teatro, sugiriéndole los mismos sentimientos y acciones que le presta la comedia. Este es el privilegio esclusivo del genio: nadie sino él puede comprender y esplicar á los hombres grandes, ponerse verdaderamente en lugar suyo, y suplir los continuos vacíos que presenta la historia.

Toda la obra respira el mayor interés. Es el triunfo del oprimido, sobre el opresor; y uno de tantos egemplos de la tiranía feudal, desterrada felizmente del mundo por los esfuerzos de los Reyes. En cuanto á la fábula está dispuesta con toda maestría; pero como no podia conciliarse con las unidades clásicas; para desenvolver de todo punto el carácter del personage principal, era preciso verle sucesivamente en *casa de don Tello*, en su palacio, y riñendo en el *campo de noche*, hasta poner finalmente al *Rico-hombre de Alcalá á los pies* del Rey don Pedro. Con

quiera de estas situaciones espuesta en relacion, destruiría infaliblemente el efecto de la obra. Otro tanto decimos de los demas incidentes, tales como el robo de doña María; la audiencia del Rey, y su primera salida tan análoga á la idea que nos hacen formar de él la tradicion y la historia. En efecto, don Pedro llega á la escena despues de reventar un caballo en que corria persiguiendo á su hermano don Enrique. Este sin duda era el hombre que se entró en el Guadalquivir igualmente á caballo, y con la espada desnuda, para vengarse del Nuncio del Papa que le habia escomulgado desde el barco, por no atreverse á saltar en tierra.

En cuanto á las cabezadas, era de temer que produgesen mal efecto en la representacion; pero es tan grosero y brutal el orgullo del Rico-hombre; trata á todo el mundo con un desprecio tan insolente, que aunque el poeta fingiera que le quitaban mil veces la vida, no pareceria bastante desagraviada la humanidad, sino se le daba antes de cabezadas. Así es que apesar de que algunos críticos las han vituperado, jamas se ha visto que ningun espectador las desaprobase, ni diese indicios de descontento; antes muy al contrario.

Otros episodios no son tan felices, como la llegada de don Enrique y la aparicion del muerto. El autor quiso dar sin duda á su obra mas colorido histórico; pero aunque la intencion era laudable, debió suprimir aquellos papeles, sino podia hacer que tuviesen entrambos mas parte en la accion. Respecto á la sombra del Clérigo, debia ser como dice un amigo nuestro, una especie de fatalidad obstinada en *perseguir á don Pedro; que nunca se apartase de él, y á cada instante le mostrase realizados los temores de su conciencia.* Así lo concibió tambien el poeta; y l

escena en que se aparece al Rey el difunto, su lenguage, el vaticinio, el lance del puñal, todo es muy bueno y muy propio del género ideal ó romántico á que pertenece la comedia; pero lo repetimos, no está bien ligado con la acción principal, ni tiene la estension que debia.

Se vé que la comedia del Rico-hombre de Alcalá es, por decirlo así, un suntuoso templo gótico, que no tiene la competencia con ninguna de las obras célebres de los arquitectos griegos y latinos; porque lo grandioso del pensamiento, lo atrevido y gallardo de la egecucion, la abundancia y proligidad de los adornos; y por fin cuanto entra en su composicion, como que todo lleva consigo la idea del poder y de la riqueza, hacen de él un modelo tan perfecto y admirable en su genéro, como aquellas en el suyo; y acaso mas conforme á su objeto, puesto que conmueve mas fuertemente el alma, infunde mas sobrecogimiento religioso, y parece mas propio de la divinidad á quien se dedica; por cuanto se aleja enteramente de las formas comunes, y de los objetos destinados para los usos de los hombres.

Esta fábula sin embargo tiene un defecto muy grande, y es, que no es de Moreto como lo parece: Cualquiera que lea el Infanzon de Illescas, de Lope, verá que aquel tomó su comedia de la de éste; y que no se trata aquí como en el Desden con el Desden, de apoderarse de un pensamiento ageno, y hacerle suyo á favor de una nueva fábula y diálogo, sino de copiar servilmente una creacion original; conformándose enteramente con ella, y conservando hasta sus defectos. Apesar de todo, el Infanzon de Illescas ha muerto para la mayor parte del público, y el Rico-hombre de Alcalá vive y vivirá eternamente. Esta es la respuesta y justificacion de Moreto, que prestando

las obras de Lope una prenda que éste amenudo no tenia; esto es, la energía de la frase, y á veces la de los sentimientos, se asoció á la gloria de aquel genio sobrehumano, y en todas sus imitaciones consiguió obscurecerle.

TRAMPA

ADELANTE.

PERSONAS.

Don Juan de Lara, galan.
Don García de Toledo, galan.
Don Diego de Vargas, galan.
Millan, gracioso.
Doña Leonor de Toledo, dama.
Doña Ana de Vargas, dama.
Inés, criada.
Casilda, criada.
Ginés, criado.
Jusepico, page.
Manuelico, page.
Un esportillero.

La escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DECORACION DE CALLE.

Doña Leonor é Inés con mantos, don Juan con hábito de Santiago y Millan de soldados

Don Juan.
Espera, Leonor, detente;
que ni yo entiendo tu queja,
ni sé que dices.
Doña Leonor.
Don Juan,
no es menester que la entiendas;
Bamos, Inés.
Inés.
Ya te sigo.
Don Juan.
¿De suerte, Leonor, que niegas
á mi noticia el delito
para honestar la sentencia?
¿Qué poco debe de ser,
y qué mucha la cautela
ó el alivio, que en dejarme
siente ya la intercadencia
del amor que me has tenido;
pues de parte de mi ofensa,
para dar vida á mi culpa,
como interesada en ella,
temiendo que te la yele
el aire de mi respuesta,

el calor de tu silencio
tiene abrigada la queja ?
Pues vete, Leonor, ¿qué aguardas?
vete ya, y mi pecho sienta
haber llegado contigo
mi amor á tanta tibieza,
que por dejarle te vales
de fingidas apariencias.
¿Fingidas dije? es error,
que si á este fin las intentas,
creeré que tengo la culpa
de querer tú que la tenga.

Millan.

¿Qué es irse, sin que primero
nos diga toda su pena?
Denos la cuenta muy clara.
ó pensaremos que es yema.

Doña Leonor.

¿Pues es, don Juan, tu traicion
tan recatada y discreta,
que ha menester de ignorada,
que yo aquí te la refiera?
Mas digo mal, que tú eres,
sí, hombre al fin de tal cautela,
que por mi respeto sabes
serlo, sin que lo parezca;
porque ir un coche de damas
por el Prado, y tú tras ellas,
vendiendo á sus atenciones
el desaire por fineza;
llegar otro coche á hablarlas,
empeñarte tú por ellas,
sacar la espada, y reñir
en público una pendencia,
no era cosa, que llegar

á mi noticia pudiera;
porque en el Prado y de dia,
donde la corte pasea,
¿quién lo pudiera contar,
donde mis ansias lo oyeran?

Millan.

No es nada lo que ha soltado.

Don Juan.

¿Y esa, Leonor, es la queja?

Doña Leonor.

Queja no; porque tras esto
no hubo mas correspondencia,
que escribirte aquella dama,
y tú responderla á ella,
que es cosa que no escusáran
caballeros de tus prendas.

Millan.

¡Jesus! si aquí no hay conjuro,
gato negro, y yerbas secas,
no hay brujas en Baraona.

Inés.

Yo lo ví todo.

Millan.

Por tela
de cedazo volteado.

Inés.

Claro está.

Millan.

Será de cerdas:
yo apostaré, que en él anda
haba como verengena.

Don Juan.

Leonor, á no persuadirme,
á que puede ser fineza
de amor, que en efecto es niño,

anda: replicarlos yo;
volverle á instar que anduviera;
decirle yo: *si te mueves*
te he de romper la cabeza;
no pararse á mi razon;
y viendo la desvergüenza,
sacar la espada, y cumplirle
por entero la promesa;
salir todos los del coche;
cerrar con ellos ser fuerza,
ver mi lado defendido
de cuantos estaban cerca;
conocer mi razon todos,
y sin mas medio que verla
como nube de verano,
deshacerse la pendencia;
irse el coche de las damas,
sin que yo las conociera;
haberse informado acaso
de mi posada, y quien era,
porque en Madrid, de los hombres
como yo, es fácil saberla;
hallar á la noche en casa
un papel de alguna de ellas,
que decia: *Agradecida*
os quiere ver quien desea
del empeño que os costó,
estimaros la fineza.
Responderle yo al instante:
Caballeros de mis prendas,
premio y agradecimiento
tienen, por lo que profesan,
en cumplir su obligacion;
yo la cumpli y cobré de ella.
Este ha sido todo el caso,

y porque quedes mas cierta
de que yo no la conozco,
su papel te dará señas
de que no la ví en mi vida.
Este es, Leonor; y no sientas
que esté mi satisfaccion
tan fácil, clara y abierta;
porque malogre el intento
con que mi culpa acrecientas,
que yo habiendo conocido,
como hasta ahora debiera,
que te causa el ver un hombre,
que de sí mismo es ofensa;
ajado de la fortuna,
pobre, abatido y sin seña
del logro de su esperanza,
que nadie vive sin ella;
como por merecer premio,
que fuese á tu planta ofrenda,
la flor de mi juventud
fuí á gastar en la guerra,
al sangriento horror de Márte
repetiré la violencia,
á hallar premio en una bala,
que ponga fin á mis quejas:
muera yo de desdichado,
que á pesar de las estrellas,
tambien para un triste hay muerte,
aunque su industria la aleja.

Millan.

Dices bien, vamos á balas,
que es gran cosa morir de ellas,
y no aquí de melecinas.

Doña Leonor.

Detente, don Juan, espera.

Millan.

¿Qué ha de esperar un pobre hombre
tras tantas impertinencias?

Doña Leonor.

¿Dónde vas?

Millan.

A buscar balas
en cas de la confitera
del Caballero de Gracia.

Doña Leonor.

No hagas burla de mi pena.
¿Don Juan?

Don Juan.

¿Qué quieres, Leonor?

Doña Leonor.

¿Qué he de querer? que no ofendas
mi fineza, que me escuches;
y que de una vez no quieras
darme la satisfaccion,
y hacerme culpa la queja.
Que en la sencillez de amor
es maliciosa destreza
la que juntar sabe á un tiempo
la herida con la defensa.

Don Juan.

¿Malicia es satisfacerte,
y no lo es dar tú la queja,
suponiéndome el delito
para obligarme á la pena?
Vamos, Millan.

Millan.

Millan, vamos.

Doña Leonor.

Aguarda.

Don Juan.

No me detengas,
Leonor; si lo solicitas,
¿por qué lo escusas tú mesma?
Yo conozco aun en mi sangre
méritos de mi nobleza,
que no me dá la fortuna
con que de tí dignos seán.
Lo que mi nobleza alcanza,
lo desmiente mi pobreza,
pues si sé que tú lo sabes,
¿quién es tan necio, que espera
que pronuncien las palabras
lo que articulan las señas?

Millan.

¿Qué pobreza ni que háca?
vive Díos, que me enfurezca.
Mi amo es don Juan de Lara,
y si se pone en las rejas,
de la casa de los Laras
es mi amo la cabeza,
y á Santiagos de Santiago
ganó un remiendo en la guerra,
y sino trae buena ropa,
es por ser tal su nobleza,
que el remiendo de la capa
á la camisa le llega,
y ha llevado por ganarla
mas botes que una receta,
y gastó mas en heridas,
que otros en mangas y medias,
y le han tirado mas balas,
que á gatos en azoteas:
y si ayuna, es devocion;
y si sin cenar se acuesta,

es por querer mal á Judas,
y tener miedo á la cena:
y del gasto de su casa,
será probanza mas cierta
el queso y los panecillos
que debemos en la tienda.
Y es mucha supercheria
tratarnos de esta manera;
y vamos de aquí, señor.

Doña Leonor.

Vuelve, Millan.

Millan.

No doy vuelta,
sino por una balona.

Doña Leonor.

¿Qué dices?

Millan.

Que esta está vieja.

Doña Leonor.

Don Juan, si mi amor estimas,
y la fé segura es necia,
enojarte mis temores,
es no quererme discreta.
¿Tan seguros sois los hombres,
que una muger de mis prendas,
en un indicio tan claro,
ofendió con la sospecha?
Sino me hubiera ofendido
una tan viva apariencia,
fuera preciso faltarme
el discurso ó la fineza;
pues si mi amor acredita
mi temor, con él me deja,
súfreme, don Juan, celosa,
para no quererme necia.

Estar con razon quejosa,
que es querer dejarte piensas;
¿pues qué pensáras, don Juan,
si me halláras satisfecha?
Los celos nunca despiden,
ántes, si se advierte, niegan;
que el dar la queja un amante,
es por no querer tenerla.
Queja y ruego todo es uno
en amor, mas quien la alienta
disfraza el golpe del ruego
al sonido de su queja;
y sino, dé tu razon
á esta pregunta respuesta.
¿Quien no intenta la venganza,
para qué dice la ofensa?
Mas esto tú no lo ignoras;
ea, don Juan, llega, llega;
ruégaselo tú, Millan.

Millan.

Cierto, que yo no quisiera
arriesgar mi autoridad
á un desaire, si lo niega.
¡Ah, señor! si yo lo pido,
¿querrás?

Doña Leonor.

Díselo de veras.

Millan.

¿De verás? pues concertemos
cuanto, mirado en conciencia,
valdrá, poco mas ó menos,
ajustar esta pendencia.

Doña Leonor.

¿Quieres paga?

Millan.

¿Mis derechos
no es justo? ¿quieres que sea
alcahuete del Campillo?

Doña Leonor.

Toma este diamante.

Millan.

Venga.

Don Juan.

Aparta, pícaro.

Millan.

Nolo.

Don Juan.

¿Tal imfamia emprendes?

Millan.

Etiam.

Don Juan.

¿Para qué?

Millan.

Para sacar
de empeño un lio de prendas,
y el vestido del figon.

Don Juan.

Vive el cielo, que la lengua
te arranque aquí sino callas.

Millan.

Vive Dios; que la gallega
me ha dicho que han de vender
el coleto en la taberna.

Doña Leonor.

¿Qué dices, don Juan?

Don Juan.

¿Leonor,
qué ha de decir quien desea
para ver, luz en tus ojos?

Millan.

¡Hay infamia como aquesta!
¿que haga las paces de valde,
quien ha ya un mes que no cena,
y la noche que hay guisado
le hace de carne de huerta?

Doña Leonor.

Pues, don Juan, aquí el temor
de mi hermano me desvela;
á la hora señalada
mi fe esta noche te espera,
para que de tus temores
te aseguren mis finezas.
Toma los brazos, y á Dios. *abrázalo.*

Don Juan.

Vida con ellos me dejas
de aquí á la noche.

Millan.

Laus Deo;
mírenlos; tan facil fuera
reducir á Cataluña.

Don Juan.

Yo llegaré hasta la puerta.

Doña Leonor

Don Juan, no pases de aquí.

Don Juan.

Ya conoces mi obediencia.

Doña Leonor.

A Dios.

Millan.

Con la colorada.

Don Juan.

¿Vas ya, Leonor, satisfecha?

Doña Leonor.

¿No basta desenojada?

Don Juan.

¿Quién te enojó?

Doña Leonor.

Mi sospecha.

Don Juan.

¿Pues aun dudas?

Doña Leonor.

Soy amante.

Don Juan.

¿No me crees?

Doña Leonor.

Eso quisiera.

Don Juan.

¿Quién te lo estorba?

Doña Leonor.

Mi amor.

Don Juan.

¿Por qué?

Doña Leonor.

Porque lo desea.

Don Juan.

¿Pues no lo vé?

Doña Leonor.

No, que es fe.

Don Juan.

Mejor cree.

Doña Leonor.

Si; pero es ciega.

Don Juan.

Pues yo iré esta noche.

Doña Leonor.

¿A qué?

Don Juan.

A que sin duda lo veas.

Doña Leonor.

Quiera amor que lo conozca.

Don Juan.

Quieras tú que amor lo quiera.

Millan.

Acabose en tiquis mibis,
propio paso de comedia.

ESCENA II.

Don Juan y Millan.

Don Juan.

¿ Millan ?

Millan.

No de la cogulla.

Don Juan.

¿ Por qué ?

Millan.

En Castilla la vieja,
los de la cogulla tienen
cosa de un millon de renta.

Don Juan.

Gran gusto son unos zelos
si un dulce fin los concierta.

Millan.

Y principalmente, cuando
la hora de comer se llega,
y solo ese plato dulce
hay que poner en la mesa.

Don Juan.

¿ Siempre de eso has de hablar, necio ?

Millan.

¡ Pesia el alma de mi abuela !
¿ de qué he de hablar á las doce,
si está nuestra chimenea

como viudo de entierro?
¿Tus tripas no consideran
que á tal hora, en cualquier casa
anda un almirez, que suena
á los órganos de Móstoles?
¿Y el olor de las especias
se entra tanto por el alma,
que el azafran nos penetra
la cara, pues de hambre estamos
amarillos como cera?
¿Pues luego hay apelacion?
las pistolas la tendera
tiene ya de lo fiado
tan cargadas, que rebientan.
Mira, si hay mayor desdicha,
pues es tal nuestra miseria,
que hasta las bocas tenemos
empeñadas en la tienda:
El broquel ha ya tres meses
que está con la pastelera;
y como tiene el broquel,
riñe siempre que me encuentra:
y aun el broquel empeñado,
antes da alivio que pena;
porque con eso tenemos
empeñadas las pendencias.
Si vas á pedir prestado,
solo hay quien preste paciencia.
Si á la conversacion vas,
por si un barato se suelta,
suelen jugar dos amigos
(que te ha de dar cualquiera)
tres horas, y se levantan
en paz á las dos y media.
Tus padres ya se murieron,

y aun no sabes de tu tierra
si son muertos todavia.
La guerra voló tu hacienda
de ir y venir cada dia
al secretario de guerra.
Solo traemos mas hambre,
porque dá á los dos audiencia.
Y tras toda esta desdicha,
solo es lo que me consuela,
que en la corte pretensiones,
aunque largas, son inciertas.

Don Juan.

Millan..

Millan.

Voto á san Millan,
¿para esto tienes respuesta?

Don Juan.

¿No sabes como he servido?

Millan.

¿Servido? como vayeta
de Rodrigon de desvan,
que les dura un año nueva,
dos raida, y cuatro rota,
hasta que algun luto pescan,
que por él pienso que cantan
sin duda el requiem eternam.

Don Juan.

Don García de Toledo,
hermano de Leonor bella,
es un caballero ilustre
de alta sangre y rica hacienda:
no me atrevo á declarar,
viéndome en tanta pobreza,
que aun si estuviera decente
para hablar en su presencia,

conociendo mi valor,
mis servicios y nobleza,
no dudo que acetaria
el casamiento.

Millan.

Pues deja
esta empresa, y de la dama
que envió el papel, aceta
lo que ofrece agradecida,
que aunque no sabemos de ella,
ni quien es, ni donde vive;
bien que el nombre se me acuerda
que era doña Ana de Vargas,
por mayor me han dado señas,
de que es una indiana, que
trae toda la China acuestas.

Don Juan

Villano, si á hablarme vuelves
de otra, que Leonor no sea,
te he de matar, vive el cielo;
y ahora, ahora lo hiciera,
á no pensar que te burlas.

Millan

¿Pues habia de hablar de veras,
siendo esta una muger rica,
que con su amor te remedias,
y estando muriendo de hambre?

ESCENA III.

Dichos y Casilda tapada.

Casilda.

Ce.

Millan.

¿Qué tapada es aquesta?

Don Juan.

¿Llamaisme á mi?

Millan

Que no, dice,

y á mí sí, dice por señas.

Don Juan.

¿Pues buscais este criado?

Millan

¿No lo ves? oiga ¿te pesa?

¿pues no sereis vos Leonor?

Don Juan.

A ti te llama, anda, llega. *Hace señas.*

Millan.

Oyes, dice que te vayas.

Don Juan

Ve, que yo estoy á la vuelta.

ESCENA IV.

Millan y Casilda.

Millan.

Madre de Dios, si de mi

se ha enamorado esta necia,

y me trae algun socorro.

Casilda.

¿Como no llegais?

Millan.

¿Sois negra.

Casilda.

¿Negra?

Millan.

Es que yo espero el cuervo;

y quisiera ver sus señas:

mas no veo el parrecillo,

por mas que encorvo las cejas.

Casilda.

¿Hambre tiene?

Millan.

De sitiado.

Casilda.

Sigame.

Millan.

¿Donde me lleva?

Mire que estoy en ayunas.

Casilda.

Asi se ha menester, venga.

Millan.

¿Pues me lleva á sacar manchas?

Casilda.

Esa es la casa.

Millan.

¿Tan cerca?

Casilda.

Y en aqueste cuarto bajo. *Entran.*

ESCENA V.

SALA EN CASA DE DON DIEGO.

Millan y Casilda.

Millan.

Muy grande jaula es aquesta.

Casilda.

¿Y es chico el pájaro acaso?

Millan.

Desvan creí en mi conciencia,
y iba resuelto á pecar,
si algo de almorzar me diera.

Casilda.

¿Y con qué se contentára?

Millan.

Con cosa de diez docenas
de huebos y diez libras
de tocino, y una pierna
de carnero, en otras diez
librillas de arroz envuelta.

Casilda

Mucho cuenta por el diez.

Millan

Tengo con el diez gran cuenta.

Casilda.

Pues aguarde en esta sala,
que ya salgo.

Millan.

Escucha, espera,
muger, ¿de quién soy llamado?

Casilda.

De una muger de hartas prendas.

Millan.

¿Quiere que se las empeñe?

Casilda.

Es muy rica

Millan.

¿Pues qué intenta?

Casilda.

No sé, ella os llama.

Millan.

¿Es á juicio?
porque le pierdo en conciencia.

Casilda.

Parece que tiene miedo.

Millan.

Si tengo.

Casilda.

Pues duda fuera.

¿conóceme?

Millan.

Sí, ella es;
mas yo no sé quien es ella.

Casilda.

¿Ya olvidó el lance del Prado?

Millan.

¡Válgate el diablo! ¿tú eras?
¡Jesus, y lo que has crecido!

Casilda.

¿De ayer acá? buena es esa.

Millan.

¿Vives aqui?

Casilda.

Con mi ama.

Millan.

¡Jesus! ¿la indiana?

Casilda.

La mesma.

Millan.

Al lado de Leonor vive: *ap.*
por Dios que la han hecho buena.
¿Pues cómo no me dijiste
cuando el papel estas señas?

Casilda.

Porque no osaba mi ama,
que tú á casa vinieras;
porque vive con su hermano,
que es la misma quinta esencia
de la miseria y los zelos,
siendo tanta su riqueza,
que tiene, aunque miserable,
mas dinero que miseria:
es fábula de Madrid
su mesquindad, y si viera

que entrabas aqui, llevaras
hecha rajas la cabeza.

Millan.

Pesia el alma que me hizo,
¿pues á eso me traes?

Casilda.

No temas,
que á estas horas no está en casa.

Millan.

¿Pues tu señora, que intenta?

Casilda.

Está perdiendo el juicio
por don Juan.

Millan.

¡Qué linda es esa!
¿Pues no haremos que nos valga?

Casilda.

No te perderás con ella.

Millan.

¿Tiene que dar?

Casilda.

Es señora
de la mitad de la hacienda.

Millan.

¿Y tiene oro?

Casilda.

Como paja.

Millan.

¿Tiene plata?

Casilda.

Como tierra.

Millan.

¿Y vellon?

Casilda.

Como burrajo.

Millan.

¿Y tras esto se le suelta?

Casilda.

Como á una media de pelo.

Millan.

Señores, yo hallé la tierra,
que dicen que está empedrada
con torreznos y manteca.

Casilda.

Yo entro allá.

ESCENA VI.

Millan.

¡Jesus, qué estrados,
qué sillas y qué alacenas!
¿y con esto es miserable?
Mas si tiene tales telas,
¿cómo ha de ser bobo un hombre
que anda con tales piezas?

ESCENA VII.

Millan, doña Ana y Casilda.

Doña Ana.

¿Es este?

Millan.

El dicho Millan.

Doña Ana.

Mucho me huelgo de verte.

Millan.

¿Por Dios?

Doña Ana.

Es agradecerte
lo que no debo á don Juan;
porque segun lo que infiero

de su respuesta, don Juan
anda muy poco galan,
por andar mas caballero;
pues sabiendo que yo sé
su valor y su nobleza,
ajada en tanta pobreza,
no venir, negarse fué
con términos cortesanos
al premio de su valor.

Millan.

Pues no se pierda el favor,
que aqui estoy yo con dos manos.

Doña Ana.

Yo con una le queria;
porque sé de una señora
á quien su brio enamora
de hermosura y bizarría,
que en su sangre no hay quien note
sino timbres de honor llenos.
Y si se casa, lo menos
son cien mil pesos de dote;
que le estima, y puedo yo
ir la boda disponiendo.

Casilda.

¡Ah Millancillo!

Millan.

Ya entiendo.

Casilda.

Vé en ella.

Millan.

No, sino nó.

Doña Ana.

Al empeño agradecida,
que tuvo por mí, quisiera
ser de sus bodas tercera.

Millan.

Pues, señora de mi vida,
no dilates dicha tal.

Doña Ana.

¿Se casará?

Millan.

De cogote:
con cien mil pesos de dote
se casará un Provincial.

Doña Ana.

Solo el sí suyo se espera.

Millan.

Sahumado te le traeré.
¿Y dónde hablarte podré?

Doña Ana.

Por esa reja postrera,
desde las diez; que estas son
las horas de aseguralle.

Millan.

Seré á las once en la calle
mas puntual que un leon.
¡Qué haré, cielos, que á don Juan *ap.*
decirle esto no es posible,
sin que de su amor terrible
pruebe la furia Millan!
Pues que se cuente de mí,
que aquesto dejé perder,
pudiendo aquesta muger
valernos un potosí,
nequaquam: yo haré, que sea
tal embuste el que he de hacer
con los dos, que yo he de ser
el primero que lo crea;
comience la trampa aquí.
Señora, voylo à emprender.

Doña Ana.

Pues no dejes de volver.

Millan.

Fuera no volver por mí.

Doña Ana.

Pues vete.

Casilda.

Detente, espera......

Mi señor: azar......

Millan.

Y encuentro.

Doña Ana.

¿Qué dices?

Casilda.

Que entra acá dentro.

Doña Ana.

Pues procura tú echar fuera
á Millan.

Millan.

Lindos regalos
me estrenan.

Doña Ana.

Gran mal recelo. *vase.*

Millan.

¿Hay algun santo en el cielo,
abogado de los palos?

Casilda.

No sé que hacer, que ya ha entrado,
procura escurrirte afuera. *vase.*

Millan.

Muger del demonio, espera
que diré que me has llamado.

ESCENA VIII.

Don García, don Diego y Ginés.

Don Diego.

Llega sillas, Ginés.

Don García.

Solo os quisiera.

Don Diego.

Pues solo me teneis: vete allá fuera. (1)

Millan.

¡Cielos, qué miro! Aqueste es don García,
hermano de Leonor; la dicha mia
le trae para escaparme mientras hable,
y el don Diego aun de traza es miserable.

Don Diego.

Decid lo que mandais. Temblando he estado *ap.*
de que me venga á pedir prestado.

Don García.

Pues yo soy don García de Toledo.

Don Diego.

Por vos y por vecino, no me puedo
escusar la noticia, y es ociosa.

Don García.

Por lo que le prevengo es otra cosa,
que es la razon de hablaros enojado.

Don Diego.

Peor es esto que pedir prestado. *ap.*
¿Vos enojado?

Don García.

Y ofendido el brio.

Don Diego.

Tenga usted. ¿Esto para en desafio?

---

(1) *Vase Ginés, y retirase Millan al paño.*

Don Garcia.

No llegan á ese estremo mis cuidados.

Don Diego.

Porque me costó uno mil ducados,
y el duelo que en aquesto hubiere habido,
aquí hemos de dejarlo con olvido;
y así, mire si al campo usted me lleva,
porque primero reñiré en la cueva.

Millan.

Ahora escurrirme puedo. (1)

Don Garcia.

Es pues el caso......

Millan.

Tente, hombre: helóme el paso.

Don Garcia.

Que yo estoy ofendido, de que siendo
tan notoria mi fama y mi nobleza,
y en mi esfera (bien digo) y mi riqueza,
vos deis nota mirando mis balcones,
de perder á mi honor las atenciones;
porque mi hermana solo ser mirada
puede de quien pretenda ser su esposo.
Y si con este fin ella os agrada,
teniendo hermana vos, que hará dichoso
con dote y hermosura á cualquier dueño;
y sabiendo mi sangre, y que mi renta
seis mil ducados son, parece afrenta
haber con el escándalo hecho empeño
lo que de entrambos fuera conveniencia,
propuesto con amor á la prudencia.
Y así......

Don Diego.

Tened, que lo que está entendido,

---

(1) *Al irse mueve la silla, y vuélvese á esco*

pierde el tiempo, y estorba referido,
y si ese honrado escrúpulo os desvela....

Millan.

¿No quieren darme pan y callejuela?

Don Diego.

Verdad es, que he mirado vuestra casa,
y de esa mi señora la hermosura,
en quien confieso que á cuidado pasa;
mi atencion ha olvidado mi cordura,
poniendo la ocasion á mi cuidado
el natural favor que da su agrado.

Millan.

¿Qué escucho? por saberlo les perdono
la mitad del peligro de los palos;
mas ahora que están bien divertidos
me zafo: en mis pies vayan mis sentidos:
yo fingiré que entraba, si me encuentra.

Don Diego.

Aunque nunca bastó...... ¿Pero quién entra?

Sale Millan.

Yo.

Don Diego.

¿Cómo? ¿quién es yo?

Millan.

¿Qué sé yo? Un hombre.

Don Diego.

¿Cómo aquí entrais?

Millan.

¿Yo? bueno.

Don Diego.

¿Venís loco?

Millan.

¿No me conóce?

Don Diego.

No.

Millan.

Ni yo tampoco.

Don Diego.

Villano, vive Dios......

Millan.

Quedo, que vengo
á cobrar una letra, si me agarra.

Don Diego.

¿De qué la letra es?

Millan.

De la guitarra;
digo de mi amo el mercader flamenco.

Don Diego.

¿Qué amo? Hablad. ¿Cómo se llama?

Millan.

Balán Samuel. No sé cómo me escurra. *ap.*

Don Diego.

¿Balán Samuel?

Millan.

Desciende de la burra.

Don García.

Este es un loco, y no debe enojaros.

Don Diego.

Idos, y ved que aquí puede libraros
de la ignorancia el privilegio loco.

Millan.

¿Pues á cobrar no he de venir tampoco?

Don Diego.

Y si á cobrar venís, sabed la casa;
que si volveis á repetir la traza,
bajar por un balcon será el atajo.

Millan.

Mire usted, que es aqueste cuarto bajo.

Don Diego.

Pues pozo tiene, andad.

Millan.

Y yo testigo;
á Dios. Balán Samuel vaya conmigo.

ESCENA IX.

Don Garcia y don Diego.

Don Diego.

Perdonad.

Don Garcia.

Proseguid, señor don Diego.

Don Diego.

Digo, pues, que jamas el fiel sosiego
del recato alteró mi pensamiento;
mas pues llega á tratarse el casamiento
de los dos, sin que medie la violencia,
se ha de ajustar tambien la conveniencia.
¿No habeis de dotar á vuestra hermana?

Don Garcia.

No, porque á un mayorazgo, vinculados
tiene de renta cuatro mil ducados.

Don Diego.

¿En juros?

Don Garcia.

No señor, tierras y casas.

Don Diego.

¡Linda hacienda! ¿Y las casas en qué parte?

Don Garcia.

En la calle mayor.

Don Diego.

Famoso asiento;
¿y son libres de huesped de aposento?

Don Garcia.

Y de otra cualquier carga.

Don Diego.

Yo tengo una
de las del privilegio de Laguna ;
tiene cien pies de fondo, con cochera,
y setenta y dos pies de delantera,
que no la trocaré por un tesoro ;
en fin, es una pieza como un oro.

Don Garcia.

Ni yo, que son las casas de mi hermana
libres y juntas.

Don Diego.

¿ Todas en manzana ?
Con ese dote, que es puro dinero,
es contento casarse un caballero.

Don Garcia.

Pues si la voluntad está tan llana,
yo el dote no pregunto á vuestra hermana,
y el concierto la plática concluya.

Don Diego.

La mitad de mi hacienda es toda suya.

Don Garcia

¿ Pues que resta hacer ?

Don Diego.

Daros la mano.

Don Garcia.

La palabra es bastante.

Don Diego

Eso no es llano ;
escritura ha de haber de lo tratado,
que para aqueso pago yo un letrado.

Don Garcia.

Pues señalad el plazo.

Don Diego.

Eso deseo ;
mañana, que no es dia de correo.

Don García.

Pues yo os vendré á buscar.

Don Diego.

No, yo iré á veros.

Don García.

Parientes somos ya.

Don Diego.

Mas caballeros.

Don García.

A Dios.

Don Diego.

A Dios. No tiene tanto agrado *ap.*
desde que le imagino mi cuñado

ESCENA X.

DECORACION DE CALLE.

Don Juan y Millan de noche.

Don Juan.

¡Jesus, Jesus, qué locuras!
¿Eso te has puesto á pensar?

Millan.

¿Si lo has de ver y tocar,
señor, para qué me apuras?

Don Juan.

¿Mercader tienes?

Millan.

¿Pues no?

Don Juan.

Pues como el crédito corra,
y él por ellas nos socorra,
mil firmas te daré yo.

Millan.

Viéndote en pobrezas tantas,

que en tu amor á firme apuestas;
pues siempre en tu amor te acuestas
del modo que te levantas;
me acordó mi hambre prolija
de un mercader rico y sano
de mi tierra, zamorano,
que está como una botija.
Este sabe bien de mí,
que le tengo por callar;
y si le pido, ha de dar,
y mas si llego por tí.
Con título de prestallo
á honestar la peticion
huir de la negacion,
para que no cante el gallo.
Tu nombre en ninguna tienda
por tu bizarría es nuevo;
y si tu firma le llevo,
me ha de dar toda su hacienda.

Don Juan.

¡Qué desatinado estás!
¿Pues eso se puede creer?

Millan.

¿Si yo traigo que comer,
señor, me lo probarás?
Asi el pan busca al pobrete,
y de carpintero campa,
que ninguno hace una trampa
que no le sobre un zoquete.

Don Juan.

Firma tienes y licencia;
¿veamos qué de ella se infiere?

Millan.

Si ella no te enriqueciere,
se me vuelva de sentencia.

Sobre esta firma que ha dado *ap.*
traigo ya escrito un papel
para la indiana, y en él
aceta amor de contado;
que como ella ha visto ya
firma de mi amo, al instante
lo creerá, y aunque de amante
el papel sin firma va,
como ella no le ha de ver,
ni él á ella, si yo puedo,
para que dure el enredo,
este crédito ha de ser.
La letra que yo hago es
á la firma parecida,
con que va la trampa urdida,
que engañará á un Calabrés.
Con esto, y mis buenas mañas,
que yo me las sabré dar,
á esta indiana he de quitar
los pelos de las pestañas.
Salgan á luz sus doblones,
ya pienso en lo que se fragua;
la boca se me hace agua
de imaginar en capones.
Que debe creer á don Juan,
como el mercader ignora,
de alcarrazas de Zamora,
y son barros de Natan.

Don Juan.

Acábame de decir
lo de la tapada de hoy.

Millan.

¡Ay, señor, y cual estoy!
Hay mucho que discurrir;
la mas bella moza hallé;

y está loca la cuitada.

Don Juan.

¿ Loca ?

Millan.

Loba.

Don Juan.

¿ Y está atada?

Millan.

A mis pensamientos.

Don Juan.

¿ Qué ?

Millan.

Me está la pobre adorando,
y es un propio serafin.

Don Juan.

Anda, puerco galopin,
¿ conmigo te estás burlando ?

Millan.

¿ Pues á mí sino dineros,
qué me falta ?

Don Juan.

Me das risa;
¿ á un borracho sin camisa?

Millan.

Por eso amor está en cueros.
Tú á mí, aunque yo estoy contigo,
no me has visto bien de dia;
¿ sabes tú la simpatía
que tiene estotra conmigo?
Esto de la inclinacion
tiene varios pareceres;
¿ No has visto muchas mugeres
perdidas por un capon?
Si reparas á los ojos,
los de malos pies adoran;

Las preñadas se enamoran
de los que tienen antojos;
las muchachas de un muchacho;
de un zayno las cejijuntas,
y una muger que hacia puntas
se enamoró de un gabacho.
Y porque veas el efeto,
la hora es ya, la seña haré;
retírate allí, por que
no me culpen el secreto. (1)

ESCENA XI.

Dichos y doña Ana y Casilda.

Don Juan.

¡Jesus, qué locura! ¿à ti?

Millan.

Verás si el paso lo abona.

Casilda.

¿Eres Millan?

Millan.

De Cardona.

Casilda.

Ya mi señora está aquí.

Don Juan.

Abrieron: ¡quedo aturdido!
cosas de Madrid serán.

Millan.

Bien puedo hablar, que don Juan
no alcanza tiro de oido.

Doña Ana.

¿Qué hay Millan?

---

(1) *Hace una seña, abren la reja y salen doña Ana y Casilda.*

Millan.

Brava respuesta.

Doña Ana.

¿Pues qué traes?

Millan.

Responsion,
y acepta, con condicion,
que tú seas la propuesta;
que sin dote ni invenciones
te quiere, por tí se muere;
mas si es otra, no la quiere,
aunque tenga dos millones.
Este papel te dará *Daselo.*
mas razon, que yo concluyo
por no ser largo.

Doña Ana.

¿Y es suyo?

Millan.

Su firma te lo dirá.

Doña Ana.

¿Pues como con tanto amor,
aun no me ha venido á ver?

Millan.

Pues eso no puede ser.

Doña Ana.

¿Por qué?

Millan

Fuera grande error.

Doña Ana.

¿En qué?

Millan.

Yo sé que te adora.

Doña Ana.

¿Pues qué duda?

Millan.

Algun delito.

Doña Ana.

¿De qué, si yo lo permito?

Millan.

Hablemos claro, señora:
mi señor no hay mas que sea
en sangre y en bizarría;
mas está tal, que de dia,
no osa que nadie le vea:
su pobreza le retira,
y en casa sufre el calor.

Doña Ana.

¿Pues si es de noche?

Millan.

Peor,
que anda una ronda que mira,
desde la planta al copete;
con un linternon, que dan;
pues si topan á don Juan
descalzo, que aun no es juanete,
¿quieres que responda al cabo,
si un alcalde le encontrara,
¿*quién va allá*? don Juan de Lara,
vestido de chicha y nabo?

Doña Ana.

Yo le podré socorrer.

Millan.

¡Santa Bárbara bendita,
que en el Cielo estás escrita!...
¿qué es lo que has dicho, muger?

Doña Ana.

¿Pues qué?

Millan.

¿Don Juan, que se alaba

de que es del Cid su nobleza,
ha de hacer esa bajeza?
! Vive Cristo, que se clava! *ap.*

Doña Ana.

¿Si yo en secreto lo ordeno?

Millan.

¡Jesus, que error tan profundo!
quemará sobre eso al mundo.
Sopla musa que va bueno. *ap.*

Doña Ana.

Yo intervine por mi mano,
por ser de un deudo, en su ausencia,
en una correspondencía
de las que tiene mi hermano.
De esto resultó, que yo
dos vales suyos guardé,
que algun empeño libré,
que hasta aquí no se ofreció.
Como es tan continuo el darlos
mi hermano en sus diligencias,
por sus muchas dependencias,
no hay duda alguna en cobrarlos,
habiéndolo de callar.
Esto asegurado así,
¿si yo te los doy á tí,
y tú los vas á cobrar
sin que Don Juan lo supiese,
qué riesgo hay?

Millan.

Riesgo hay en todo:
mas si fuere de ese modo,
pudiera ser que lo hiciese.
¡ Jesus, y qué brava mina! *ap.*
¿Señores, que habiendo aquí
á pie quedo un Potosí,

haya quien vaya á la China?

Doña Ana.

Pues yo en ir por él no tardo
mas que en leer este papel.

Millan.

¿El vale?

Doña Ana.

Si.

Millan.

¿Vas por él?

Doña Ana.

Al punto vuelvo. *Vase.*

Millan.

Ya aguardo.
Bravo va: mi amo está atento, *ap.*
finjo gravedad con tos. *Tose.*

Don Juan.

Esto es sueño. ¡Vive Dios,
que pierdo mi entendimiento!

Millan.

¡Casilda, raros sucesos!

Casilda.

Tú la entraste por buen lado.

Millan.

A flus pintó de contado.

Casilda.

¿Qué tocaré yo?

Millan.

Esos huesos.

Casilda.

¿Y no mas?

Millan.

Te traeré luego
un laud,

Casilda.

¡Ah galopin!
mira en la rota, que al fin
las miserias de don Diego
de Vargas van á parar.

Millan.

Pues por Dios, que siento que
se llame Vargas.

Casilda.

¿Por qué?

Millan.

Por que lo ha de averiguar.

Casilda.

Mas ya vuelve.

Millan.

Pues si agarro...

Casilda.

Calla, y no te desabroches,
que han de valerte estas noches,
cuando menos, un catarro.

Sale doña Ana.

Millan, ya leí el papel,
verdad es cuanto me has dicho:
toma el vale.

Millan.

¿Susodicho?
¿Y qué es lo que viene en él?

Doña Ana.

Quinientos escudos son;
y como fueres gastando
me puedes ir avisando.

Millan.

Con toda satisfaccion.

Doña Ana.

A Dios.

Millan

¿Volveré?

Doña Ana.

¿Pues no?

Casilda.

Oyes, traeme una cosilla.

ESCENA XII.

Don Juan y Millan.

Millan.

Yo te haré una seguidilla
de Casilda, casildó.
Salto y brinco de contento,
coche pienso poner hoy.

Don Juan.

¿Qué tienes loco?

Millan.

¿Qué? estoy
que pierdo el sentido atento.

Don Juan.

¿Y es hermosa?

Millan.

¿Qué eso ignores?
Como un oro.

Don Juan.

¿Pues qué has hecho?

Millan.

Me ha metido en este pecho
mas de quinientos favores;
esto es amor. ¡Ah, señor,
si tú á la Indiana quisieras,
qué dichoso que te vieras!

Don Juan.

Villano, loco, traidor...

Millan.

¿Señor, has perdido el seso?

Don Juan.

¿De eso me hablas?

Millan.

Bien, por Dios;
pues yo sé que hay mas de dos
que te andan royendo el queso:
y por advertenciá vana,
no te he dicho que este dia
ha reñido don García
con un hombre por su hermana.

Don Juan.

¿Qué es lo que dices, traidor?
que te arrancaré la lengua
si mientes

Millan.

Tuya es la mengua.

Don Juan.

Mas calla, que ya Leonor
en la reja está

Millan.

Pues dalle.

ESCENA XIII.

Dichos y Leonor é Inés á la otra reja.

Doña Leonor.

Ya, Ines, mi hermano se ha ido:
¿si don Juan habrá venido?

Inés

Ya yo le he visto en la calle.

ESCENA XIV.

Dichos y don Garcia, de barrio.

Don Garcia.

A la conversacion iba,
sin dar á mi hermana aviso
de sus bodas y las mias;
mas antes de ir, pues ya miro
que está al fresco en la ventana,
como otras muchas, decirlo
es atencion que la debo;
que es yerro á su regocijo
dilatar la buena nueva.

Don Juan.

¿Qué es esto? ¿un hombre no has visto
que hácia la reja se llega?

Millan.

Si veo.

Don Juan.

Pues encubrirnos
y acercarnos mas importa.

Don Garcia.

¿Leonor?

Doña Leonor.

¿Hermano?

Don Juan.

¿Has oido?
Su hermano es.

Millan.

De padre y madre.

Don Garcia.

Tengo de darte un aviso;
de gusto es: pero despues
te lo diré.

Doña Leonor.

¿Pues que ha habido?
no me dilates el gusto.

Don García.

Aunque pudiera contigo
haberme ántes enojado,
porque hubieses permitido,
aunque en lícito agasajo,
de don Diego mi vecino
el decente galanteo,
ya, Leonor, te lo permito;
porque él ha de ser tu esposo,
que así lo hemos convenido,
siéndolo yo de su hermana.
Págame ahora el aviso
en alegrarte, y á Dios.

ESCENA XV.

Dichos menos don García.

Millan.

Desáteme aquese lio.

Doña Leonor.

¿Válgame el Cielo, que escucho?
Inés, sin alma respiro;
¿qué impensado mal es este?

Don Juan.

Esto es, ingrata, haber visto
tus traiciones y mi engaño,
tus cautelas y mi olvido,
mi muerte y tus falsedades,
mi tormento y tu delito.
Caiga un rayo, que en ceniza
vuelva los alientos mios,
si es que abrasa mas un rayo,

que el fuego que yo respiro.

Doña Leonor.

¿Don Juan, don Juan? ¡ah señor!
!ay de mí! vuelve, ¿que has visto?
¿qué has escuchado?

Don Juan.

¿Qué dices?

Doña Leonor.

Qué yo, si tú aquí has oido...

Don Juan.

¿Qué dices?

Doña Leonor.

Digo, señor.....
¡Qué se yo lo que me digo!
que yo no...

Don Juan.

¡Ah falsa! ¡ah tirana!
venenoso basilisco,
que en tus luces lisonjeras
me has disfrazado el hechizo;
¿eran estos, eran estos
los celos y los retiros?
¿Eran estas las sospechas
que acreditaban de fino
tu amor falso y alevoso,
qué al incauto pecho mio,
la luz que dió para incendio,
resultó aquí para aviso?
¿Eran aquestas las quejas
con que á mí tu pecho esquivo,
como el cazador astuto,
fingiendo el amante silvo,
al lazo desesperado,
llama al simple pajarillo?
¡Mal haya la fe engañada!

¡Mal haya el ciego delirio
del Amor, que por lisonja
creyó lo que era peligro!
Yo lo erré, Leonor, no tú;
yo mismo ¡hay de mí! yo mismo
guié en mi tirana mano
á la garganta el cuchillo,
Yo tuve la culpa, yo;
de mi me quejo yo mismo,
que si en el ingrato, obrar
como ingrato era preciso,
la culpa tuvo el piadoso
que le ocasionó el delito;
y pues yo tuve la culpa
iré al horror y al sonido
de la cadena que arrastro,
á llorar los yerros mios.

ESCENA XVI.

Dichos menos don Juan.

Doña Leonor.

¡Ah don Juan, señor! ¡Ay cielos!
¿quién tanta desdicha ha visto
sin dar causa? ¡Estoy mortal!
Sin escucharme se ha ido.

Millan.

¿Qué ha de escuchar? Valga el diablo
el vergante, mal nacido,
que no se las trága á todas
picadas como pepinos
por tan grande desvergüenza.

Doña Leonor.

Escucha, mira......

Millan.

Ya miro.

Doña Leonor.

Llámale.

Millan.

¡Ah falsa! ¡ah tirana!

Doña Leonor.

¿Qué dices?

Millan.

Lo que yo he oido.

Doña Leonor.

¿Qué has oido?

Millan.

Mis agravios.

Doña Leonor.

¿Qué agravios?

Millan.

Yo los he visto.

Doña Leonor.

Ven, no te vayas.

Millan.

Si quiero.

Doña Leonor.

¿Por qué?

Millan.

Porque he conocido......

Doña Leonor.

¿Qué has conocido?

Millan.

Mi mal.

Doña Leonor.

¿Cuál?

Millan.

El que Dios es servido.

Doña Leonor.

Llámame á don Juan.

Millan.

Soy noble.

Doña Leonor.

Tráele aquí.

Millan.

Voy ofendido.

Doña Leonor.

¿De qué?

Millan.

De celos rabiosos.

Doña Leonor.

¡O mal haya mi destino,
que sin recelar el daño
me ha llevado al precipicio!

Millan.

¡Mal haya quien muere de hambre
pudiendo morir de ahito!

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DE DON DIEGO.

Millan bien vestido, y Casilda.

Casilda.

¿Eres Millan?

Millan.

¿No lo vés?

Casilda.

¿Pues cómo ya tan galan?

Millan.

Milagro de san Millan.

Casilda.

¡Jesus!

Millan.

María y José.

Casilda.

¿Pues quién, no habiendo cobrado
la letra, te socorrió?

Millan.

Un mercader en que halló
padre y madre mi cuidado.
El vió mi aprieto y su ahorro,
y al ponérsela presente,
vió la letra tan corriente,
que escupió esta gala en corro.
Vistió á mi amo, y tras él
librea para dos pages.
¡Que haya en el mundo salvages,

que esto den sobre un papel ¡
y vellon para el consumo!
Que tras galas y librea,
tambien nuestra chimenea
guarneció de puntas de humo,
y tascando el fiador,
para cobrar real por real,
queda ahora en ese portal
como mula de doctor.

Casilda.

¿Qué á cobrar vienes?

Millan.

¿Pues no?
si tres veces he venido,
y por trampas que he fingido,
don Diego hace mas que yo:
para hoy hizo provision.

Casilda.

Su miseria no es de creer.

Millan.

Miserable puede ser
entre dueñas de racion.

Casilda.

¿Pues cómo estando vestido
no viene á ver á doña Ana?

Millan.

Para eso está ahí mañana;
que hasta ahora no ha salido.
No vendrá él acá en mis dias. *ap.*

Casilda.

Ella esperándole está.

Millan.

Si, mas lo mismo será, *ap.*
que si esperara el Mesías.

Casilda.

Grave parece que estas:
¿tanto la gala te hinchó?

Millan.

Ahora, hermana, valgo yo
á veinte suspiros mas.

Casilda.

¿No me traes nada?

Millan

¿Qué caiga
en ese error tu cuidado?
¿pues si yo no te he llevado,
cómo quieres que te traiga?

Casilda.

¿Pues por qué darme no quieres?

Millan.

Aunque conmigo riñeras
no lo haría; es de baberas
andar dando á las mugeres.

Casilda.

¡Ah pícaro!...... Mas don Diego
puede salir, que ya es hora;
avisaré á mi señora,
porque quiere hablarte luego:
cobra la letra, y mi parte
he de tocar de ella yo.

Millan.

Tocar y cantar, ¿pues no?

Casilda.

Pues ello algo he de sacarte,
porque el secreto no vuele:
mira tú lo que ha de ser.

Millan.

Pues si me dás á escoger,
sea una muela que me duele.

Dentro don Diego.

¿Pasará por eso un ciego?

Dentro Ginés.

Yo á dar la cuenta me obligo.

Casilda.

Don Diego es. ¿Millan qué digo?

Millan.

¿Que? que es muy lindo don Diego.

ESCENA II.

Millan, don Diego con una cuenta en la mano, y Ginés.

Don Diego.

¿Sesenta reales gastó
sin estraordinario ayer?

Ginés.

Si; en la cuenta le has de ver,
mira si está justa ó no.

Millan.

¿Cuenta toma? Bravo vicio
será.

Ginés.

Mira si hay error.

Don Diego.

Ya lo miro, si señor
mas por Dios, que es ladronicio.
¿Diez libras de carne? el tino
pierdo: ¿pues tratais con bobos,
ó somos en casa lobos?

Millan.

Veráse en llegando el vino.

Don Diego.

Bien armada va la cuenta;
¿al gigote y estofado

cuatro reales de recado?

Millan.

A fe, que lleva pimienta.

Don Diego.

De mi hacienda han de dar cabo;
¿qué recado en tanto aprecias?

Ginès.

Limones, vino y especias.

Millan.

Aqueso le echa de clavo.

Don Diego.

Que no he de poder pasarlo
aunque se gaste, imagino.
¿Cuarenta cuartos de vino?

Millan.

Eso bien puede tragarlo.

Don Diego.

¿Qué es mucho no se os avisa?
¿Vos quereis que arda la fragua?

Millan.

Pues sino es que le echen agua,
no cabe en eso otra sisa.

Don Diego.

¿De verduras y tocino
seis reales? ¡Virgen sagrada!

Ginès.

Entra en eso la ensalada.

Don Diego.

¿Qué ensalada?

Ginès.

De pepinos.

Don Diego.

¡Jesus, y que disparates!
Repártase á los vecinos
la ensalada de pepinos.

Millan.

Algo lleva de tomates.

Don Diego.

¿Pepinos? yo pierdo el juicio.

Gines.

¿Y aceyte no cuenta nada?

Don Diego.

¿Pues hácese esta ensálada
con aceyte de aparicio?
No señor, no me está á cuento,
no la paso.

Gines.

¿Si lo hallais? *vase.*

Don Diego.

Vive Dios, que me sisais
á mas de ochenta por ciento.

Millan.

Yo entro aquí, á mal tiempo llego. *ap.*
De halláros tan enojado
me pesa.

Don Diego.

¿Quién?

Millan.

Un criado
muy vuestro, señor don Diego.

Don Diego.

Muy puntual sois.

Millan.

Se pasa
necesidad, á fé mia.

Don Diego.

¿No vendréis siquiera un dia,
cuando no me halleis en casa?
porque, aunque os digan que nó,
siempre en ella me encontrais.

Millan.

¿Pues si vos no me pagais,
qué importa que os halle yo?

Don Diego.

Pues hoy, para no cansaros,
no estoy en casa.

Millan.

Eso es bello,
mas huélgome de sabello.

Don Diego.

¿Para qué?

Millan.

Para esperaros.

Don Diego.

Pues hoy pagaros no quiero.

Millan.

Basta, pues os defendeis;
mas ya que no me pagueis......

Don Diego.

¿Qué quereis?

Millan.

Ver el dinero.

Don Diego.

Hoy no ha de ser.

Millan.

Pues, señor,
de un mercader, á quien debo,
viene conmigo el mancebo,
y ha apostado el hablador
un doblon de á ocho conmigo
á que no me pagais hoy.

Don Diego.

¿Qué decís? ¿sabe quién soy?

Millan.

Si señor: yo se lo digo;

mas ya perderé con él.

Don Diego.

¿A que hoy no os pago aposto?

Millan.

Eso es lo que siento yo.

Don Diego.

Dadme luego ese papel.

Millan.

Que vuestro valor confirma,
porque os alaben los mudos.

Don Diego.

Vale quinientos escudos.
Lleve el diablo quien tal firma:
¿para esto tiene dineros
un hombre? Un rico es un moro:
quinientos escudos de oro,
¿los quereis en peruleros?

Millan.

Señor, que no es paga aquesta,
y en la apuesta se incluyó.

Don Diego.

¿Pues quién haceros mandó
sobre mi crédito apuesta?

Millan.

Por Dios, que apostára un dedo
con quien el crédito os niega.

Don Diego.

Ahora, señor...

Millan.

Lumbre pega.

Sale Ginés.

Don García de Toledo
os entra á buscar.

Millan.

San Pablo.

Don Diego.

Este hombre me ha hecho tardar,
que ya yo le iba á buscar:
pagádsela con el diablo.

ESCENA III.

Millan y Ginés.

Millan.

¿Quién me ha de pagar?

Ginés.

Yo solo.

Millan.

O Ginés, en Antióquia
te dó el Santo una parroquia.

Ginés.

¿Lo quereis en plata?

Millan.

Volo.

Ginés.

Pues esperad.

Millan.

Si es despacio,
que yo tengo, advirta ucé,
poca esperanza.

Ginés.

¿Por qué?

Millan.

Porque enamoró en palacio.

Ginés.

Voylo á contar. *Vase.*

Millan.

Tal conviene.
Dios te haga por tu tintero
contador de un heredero,

que no sabe lo que tiène.

ESCENA IV.

Millan, doña Ana y Casilda.

Casilda.

Espera, Millan.

Millan.

Ya espero.

Casilda.

Ya hablar puedes, pues se han ido.

Doña Ana.

Gran pesar tengo.

Millan.

¡Qué he oido? *ap.*

aun tiemblo aqueste dinero.

Doña Ana.

¿Como está don Juan?

Millan.

Bizarro,

con pages y con vestido.

Doña Ana.

¿Como á verme no ha venido?

Millan.

Porque hoy le ha dado un catarro

de zelos, que pierde el tino.

Doña Ana.

¿Y está malo?

Millan.

Muy ansioso,

está, por Dios, enfadoso,

porque rabia de netrino.

Tente, lengua, á desbuchallo *ap.*

iba, por el alto Febo,

que no vale lo que llevo

la mitad de lo que callo.

Doña Ana.

¿Qué es cetrino?

Millan.

Unas pasiones
pituitosas, que en el pie
cáusan los callos.

Doña Ana.

¿En qué?

Millan

Dije mal, en los pulmones.

Doña Ana.

¿Pues qué importa eso al decirme,
que estaba malo primero?

Millan.

Que están contando el dinero
y estoy rabiando por irme.

Doña Ana.

Pues vete, y dile al momento
á don Juan, que triste estoy;
porque he oido tratar hoy
con otro mi casamiento;
y que si mi hermano pasa
á ejecutar lo propuesto...
Mas no digas nada de esto,
sino que espere en su casa,
que yo luego, con licencia
de mi hermano, he de salir
de disfraz, por convenir
á hacer una diligencia;
y á lo fino agradecida,
que en sus papeles está,
pasaré yo por allá,
para lograr la salida,
y agradecer su fineza,

y allí del modo que intente
lograr nuestro casamiento,
le diré con mas llaneza.
Vé luego al punto, Millan,
y que me aguardeis te ruego.

Millan.

¿Pues has de ir á verle luego?

Doña Ana.

Claro está.

Millan.

¡Arredro, Satan! *ap.*

Casilda.

¿Qué te estás aquí hecho un leño?
Anda presto, si ha de ser.

Millan.

¡Gran ingenio es menester *ap.*
para salir de este empeño!
Mas de todo, Dios mediante,
salir lindamente espero;
cobre yo ahora el dinero,
y despues Trampa adelante.

ESCENA V.

Doña Ana y Casilda.

Doña Ana.

Casilda, de mi deseo
no es este el mayor cuidado,
que en la calle me han contado
que tiene otro galanteo.

Casilda.

¡Hay tales bellaquerias!

Doña Ana.

Sabráslo con mas afeto.

Casilda.

Aunque estuviere el secreto
debajo de siete tias,
sabré la que galantea;
y quién es, y dónde vive,
si le ha hablado, y si le escribe,
y sabré lo que desea;
si es hermosa y de buen arte,
donde oye misa y su estado,
y con quien se ha confesado
de dos años á esta parte.

Doña Ana.

Si eso sabes, mejor fin
en mi cuidado tendré.

Casilda.

Y si te importa, sabré
esta noche hablar latin.

Doña Ana.

Pues ven, dame el manto aprisa,
y vamonos que ya es hora.

Casilda.

Hoy sabré á quién enamora,
aunque sea una abadesa.

Doña Ana.

Vamos.

Casilda.

Nada te dé enojo,
si yo salgo de cohete,
que veré mas que un grumete
de la gavia del medio ojo.

ESCENA VI.

SALA EN CASA DE DON JUAN.

Don Juan acabandose de vestir de gala, y Jusepico y Manuelico de pagecillos con la capa y espada.

Jusepico.

Señor, no ha vuelto Millan.

Don Juan.

No importa, saldré sin él,
pues de esta pena cruel
las violencias no me dan
lugar á la admiracion
de su industria y su osadía;
pues con una firma mia
me ha dado esta ostentacion:
¿mas á qué tiempo la suerte
conmigo no ha sido avara,
pues me dá esto cuando hallára
mayor alivio en la muerte?
Jusepico, la pretina.

Jusepico.

Aquí está ya.

Don Juan.

¡Injusto amor!
¿Tal traicion cupo en Leonor?
¿Como el alma lo imagina?

Jusepico.

La capa, Manuel.

Manuelico.

Ya vá.

Jusepico.

Acaba, que está esperando.

Manuelico.
¿Todo el dia has de andar dando?
Dentro Millan.
¡Ah mozo! entra por acá.
Don Juan.
¿Qué es esto?
Jusepico.
Millan, señor.

ESCENA VII.

Dichos y Millan con un esportillero que trae un talego

Esportillero.
Levára ó demo á venida;
la espalda traigo molida.
Millan
Ponga aquí, y no sea hablador;
que no pago titulillos.
Esportillero.
Pois si vosté me ha levado
dende la calle do Prado
en ruba de los Basilios.
Don Juan.
Esto su industria confirma.
¿Millan?
Millan.
Metedlo aquí vos.
Don Juan.
¿Qué traes ahí?
Millan.
El bien de Dios.
Don Juan.
¿Quién te lo ha dado?
Millan.
La firma.

Esportillero.

¿Non me paga?

Millan.

Y se encoge;
pues tome y váyase luego.

Esportillero.

¿Seis cartos por un talego?
leve ó diabro quien tal troge.

Millan.

¿Pues qué quiere su codicia?
¿no és lo que se le promete?

Esportillero.

Sete merece.

Millan.

¿Qué es siete?
que no los vale Galicia.

Esportillero.

Sin ó carto non me irei.

Millan.

Oiga, el vergante, y dá voces;
yo le haré salir á cozes.

Esportillero.

Aquí de Dios é do Rey. *Vase.*

Don Juan.

¿Ah Millan?

Millan.

¿No le he dado harto?
¿pues qué quiere el verganton?

Don Juan

¿Por un cuarto haces cuestion?

Sale el Esportillero.

Mande vocé darme ó carto.

Millan.

Vive Dios, si entra, que ya

le deje la boca rasa.

Esportillero.

Lléuense os diabros á casa,
é á min porque vine acá.

ESCENA VIII.

Dichos menos el Esportillero.

Don Juan.

¿ Porque un cuarto no le das ?

Millan.

¡ Qué bien que lo estas hablando !
porque lo estoy yo sudando,
mientras tú en la cama estás:
gánelo usted como yo,
y despues sea liberal.

Don Juan.

¿ Qué hay de esto ? que aunque mi mal
discurrir no me dejó,
yá es fuerza que lo repare,
á pesar de mis desvelos.

Millan.

¡ O lleve el diablo los celos,
y quien mas de ellos habláre !
¿ Siendo de agravio el indicio,
te acuerdas de su hermosura ?
Déjala ; aprende de un cura
que olvida con beneficio.

Don Juan.

Bien dices, Millan, amigo,
si yo habláre mas en ello,
pon sobre mi labio el sello
de la infamia, que me obligo:
desde hoy mi pecho sentencio
á no pensar en mi agravio,

del castigo de mi labio
con este mudo silencio:
¡ah ingrata! ¡ah, falsa engañosa!
no es duda, yo llegué á vello.

Millan.

¿Y eso es no hablar mas en ello?

Don Juan.

Pues hablemos de otra cosa.

Millan.

Y para el caso ya tarda.

Don Juan.

¿Pues qué ha habido?

Millan.

El Mercader,
que quiere venirte á ver.

Don Juan.

Pues yo he de hablarle.

Millan.

Guarda.

Don Juan.

¿Pues qué he de hacer?

Millan.

Irte luego;
pues las capas y marchar:
ea, à la puerta á esperar.

Jusepico.

Ya vamos.

Millan.

Pues sea con fuego;
presto, ó andará el porrazo.

Manolico.

Ya salimos, no nos des.

Millan.

¿Qué replica el Montañés?

Mumolico.

Valga el diablo el bufonazo. *Vase.*

Don Juan.

¿Pues vendrá, luego?

Millan.

Imagino,

que está acá.

Don Juan.

Pues huir.

Millan.

Por estotra puerta has de ir,
no te encuentre en el camino:
ponte airoso ese sombrero,
y no en la capa te enlaces:
alza la espada.

Don Juan.

¿Qué haces?

Millan.

Todo esto vale dinero.

Don Juan.

¿Qué dinero?

Millan.

El que se trajó.

Don Juan.

¿Con quién hablas?

Millan.

Con mi pecho.
¡Valgame Dios! ¿no es bien hecho,
que se luzca mi trabajo?

Don Juan.

¿Pues no voy bien?

Millan.

No lo ignoro:
mas si mi intento supieras,
quisiera yo que salieras
hecho un mismo pino de oro.

¿Va el vigote con buen vuelo?

Don Juan.

Bueno vá.

Millan

Júntale un poco.

Don Juan.

¿Qué importa el vigote, loco?

Millan.

¡Válgame Dios! viene á pelo,
y Dios sabe lo que pasa;
mas no te hallen de repente:
vete, que siento entrar gente.

Don Juan.

Pues dí que no estoy en casa.

ESCENA IX.

Dichos, Leonor, é Ines con mantos.

Doña Leonor.

No importará, si yo os sigo,
pues ya os ví, señor don Juan.

Millan.

Escurre.

Don Juan.

Aparta, Millan.

Millan.

Cuerpo de Cristo conmigo.

Don Juan.

¿Qué es lo que mandais, señora?

Doña Leonor.

Buen estilo.

Don Juan.

¿No és cortés?

Doña Leonor.

Estraño a lo menos es.

hecho un mismo pino de oro.

Millan.

No es sino de casa ahora.
Señor, que has de ir á palacio,
como el secretario avisa.

Doña Leonor.

No tienes que darle prisa,
que le he de hablar muy de espácio.

Don Juan.

Señora, yo estoy faltando
á un empeño.

Millan.

¿No se vé?
él no puede oir.

Doña Leonor.

¿Por qué?

Millan.

Porque estoy yo reventando,
y porque oirte no quiere,
y porque irse es testimonio,
y porque lleve el demonio
el alma que no se fuere.
Y porque estamos ahora
en grande aprieto, y porque
se vá, se ha de ir, y se fué.

Don Juan

Dices bien; á Dios, señora.

Doña Leonor.

Señor don Juan, el negar
el crédito á mi razon,
lo podeis hacer celoso,
pero no escusarle, no.
Porque si para esto hay causa
en los hombres como vos,
no la hay para ser grosero
con mugeres como yo.

*

Entre el no creerme ó no oirme,
hay mucho en vuestro valor,
que no oirme, es grosería,
y el no creerme, celos son.
Y si para tener celos
mi amor la licencia os dió,
para ser tan descortés
no os la ha dado mi opinion.
Y así, oid, señor don Juan,
que aunque rendido mi amor,
os dejarà estar celoso,
pero desatento no.

Don Juan.

Pues decid, que ya os escucho.
Millan, cuide tu atencion
de la puerta.

Millan.

¡O pesia el alma: *ap.*
de los zelos! Confesion
tiene aquí para tres horas,
y espero el predicador.
Señor, absuelvala luego.

Don Juan.

Decid, pues, que atento estoy.

Doña Leonor.

Yo seré, don Juan, muy breve.

Millan.

Pues deparetele Dios, *ap.*
porque si viene la Indiana
no hay al caso redencion.

Doña Leonor.

Lo primero en mi venida
se ha de suponer, que yo
no vengo á satisfaceros,
porque la satisfaccion

cuando no culpa en la queja,
supone causa, y yo estoy
tan lejos de haberla dado,
que de mi fe el claro Sol
no sufrirá en su pureza
aun ese leve vapor.
A desengañaros, sí,
del escrúpulo menor,
y como para mí corra
por desengaño el que os doy,
para vos, señor don Juan,
entre la satisfaccion
ó el desengaño, escoged
lo que estuviere mejor.

Millan.

Al caso, muger del diablo, *ap.*
que si tardas, vive Dios,
hemos de pedir limosna.

Don Juan.

Si es el intento, Leonor,
desengañarme, es en vano,
cuando yo tanto lo estoy;
pues sé qué fue mi esperanza
como aquella breve flor,
que madrugó en el almendro
y de temprana murió.
Que la dicha de romper
ántes que otras el boton,
siendo dicha á su hermosura,
fue peligro á su verdor;
pues por ser antes que todas
cerró al tiempo la sazon,
y murió al rigor de un zierzo;
que hay dichosos como yo
en quien sus dichas por dichas

su mayor peligro son.
Lo que tú quieres decirme,
ya yo lo he oido, Leonor,
que aunque tú no me lo has dicho,
en quien quiso como yo,
la soledad de los celos,
un mental tribunal son:
donde es el juicio el discurso,
la memoria el relator,
yo el actor, tu agravio el reo,
tu abogado mi pasion,
ó voluntad, que es todo uno;
y en este pleito interior,
por tí habló mi voluntad,
y en oyendo la razon,
te condenó: mira ahora,
si hablas tú, ¿qué hará mi amor
si te ha condenado, cuando
habló por tí mi pasion?
Y porque mejor conozcas
si habló bien en tu favor,
todo lo que has de decirme
es esto, que es gran rigor
hacer mayor la sospecha
que á mi tu hermano me dió.
Porque si aquel caballero
mirase con atencion
escándalosa tus rejas,
pudo ser sin tu favor,
y ser culpa en tu osadía,
lo que en tí no fué ocasion.
Decir que lo permitiste,
no le culpa, porque no
es fuerza haber voluntad
en lo que fué permision.

y que pudo ser desprecio
no escusarlo, y cuando no
en dejarse amar hay riesgo
de vanidad, no de error;
que no es culpa el ser querida
una muger, ni un amor
afianzado á su fineza,
se obliga á mas atencion.
Y esto se conoce claro;
porque una muger, Leonor,
de tus prendas ¿ para qué
pudiera admitir á dos,
uno en competencia de otro,
y mas hombre como yo,
dónde tiene tu esperanza
tan lejos la posesion?
Porque si hubiera cariño
en ese competidor,
cuando tu hermano te ofrece
su casamiento, y estoy
tan lejos de presumirlo,
¿ no fuera ignorante error
el defraudar tu deseo
por darme satisfaccion?
Desengaño decir quise,
no sea aquí, que el pundonor,
sobre esta cuestion de nombre,
me baraje la razon.
Y demas de esto, se infiere,
que no le admite tu amor,
en venirme á mí á buscar,
porque á tenerle aficion,
mi retiro te la logra:
pensar que es reputacion,
para quedar bien conmigo,

es mas insufrible error;
porque si dice tu hermano,
que las bodas de los dos
son mañana, ¿ para qué
me habias de buscar hoy,
ni intentar un desengaño
de tan breve duracion?
Y en fin, si tú le quisieras,
quererle era lo mejor,
dejarte yo fuera alivio;
luego es buscarme razon,
que lo desmiente, porque
¿qué pierde tu pundonor
en no quedar bien conmigo,
sino he de ser tuyo yo?
Todo esto, Leonor, me ha dicho
mi voluntad, que en mi amor
la he puesto yo de tu parte;
mira tú si en tu favor
puedes tener mas razones,
que juntar á tu razon.

Millan.

Ni la mitad, vive Cristo;
maldito sea quien tal dió,
porque ha de agarrarse de ellas,
como gato de riñon.
¿Señor?

Don Juan.

Aguarda, Millan.

Millan.

¿Qué es que aguarde? aquí de Dios,
santa Isabel, abogada
de toda visitacion,
haced que yerren la casa.

Doña Leonor.

¿De suerte ¡ay de mí! señor,
que cuanto quiera deciros,
pierde el crédito mi voz?
¡O mal haya mi desdicha!
¿mas que vana maldicion?
¿qué mas mal puedo tener,
que el que padeciendo estoy?
Pues, señor don Juan, en esto
no me queda apelacion,
ni yo puedo decir mas
de lo que habeis dicho vos:
ménos *sí*, que una verdad
es muy breve en su razon,
y de muchas adornada
suele perder el valor.
Si vos dudais mi verdad,
ella os vencerá, señor;
mas si no quereis creerla,
la vencida seré yo.
De fino amante es la duda,
y de noble fe es primor
sobresaltarse con ella,
mas desesperarse no.
Hacer preciso un agravio,
cuando hay duda en su ocasion,
es deseo de la ofensa
mas que fuerza de dolor.
Quien ama teme el agravio;
pero quien le imaginó,
sin valerse de la duda,
nunca le tuvo temor.
Si, vista una ofensa, mata,
no hay sentido, ó no hay amor
en quien pudiendo dudarla

contra el alma la creyó.
Y si no hay amor, don Juan,
no le queda á mi dolor
mas defensa que mi llanto:
salga su curso veloz
hasta que, al continuo embate,
deshecha la firme union
de sus profundas raices,
salga en lágrimas mi amor.

Millan.

Esto va muy á la larga, *ap.*
y yo tamañito estoy;
y ellas que vienen: ¡Jesus!

Don Juan.

¿Qué hay, Millan?

Millan.

San Salvador.

Don Juan.

¿Qué dices?

Millan.

Santa Gertrudis.

Don Juan.

¿Qué tienes?

Millan.

San Telefon:
tu hermano, Leonor, tu hermano.

Doña Leonor.

¿Qué?

Millan.

Que sin duda te vió,
y entra acá.

Doña Leonor.

¿Qué es lo que dices?

Millan.

Que entra por el facistol.

de los músicos del cielo!

Doña Leonor.

¡Ay de mí! sin alma estoy.

Don Juan.

Leonor, por esotra puerta
te puedes ir.

Inés.

¡Ay Leonor!
vamos, que es grande el peligro.

Doña Leonor.

Sígueme, Inés.

Inés.

Tras tí voy.

Doña Leonor.

¡Ay, Inés, yo estoy mortal!
quedarnos será mejor
aquí escondidas, por ver
si me ha visto, ó si me oyó;
que ir á casa, es mas peligro,
si nos ha visto á las dos.

Inés.

Bien dices, aquí te encubre. *Escóndense.*

ESCENA X.

Don Juan y Millan; doña Leonor é Inés, al paño.

Millan.

Véte tu tambien, señor.

Don Juan.

¿Qué es irme? yo he de esperarle.

Millan.

Mira que ha sido ficcion,
que es quien viene el mercader.

Don Juan.

¿Pues loco, infame, traidor,

cuando en lo que á mí me importa
vida y alma, hablando estoy,
con tan leve riesgo estorbas
el alivio á mi dolor?
Entre el mercader, ¿qué importa?
que á recibirle iré yo.

ESCENA XI.

Dichos, doña Ana y Casilda.

Casilda.

Aquí están.

Don Juan.

¿Quién entra aquí?

Millan.

Mugeres pienso que son.
¡Jesus, que se cae la casa! *ap.*

Don Juan.

¿Qué dices?

Millan.

Que se quedó
en la puerta el mercader.

Don Juan.

¿Y estas mugeres, quién son?

Millan.

No las conozco.

Don Juan.

¿Qué dices?

Millan.

¿Qué he de decir? ¿qué se yo?
Me lleven dos mil demonios
el al alma que me parió.

Doña Ana.

¿Señor don Juan?

Millan.

¡Vive Cristo!

Don Juan.

¿Qué mandais, señora, vos?

Doña Leonor.

¡Ay, Inés! ¿no ves qué humano
que ha dado aquí la ocasion?

Casilda.

¡Ah infames! ¿estos son hombres?
en todos fuego de Dios.

Doña Ana.

Señor don Juan, ya que os debe
tantas finezas mi amor
como me significais,
no viniendo á verme vos,
quiero yo venir á veros;
mas ya sabreis la ocasion,
y tambien habreis sabido
en cuán gran peligro estoy. (1)
Mi hermano quiere casarme,
y el remedio de este error
he librado en vuestro amparo,
por pagar vuestra aficion.

Don Juan.

Tened, señora, tened.

Millan.

Alto, soltóse el reloj, *ap.*
y anda á vuelo ya el badajo.

Don Juan.

¿Qué fineza, ni qué amor,
qué peligro, ni qué hermano,
ó con quién hablais, que yo

(1) *Está Millan por detras haciendo señas, y don Juan volviéndose, y él disimulando.*

ni os conozco, ni os he visto,
¡ni sé en lo que hablando estoy?

Al paño doña Leonor.

¡O qué bueno! como ha visto,
que aquí me he quedado yo,
hace la deshecha, Ines.

Doña Ana.

¿Qué es lo que decis, señor?
¿pues cómo hablais de esa suerte
con mugeres como yo?
Millan me está haciendo señas, *ap.*
y no entiendo la ocasion..
¿Casilda, entiendes tú aquesto?

Casilda.

¿Cómo he de entenderlo yo?
no lo entenderá Galvan.

Doña Ana.

¿Señor don Juan, qué ocasion
hay para fingir? (1)

Don Juan.

¿Millan?

Millan.

¡Jesus, qué fiero calor!

Don Juan.

¿Qué es esto?

Millan.

¿A mí me lo dices?

Don Juan.

¿Pues quién lo sabe?

Millan.

El Mogol:
pregúntaselo á tu abuela.

---

(1) *Vuelve don Juan, y coge á Millan haciendo señas, y él disimulando.*

Don Juan.

¡Pierdo el juicio, vive Dios!

Millan.

¿Pues qué he de hacer? yo reniego
del padre que me engendró. (1)

Doña Leonor.

Señor don Juan, si sois de estos,
no es justo que os dé ocasion
el ser ingrato con una,
de ser grosero con dos.

Millan.

¡Jesus, qué dolor de hijada!
que me muero, confesion.

Casilda.

To, to, to, señora mia,
ya he despuntado esta flor;
¡ó qué lindos embusteros!

Doña Leonor.

¿Señor don Juan, de estos sois,
¿y por esto era el fingir?
¿qué enmudeceis? dad razon
de vos á aquesta señora,
que por no estorbaros, yo
voy para daros tiempo
de dar la satisfaccion.

Doña Ana.

Eso no, la satisfecha,
mi reyna, habeis de ser vos,
que podreis tener de qué,
que en mi no hay queja ni amor
sobre que caiga ese empeño:
y así, señora, me voy,
para dejaros lugar

---

(1) *Salen Leonor é Inés.*

de que haga don Juan con vos
lo que pudiera conmigo,
si no fuera yo quien soy.
A Dios, mi señor don Juan;

Millan.

Por acá, cuerpo de Dios;
no salgan de cuatro en cuatro.

Doña Ana.

Por donde quiera iré yo.

Don Juan.

Esperad, oid, señora,
que habeis de decir, por Dios,
que ni os he visto en mi vida,
ni os hablé, ni sé quien sois.

Doña Ana.

¿ Eso mas, señor don Juan,
que yo dé satisfaccion?
Con mugeres de mi porte
aprended trato mejor;
que el que no me conozceis
os quiero acetar, por no
ir obligada al castigo
de vuestra desatencion.
Ven, Casilda.

Millan.

Por aquí.

Casilda.

¿ Otra puerta hay?

Millan.

Y otras dos,
que me han echado á perder.

Casilda.

Vergante, infame, bufon,
alcahuete, ¿ aun te queda
lengua para hablar de nos?

¡Ah noramala! canalla,
pobretonazos, puf.

ESCENA XII.

Dichos menos doña Ana y Casilda.

Millan.

Pof.

Don Juan.

¿Qué es esto que me sucede,
Millan? ¿qué es esto traidor?

Millan.

¿Oigan esto, en mi desfojas?

Don Juan.

Aqui hay traicion.

Millan.

¿Qué traícion?
pues llévenlas á San Blas,
y me quemen; vive Dios,
sino estan endomoniadas.

Don Juan.

El juicio perdiendo estoy.

Doña Leonor.

Que no hay que perder, don Juan,
¿para qué es esto, señor,
si ya vuestra voluntad
os dijo quien era yo?
y esto se conoce claro,
¿porqué una muger, Leonor,
de tus prendas, para qué
pudiere admitir á dos?

Don Juan.

Claro está.

Doña Leonor.

Pues no está claro;
y mas hombre como yo,

donde tiene tu esperanza,
tan lejos la posesion.

Don Juan.

Millan, yo pierdo el sentido.

Millan.

¿Qué se me dá á mi, señor?

Don Juan.

Ya me voy.

Millan.

Ahora mas que hablen	*ap.*
hasta rebentar los dos.

Don Juan.

¿Qué pretendes descontar
agravios que he visto yo,
en un engaño como este?

Doña Leonor.

¿Y tus zelos no lo son?

Don Juan.

A á tí te culpó tu hermano.

Doña Leonor.

Y á ti tu misma traicion.

Don Juan.

El lo dijo en mi presencia.

Doña Leonor.

Y aqui donde estaba yo.

Don Juan.

El culpó tu liviandad.

Doña Leonor.

¿Y esta dama qué culpó?

Don Juan.

Esto es ilusion ó sueño.

Doña Leonor.

Tambien yo soñando estoy.

Don Juan.

No sino vela en mi agravio.

Doña Leonor.

¿ Y tú has velado en mi amor ?

Don Juan.

Esto es cierto

Doña Leonor.

¿ Y esto es falso ?

Don Juan.

Es locura.

Doña Leonor.

Tu aprension.

Don Juan.

¿ Y la tuya ?

Doña Leonor.

Es evidencia.

Don Juan.

¿ Quién lo asegura ?

Doña Leonor.

Esta accion.

Don Juan.

¿ Pues qué has visto aquí ?

Doña Leonor.

A tu dama.

Don Juan.

¿ Quién dice que lo es ?

Doña Leonor.

Su voz.

Don Juan.

Pues no, Leonor...

Doña Leonor.

Pues don Juan...

Don Juan.

Esta queja...

Doña Leonor.

Este dolor...

Don Juan.

Es agravio.

Doña Leonor.

Ha sido afrenta.

Don Juan.

Yo no la trueco.

Doña Leonor.

Ni yo.

Don Juan.

¿ Pues qué esperas ?

Doña Leonor.

¿ Pues qué aguardas ?

Don Juan.

Yo nada. A Dios.

Doña Leonor.

Pues á Dios.

Millan.

A hí con dos mil demonios ,
que os lleven á ambos á dos.

Doña Leonor.

Ven , Inés.

Inés.

Vamos , Señora.

Don Juan.

Llama , Millan.

Millan.

¿ Llamar yo ?
no llamé cuando perdia
porque una sota salió
todo el dinero en la suerte ,
¿ y llamaré agora ?

Doña Leonor.

¡ Ay Dios !
¿ nos dejan , Inés ?

Inés.

¡Y como!

Doña Leonor.

Pues ven, que aunque mi dolor
me va quitando la vida,
no ha de vencer su traicion.

ESCENA XIII.

Don Juan y Millan.

Don Juan.

¿Fuese?

Millan.

Como una canilla.

Don Juan.

¡Ay de mi! sin alma estoy.
¿Qué es lo que me sucede? ¡de ansia muero!
¿caso como este á quien ha sucedido?

Millan.

Lo que es, señor, que ya no habrá dinero;
porque el crédito y todo hemos perdido.

Don Juan.

¿Pues por qué?

Millan.

¡Hay mas donosa boberia!
¿no te avisé que el mercader venia?
va hecho un perro de ver lo que aquí ha habido
y de lo que me ha dado arrepentido.

Don Juan.

¿Pues de qué?

Millan.

¿Qué es de qué? pues si venia
á ver lo que de tí le habia contado,
que era tu ingenio, agrado y bizarria,
y halla, cuando te espera mesurado,

un hombre que de tí viene á informarse,
cuatro damas aquí para atañarse,
que por poco una á otra el moño arranca,
¿quién quieres que se atreva á darte blanca?

ESCENA XIV.

Dichos y Leonor é Inés turbadas.

Doña Leonor.

Inés, Inés, libremos nuestra vida
de tan grande peligro.

Don Juan.

Tente, espera;
¿qué es aquesto, Leonor?

Doña Leonor.

Yo soy perdida,
verdad salió lo que fingido era:
al salir de este cuarto ¡yo estoy muerta!
encontré con mi hermano, que sin duda,
porque nos vió, nos esperó á la puerta;
cubrime el rostro, mas turbada y muda,
no sabiendo que hacer, me vuelvo adentro,
y él se arrojó tras mí por el encuentro.
Don Juan, señor, por mi peligro mira.

Millan.

¿Ves, si lo que yo dije era mentira?

Don Juan.

Leonór, entra adentro.

Millan.

En un instante.

Doña Leonor.

¿Y si entra acá?

Millan.

Negar; trampa adelante.

ESCENA XV.

Don Juan, don García y Millan.

Don García.

Esta sospecha ya á evidencia pasa.
Viniendo con don Diego por la calle,
dos mugeres vi entrar en esta casa,
que una su hermana pareció en el talle,
y fingiendo el acaso de un olvido,
de su hermano, zeloso, me despido;
y estando yo esperándola en la puerta,
al salirse las dos, para hacer cierta
mi sospecha, al instante que me vieron
á aqueste mismo cuarto se volvieron.
Ya es de mas calidad este recelo,
y he de reconocerlas, vive el cielo.

Don Juan.

¿Qué buscais en esta casa,
ó qué mandais, caballero?

Don García.

Aquí entraron dos mugeres.

Millan.

Mas han entrado de ciento,
mas ya todas son salidas.

Don Juan.

¿Pues que os importa á vos eso?

Don García.

Sé, que estan dentro.

Millan.

¿Es usted
de los que saben de adentro?

Don García.

Yo vengo á reconocerlas,
y lo he de hacer, vive el cielo.

Millan.

Reconocerlas es mucho,
conocerlas basta.

Don Juan.

Empeño
muy dificultoso es este.

Don García.

Pues yo estoy á todo riesgo
resuelto á lo que os propongo.

ESCENA XVI.

Dichos y don Diego por la puerta que salió su hermana.

Don Diego.

Por esta puerta salieron,
y he de saber á qué entraron ¿...
¿Mas don García?

Don García.

¿Don Diego?

Don Diego.

¡Cielos, aquí don García! *ap.*

Don García

¡Don Diego aquí ha entrado, Cielos! *ap.*

Don Diego.

¿Si vió salir á mi hermana? *ap.*

Don García.

¿Si con mi sospecha ha vuelto? *ap.*

Don Diego.

Viniendo con don García, *ap.*
algo alterado y suspenso
se despidió en esta calle
de mí turbado, diciendo,
que olvidó una diligencia,
que era preciso hacer luego.
Seguíle yo receloso,

entró en una casa, espero,
y de otra parte mas baja,
que segun lo que ahora entiendo,
entrambas son de este cuarto,
salir á mi hermana veo.
Seguíla, sin que me viese,
y en casa apénas la dejo,
cuando por la misma puerta
vuelvo aquí, á ver á que intento
mi hermana entró en esta casa,
y aquí á don García encuentro
con la misma duda acaso;
mas por si ha sido lo mesmo,
disimular me conviene.

Don García.

¿Qué buscais aquí, don Diego?

Don Diego.

Al despediros de mí
me dejaste con recelo
en esta calle, por iros
con el rostro descompuesto.
Yendo con este cuidado,
encontré á mi hermana luego,
que hoy salió á ver á su prima,
acompañéla, y la dejo
en casa, y vuelvo á buscaros;
porque os ví entrar aquí dentro;
halloos sin color, el rostro
alterado y descompuesto,
y estoy de vos ofendido,
pues siendo amigo, y ya deudo,
y habiendo salido juntos,
si le hay, como lo sospecho,
faltais á todo en no darme
parte á mí de aqueste duelo.

Millan.

¡Virgen, qué batiburrillo! *ap.*
las manos doy de concierto,
por sacar pies de este caso.

Don Garcia.

¿Lo que por mí pasa es sueño? *ap.*
yo ví entrar en esta casa
á la hermana de don Diego,
y él dice, que ahora la deja
en su casa: no lo entiendo.
¿Pues qué mugeres serían
las que al verme se volvieron?
¿mas qué importa esto, si ya
voy de mi error satisfecho?
¿A vuestra casa habeis ido?

Don Diego.

De ella en este instante vuelvo.

Don Garcia.

¿Con vuestra hermana?

Don Diego.

Si, amigo;
¿qué dudais?

Don Garcia.

Venir tan presto.

Don Diego.

¿Pues si vengo con cuidado?

Don Garcia.

Sin duda yo he estado ciego. *ap.*

Don Diego.

¿Qué duelo hay aquí?

Don Garcia.

Ninguno:
á hablar á este caballero
entré, ya le hablé, y me voy;
señor, despues nos veremos.

Don Juan.

Cuando fuéredes servido.

Don Garcia.

¿Qué desengaño mas cierto, *ap.*
que ir yo á vér si está en su casa,
cuando quedan aquí dentro
las que causaron mi duda?
A Dios pues; vamos don Diego. *Vase.*

Don Diego.

Vamos.

Millan.

¿Señores, qué miro?
están borrachos por cierto.

Don Diego.

¿Caballero?

Don Juan.

¿Qué mandais?

Don Diego.

Yo tengo con vos un duelo
muy pesado que ajustar,
á buscaros vendré luego.
¿donde me esperais?

Don Juan.

Aquí.

Don Diego.

Pues la palabra os aceto.

Don Juan.

Yo la doy.

Don Diego.

A Dios.

ESCENA XVII.

Don Juan y Millan.

Don Juan.

A Dios.
Millan, el sentido pierdo.

Millan.

Yo pierdo doble, señor.

Don Juan.

A Leonor aseguremos,
y venga lo que viniere.

Millan

Como venga, todo es bueno.

Don Juan.

Ven tras mí, que voy sin alma
en tan estraños sucesos;
pues creo lo que no he visto,
y lo que he visto no creo. *Vase.*

Millan.

Y yo tambien voy colgado
de los hilos de este cuento.
El hermano don García
deja su hermana aquí dentro;
el hermano de la Indiana
la encontró, segun sospecho;
Leonor está como un gato,
la Indiana va como un perro,
el crédito se ha perdido;
las tres partes del talego
se han de dar al mercader,
la huéspeda agarra el resto,
conque á llamarnos Alonsos
al instante volveremos.

Mas aqui de los embustes,
aguza, musa, el ingenio
¿no hay remedio á todo? pues
Trampa adelante, y á ellos.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DE DON DIEGO.

Millan.

Con el pie derecho llego,
porque esta supersticion
no le falte á la intencion
conque entré en cas de don Diego.
Dé el Cielo á esta trampa sola
goma, pez y girapliega,
que si este embuste no pega,
no hay en mi ingenio mas cola.
Don Juan, con Leonor su amante
celoso en casa quedó,
y entre tanto trato yo
de llevar trampa adelante;
y segun de mi cautela
va urdida, se ha de tramar,
ó al Parque me he de ir á ahorcar,
sino sale bien la tela.
Y porque ya en mi verdad
no hay crédito, este potage
viene urdido con un page,
porque lleve autoridad.
Manuelillo el pagecillo
viene á ayudarme á mi ruego,
que puede servir á un ciego,
segun es de Lazarillo.
Don Diego segun sospecho,

se ha ido ya con don García,
que con él desde la mia
vino á su casa derecho.
No sé qué intento seria,
dejando á mi amo aplazado;
¿mas por qué me da cuidado
su trampa, estando en la mia?
Búsquense ellos por allá,
que cuando hayan ajustado
aquel embuste pasado,
ya habrá nacido otro acá.
A doña Ana hablar no puedo,
ni á Casilda: mas por Dios,
que hácia aquí vienen las dos;
Millan, ánimo al enredo.

ESCENA II.

Casilda, doña Ana, y Millan al paño.

Casilda.

Señora, gran susto ha sido.

Doña Ana.

¡Ay Casilda, que entendí,
cuando á mi hermano entrar ví,
que nos habia conocido!
¿Mas por qué con don García
tan descolorido entró,
y en mi cuarto le metió?

Casilda.

Si te casa, que querria
que te viese, es lo que infiero;
y es cierto, que es muy galan,
y es yerro amar á don Juan,
siendo tan gran embustero.

Doña Ana.

Casilda, la inclinacion
me arrastró á aquel desacierto,
mas ya el daño descubierto,
lo primero es mi opinion.
Su presencia me engañó,
y de la industria pasada
confieso que estoy picada.

Millan.

Tal ensalada hice yo.
Llego, pues de mí no ha hablado.

Casilda.

Y el pícaro de Millan
¿viste mas fiero truan?

Millan.

Tan frio, que ya me he helado.

Casilda.

Milagro fué al verganton
no pelarle yo siquiera
las barbas.

Millan.

Milagro fuera
de un gallina hacer capon.

Casilda.

¿Qué te estafase el dinero
del vale que ya cobró?

Millan.

Y sino me muero yo,
no será el vale postrero.

Doña Ana.

Eso no me dá pesar
entre tan nobles cuidados.

Millan.

Afuera, miedos menguados,
alto pues, hombre á la mar.

Deo gracias.

Casilda.

¿No vés quién llama?
¿Picaron, pues tú aquí vienes?
¿tan poca vergüenza tienes?

Millan.

No me ha dicho tal mi dama.

Doña Ana.

¿Pues como á tan grande esceso
aquí os habeis arrojado,
sabiendo lo que ha pasado?

Millan

¡Jesus! ¿aun están en eso?

Casilda.

¿Pues, pícaro, en que han de estar?
Váyase, ó irá molido
á palos, que es un roido.

Millan.

Eso era antes de cobrar.

Doña Ana.

Salios al instante afuera.

Millan.

¿Pues mi amo no ha enviado
con un page aquí un recado?

Casilda.

¿Qué recado?

Millan.

El de Antequera.
¿Un page no vino aquí?

Doña Ana.

¿Qué page?

Casilda.

¿Hay tal embustero?

Millan.

¡Jesus! pobre caballero,

que estará fuera de sí.

Doña Ana.

¿Millan, qué cautela es esta?

Millan.

¡Ay señora, estoy perdido!
que está mi amo sin sentido
esperando tu respuesta;
porque á avisar te envió
de esto mismo que yo hablo,
que aquella muger del diablo,
que allí el demonio llevó,
es su prima; una muger,
que le tiene en perdicion,
y es en su comparacion
Hermitaño Lucifer;
y él la tiembla como al fuego,
porque traen pleyto, por Dios,
á un mayorazgo los dos
de la casa de Cañego.
Y como por conveniencia
se trata de que él herede,
de ella librarse no puede
por aquesta dependencia;
y le da infernales ratos,
porque le ha dado en celar,
y apostará á atestiguar
con la moza de Pilatos.
Por esto fingió el cuitado,
y yo al ver que te despeñas,
te estaba haciendo mas señas,
que una mondonga en terrado.
A esto habia de haber venido
el page, y con este intento
estrañé tu pensamiento;
pero sino lo has sabido,

de hallaros con embarazos
no me espanto, vive Dios,
sino de como las dos
no me han muerto á chapinazos.

Doña Ana.

¿Qué es lo que dices, Millan?
¿yo no he sabido su amor,
y que era doña Leonor
la que estaba con don Juan
mi vecina?

Millan.

Miren esto;
pues esa es: ¿qué te ha admirado?
y á eso venia el recado.

Doña Ana.

¿Casilda, qué dices de esto?

Casilda.

No lo intentáran diez suegros.

Doña Ana.

¿La hermana de don García?

Millan.

Ella misma: ¿hay tal porfia?

Doña Ana.

¿Y son primos?

Millan.

Como negros.

Casilda.

Que en tal trampa te encapriche.

Millan.

Alto, yo soy desgraciado, *ap,*
el pagecillo ha topado
sin duda con un boliche;
mas hele, porque se note
mas mi verdad.

ESCENA III.

Dichos y Manuelico el page.

Millan.

Pícaro, ¿ahora
vienes, al cabo de un hora?
¿te estabas jugando al bote?

Manuelico.

¿Yo? no tal, con el papel
vine luego.

Millan.

Bien está;
yo sé, que usted hoy tendrá
folías en el rabel:
llegue, acabe, dé el recado.

Manuelico.

No diga usted que tardé.

Millan.

Llegue pues.

Manuelico.

Yo llegaré

Millan.

¡Qué bien lo finge el taymado! *ap.*

Manuelico.

Don Juan, mi señor, porque él
venir no puede, os suplica,
que ese leais.

Millan

Cosa rica: *ap.*
lindamente ha hecho el papel.

Doña Ana.

¿Si es cierto lo que ha contado,
Casilda?

Casilda.

El papel prosiga

Manuelico.

Mándele usted, que no diga
á mi amo, que he tardado.

Millan.

Vos llevareis colacion.

Doña Ana.

No hará, pues de mí te amparas.

Millan.

Solo tú se los quitaras.
En la uña trae la licion. *ap.*

Doña Ana.

Yo leo el papel.

Manuelico.

No ignores,
que me hará azotar.

Casilda.

No hará:
temblando el chiquillo está.

Millan.

Bien entiende de temblores.

Lee doña Ana.

El desconsuelo con que me dejasteis, no permite dilataros el aviso de que aquella señora es doña Leonor de Toledo mi prima, á quien por una dependencia, en que estriba mi comodidad, tengo mas sujecion que á mis padres. Millan, si puede ir allá, os dará razon mas por menor de la pena en que quedo, por no haberos podido satisfacer en su presencia: y yo, en habiendo ocasion de asegurarme en la dicha de ser vuestro esposo. = Don Juan de Lara.

Verdad ha dicho Millan.

Casilda.

¡Jesus! y yo caigo ahora

en ello ; porque , señora ,
¿ un hombre como don Juan ,
se habia de haber atrevido
á tan grosero desuello ?
Millan , caimos en ello.

Millan.

Y como que habeis caido.

Doña Ana.

¿ Su prima es doña Leonor ?

Millan.

¡ Jesus , Maria , Agnus Dei !
como los duques del Rey.

Doña Ana.

Pues sin duda tomó error
quien le vió en la casa suya ,
de que era amor , si eso pasa.

Millan.

¡ Qué bueno ! el otro en su casa
entra como yo en la tuya.
Mas da respuesta primero ,
que está mi amo en grande afan.

Doña Ana.

No digas mas á don Juan ,
de que esta noche le espero.

Millan.

Ahora saco yo mis garras. *ap.*

Doña Ana.

Que venga sin falta acá.

Millan.

¡ Jesus ! el otro vendrá ,
como ahora llueve alcaparras. *ap.*

Manuelico.

Yo voy á darle el recado :
¿ Señora , me azotarán?

Doña Ana.

Ve seguro que no harán.

Millan.

A buen santo habeis rezado.

Manuelico.

Beso á usted los pies.

Casilda.

¡Qué bravo
es, señora, el pagecillo!

Millan.

Sino tardára, el chiquillo
es una pimienta.

Manuelico.

Y clavo.

ESCENA IV.

Doña Ana, Casilda y Millan.

Doña Ana.

Millan, tan grande contento
me das en el desengaño
que quisiera un modo estraño
de darte agradecimiento;
pero el mas apercibido,
aunque mi ánimo no iguale,
este es, toma aqueste vale, *Dásele.*
que tenia prevenido.

Millan.

¿Qué hay aquí con que me inclines?

Doña Ana.

Otro vale.

Millan.

¿Y de qué trata?

Doña Ana.

De diez mil reales de plata.

Millan.

Y son diez mil serafines.

Doña Ana.

De lo que el deseo concierta
no doy la mitad ahora.

Millan.

Vivas la mitad, señora,
del tiempo que has de estar muerta.
Bien se ha hecho. *ap.*

Casilda.

Véte luego,
que mi amo ha de volver.

Millan.

Yo sé que no puede ser,
y donde ahora está don Diego.
Mientras don Juan niega allá, *ap.*
yo estoy confesando aquí.

Doña Ana.

Mira, que pienso que sí,
que en algun cuidado está,
segun le ví en el semblante,
y díjome que volvia.

Millan.

Sobre eso no haya porfia.

Casilda.

Pues él volverá al instante,
espéralo en el portal
por no dilatarlo, y dale
en entrando con el vale.

Millan.

No recio; que le haré mal.

Casilda.

Vete pues.

Millan.

A la conquista.

de los diez mil al instante;
pues va la trampa adelante,
no la perderé de vista.

ESCENA V.

Doña Ana y Casilda.

Doña Ana.
¿Qué te parece Millan?
Casilda.
Cierto que estoy pesarosa
de haber pensado otra cosa
de un hombre como don Juan:
mas tu hermano; huir conviene.
Doña Ana.
Aguarda, ¿de qué he de huir?
¿has visto á Millan salir?
Casilda.
No, que por tu cuarto viene.

ESCENA VI.

Dichas, don Diego y Ginés.

Don Diego.
Despedir á don García
no fue posible hasta aquí;
porque como presumí,
que algo sospechado habia
conmigo quise traerle
para que á mi hermana viera;
aquel caballero espera,
y no he podido ir á verle
hasta saber de mi hermana,
por no errar lo que hay en esto,
y á su muerte estoy dispuesto,

si la verdad no me allana.
Ginés, salte tú allá fuera,
y nadie entre aquí.

Ginés.

Eso haré.

ESCENA VII.

Dichos menos Ginés.

Doña Ana.

¡Ay Dios, ¿qué es esto?

Casilda.

No sé.

Doña Ana.

Vamonos.

Don Diego.

Doña Ana, espera.

Casilda.

Escurro, allá se las haya. *ap.*

Don Diego.

No te vayas tú.

Casilda.

¡Qué oi! *ap.*

¿Qué yo no me vaya?

Don Diego.

Sí.

Casilda.

Ya esto no puede ser vaya. *ap.*

Don Diego.

¿Doña Ana?

Doña Ana.

¡Yo estoy sin mi! *ap.*

Don Diego.

¿Cuando hoy de casa saliste,
á ver á mi prima fuiste?

Doña Ana.

Es verdad.

Don Diego.

Pues yo te ví
salir de la casa, infiel,
de un caballero soldado,
à quien ya dejo aplazado
para ir á reñir con él.
Vida y haciénda á perder
voy resuelto, por tu error,
porque en llegando al honor
no hay hacienda que temer.
La riqueza es un honor
segundo, y tan verdadero,
que si cae sobre el primero,
hoy corre por el mayor.
Mas al que tenerla intenta
sin fama, no solo en él
no es honor, sino un cartel
que va diciendo su afrenta.
Porque al lucirse despues
con este hermoso trofeo,
si en la calle ó el paseo
alguien pregunta quien es
quien con tàl lustre se esmalta,
nadie al que lo preguntó
dice es un rico, sino
uno que tiene esta falta.
Esto prevéngo á tu error,
por si has llegado á dudar,
que la querré aventurar
para restaurar mi honor.
Que si el sol me le quitára,
á vengarme al sol subiera,
y si llegar no pudiera

en sus rayos me abrasára.
Que la honra, para tenella,
no basta haberla buscado;
mas para ser uno honrado
bastante es morir por ella.
Mira pues, que esto te digo,
porque en yendole á buscar,
ni quiero el remedio errar,
ni dilatar el castigo.
Aqui no hay duda, ni engaño;
yo lo vi, y he de saber
cuanto en esto puede haber,
por si tiene medio el daño.
Tu muerte el medio es segundo,
y el primero la verdad.

Doña Ana.

Hermano, yo tu piedad...

Casilda.

Piedad señor, miente el mundo.

Don Diego.

Pues de este acero vengada
veré mi afrenta en las dos.

Casilda.

¿Acero? ¡Ay señor! por Dios,
que yo no estoy opilada.

Don Diego.

¿Qué dices?

Doña Ana.

Si tu perdon
licencia, hermano, me dá.....

Casilda.

Confiesa presto, que ya
se me vá la confesion.

Doña Ana.

Calla, no hables de ese modo;

Casilda.

¿Qué es callar? ¡Ay que lo suelto!
que el acero me ha revuelto
y he de vomitarlo todo.

Don Diego.

¿Cómo?

Doña Ana.

En su miedo repara,
señor; y advierte primero
quien es aquel caballero.

Don Diego.

Ya sé que es don Juan de Lara,
su nobleza, y que adquirir
supo el nombre de soldado,
y aunque yo no le he tratado,
sé que está para salir
el premio de una encomienda,
que por su valor le dan.

Doña Ana.

Si sabes quien es don Juan,
para que tu error no entienda,
que á mi decoro fiel
el límite justo paso,
todo lo que hay en el caso
te dirá aqueste papel. (1)

Casilda.

Descansé. ¡Ay señora mia!
qué lindamente lo has hecho,
que me has sacado del pecho
toda aquesta porquería.

Don Diego.

Doña Ana, esto asegurado,
no hay aquí que averiguar,

(1) *Toma el papel y lee.*

que yo mas te debo estar
agradecido, que airado:
¿Mas esta doña Leonor
es la vecina?

Doña Ana.

Ella es.

Don Diego.

¿Y es su prima?

Doña Ana.

¿No lo ves?

Don Diego.

Yo imaginé grande error,
pues si es primo don García
de don Juan, á hablarle fue,
por ser su deudo, y pensé
que iba en la sospecha mia.

Doña Ana.

Y ahí está un criado de él,
que venir suele á cobrar,
si te quieres informar.

Don Diego.

¿Fue quién trajo este papel?

Doña Ana.

No; mas sabe lo que pasa.

Don Diego.

Llamále, Casilda, pues.

Casilda.

Llama á un criado, Ginés,
que está á la puerta de casa.

Dentro, Ginés.

Ya vá.

Don Diego.

Ya paró en mejor
el duelo, que yo entendia;
perdóneme don Garcia,

que lo primero es mi honor.

ESCENA VIII.

Dichos, Ginés y Millan.

Ginés.

Aquí está.

Millan.

¡Virgen sagrada! *ap.*
¿qué veo?

Don Diego.

¿A quién esperais?

Millan.

¿Por cuál de ellos preguntais?

Don Diego.

¿Qué decís?

Millan.

No digo nada.

Don Diego.

¿A qué venís? no os turbeis.

Millan

Yo, señor del alma mia,
vine del Andalucía
por Francia, habrá un año ó seis.

Don Diego.

¿Qué quereis aquí?

Millan.

Cobrar
este vale. El juicio digo, *ap.*
que estoy perdiendo contigo.

Don Diego.

¿Pues á quién se ha de pagar
este vale, ó de quién es?

Millan.

Es de un mercader de paño,

Don Diego.

No, Doña Ana,
que ántes para que se sepa que es vana
su pretension, te quiero aquí á mi lado.
¡Qué de embarazos halla mi cuidado! *ap.*

ESCENA IX.

Don Diego, doña Ana, Casilda y don Garcia.

Don García.

Don Diego, ya cansado de esperaros
os entro yo á buscar.

Don Diego.

Desengañaros
siento, vive los Cielos, don García,
de lo que tuve ya por dicha mia;
mas en todo, mi honor es lo primero.

Don García.

Por qué me lo decis saber espero.

Don Diego.

La palabra que os dí de ser esposo
de vuestra hermana, os cumpliré dichoso;
mas vos no podeis serlo de la mia.

Don García.

¿Pues por qué?

Don Diego.

Está casada, don García.

Don García.

Aunque perder, señora, vuestra mano
en mí causa tan justo sentimiento,
no faltaré al primor de cortesano;
pues siendo eleccion vuestra el casamiento,
segun se infiere de no haber tenido
noticia de él don Diego, que habrá sido
digno de vos es cierto.

su criada acá, esto infiero.
Ginés, esto es lo mejor,
lleva este hombre.

Millan.

¿Qué, señor?

Don Diego.

A pagaros el dinéro.

Millan.

Válgame un caiz de credos,
¿tanto en esto os deteneis?

Don Diego.

¿Pues qué decis?

Millan.

Que podeis
ser destilador de miedos.

Ginés.

Venid.

Don Diego.

En oro al instante
se lo dá.

Millan.

¡Ay Dios, qué escuché!

Don Diego.

Entrad vos.

Millan.

Sí haré, porque *ap.*
vaya la trampa adelante. *Vase.*

Don Diego.

Hasta estar casada, ya
no has de salir del retiro
de tu cuarto. ¿Mas qué miro?
Don García viene acá.

Doña Ana.

Pues yo me iré á mi cuarto.

nuestras vidas con él aseguraremos.

Casilda.

Ni un instante mi miedo lo dilata,
que yo siempre voté salto de mata.

ESCENA X.

Don Diego y Don García.

Don Diego.

¿Qué decís, don García? ¿estais ciego?

Don García.

Ya en esto no hay amor, señor don Diego;
ni es mi primo don Juan, que eso es supuesto,
ni le he hablado en mi vida.

Don Diego.

Bueno es esto;
¿pues no estabais con él esta mañana?

Don García.

Fuí, porque allá vi entrar á vuestra hermana,
y si allá fue la mia, de esta suerte
le he de casar con ella, ó darle muerte.

Don Diego.

¿Qué decís?

Don García.

Lo que haré con este acero.

Don Diego.

Sin duda hay yerro aquí; veamos primero,
que él me espera en su casa, de él sabremos:
mas sabed, que es marido de doña Ana.

Don García.

Yo sé, que es en mi honor antes mi hermana.

Don Diego.

Pues allá lo veremos.

Don García.

Eso espero.

mas en mi casa quiero entrar primero,
y saber de mi hermana lo que pasa,
para no errar el medio ó el castigo.

Don Diego.

Pues yo voy á esperaros.

Don Garcia.

Ya yo os sigo.

ESCENA XI.

SALA EN CASA DE DON JUAN.

Doña Leonor, don Juan y Jusepico.

Don Juan.

Esto es, Leonor, lo que importa.
Jusepe, á la puerta aguarda,
y avisame si alguien viene.
El empeño en que me hallas
no es para vanos discursos,
en que toda la mañana
han gastado nuestros celos.
Tu hermano te vió en mi casa,
y disimuló su ofensa
para volver á vengarla.
Don Diego, aquel Caballero,
que entró tras él, la palabra
me tomó de hallarme aqui;
yo no le puedo hacer falta.
Y tras esto en el peligro
de tu vida y de tu fama
todo es ménos; mira ahora,
sin hablarme de tus ansias,
de tus celos ni los mios,
qué medio hay de asegurarla;
que aunque sea aventurando
nombre, opinion, vida y fama,

de todos los riesgos tuyos
te ha de asegurar mi espada.
Leonor, en tal caso, amor
es la menor importancia;
mira el remedio que escoges,
y mira si le dilatas,
que en las materias de honor,
que son herjdas del alma,
mientras se piensa el remedio,
se hacen mortales las llagas.

Doña Leonor.

¿Don Juan, qué quieres que escoja?
¿Si del término me sacas
donde está el remedio mio,
qué pueden pensar mis ansias?
Tú, celoso injustamente,
no quieres sacar la cara
á decir que eres mi esposo,
solo á amparararme te allanas,
¿Pues cómo quieres, don Juan,
que una muger que es honrada,
intente librar su vida,
dejando morir su fama?
El mayor riesgo es mi honor,
tú en este me desamparas,
mi vida es menor peligro,
este socorrerme trata.
Si amparas, don Juan, bizarro
mi vida, mi honor agravias:
¿pues qué te debe mi riesgo,
si en el amparo me infamas?
Cuando la honra se arriesga,
librar la vida es infamia;
pues por no morir de infame,
quiero yo morir de honrada.

Yo no he de salir de aquesta
ni he de volver á mi casa
sino muerta, ó con la honra,
que aventuré por tu causa.
Venga mi hermano, señor,
logre mi vida su saña;
atropelle mi inocencia,
triunfe su furia tirana;
muera yo, don Juan, que entónces
de tí me dará venganza
mi muerte; pues tus sospechas
morirán con mi desgracia.
Que de no haberte ofendido
será la prueba mas clara,
verme morir en el riesgo,
de que tú mismo me sacas;
pues aventurar su honra,
no pudo por otra causa,
quien para librar la vida
no se atrevió á aventurarla.
Mi muerte será escarmiento
de todas las que idolatran,
si así en años de amor
nobles finezas se apagan.
Este será el premio injusto
del dolor de ausencias tantas,
de tus amantes porfias,
y mis resistencias vanas,
que en rendimientos pararon
de tan locas esperanzas,
que el aire de mis suspiros
para deshacerlas basta.
¿Mas para qué he de acordarme,
que me obligaron tus ansias,
tras de tan prolijos dias,

que asistiendo á mis ventanas,
te dejó siempre la noche
donde te encontraba el Alba,
si solo sirven de hacer
tu sinrazon mas ingrata?
Y cuando llantos de amor
huye el riesgo de mi fama,
en agravar tu delito
doy á los ojos mas causa.

Don Juan.

Suspende, Leonor, el llanto,
que no podrá, aunque me agravias,
resistir mi ardiente fuego
el dulce riesgo del agua.
El enfermo, á quien la sed
de la calentura abrasa,
se arroja á perder la vida,
por vencer, bebiendo, el ansia.
Mi amor, enfermo de agravios,
arde en la violencia falsa
de la sed de tus cariños;
pues no le muestres el agua,
que si en tus ojos, Leonor,
mira el cristal que derramas,
por no sufrir lo que aflige,
ha de beber lo que mata.

ESCENA XII.

Dichos y Jusepico.

Jusepico.

Señor, aquel caballero,
que estuvo aquí esta mañana,
entra acá dentro.

Don Juan.

Leonor;
retírate pues, ¿qué aguardas?

Doña Leonor.

Yo quiero morir, don Juan,
por crédito de mi fama:
no me he de esconder.

Don Juan.

¿Qué dices?

Doña Leonor.

Venga mi hermano.

Don Juan.

Repara.....

Doña Leonor.

Esto ha de ser.

Don Juan.

Que ser puede,
que del mismo lance salga
verdad, que venza mi duda,
y dé medio á tu esperanza.

Doña Leonor.

Pues por eso me retiro.

Don Juan.

Tambien tú alla fuera aguarda.

ESCENA XIII.

Don Juan y don Diego.

Don Diego.

¿Señor don Juan?

Don Juan.

Dios os guarde.

Don Diego.

Culparéisme la tardanza;
mas antes agradecerla

podreis, sabiendo la causa.
Yo, don Juan, me he detenido
para saber de mi hermana
lo que habia en este empeño,
ya lo supe, y esto basta
por enojo de una ofensa,
que está tan bien restaurada.
Yerros de amor no son yerros,
cuando tal fin los remata;
y pues de vuestras finezas
tiene logro la esperanza,
dando á mi hermana la mano,
yo vengo á daros las gracias
y los brazos, por el gusto
de que vos honreis mi casa.

Don Juan.

Tened, señor, ¿qué decís?

ESCENA XIV.

Dichos y doña Leonor al paño.

Doña Leonor.

¡Cielos, que yo injurias tantas
atropelle, y que me rinda
la fuerza de mi desgracia!
Piérdase vida y honor,
piérdase, y no sufra el alma
tan afrentosos desayres.

Don Juan.

¿Qué finezas ni que hermana?
¿qué yerros? que ni os conozco,
ni he sabido por qué causa
aquí os espero,

Don Diego.

¡Qué escucho,

cielos! ¿Es vuestro, decid?

Doña Leonor.

¡Confusion estraña!

Don Diego.

¿No sabeis, señor don Juan,
que soy don Diego de Vargas?

Don Juan.

Seais muy enhorabuena,
que hasta ahora lo ignoraba.

Don Diego.

¿Pues mi hermana no os lo ha dicho?

Don Juan.

¿Sé yo quién es vuestra hermana?

Don Diego.

¿No estaba aquí ayer con vos?

Don Juan.

Aguardad, que si eso pasa,
vive Dios, que ella me halló
con esa misma ignorancia;
porque no la ví en mi vida,
ni sé de qué amor me trata.

Don Diego.

¿Pues cómo por vuestra prima
doña Leonor, que aquí estaba,
le enviais satisfaccion
en un pápel á mi hermana?

Don Juan.

¿Qué prima ni que papel?

Doña Leonor.

¡Se ha visto maldad tan rara!

Don Juan.

Señores, yo pierdo el juicio. *ap.*

Don Diego.

Pues el papel, sino basta
la verdad, os vencerá. Desdo-

¿Es vuestro, decid?

Doña Leonor.

¿Qué aguarda
ofendido mi decoro?

Don Juan.

Cielos, ya esto tiene causa, *ap.*
y no de poca malicia.
Que es mi firma es cosa clara;
mas yo tal papel no he escrito.

Don Diego.

Pues para mataros basta. (1)

ESCENA XV.

Dichos y Millan.

Millan.

Señor, gran bien...... ¿Mas qué miro?
Huí del gato, y dí en las brasas. *ap.*

Don Diego.

Aguardad, que este criado
viene ahora de mi casa
de ser testigo de todo.

Millan

Yo no lo he sido de nada,
vé usted aquí mis dientes buenos.

Don Juan.

¿Pues villano, tú de casa
á qué ibas? Tú me has vendido.

Millan.

Por diez mil reales de plata,
que me dió allá el mercader.

Don Juan.

¿Qué mercader? ¿de quién hablas?

(1) Empuñan las espadas.

Millan.

Juan Gutierrez de Engañosa,
que vive junto á la Cava.

Don Juan.

¿Es ese hombre de Zamora?

Millan.

Si señor, como la gaita.

Don Juan.

¿Tú has llevado este papel?

Don Diego.

Eso no; noticia clara
tengo, que fué otro criado.

Don Juan.

Pues yo no tengo otro en casa.
¿Señor, qué es lo que decís?

Millan.

Vé usted como es patarata.

Don Diego.

¿No digiste en mi presencia,
que tu amo don Juan de Lara
es primo de don García,
confirmando la palabra,
que en este papel se incluye?

Millan.

¿Qué papel? ¡Santa Susana,
libradme de testimonios!
¿Yo, señor, he dicho nada?

Don Diego.

¿Pues mi hermana no lo dijo?

Millan.

¿Si lo dijo vuestra hermana,
habia yo de desmentirla?

Don Juan.

Villano, tú has sido causa
de estos engaños.

Millan.

Señor,
hoy fuí á cobrar á su casa,
y como á tí acá, me dieron
con esa misma matraca.

Don Juan.

Vive Dios, que has de decir....

Don Diego.

Don Juan, esa empresa es vana,
que para el empeño mio
no es satisfaccion que basta,
os engañe ó no el criado.

Don Juan.

¿Pues que otro medio se aguarda?

Don Diego.

Solo morir ó matar.

Don Juan.

A eso mi valor no falta.

ESCENA XVI.

Dichos y don García.

Don García.

Aquí del agravio mio
tomará mi honor venganza.

Doña Leonor.

Mi hermano es este; ¡ay de mí!
Aquí mi desdicha acaba.

ESCENA XVII.

Dichos, menos doña Leonor.

Don Diego.

Don García, vos venís
á muy mal tiempo.

Millan.

¡Ya escampa!
Quien tiene su cueva abierta,
venga aquí que llueven trampas.

Don Garcia.

Yendo á mi casa, en mi duda,
á informarme de mi hermana,
hallo que ha faltado de ella;
y pues con mi honor me falta,
teniendo tanta evidencia
de que estuvo en esta casa,
vos habeis de darme cuenta
de mi honor y de mi hermana.

Millan.

¿Señores, tantos á un hombre?
¿Hay mas hermanos que salgan?
¿Es mi amo Anton Martin?

Don Diego.

Tened, García, la espada;
yo tengo ese mismo duelo
con don Juan, y mi venganza
es primero, y vive Dios,
si lo estorbais, que mis armas
han de ser en su defensa
hasta asegurar mi fama.

Don Garcia.

Que os pongais vos á su lado,
aunque le dé esa ventaja,
será dar causa á mi honor
para tomar mas venganza.
Y así ved, que si lo haceis,
de él y vos he de tomarla;
pues tambien me hace la ofensa,
quien defiende al que me agravia.

Don Juan.

Tened. ¡ Cielos, si Leonor, *ap.*
que está ya desesperada,
se arroja á salir aquí,
todo el duelo se remata !
Lo mejor ha de ser esto.
Caballeros, esta casa
no es capaz para este duelo,
porque al sacar las espadas,
ó vecinos ó justicia
los empeños embarazan:
salgamos los tres al campo.

Don Diego.

Yo lo aceto.

Don García.

Y yo.

Don Juan.

Pues vaya
uno de los dos guiando.

Don Diego.

Venid pues.

Don García.

Sigo tus plantas.

ESCENA XVIII.

Don Juan, doña Leonor y Millan.

Millan.

¿ Señores, qué haré ? que ya
va tan adelante la trampa,
que atras quisiera volverla.

Don Juan.

Leonor, ya ves lo que pasa,
con Millan salir procura,
que tu vida asegurada,

todo remediarse puede.

Doña Leonor.

Don Juan, ó muerta ó casada
he de salir tu cuarto.

Don Juan.

¿Qué dices?

Doña Leonor.

Mi honor lo manda.

Don Juan.

¿No ves tu riesgo?

Doña Leonor.

Es menor.

Don Jan.

¿Pues cual es lo mas?

Doña Leonor.

Mi fama.

Don Juan.

¿Y la vida?

Doña Leonor.

La desprecio.

Don Juan.

Leonor, mira...

Doña Leonor.

Don Juán, basta.

ESCENA XIX.

Dichos y don Diego.

Don Diego.

¿No venís, señor don Juan?

Millan.

¡Adentro, pesia mi alma!

Don Juan.

Ya os sigo.

Don Diego.

Venid.

Don Juan.

Millan,

de aquí al instante la saca.

ESCENA XX.

Doña Leonor y Millan.

Millan.

¿Leonor?

Doña Leonor.

¿Millan, qué dices?

Millan.

Que de aquí al instante salgas.

Doña Leonor.

¿Dónde hemos de ir?

Millan.

Por novillos;

vamonos á Salamanca,
que ahora viene San Lucas,
y esto aquí va de muy mala.

Doña Leonor.

¿Qué es lo que dices?

Millan.

Que aquí

llevo yo para sotanas:
presto, escurramos la bola.

Doña Leonor.

Sin juicio pienso que hablas,
yo no he de salir de aquí.

Millan.

Ay que lleva la contraria. *ap.*
Muger, que eso es del galan;

mira que tú haces la dama.

ESCENA XXI.

Dichos, doña Ana y Casilda.

Doña Ana.
Casilda, esto es lo seguro;
don Juan del riesgo nos valga.
Casilda.
¿Y como, señora mia?
Escapemos, que aunque estaba
don Diego hecho un mismo perro,
me fuera yo ahora á Irlanda.
Millan.
¡Virgen de los apretados,
lo que entra! ¡Acabó la trampa!
Doña Leonor.
¡Ah traidor! ¿era por esto
quererme sacar de casa?
Millan.
¡Qué he de sacar, pesia mi!
que lo que yo saco es plata.
Doña Ana.
¿Casilda, qué es lo que veo?
Casilda.
¡La prima, Jesus!
Millan.
Ya escampa:
San Jorge, de los araños
me librad de estas arañas.
Doña Ana.
¿Vióse tal persecucion
en una muger honrada?

¿ Casilda, qué hemos de hacer ?

Casilda.

¡ Ay señora, que tarasca !
traza de tragarnos tiene.

Millan.

Yo soy quien ahora traga;
pero saliva.

Doña Ana.

¿ Millan ?

Millan.

¿ Cómo Millan ? ¿ quién me llama ?

Doña Ana.

¿No me conoces ?

Millan.

¿ Yo á vos ?
me han dado unas cataratas
repentinas, y no veo
hácia donde estais.

Doña Leonor.

Bien trazas
la desecha, infame, aleve.

Doña Ana.

¿ Qué dices ?

Millan.

¡Ay santa Clara !
¿ Señora, esta es la de hoy ?

Doña Ana.

¿ Qué es la de hoy ? ¿ con quién hablas,
Millan ¿ á serme posible
la pesadumbre escusára
á don Juan, de que su prima
me hallase ahora en su casa;
sabiendo yo, que es tan mio.
Mas ya sacando la cara,
porque me obliga el peligro

de mi vida y de mi fama,
no hay por qué fingir, Millan,
que ya el riesgo lo declara.
Desengaña á esa señora,
y no al desaíre la traigas,
de que vea con sus ojos,
que ya conmigo se casa
don Juan, y que la aborrece;
que no es decente á una dama
venir á que la murmuren,
lo que os persigue y os cansa.

Millan.

¡Toma si purga! las tripas
ha hechado con esta basca.

Doña Leonor.

¿Qué es lo qué decís, señora?
¿á qué venís á esta casa?
que me costais mas peligros,
que habeis errado palabras.
¿Qué es casar vos con don Juan?
¿qué es ser vuestro con mi infamia?
¿ni qué aborrecerme á mi,
cuando le debe á mi fama
el crédito que me arriesga?
Viven las estrellas altas,
que ha de ser mio; y si alguna
por destino lo estorbára,
la eclipsára con mi aliento
las luces con que me agravia.

Casilda.

Fuego de Dios, como sopla.
¿Esta es muger ó borrasca?

Doña Ana.

Ea, señora, por Dios,
que ya es mucha exorbitancia.

de prima y á un pobre señor
por pobre, sujecion tanta.
Idos, señoría, con Dios,
y lograd en paz ó en rabia
el mayorazgo, que á mí
que me tenga don Juan basta,
que no he menester hacienda,
ni él el honor de la casa
de Cañigo, si la mano
le da doña Ana de Vargas:
quedaos con él, que yo haré,
si le ha de costar tal ansia,
que os quite el mayorazgo.

Millan.

¡Cristo bendito de Cabra,
cual se va poniendo el ajo!

Doña Leonor.

Muger, ¿de juicio me sacas?
¿qué sujecion? ¿qué Cañigo?
¿qué mayorazgo? ¿qué casa?
¿con quién hablas, ó qué dices?

Doña Ana.

Millan, dísela tú, acaba.

Casilda.

Oigan esto: ¿qué le aturdes?
¿ya no estámos declaradas?
¿para qué es el fingir ahora?

Millan.

¿Qué es fingir? pesia mi alma,
¿qué he de hablar? que es menester
si del mayorazgo tratan,
revolver para hablar de ello
el archivo de Simancas.

Doña Ana.

¿Tú no me has dicho todo esto?

¿tú no me llevaste á casa
aquel papel de don Juan?
¿pues ya para qué lo callas?

Doña Leonor.

¿Millan, qué es esto qué dicen?

Millan.

Es, señora, una empanada,
que la quise hacer de pollas,
y se me ha vuelto de urracas.
¡Virgen santa del Buen fin,
el justo zelo me valga
de remediar mi pobre amo;
que ya esto está dando arcadas!

Doña Ana.

¿No es esto así?

Millan.

No señora,
ni es, ni fué, ni será nada,
que estais trayendo lugares,
que no los hay en el Mapa;
que Leonor no sabe de esto,
ni es prima ni mayorazga,
sino del abril; ni vos
ni don Juan sabe palabra,
ni yo sé lo que me digo;
porque de tanta maraña
tengo hecha aquesta cabeza
una misma calabaza.

Doña Ana.

¿Qué es lo qué dices, villano?
¿pues qué ha sido esto?

Millan.

Trampa
para socorrer el hambre:
yo hice á Leonor, por lograrla,

su prima, y la hiciera negra,
porque estabamos sin blanca.

Doña Ana.

¿Qué es lo que escucho traidor?
¿asi una muger se engaña?

Casilda.

¿Así los vales nos llevas?

Millan.

Pues séquenmelo á patadas.

Doña Ana.

Viven los cielos sagrados,
que he de tomar la venganza
tan sangrienta, que escarmiento
llegue á ser don Juan de Lara
del mundo, con su castigo.

Millán.

¿Por qué, si él no sabe nada?

Doña Ana.

¿Pues yo sus firmas no he visto?

Millan.

Para un mercader las daba,
y yo para esta obra pia
las apliqué.

Doña Leonor.

¿Si eso pasa,
que es lo que quereis, señora?

Doña Ana.

Solo asegurar mi fama,
castigando esta traicion.

Millan.

¡Jesus, que vuelven á casa
los tres, como tres leones!

Doña Leonor.

Señora, aqui retiradas
esperemos, que pues ya

la verdad os desengaña,
yo daré remedio á todo.

Millan.

Todo esto en mil palos para.

ESCENA XXII.

Millan, don Juan, don Diego y don García.

Don Juan.

¿Dónde está Leonor, Millan?

Millan.

Aquí dentro.

Don Juan.

Dicha ha sido.

Don Diego.

¿A qué nos volveis, don Juan?

Don Juan.

Sacaros he prometido,
don García, de este afan,
y ajustado vuestro dueño,
ir con don Diego á reñir.

Don García.

¿Pues cómo ha de ser?

Don Juan.

Diréle:
queriendo al campo salir,
sin saber de mi recelo,
ni preguntárselo yo,
á vos os dijo don Diego,
que él nunca á Leonor habló,
ni ella á él.

Don García.

Asi pasó.

Don Juan.

Pues ese fue mi sosiego:
¿vos quedareis satisfecho,

si mi esposa á Leonor veis?

Don Garcia.

Dándoos los brazos y el pecho.

Don Juan.

Pues, Leonor...

ESCENA XXIII.

Dichos y Leonor.

Doña Leonor.

¿Qué me quereis?

Don Juan.

Para vos ya eso está hecho, (1)
Ahora vamos á reñir,
señor don Diego, los dos.

Don Garcia.

Yo á vuestro lado he de ir.

Don Diego.

Pues entrambos, vive Dios,
á mi enojo han de morir.

Doña Leonor.

Tened, que si me escuchais,
de este empeño os sacaré.

Don Diego.

No es posible que lo hagais.

Don Garcia.

¿Oid, por qué lo escusais?

Don Diego.

¿Qué has de decir?

Doña Leonor.

Lo que sé.

Millan.

¡Jesu-Cristo, los dolores!
¡ay, que he quebrado en sangre!

(1) *Dá la mano á Leonor.*

mal parto es ; valedme vos.

Don Garcia.

¿De qué?

Don Diego.

En viendo lo que hace.

Don Garcia.

Decid, pues.

Doña Leonor.

Señor don Diego,
vos visteis (sospecha es grande)
á vuestra hermana en la casa
de don Juan; mas si se sabe
la causa, ni ella es culpada,
ni en su decoro hay ultraje,
ni en vuestro honor hay peligro,
ni don Juan ofensa os hace:
mas si la digo, don Juan
palabra me ha de dar antes
de perdonar á quien tiene
la culpa de engaños tales.

Don Juan.

Yo la doy.

Millan.

¡O muger fuerte!
un Himno heróico te cante
la capilla sustanciosa
de los capones de Caspe.

Doña Leonor.

Pues, Millan, ese criado,
fingiendo, que era su amante
don Juan, con papeles suyos,
que él con la industria que sabe,
sacó á su amo las firmas,
y acreditó con tal arte,
que cree ya don Juan su esposo,

que pasando por su calle
vuestra hermana, le entró á ver:
si es yerro, que lo pensase,
las firmas se le disculpan;
y creído entrar á hablarle,
no es culpa en una muger,
que con él pensó casarse.
Don Juan no la ha hablado á ella,
ni de estos intentos sabe,
mas que vos lo que escuchais;
y se acreditó bastante,
de que él lo ignora, que yo
siendo su esposa y su amante,
y á quien, porque le he tenido
seis años de amor tan grande,
tocaba mas esa queja,
no la tengo en esa parte.
Mi hermano con vuestra hermana
dió palabra de casarse,
si él os la cumple, no queda
á vuestro honor mas examen.
Y para que él os la cumpla,
solo falta, que el se halle
satisfecho de doña Ana,
y esto no puede faltarle;
porque aunque no resultára
con tan preciosas señales,
la satisfaccion debida
del mismo afecto del lance;
el que yo se lo aconsejo
es satisfaccion bastante,
porque yo no le empeñára
á cosa que desdorase
su opinion; ¿qué es su opinion?
su voz, su sombra, su imágen;

pues siendo su hermana yo,
soy de su honor tanta parte.

Don García.

Don Diego aunque por mi hermana
mi honor no se asegurase,
el mismo caso lo allana;
y porque el duelo se acabe,
y porque yo dicha logro
de conveniencia y de amante,
esposo soy de doña Ana.

Don Diego.

Aunque á mí nada me falte
qué desear, si ese veo,
saber quisiera el dictámen
en Millan, de fingir esto.

Millan.

Esto es, señor, unos vales
que me daba vuestra hermana,
que cada uno fué un Angel.

Don Diego.

¿Pues dineros; á mí estafa?
vive Dios, que he de matarle.

Don Juan.

Y yo lo he de hacer primero.

Don García.

Don Diego, por mí se pasen.

Doña Leonor.

¿Don Juan, tu palabra quiebras?

Don Juan.

Eso puede reportarme.

Don Diego.

Por Dios, que es alevosía.

Doña Leonor.

Doña Ana el empeño ataje,
que está aquí dentro conmigo;

salid, señora, al instante.

Don García.

La mano la doy dichoso.

ESCENA XXIV.

Dichos y doña Ana.

Doña Ana.

Yo por fin de mis pesares,
con toda el alma la aceto.

Millan.

Y aquí, señores galanes,
si un vitor dais á un poeta,
dará con aplausos tales
fin dichoso á la Comedia;
porque el mismo que esto hace,
es quien ha menester mas
llevar la trampa adelante.

Trampa adelante.

Nuestros actores han caracterizado esta pieza y las demas de su clase con el título de comedias de gracioso, y si este nombre pudiera designar un género particular, no estaria mal aplicado: porque el gracioso és en ellas el personage principal, es el que forma la intriga, el que la desenvuelve, y el que sostiene hasta el fin toda la pieza. Millan, pues, en *Trampa adelante* és el protagonista: es el que cautiva esclusivamente la atencion de los oyentes. Ningun obstáculo tendrian los amores de don Juan y doña Leonor, si Millan, estimulado de la necesidad, no procurase remediarla, comprometiendo el cariño y la generosidad de doña Ana.

Moreto, pintando á don Juan enamorado de Leonor, pobre y pundonoroso, no podia ni debia hacerle estafador; pues en este caso hubiera sido un personage despreciable, y hubiera destruido absolutamente el interes que inspira por su caràcter noble y delicado y por la constancia y pureza de su amor. Se valió, pues, con mucha sagacidad y talento, del criado, que por su educacion descuidada y sus costumbres habia de ser menos escrupuloso que don Juan en la eleccion de los medios para buscar la subsistencia. Pero al mismo tiempo le presenta sin odiosidad; porque si engaña á doña Ana, fingiendo que su amo desea casarse con ella y la saca dinero, no es para utilidad suya propia, sino para socorrer la pobreza de su amo. Supo dar al carácter de Millan toda la nobleza necesaria para que no mereciese el odio del espectador.

Las astucias que emplea para conseguir su designio, son muy ingeniosas, y tan verosimiles que no podian menos de alucinar á una muger apasionada, que

vé la firma de su amante, y escrita la promesa de ser su esposo. Es un carácter perfectamente pintado. Los demas estan bien seguidos, y ocupan en la comedia el lugar que les corresponde.

La intriga está combinada con mucho acierto, y las situaciones en que el poeta coloca á los principales personages, son interesantes y luce en ellas su ingenio y agudeza.

La resolucion de pasar doña Ana á visitar á don Juan para evitar el casamiento que le propone su hermano con don García, produce las escenas mas cómicas y graciosas. ¡Qué apurado se vé Millan en la IX. del acto II. con la llegada de doña Leonor! ¡Con qué eficacia procura alejar á su amo, para que no se encuentre con doña Ana!

Millan.

Señor, que has de ir á palacio,
como el secretario avisa.

Doña Leonor.

No tienes que darle prisa,
que le he de hablar muy despacio.

Don Juan.

Señora, yo estoy faltando
á un empeño.

Millan

¿No se vé?
El no puede oir.

Doña Leonor.

¿Por qué?

Millan.

Porque estoy yo rebentando,
y porque oirte no quiere,
y porque irse es testimonio,
y porque lleve el demonio

el alma que no se fuere.
Y porque estamos ahora
en grande aprieto, y porque
se vá, se ha de ir, y se fué.

Son igualmente bellísimas las escenas X., XI., y XII. del mismo acto; la VIII, XV, y particularmente la XXI, del tercero, en la cual se ve Millan sin ningun recurso, forzado á confesar su enredo.

Todos los diálogos en que habla éste, son rápidos y animados, y están sembrados de pensamientos y espresiones muy cómicas.

Acto primero. Escena I.

Millan.

¡Hay infamia como aquesta!
¿Que haga la paces de valde
quien ha ya un mes que no cena,
y la noche que hay guisado
lo hace de carne de huerta?

Escena II.

¿Tus tripas no consideran
que á tal hora en cualquier casa
anda el almirez que suena
á los órganos de Móstoles?
¿Y el olor de las especias
se entra tanto por el alma,
que el azafran nos penetra
la cara, pues de hambre estamos
amarillos como cera?

Escena V.

Casilda.

¿Conócesme?



¡Qué graciosa es la esclamacion de Mill... do doña Leonor exige de don Juan la palab... donarle!

Millan.

¡O muger fuerte!
un himno heróico te cante
la capilla sustanciosa
de los Capones de Caspe.

Abunda ademas en esclamaciones escogi... lengua vulgar, que sin ofender el pudor ni... mas costumbres, comunican al discurso, viv... presion.

Acto primero. Escena XI.

Doña Ana.

¡Yo le podré socorrer.

de que es del Cid su nobleza
ha de hacer esa bajeza?
¡Vive Cristo que se clava! *ap.*

Doña Ana.

¿Si yo en secreto lo ordeno?

Millan.

¡Jesus, que error tan profundo!
Quemará sobre eso el mundo.
Sopla, musa, que vá bueno. *ap.*

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

